LAS DOS SICILIAS

ALEXANDER LERNET-HOLENIA

Viena, 1925. Hace siete años que reina la paz. Únicamente un puñado de oficiales del regimiento Las dos Sicilias, que luchó del lado del desintegrado Imperio Austro-Húngaro, ha sobrevivido. Durante una velada de la alta sociedad vienesa, mientras el coronel del regimiento mantiene una inquietante charla con un misterioso personaje, la hija del primero se deja cortejar por uno de los oficiales que, al término de la recepción, aparecerá asesinado. A partir de este episodio, la novela narra la suerte que correrán los restantes miembros del regimiento, que tendrán que enfrentarse a la progresiva aniquilación de sus compañeros mientras tratan de resolver el caso del asesinato. Al final sólo quedarán dos.

Pero *Las dos Sicilias* es mucho más que una novela de intriga. Ésta crece a medida que avanza la lectura, pero, además, temas como el del doble, el azar «ordenado», la muerte como destino original o el fin del mundo, señalan la profundidad y la magistral construcción de esta narración mayúscula. La grandeza de esta novela imprescindible estriba en la manera en que el escritor austríaco Alexander Lernet-Holenia (1897-1976) muestra las distintas actitudes de los personajes ante la muerte, en el lirismo exquisito con que describe el misterio de la Viena de los años veinte, en la apasionante concepción del mundo y del destino, la del autor, que recuerda en gran medida al mejor Borges.

Alexander Lernet-Holenia

Las dos Sicilias

ePub r1.0
Titivillus 25.10.17

Título original: *Beide Sizilien*
Alexander Lernet-Holenia, 1942
Traducción: Alberto Luis Bixio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

NOTA DEL EDITOR

Considerado uno de los escritores más importantes de la literatura austríaca del siglo XX, Alexander Lernet-Holenia nació en Viena en 1897. Participó activamente como oficial en las dos guerras mundiales y fue uno de los últimos representantes de la vieja Austria y de los valores representados por el Imperio Austro-Húngaro, si bien su lucidez y su agudo análisis de la realidad hicieron que en su concepción del mundo se incorporaran los cambios y las nuevas corrientes de pensamiento que comenzaban a conformar la nueva Europa. Viajó por todo el mundo, especialmente por Sudamérica, pero desde muy temprano mostró un especial talento para la escritura. A lo largo de su vida escribió un gran número de obras, muchas concebidas exclusivamente para ganarse la vida, y otras literariamente serias. Contemporáneo de Von Horváth o Leo Perutz, Lernet-Holenia fue dramaturgo, poeta, escritor de relatos y novelista y obtuvo varios premios literarios de importancia, entre ellos el Premio Kleist en 1926, que le hizo famoso y lanzó su carrera literaria. A pesar de que consideraba que su obra poética era su mayor logro, entre sus obras en prosa se encuentran algunas de las cimas más altas de la literatura austríaca del siglo XX, como *El estandarte* (1934), *El barón Bagge* (1936), *Marte en Aries* (1941), *Las dos Sicilias* (1942) y *El conde Luna* (1955). Murió en la ciudad de St. Wolfgang (Austria) en 1976.

Lo cierto es que la lectura de *Las dos Sicilias* debería ser suficiente para situar a este autor entre los más grandes del siglo pasado: estamos ante una novela que se lee con suma facilidad, como un relato de aventuras en el que, tras la fachada del primer plano y a medida que se desarrollan las peripecias de la historia, se profundiza más y más en las asombrosas perspectivas de un dominio secreto. La trama de la novela transcurre en Viena en el año 1925. Hace siete años que reina la paz tras el final de la Primera Guerra Mundial. Únicamente un puñado de oficiales del regimiento Las dos Sicilias, que luchó del lado del desintegrado Imperio Austro-Húngaro, ha sobrevivido. Durante una velada de la alta sociedad vienesa, mientras el coronel del regimiento, Rochonville, mantiene una inquietante charla con un misterioso personaje acerca del destino de los soldados en tiempos de paz, su hija, Gabrielle Rochonville, se deja cortejar por uno de los oficiales del regimiento que, al término de la recepción, aparecerá asesinado. A partir de este episodio, la novela narra la suerte que correrán los restantes miembros del regimiento, que tendrán que enfrentarse a la progresiva aniquilación de sus compañeros mientras tratan en vano de resolver el caso de asesinato. Paralelamente a esta trama policial se desarrolla la historia de un personaje —el capitán Gasparinetti— cuyo destino se cruza intermitentemente con el de los oficiales del regimiento. Se trata de un hombre que, en realidad, son tres personas distintas cuyas identidades han sido intercambiadas en diferentes momentos de sus vidas por azar, elemento presente de manera obsesiva en toda la novela. En efecto, la resolución de la trama está directamente relacionada con la idea de un azar «ordenado» que obliga a los soldados a cumplir su destino original, que no es otro que la muerte. La grandeza de la novela estriba en la manera en que el autor describe las diferentes actitudes de los protagonistas ante la muerte y en la apasionante concepción del mundo y del destino que se desarrolla y que recuerda en gran medida al mejor Borges. Alexander Lernet-Holenia nos conduce a través de los meandros de la novela policial hacia el

dominio central del misterio que preside todo destino humano; el tema del doble, utilizado como eje central de las peripecias de la novela, constituye, además, una dramática manifestación de un enigma mucho más vasto y profundo. En definitiva, el lector tiene en sus manos una novela de intriga apasionante, escrita con un lirismo exquisito, que ahonda en los misterios más profundos de la identidad del individuo y de la realidad que le rodea.

Las dos Sicilias es una obra prácticamente desconocida en nuestro país de un autor escasamente difundido a pesar de su indudable calidad literaria. Para la presente edición en la colección Línea de sombra hemos partido de la traducción que Alberto Luis Bixio realizó en 1955 para la desaparecida editorial argentina Ediciones La Isla. Hemos efectuado modificaciones y actualizaciones de la traducción con el fin de acercarla al lector actual y confiamos en que el resultado sea el deseado por todos aquellos lectores dispuestos a dejarse atrapar por la mejor literatura de misterio.

ENGELSHAUSEN

1

De pie junto a la ventana, el coronel del regimiento Las dos Sicilias contemplaba las palomas que revoloteaban sobre la plaza. Las aves picoteaban buscando grano y, de cuando en cuando, se elevaban en el aire que llenaban con su batir de alas.

Eran palomas de todas clases; las había de color pardo, de un verde tornasolado, y blancas con patas purpúreas.

El coronel vivía en las inmediaciones de la antigua universidad. En aquel barrio se conservaban aún gran cantidad de casas e iglesias de estilo barroco, maravillosas construcciones, en nada inferiores ni siquiera a los mismos sueños, surgidos del mar, de un Palladio o un Sansovino, en cuyas cornisas y capiteles de columnas anidaban las palomas.

Filas de agujas y puntas de hierro, como pequeñas balaustradas, rodeaban los bordes superiores de las cornisas. Aparentemente, esas agujas y puntas debían impedir que cayera a la calle el estiércol de las palomas que, sin embargo, caía y ensuciaba las fachadas.

Al coronel le parecía que, en general, las palomas eran animales sucios. Se decía que estaban llenas de piojos. Además, se las consideraba como agentes portadores de enfermedades terribles y contagiosas.

No obstante, las palomas simbolizaban la paz.

Hacía ya siete años que reinaba la paz. Corría el año 1925 y la paz era total. Pero el coronel en modo alguno creía que fuera una paz verdadera. Aunque parecía enteramente imposible que pudiera volver a transformarse en guerra, en el fondo aquella paz era menos real que nunca. Los corazones habían quedado inquietos y, cuando la gente hablaba de paz, no se refería al presente en el que vivía, sino a la época anterior a la guerra. Y si volvía a estallar otra, ésta no sería una nueva guerra, sino que continuaría siendo la misma de antes.

El coronel se llamaba Rochonville. Hacía ya mucho tiempo que no existía el regimiento Las dos Sicilias, que se había disuelto; sus miembros se dispersaron en los numerosos países en que quedó quebrado el imperio, y ya nadie sabía dónde se encontraban. Es verdad que el propio Rochonville mantenía aún ciertas relaciones con algunos de sus hombres, relaciones debidas más a la casualidad que a una voluntad deliberada y, a decir verdad, sobre todo, a que aquellos militares vivían en la misma ciudad que él; eran cinco oficiales y un cabo de caballería. Eso era todo cuanto le quedaba de su antiguo regimiento. Entre los demás y esos siete hombres se había infiltrado ya el olvido que también se iba introduciendo entre los siete miembros del grupo.

Con todo, en un momento en que hacía tiempo que el regimiento no existía, se produjeron ciertos acontecimientos que determinaron al coronel, a sus cinco oficiales y al suboficial a comportarse como si aquél aún existiera y a sacrificarse, incluso a morir los unos por los otros, como si a sus espaldas tuvieran las filas armadas de los numerosos soldados que en otra época les habían obedecido.

Comenzaba a anochecer y las palomas volvían a los nidos de las cornisas para dormir. Se oyó el doblar de la campana de una iglesia. Los sonidos se difundían en el aire como ondas de bronce. El coronel permaneció todavía un rato observando la plaza, que se llenaba de suaves sombras; luego cerró la ventana, atravesó su habitación, abrió un armario, sacó un frac y se dispuso a vestirse.

Todavía era temprano: apenas las seis de la tarde. Pero el coronel había adquirido la costumbre de entretenerse con las cosas más tiempo de lo necesario, en lo cual bien pudiera ser que estuviera acertado, porque tal vez estimamos de manera demasiado superficial el tiempo que debemos dedicar a las cosas.

En realidad, quizá, éstas nos exijan incomparablemente más tiempo del que creemos.

Rochonville se vistió con esmero, no porque concediera especial importancia a su aspecto, sino porque, como su mente divagaba, sus movimientos eran lentos. El frac que se puso era de corte anticuado, aunque las solapas de la chaqueta y el chaleco estaban hechos de una tela tan fina que ya no se fabricaba. Pero, en cambio, los pantalones le quedaban demasiado estrechos. Habría tenido que mandarse hacer un traje nuevo. Sólo que los medios del coronel no alcanzaban para permitirle semejante gasto.

El chaleco estaba ya algo amarillento. El coronel lo cerró con los cuatro botones de granate almandino y luego se calzó los zapatos de cuero de becerro que el largo y asiduo cuidado que él mismo les dispensaba hacía brillar como si fueran charolados.

En el ejército estaba prohibido el calzado de charol.

Después de ponerse el sobretodo y el sombrero, el coronel abrió una caja en la que se veían innumerables guantes de gamuza blanca, pues en el ejército también estaba prohibida la cabritilla.

El coronel eligió un par de guantes, volvió a colocar la caja en la cómoda de donde la había sacado y cerró el cajón. Permaneció todavía algunos minutos en su cuarto. Por fin se acercó al interruptor, apagó la luz y abandonó la habitación.

Eran las siete y media cuando llamó a la puerta de la habitación de su hija.

A pesar de no recibir ninguna respuesta, entró en el cuarto, después de haberse quitado el sombrero, porque sabía que su hija no daba respuestas que consideraba obvias. Si la muchacha hubiera deseado que él no entrara, habría respondido.

Gabrielle Rochonville estaba ya casi vestida. Era pelirroja y poseía el encanto, pero también los defectos, de las pelirrojas; por ejemplo, las manos eran demasiado toscas, y los dientes, si bien regulares, parecían sin esmalte. A la incierta luz de la habitación le resplandecía el rostro con matices nacarados como a través de una sombra.

Gabrielle Rochonville ya había apagado las luces de su mesita de tocador. Diversas prendas de ropa se hallaban diseminadas por la habitación.

Aunque era una mujer hermosa, exhibía cierto aire de indiferencia, incluso de indolencia. El pelo, sin brillo, era de un rojo demasiado turbio para que llamara enseguida la atención y debajo del vestido no se adivinaban, a primera vista, las excelencias de sus formas. En general, éstas se hacían evidentes sólo después de cierto tiempo, pero entonces su belleza, de la que emanaba un hálito de animalidad, se imponía a los observadores tal como se impuso a los jueces la belleza de la pelirroja Friné cuando su abogado, valiéndose de un admirable recurso, la desnudó ante el tribunal para demostrar su inocencia, consiguiendo de ese modo la absolución. Y así como la condición singularmente áspera de la piel de la griega —que a causa de esto se la llamó Friné (que significa escuerzo)— contrastaba con el esplendor de sus formas, en la hija del coronel el contraste que había entre el aire indiferente con que se comportaba y su belleza física creaba un curioso encanto.

Aunque las relaciones entre padre e hija eran buenas, ambos se habían acostumbrado a entenderse sin palabras superfluas. Después de permanecer un instante frente a su hija, el coronel la ayudó a ponerse el abrigo. Luego Gabrielle tomó su bolso y los dos salieron del piso, cerraron la puerta y bajaron por la escalera.

La noche de primavera que, como una bóveda, cubría la plaza era de un esplendor tal que no alcanzaban a disminuirlo los escasos faroles de luz vacilante. La luna, en cuarto creciente, lanzaba cascadas de plata hacia abajo y, de cuando en cuando, se ocultaba tras blancas nubes, en cuyas aterciopeladas bahías resplandecían las estrellas.

Gabrielle y el coronel se quedaron un rato silenciosos e inmóviles y luego emprendieron su camino.

En el Ring tomaron el tranvía.

Los pasajeros, que hasta ese momento habían estado conversando entre sí, guardaron silencio mientras contemplaban a aquellas dos personas vestidas como para ir a una fiesta: al anciano, que dejaba ver por debajo de la solapa del abrigo la cinta de una orden, y a la pelirroja que, indiferente, miraba al frente.

Estaban ambos invitados a una velada en casa de un pariente, llamado Flesse von Seilbig, que había sido

gobernador de Trieste.

Los Flesse continuaban pasando por ser gente de fortuna y frecuentemente recibían invitados en su casa.

Vivían en una casa de una de las calles que corren entre la Wiedener Hauptstrasse y la Favoritienstrasse, donde ocupaban la sección principal de un antiguo edificio. Las ventanas de la casa daban a un jardín. El piso era amplio y las habitaciones espaciosas, aunque de techo bajo. Como la señora von Flesse había considerado oportuno aquella noche iluminar las estancias sólo con velas, en toda la casa se sentía un calor excesivo. Además, por todas partes, molestaban las chimeneas abiertas con las que —medida por entero superflua— la señora von Flesse había hecho sustituir en toda la casa las habituales estufas. Los criados no conocían el funcionamiento de estos nuevos artefactos de calefacción, para ellos insólitos.

Pero, en general, la velada parecía desarrollarse bastante satisfactoriamente. Aquella noche habían comido en la casa diez personas y después de la comida se presentaron veinte o más convidados, entre los que se hallaba un ex oficial de Rochonville, Kaminek von Engelshausen, un joven que hacía la corte a Gabrielle.

Ya bien entrada la velada, Rochonville se vio envuelto en una larga conversación con un señor que hasta entonces no había visto nunca y cuyo nombre no entendió cuando se lo presentaron. El desconocido debía de tener de treinta y cinco a cuarenta años. Era de elevada estatura y esbelto, casi flaco. Al principio no prestó la menor atención a Rochonville. Se hallaba en el centro de un grupo de señores a los que se agregó el coronel, y hablaba sobre Rusia. Tenía un ligero acento extranjero, no muy definido, como el de las gentes que han viajado mucho.

Parecía haber estado prisionero en un campo ruso, del que luego se evadió. En todo caso, en el momento en que el coronel se sumó al grupo, el extraño contaba que había vivido un largo período junto al Volga en la casa de un colono que, por lo visto, lo había ocultado:

«Aquel hombre —contaba— tenía un hijo de aproximadamente mi misma edad que había prestado ya el servicio militar ordinario y volvía a ser reclutado como soldado. Inmediatamente me ofrecí a presentarme por él a las autoridades militares. En efecto, no abrigaba la menor duda de que, una vez enviado al frente, no dejaría de encontrar ocasión propicia para desertar y reunirme con los nuestros. Pero, a causa de mi elevada estatura, no me incorporaron a uno de los regimientos del gobierno local, sino que me destinaron al servicio de la guardia. Siempre sostuve la opinión de que el ser más alto que el término medio de las gentes no acarrea sino desventajas. Un hombre de gran talla llama siempre la atención; no encuentra a su medida ningún caballo, ningún coche, ninguna cama; cuando se le desgarran los pantalones no puede sustituirlos por otros ya hechos; y si, por añadidura, es un poquito más inteligente que sus semejantes, ya no tiene manera de entenderse con ellos. Y lo cierto es que, en mi caso, no tuve más que disgustos cuando se me destinó al servicio de la guardia. Si me hubieran asignado a un regimiento de infantería de línea, lo más probable es que, después de un período de instrucción de no más de seis u ocho semanas, me hubiesen enviado al frente, donde habría podido llevar a cabo mi proyectada fuga. Pero, en la guardia, el período de instrucción era mucho más largo; en la caballería de la guardia (sobre todo a causa de las superfluas maniobras que había que realizar con las lanzas) y en la artillería de la guardia era imposible prever cuánto tiempo duraría la instrucción. Al principio, durante varias semanas, nada ocurrió entre los que estábamos destinados a ese servicio; se nos tenía reservados para una ceremonia que anualmente se realizaba en la capital y que causaba profunda sensación. El gran duque Nicolai en persona se encargaba de distribuir a los reclutas en los distintos regimientos de la guardia; asistían a la ceremonia los oficiales de ésta y sus esposas, de manera que el acontecimiento alcanzaba las proporciones de una festividad militar. También en aquel año, y a pesar de la guerra, el gran duque fue a la capital para distribuir personalmente a los reclutas asignados a cada regimiento. La ceremonia se desarrolló en la pista llamada Mijailovski, un enorme picadero de dimensiones tales que, según se decía, dos baterías podían maniobrar simultáneamente en él. El mundo elegante llenaba los palcos; se sirvió champán y refrescos; dos bandas militares tocaban alternativamente y sin interrupción y, en el centro del enorme circo, se hallaba el gran duque eligiendo los reclutas para cada regimiento. Había mozos provenientes de todas las comarcas del inmenso imperio: pastores de los Urales, cazadores de las tundras siberianas, campesinos de la Rusia Blanca y nómadas de las costas del mar Amarillo. Sólo se les exigía que fueran de elevada estatura y de buen aspecto. Pero, como eran gentes sencillas que se aturullaban fácilmente por el ruido, la música y el brillo de los uniformes y condecoraciones, se habían adoptado medidas para que con su atolondramiento no turbaran el curso normal de la ceremonia. Desde el centro mismo de la pista, esto es, el lugar donde se hallaba de pie Nicolai Nicolaievich, hasta las paredes exteriores, se extendían las treinta y una filas de suboficiales correspondientes a los treinta y un regimientos de la guardia, y esto sin contar la división de cosacos de la guardia. El conjunto ofrecía, pues, el aspecto de una estrella de múltiples rayos. El recluta se presentaba

ante el gran duque, éste lo examinaba y lo designaba para uno de los regimientos. El oficial ayudante escribía con tiza en la espalda del recluta el nombre o el número del regimiento y empujaba al soldado hasta la fila correspondiente de suboficiales. El primero de éstos lo recibía y, a su vez, lo echaba en brazos del segundo, que lo llevaba hacia el tercero, hasta que el soldado llegaba junto a la pared donde se hallaban de pie sus otros camaradas. Mientras tanto, ya se presentaba el siguiente ante el gran duque. La distribución de los reclutas en los distintos regimientos se llevaba a cabo según principios bien determinados. Por ejemplo, existía el regimiento Pavlovski, cuyos miembros debían tener pelo rubio claro, estar picados de viruela y poseer una nariz roma; todo esto, en recuerdo del aspecto del zar Pablo I, asesinado en 1801. En otro regimiento todos los soldados debían tener ojos azules y barba negra. Y cada vez que el gran duque asignaba un recluta a un regimiento, los oficiales y señoras relacionados con él aplaudían con entusiasmo. La ceremonia se desarrollaba relativamente rápido, porque había que clasificar a cientos y hasta a millares de reclutas. Nicolai Nicolaievich, vestido con el uniforme de húsares y fumando continuamente cigarrillos de larga boquilla de cartón que ni siquiera al hablar se quitaba de la boca, examinaba a los hombres con gran seguridad. Pronunciaba sus decisiones en rápida sucesión: «¡Coraceros amarillos, Ismailovski! ¡Cuerpo de húsares, Coraceros azules! ¡Preobraschenski, *Chevaux légers,* Ulanos de Su Majestad!». Se refería así al regimiento de ulanos del zar, porque también había un cuerpo de ulanos de la zarina, llamado Ulanos de su majestad la Zarina. El ayudante iba escribiendo con su trozo de tiza en la espalda de los reclutas y éstos desaparecían en todas las direcciones de la rosa de los vientos. Cuando vi cómo se procedía en la ceremonia, enseguida me dije que, por supuesto, mi adjudicación a alguno de los regimientos no duraría sino un instante. Pensaba que cuando me presentara ante el generalísimo, éste se limitaría a rozarme con rápida mirada y que, a causa de mi relativa delgadez, me destinaría a los dragones, a los húsares o a la artillería, pero no a los coraceros (lo que, en el fondo, no presentaba ninguna diferencia en cuanto al período de instrucción) y, con toda seguridad, tampoco a la infantería, porque para pertenecer a ella era preciso ser un ganapán bien macizo. Pero todo ocurrió de modo bien distinto del que yo suponía. Cuando el destino comienza realmente a regir nuestra vida, todo sucede de modo por entero diferente de lo que habíamos imaginado. Me había devanado los sesos pensando en cómo podría zafarme de todo aquel asunto, pero no se me había ocurrido nada. En la fila de los reclutas me veía empujado, paso a paso, hacia el gran duque, como si me llevara hacia él algo inevitable que, además, paralizara mis pensamientos. De pronto descubrí que Nicolai Nicolaievich me hacía recordar a mi padre y, cuanto más me fui aproximando a él, tanto mayor me pareció esa semejanza. Llevaba la barba cortada como la de mi padre y, asimismo, debajo de los ojos exhibía la misma hinchazón de los párpados. Hasta sus manos, sin guantes, me parecían exactamente iguales a las suyas. Eran manos, si bien robustas y grandes, de hermosa forma, un poco rojizas, de dedos que iban afinándose hacia las puntas, y de uñas un tanto arqueadas. Me encontraba ya tan cerca de él que pude observar con toda precisión esos detalles. Nicolai Nicolaievich me rozó también a mí con la mirada y, según pensé, inmediatamente pronunciaría el nombre de algún regimiento de artillería o caballería donde yo tendría que pasar un período desesperadamente largo de instrucción. Pero, en lugar de hacer lo que yo esperaba, el gran duque abrió desmesuradamente sus ojos (por lo demás, como solía hacer mi padre), que exhibieron una expresión un tanto burlona, hasta se quitó el cigarrillo de la boca (con una mano que, en cierto modo, podría ser la de mi padre) y, por fin, estalló en una carcajada.

—¡Mira, si es Konstantin Ilich! —exclamó—. ¿Realmente creíste que no iba a reconocerte?

Yo ya había vivido bastante tiempo en Rusia para comprender el ruso, aunque apenas pudiera hablarlo. Sin embargo, en modo alguno comprendía lo que el gran duque quería decir.

—¡Y hasta te has dejado crecer la barba! —dijo luego el gran duque—. O, por lo menos, un bozo, sí, un verdadero proyecto de barba. —A todo esto, se me acercó y, de nuevo con las manos de mi padre, me tiró de la barbita que me había crecido. En aquel momento, experimenté la misma sensación que siempre sentía cuando mi padre me tiraba de una oreja—. Sólo que el porte te traiciona, hijito Konstantinuschka —dijo riendo—. ¡El porte! ¿No te decía yo que, por más que te presentaras como campesino, cochero, o cartero, el porte había de traicionarte? Porque, hijito, no puede uno desembarazarse de su porte, así como tampoco puede librarse de su piel. Uno sigue siendo lo que es.

Reflexioné lo más rápidamente que pude, por ver adónde podría conducirme esa evidente confusión. Se imponía que replicara cualquier cosa. Ese Konstantin Ilich, cuya existencia yo no sospechaba, pero por el cual se me tomaba, tenía que decir inmediatamente algo para evitar que Nicolai Nicolaievich tomara a mal la mascarada de Konstantin Ilich. Era evidente que no debía hablar en mi mal ruso. Responder en alemán me parecía poco pertinente y hasta peligroso. Elegí, pues, el francés, aunque, por lo demás, no dejaba de parecerme bastante arriesgado.

—Alteza imperial —dije—, no soy Konstantin Ilich. Soy el hijo de un colono del gobierno de Saratov, y

ruego a su alteza que me destine a un regimiento de infantería.

—¿Sí? —exclamó riendo, y luego, para admiración mía, agregó en buen alemán—: ¿Pretendes ser un colono, un campesino genuino, y hablas en francés, como un cortesano?

—Fui a la escuela en Astrakan —repliqué yo, también en alemán. Esta vez le tocó a él sorprenderse.

—No sabía que también hablaras alemán —me dijo—. Me lo habías ocultado, ¿eh, pequeño? —y entonces, volviéndose a sus ayudantes, preguntó—: ¿Qué les parece? Konstantin Ilich habla todas las lenguas y pretende ser un campesino.

El edecán se sintió obligado también a reír. En todo caso, no parecía abrigar la menor duda de que yo fuera Konstantin Ilich. El incidente comenzaba a despertar la curiosidad general. Los suboficiales y reclutas que nos rodeaban no sabían aún en qué terminaría la cosa, y en los palcos, donde se había advertido que el procedimiento no continuaba su curso, todo el mundo estiraba el cuello hacia nosotros.

—¿Y por qué quieres que te destine irremisiblemente a la infantería, hijo mío? —preguntó el gran duque —. Andar siempre a pie, siempre con la mochila al hombro. ¿Qué te has imaginado? ¿No te parece que es más bonito cabalgar? Y Dios sabe que andas a caballo bastante bien. ¿O será que eres perezoso para cuidar de los caballos? Pero no tendrás que cuidar tú mismo los caballitos. Ya encontraremos a alguien que lo haga por ti.

Desde luego, no estaba preparado para responder a todas esas preguntas. Advertí, eso sí, en qué peligros podemos dar cuando pretendemos representar a otro. Parece como si, de pronto, nos pudieran tomar también por un tercero o un cuarto. En tales circunstancias ya no sabe uno quién es en realidad. Me sobrecogió una especie de vértigo.

—Alteza Imperial —dije—, si me destina a la caballería, temo no llegar a tiempo al frente.

—¡Pero si estás en el frente! —replicó Nicolai riendo—. Precisamente llegas del frente. Sólo para gastarme esta bromita has venido de allá. ¡Y hasta adoptas una actitud patriótica, aunque, a decir verdad, no eres más que un escéptico y un gruñón! ¿O crees que no lo eres? Te conozco y estoy informado de todo. Pero dime, ¿adónde crees que no llegarías a tiempo?

—A la guerra.

—La tendrás aún por bastante tiempo. ¿O crees, tal vez, que la ganaremos muy pronto?

—No.

—¿No? Entonces, ¿qué?

—O quizá perderla.

Sólo Dios sabe quién me inspiró esta respuesta. Probablemente pensé que debía hablar así porque Konstantin Ilich era un “escéptico y un gruñón”, y porque a los príncipes, cuando están de buen humor, les gustan las observaciones de los escépticos. Los escépticos ocupan hoy, aproximadamente, el lugar de los bufones de las cortes. Pero, enseguida, comprendí que mi contestación era la menos inteligente que podía haber dado. Yo mismo debí de sorprenderme de haberla dejado escapar, y, en efecto, súbitamente, cambió la expresión del rostro del gran duque.

—¡Ah!, ¿eso crees? —gritó.

Yo no estaba en condición de replicar ya nada. Procuré decir que, como colono alemán, en realidad había querido decir que perderían la guerra las potencias centrales. Pero lo cierto es que no pude articular palabra. Sin embargo, mi opinión parecía haberle causado honda impresión. Quizá él mismo dudara ya del éxito de la causa rusa. Quizá todavía nadie se había atrevido a manifestar en su presencia esa opinión, ya entonces general. Sea lo que fuera, aproximó su rostro al mío y me dijo:

—¿Lo crees verdaderamente? ¿Es eso lo que todos creen en tu condenado regimiento? Y dime, ¿cuánto tiempo consideran ustedes que durará aún la guerra?

—Tal vez un año.

No me quedaba otro recurso que responder como lo hice, porque ya no me era posible volverme atrás. El gran duque se irguió. Por lo visto consideraba que la familiaridad con que me había tratado iba más allá de la medida.

—Entonces, hijo mío —me gritó en ruso—, no tienes ya tiempo que perder. ¡Y no lo perderás conmigo! ¡Vamos, vuelve a tu regimiento! Y, para comenzar, tendrás catorce días de arresto.

Al mismo tiempo, me dio un golpe en el pecho. El edecán, sin duda, no comprendía la lengua alemana, pero se creyó obligado a hacer notar que entendía el ruso. Sentí cómo, sin dejar de reír, escribía algo con su tiza en mi espalda. Por lo visto, consideraba lo que Nicolai Nicolaievich me había dicho como el coronamiento de la farsa a que había asistido, e inscribió verdaderamente el número del regimiento de Konstantin Ilich.

“Deje usted de reír tan idiotamente”, oí que Nicolai gritaba a su edecán. Pero también la actitud de

algunos de los suboficiales hacia quienes fui empujado no me dejaba abrigar la menor duda de que me tomaban por un oficial de su regimiento. Fueron haciéndome pasar de uno a otro, con respetuosa consideración, hasta que llegué a la pared. Dirigiéndome a uno de los reclutas que se hallaban de pie junto a mí, le pregunté en un susurro:

—¿Qué han escrito en mi espalda?

El palurdo no sabía leer.

—Pero, diablos, ¿en qué regimiento estamos? —volví a preguntarle en voz baja.

—Los húsares de Grodno —respondió el soldado.

Era uno de los regimientos más elegantes. Por lo visto, yo estaba desempeñando el papel de un aristócrata de quien era amigo el gran duque, de manera que, por lo menos, yo era un *dvorianin,* un noble. Porque, en efecto, casi sólo oficiales de origen noble servían en la guardia. Cuando salimos de la pista respiré aliviado. Aquella misma noche (éramos alrededor de cien camaradas) nos metieron en un tren. También el comandante, a cuyo cargo estaban las tropas del tren, me tomaba evidentemente por un oficial. Me llamaba "excelencia" y "señor", y parecía considerar una broma excéntrica el que yo quisiera hacerme pasar por un simple recluta. Llevábamos ya una noche y un día de camino cuando el tren se detuvo en una estación y oí rugir, con voz de trueno, al comandante que pronunciaba mi nombre o, mejor dicho, el del hijo del colono alemán a quien yo sustituía.

—¡Gagemann!, ¡Wilgelm Karlovich Gagemann!

Los rusos pronuncian muy mal la *h* alemana. Miré a través de la ventanilla del vagón. El comandante, rodeado del personal de la estación, se hallaba de pie en el andén; se pasaban unos a otros una hoja de papel que, evidentemente, era un despacho telegráfico. La impostura (si es lícito llamarla así) estaba descubierta. Sin pérdida de tiempo abandoné el tren por el lado opuesto y corrí con todas mis fuerzas para salvar la vida. Por no perder tiempo, sólo me volví una vez. Pude, sin embargo, advertir que me seguían. Luego, hasta oí el estampido de algunos disparos de revólver; las balas pasaron silbando sobre mí. Felizmente, parecía que mis perseguidores no habían encontrado a mano fusiles. Al cabo de una media hora perdí de vista a los que me perseguían. Me deje caer en una zanja seca y respiré ansiosamente. Apenas recuperé el aliento, volví a emprender la fuga. No tengo el propósito de entretener la atención de ustedes con la descripción de los detalles de esa fuga que, después de múltiples fatigas y peligros, hubo de llevarme por fin al otro lado del Cáucaso. Millares de intentos análogos de fuga obtuvieron éxito, pero muchos más fracasaron. Hay quien sostiene que es la vida real la que nos cuenta las historias más interesantes. Pero esta afirmación es una perogrullada, como toda afirmación general. Por mi parte, me parece más bien que lo que llamamos realidad, además de ser desagradable, carece por entero de interés. En general, la vida comienza a hacerse interesante en el momento en que se hace irreal; y las narraciones más perfectas son aquellas que, poseyendo la mayor verosimilitud que pueda darse, alcanzan el máximo grado de irrealidad. Sólo cierto tiempo después de la guerra tuve ocasión de dirigirme hasta el Ministerio de Guerra para estudiar las listas de los ejércitos rusos. Me remitieron a los archivos, establecidos en un cuartel desmantelado. La ceremonia de la pista Mijailovski se había desarrollado en el año 1916. Pedí el anuario correspondiente a esa fecha. Dicho sea de paso, ése era el último de la colección. En los húsares de Grodno había en aquella época sólo un oficial que se llamaba Konstantin Ilich. Era un cierto Konstantin von Pufendorf. Me quedé contemplando aquel nombre durante largo rato. Ése era, pues, el hombre que yo había sido. No lo conocía, ni siquiera sabía de su existencia. Sin embargo, yo había sido él, y él había sido yo, y él había hablado por mi boca. En efecto, cuando uno es realmente otro, según me parece, uno mismo nunca lo sabe. Quizá alguna vez Nicolai Nicolaievich hubiera hablado con Pufendorf sobre la posibilidad de disfrazarse de modo tal que nadie lo reconociera, y tal vez el gran duque hubiera afirmado que podría reconocer a Konstantin Ilich bajo cualquier disfraz. La inestabilidad, ya creciente en aquella época, pudo haber dado motivo a esa conversación. También pudo haber contribuido a ella una especie de manía persecutoria; lo cierto es que los miembros de las familias reinantes siempre creen que su mirada es certera e infalible. Creen poder leer en el rostro de las masas como en libros abiertos. En suma, cuando me presenté ante el gran duque, éste, a causa de mi evidente parecido con Konstantin Ilich, me confundió con él. Pero si el gran duque no hubiera hablado con Pufendorf de tales cosas, lo más probable es que nunca hubiera caído en tal confusión. Sumido en mis pensamientos, continué hojeando las listas. Al cabo de un rato quedaba aún un punto que no me parecía del todo claro. No comprendía cómo se había descubierto tan pronto la impostura. Pero enseguida se me ocurrió la explicación. Pedí las listas de las bajas del ejército ruso. Y, en efecto, después de recorrer unas cuantas páginas encontré lo que buscaba. Konstantin Ilich había caído en acción, y su muerte se había producido sólo pocos días antes de mi aventura en la pista de Mijailovski. Así pude inferirlo de las fechas consignadas en las respectivas listas. La noticia debía de haberle llegado al gran

duque entre el momento en que mantuve aquella conversación con él y aquel en que me introdujeron en el tren, ya fuera a causa de que Nicolai Nicolaievich hiciera telegrafiar a mi regimiento para aumentar el castigo de Konstantin Ilich y le hubieran respondido entonces que éste había muerto, ya fuera porque la noticia de la muerte de von Pufendorf hubiera llegado independientemente de eso. También podía haber ocurrido que el gran duque se quejara al viejo Elias von Pufendorf (quien debía de ser, a su vez, tan parecido a mi padre, y por ende también al gran duque, como yo a su hijo) por la insolencia de Konstantin Ilich y se enterara así de que éste ya no vivía. Sólo de este modo, o de uno parecido, pudo haberse desarrollado la historia. No podía haber ocurrido de otra manera. Y, sin embargo (me parecía), aquella confusión daba al asunto su verdadero sentido. Me complacía imaginando qué había ocurrido en el alma del gran duque una vez que se hubo enterado de mi desaparición del frente. En efecto, inmediatamente debía de haber ordenado que se interrogara al padre del colono a quien yo sustituía; esto me parece seguro. Y allí, por segunda vez, volvieron a encontrarme, es decir, creyeron haberme encontrado verdaderamente a *mí*. Pero mi aspecto ya no era el mismo; yo era otro enteramente distinto de aquel que se había presentado en el picadero. Lo cierto es que cada vez que quiere uno probar la identidad de un hombre se encuentra con que el terreno cede bajo sus pies. ¿Es que alguna vez sabemos nosotros mismos a quién representamos en verdad? ¡Pobre Wilhelm Hagemann! ¡Pobre comandante de los húsares de Grodno, que no consiguió atraparme! ¿Y Nicolai Nicolaievich? No pudo sino haber quedado persuadido de que había estado hablando con el espíritu de Konstantin Ilich, muerto hacía unos días antes, y que aún después de la muerte, y en su condición de escéptico y gruñón, había vaticinado la derrota de Rusia. En efecto, los signos que nos da el destino tienen mayor o menor significación en la medida en que nosotros mismos seamos capaces de dársela… En todo caso, seguramente el gran duque quedó convencido de que la catástrofe era inevitable, pues quizá pueda dudarse de la palabra de un soldado, pero no de la palabra de un soldado muerto.»

2

Y así el hombre terminó su relato. Sobrevino un momento de silencio durante el cual sólo se escuchó el murmullo de la conversación de los demás invitados, que se hallaban sentados más lejos; luego, Flesse dijo:

—Si no nos hubieras explicado que sólo las historias irreales merecen contarse… diría que la tuya es verdadera.

El desconocido se encogió de hombros, sonriendo.

—Nunca hay que destruir la ilusión de nadie —dijo—; por lo menos revelándole que se trata de una verdad.

—¿Y por qué —intervino el coronel—, por qué crees que es más digna de crédito la palabra de un soldado muerto que la de uno vivo?

El desconocido se volvió y clavó sus ojos en los del coronel.

—Podría replicarte —manifestó— que los muertos no mienten, sólo que, en primer lugar, esto sería demasiado fácil y, en segundo lugar, no es cosa que esté probada. ¿Cómo se dice en un proverbio? «Un perro vivo es mejor que un león muerto»… O algo parecido. Pero me parece que un soldado muerto vale más que un soldado vivo.

—¿Cómo dices? —preguntó el coronel—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Los muertos —replicó el desconocido—, desde luego, ya no hablan. Pero si un soldado muerto pudiera hablar sólo entonces sabríamos lo que es en realidad un soldado.

—¿Por qué? —preguntó el coronel—. ¿Por qué tendría que estar primero muerto?

—Porque el hombre que se convierte en soldado debe estar dispuesto a morir, porque un soldado que no ha caído en acción no ha realizado todo lo que estaba determinado a cumplir. Y el soldado está determinado a morir.

—Pero en modo alguno jura morir a toda costa —dijo el coronel—. Sólo jura que sacrificará su vida. Si verdaderamente la pierde, ¿a quién beneficiaría esto? Evidentemente, sólo al enemigo. ¿O crees tal vez que el honor de un ejército se cifra en el número de sus sacrificios? El honor de un ejército se mide por sus victorias.

—Veo que no nos entendemos del todo —replicó el desconocido—. Yo hablo de los guerreros en sí; tú, en cambio, del oficio militar.

Al decir esto, como invadido de una especie de distracción, aproximó la punta de su dedo a la condecoración del coronel, como si quisiera tocarla.

—Tú hablas del aspecto práctico de la cuestión —agregó—, y yo, del espíritu militar. Porque una victoria depende (aparte de la valentía de las tropas) de la habilidad del estado mayor y de la suerte general de la guerra. Pero el comportamiento honroso de un soldado sólo depende de sí mismo. Y el honor supremo en la vida del soldado es la muerte. De cualquier manera que haya terminado una guerra, el pueblo venera, de todos modos, a sus muertos. En general, nunca se comprende el sentido de una guerra mientras ésta dura, sino después, cuando se convierte en historia. Puede que esto que digo suponga conceder demasiada relevancia a los historiadores, pero ¿importa verdaderamente establecer cómo ocurrieron las cosas, los acontecimientos? Lo que importa es establecer cómo son. No existe nada del pasado que no esté en el presente, y nada acaeció realmente salvo lo que todavía es. Como fue carece de importancia. Sólo importa lo que representa para nosotros.

El coronel quiso replicar algo, pero no consiguió hacerlo, pues el desconocido continuó:

—¿Qué significan, por ejemplo, para nosotros las batallas de Borodino, de Plevna, de Aladia Dagh? ¡Recuerda alguien aún quién resultó vencedor en Höchst, en Harsany, en Thionville! Sólo sabemos que en todos aquellos lugares donde tuvieron lugar las batallas cuyos nombres llegan hasta nuestros oídos, héroes, heridos y muertos tiñeron la tierra con su sangre. Más aún: en los numerosos amaneceres que se levantaron sobre los campos de batalla, amaneceres claros o neblinosos, sofocantes o helados, después de noches pasadas en vigilia, tal vez los guerreros, llevados unos contra otros a la lucha, ni siquiera supieran los designios de sus jefes. Sólo sabían que se hallaban en guerra. Estaban persuadidos de que, siendo soldados, debían sacrificarse cuando retumbaran los tambores y sonaran los clarines.

De nuevo el coronel quiso replicar algo; pero, igual que antes, el desconocido no le dejó tomar la palabra. Parecía ser víctima de una necesidad irresistible de hablar. De manera que continuó exponiendo sus opiniones a pesar de que sólo un instante antes había dado término a su larga historia.

—Independientemente de lo que se piense de las guerras, lo cierto es que sólo los muertos las hacen sagradas. El sacrificio que ellos cumplen es más glorioso que una victoria. Las banderas plegadas que se conservan en iglesias y arsenales nos hablan de ellos, y las letras de oro grabadas en el mármol de los monumentos en que se hallan sepultados sólo a ellos cantan loas. Porque, en efecto, no hay gloria sin duelo. Ya ves, pues —terminó diciendo el desconocido con satisfacción—, que el momento más glorioso de la vida de un soldado es aquel en que éste cae.

—Cierto —admitió el coronel pensativamente—, pero ello no autoriza a reprochar a nadie el haber sobrevivido a la acción. Es suficiente que un soldado esté dispuesto a dar su vida, lo cual vale tanto como si realmente la hubiera dado. Por lo demás, no ha de ser difícil morir cuando uno no piensa en ello, pero ya es un acto heroico ir a la batalla sabiendo que uno debe morir. La naturaleza favorece el nacimiento de la vida con el placer, así como pretende detener su extinción rodeándola de toda suerte de sinsabores. Además, no puede compararse la muerte de un hombre con la de otro, de modo que sería superfluo, como tú propones, interrogar a los soldados muertos. No sé qué podrían decir que los vivos no dijeran.

—Pues podrían, por ejemplo, preguntar —replicó el desconocido— por qué sus camaradas aún viven.

—Viven —dijo el coronel frunciendo el ceño—, viven, o más bien, no pudieron morir, porque un día se les declaró que habían dejado de ser soldados.

—Un soldado nunca deja de ser soldado —exclamó el desconocido.

El coronel no respondió enseguida. Evidentemente pensaba en quién podría ser aquel hombre que le estaba dando una conferencia sobre las virtudes militares. Se disponía por fin a replicar algo cuando el desconocido dijo:

—Pero, a fin de cuentas, ésta es una conversación poco oportuna. El honor militar está hoy confinado a los cursos académicos, el orgullo, olvidado, y la gloria, desvanecida. ¡Ah, la gloria! ¿En qué consiste realmente la gloria? En el ruido que se hace en torno al silencio de los héroes. O, en el mejor de los casos, en el conmovido reconocimiento de los contemporáneos y de la posteridad. Muy bien, pero ¿qué diríamos de un hombre que obrara sólo con miras al reconocimiento? También el soldado obra honrosamente porque no puede obrar de otra manera. Que haga un hombre decente sólo el intento de comportarse indecentemente; pues no lo logrará. ¿Qué significa, entonces, toda esa glorificación? Algún poeta (creo que fue Ossian) sostiene que «los espíritus de los muertos en el combate se inclinan, esperando oír las loas que se entonan en su honor». No puedo creerlo. Glorificar significa callar y, aunque los demás olviden lo que uno es y lo que será, en el fondo permanece uno siendo soldado. Aunque haga ya mucho tiempo que no vestimos el uniforme, continuamos comportándonos como soldados.

—Indudablemente —asintió el coronel—, aunque yo mismo no sé exactamente cómo debo obrar, pues no puedo considerar actitud muy militar el hecho de que no sepa qué hacer con mi tiempo.

—Aun cuando te hubieras retirado en medio de la paz más completa ya no habrías sabido qué hacer —

dijo el desconocido—; pero no es eso lo que quiero decir, sino que bastará que te ocurran ciertas cosas para que vuelvas a ser el que fuiste.

—Pero lo cierto es que no me ocurre nada —dijo el coronel—. Sí, es exactamente eso; todo el mundo hace ahora como si no hubiera ocurrido nada y como si en adelante nunca fuera a ocurrir nada.

—En todo momento —replicó el desconocido— ocurren incomparablemente más cosas de las que sospechamos, y en todo momento el mundo se comporta como si nada ocurriera. Desde luego que nada determinado puede predecirse con certeza. No existen las verdaderas predicciones. Sólo sabiendo todo cuanto ocurrió podría uno vaticinar lo que habrá de ocurrir. Pero como acaecen infinitas cosas, bien podemos inferir que las que tienen que producirse aún son también infinitas, si bien, naturalmente, resulta algo penoso esperar que se produzcan sucesos exteriores antes de que uno mismo obre. Mejor sería obrar por uno mismo. Así o así; en cada instante puedes volver a encontrar una ocasión de confirmar tus virtudes…, tú y los tuyos.

—¿Quiénes son… los míos?

—Tu regimiento.

—Ya no existe.

—Pues entonces lo que aún queda de él. Quizá ustedes podrían encontrar todavía lo que les fue negado.

—Pero ¿qué es lo que nos fue negado?

—Morir como soldados.

—Ésa es tu idea fija —replicó el coronel, encogiéndose de hombros y arrojando la ceniza del cigarrillo de boquilla de papel en una concha puesta en una consola de espejo—. Lo único que te importa es contar las bellas historias que pretendes haber vivido.

—Y, sin embargo —replicó el desconocido—, en cierto modo, ya estaba yo muerto cuando representé aquella historia.

Pero luego, como si quisiera poner fin a la conversación, que no parecía conducir ya a nada, preguntó:

—¿Puedes decirme quién es el joven que estaba con tu hija?

El desconocido formuló esta pregunta sin volverse siquiera hacia las dos personas de las que hablaba. El coronel miró en la dirección en que Gabrielle y Engelshausen estaban sentados… o, mejor dicho, donde habían estado sentados, pues los sillones que ocupaban se hallaban vacíos. Debían de estar en otra habitación. Absorbido por la conversación, el coronel no lo había advertido. Por eso, le pareció aún más singular el hecho de que el otro lo hubiera descubierto sin volverse para mirar.

—Es el señor von Engelshausen —dijo por fin Rochonville—. Uno de los oficiales de mi regimiento —se creyó obligado a agregar.

—Pues entonces —exclamó el desconocido—, todavía queda alguno de tu regimiento.

—En este caso no es del todo así —dijo el coronel—. A decir verdad, podría también afirmar que ese joven nunca sirvió en mi regimiento. Es el suyo un caso extraño, aunque puede que hayan ocurrido muchos semejantes. Realizó sus cursos de la Academia, y apenas fue destinado a mi regimiento el ejército comenzó a disolverse. Cuando llegó al frente nosotros acabábamos de abandonar nuestras posiciones y ya nos disponíamos a emprender el camino de vuelta. Engelshausen no pudo, pues, hacer otra cosa que retornar, también él, y sólo tuvo oportunidad de presentarse ante mí en el preciso momento en que yo deshacía el regimiento.

—Es muy doloroso —manifestó el desconocido, que por primera vez parecía creer realmente en lo que decía—, pero no abrigo la menor duda de que, si hubiera encontrado ocasión, habría probado sus virtudes.

Y al decir esto, el hombre dedicó a los presentes una ligera reverencia y abandonó el grupo.

—¿Quién es? —preguntó inmediatamente el coronel. Flesse le informó que era un capitán de caballería llamado Gasparinetti.

—¿De qué regimiento? —preguntó el coronel. Estaba seguro de no haber oído nunca aquel nombre en el ejército. Sin embargo le parecía que lo conocía de otro lugar, sólo que no podía recordar dónde lo había oído. Tal vez lo hubiera leído en alguna parte. Por lo demás, Flesse no sabía a qué regimiento pertenecía Gasparinetti.

—De todos modos, es un hombre notable —dijo.

En ese momento, Gabrielle se acercó al coronel, pero ya no estaba acompañada del joven Engelshausen. Era la hora en que toda la concurrencia se disponía a despedirse. Sería la una de la madrugada. Los invitados se despidieron y abandonaron las distintas estancias. En el vestíbulo una de las criadas ayudaba a los visitantes a ponerse los abrigos; la otra, que había bajado hasta la puerta de la calle para abrirla, permanecía de pie junto a ésta.

Mientras Rochonville se ponía el abrigo quiso preguntar a su hija acerca de Engelshausen, pero ésta se le

adelantó y le manifestó que el joven se había ofrecido a llevarlos en su coche, a ella y al coronel, hasta su casa.

Permanecieron, pues, esperando un rato en el vestíbulo mientras los otros invitados, de los cuales ellos ya se habían despedido, se ponían sus abrigos y sombreros y volvían nuevamente a saludarlos. Sólo que Engelshausen no aparecía. Supusieron que debía de haber salido a la calle para buscar su coche; bajaron entonces hasta el portal.

En la escalera se les unió Gasparinetti. Llevaba un sobretodo poco entallado y un pañuelo de seda blanca en el cuello. Se había puesto el sombrero algo inclinado y echado sobre los ojos y llevaba las manos metidas en los bolsillos. Anduvieron arriba y abajo por el patio, mientras Gasparinetti no dejaba de hablar, es decir, sólo hablaba con Gabrielle, pues el coronel no intervenía en la conversación. A su juicio, Gasparinetti era decididamente un charlatán.

Una de las hojas del portal permanecía abierta y, junto a ella, esperaba la criada. Frente a la casa no se veía ya más que un coche; debía de ser el de Engelshausen, pero el joven no estaba en él. Enviaron entonces a la criada al piso superior, para que preguntara si Engelshausen se hallaba aún en la casa. Mientras tanto, el capitán de caballería no dejaba de conversar con Gabrielle. Al cabo de un rato, volvió la criada e informó que Engelshausen no estaba en el piso de arriba, pero que en el vestíbulo había visto un abrigo y un sombrero que, evidentemente, le pertenecían.

Los tres cambiaron una mirada y luego el coronel dijo que si Engelshausen no estaba en la casa tendrían que volver a pie. Pero Gabrielle replicó que, con sus zapatos de *soirée,* no le sería agradable andar y luego preguntó si no era posible hacer saber a Engelshausen que lo estaban esperando.

El coronel, pues, volvió a subir junto con Gabrielle por la escalera y, extrañamente, también lo hizo Gasparinetti, aunque, a decir verdad, todo aquello no le concernía.

—¿Estás segura de que Engelshausen te dijo que iba a llevarnos? —preguntó el coronel a su hija.

—Sí, desde luego —replicó ésta—. Pero, de todos modos, debe de estar aquí, porque de otra manera su coche habría partido.

En el vestíbulo vieron el sombrero y el abrigo de Engelshausen, y en el salón encontraron a los Flesse que, con ayuda de la criada que había permanecido en el piso superior, se disponían a restablecer ligeramente el orden de los muebles.

Cuando entró en la estancia, el coronel se disculpó por haber vuelto y manifestó que buscaba a Engelshausen. Los Flesse se mostraron sorprendidos y dijeron que tampoco ellos lo habían visto. ¿No sería que ya se había marchado?

—Pero ¿no se despidió de ti? —preguntó Flesse a su mujer.

La señora respondió que no lo recordaba. Y Gasparinetti opinó que, cuando tanta gente se marcha al mismo tiempo, no es en modo alguno indispensable despedirse personalmente.

—¿Cuándo hablaste, pues, por última vez con Engelshausen? —preguntó el coronel, volviéndose hacia su hija.

—Hace muy poco —respondió ésta.

—¿Y dónde fue? —preguntó el coronel.

—Aquí —dijo ella—, en una de estas habitaciones. No sé exactamente en cuál de ellas.

Se pusieron, pues, a recorrer los diversos cuartos; había algunas ventanas ya abiertas, otras continuaban cerradas, de manera que en las habitaciones de estas últimas el aire estaba colmado de humo de los cigarrillos y del olor del de la chimenea. Las velas, a medio consumir, mostraban una llama vacilante. La inquieta luz que lanzaban jugueteaba y se reflejaba en los cuadros pintados al óleo, en los que las figuras de los personajes retratados, que en su mayor parte llevaban blancos uniformes, parecían animadas de espectrales movimientos, como sofocadas en medio del humo. Gasparinetti continuaba hablando, como si fuera víctima de un nervioso acceso de locuacidad.

Por fin llegaron a un cuarto en el que las bujías ya se habían apagado. Todavía se percibía en el aire el olor de la cera quemada. Durante un instante permanecieron todos de pie, inmóviles, en las tinieblas saturadas de humo y de calor.

Luego Flesse hizo girar la llave de la luz. La habitación estaba tapizada con brocado rojo, las paredes, cubiertas de cuadros y los muebles adornados con abanicos de marfil y miniaturas. En una vitrina se exhibía porcelana pintada. Las cortinas de la ventana estaban corridas, lo cual producía la impresión de que todo aquel cuarto estuviera forrado. Un biombo de pulida madera de palisandro, en el que se veían grabados de cobre coloreados, estaba extendido en el centro de la habitación.

Sobre la mesa, entre algunas copas vacías, una bombonera, ceniceros de plata y diversos objetos, se veía una botella de *chartreuse.* A los pies del diván tapizado de seda, desplomado en el suelo y en una posición

que hacía parecer extrañamente informe el cuerpo, yacía Engelshausen.

3

A primera vista parecía tendido de espaldas, pues su rostro miraba hacia el techo. Pero un examen más atento revelaba que se encontraría boca abajo si aquel rostro no hubiera estado dirigido precisamente hacia arriba. Miraba, de manera absolutamente insólita y desconcertante, por encima de la espalda, con cuya posición la cabeza no encajaba de ningún modo. También de manera inquietante los brazos estaban doblados por debajo del cuerpo y las piernas parecían indolentemente recogidas y, por así decirlo, puestas al azar, de suerte que el conjunto ya no guardaba ninguna relación con el aspecto normal de la figura humana. El pantalón estaba tan arremangado en una de las piernas que, más allá de la media, dejaba ver un trozo de piel. El cuerpo yacía en una inmovilidad absoluta.

Lanzando un gemido, la señora von Flesse se dejó caer en una silla y se cubrió el rostro con un pañuelo. Los hombres se acercaron al cuerpo tendido. Su figura parecía singularmente empequeñecida. En general, los muertos sólo producen la impresión de haberse reducido en sus formas después de una larga enfermedad que los ha consumido. Pero también ocurre que personas muertas súbitamente parezcan a menudo mucho más pequeñas que en vida. Es como si el cuerpo perdiera una parte esencial de su peso. También las personas muertas por una caída parecen empequeñecidas. Así como el mundo está constituido en su mayor parte por movimiento, y sólo en escasa medida por masa, el hombre está constituido principalmente por su porte y modo de ser, y en menor grado, por su cuerpo. Cuando perece lo primero, lo que queda no es casi nada, se desmigaja y pronto es como si nunca hubiera existido.

La boca y los ojos de Engelshausen permanecían abiertos. La lengua asomaba por un ángulo de la boca. El rostro presentaba un extraño color. Bien podía haberse pensado que era enteramente oscuro. Pero ese tinte oscuro no se manifestaba sino en algunas partes del semblante que, uniformemente pálido, parecía cubierto por una capa de crema blanca. En la mejilla izquierda presentaba un hematoma debido, sin duda, a un golpe.

Rochonville tocó el cadáver y comprobó que ya estaba frío o, por lo menos, que no poseía la temperatura normal. Ese poquito de calor que atestigua la vida ya se había disipado, como el calor de un pájaro. Ya debía de hacer un cuarto de hora que Engelshausen estaba muerto. Después de haber permanecido un buen rato inclinado sobre él, observándolo, Gasparinetti manifestó que Engelshausen tenía el aspecto de alguien a quien se hubiera llevado el diablo.

El coronel, a quien indignó esa manera de expresarse, preguntó a Gasparinetti qué debía entenderse por sus palabras; a esto, Gasparinetti se justificó diciendo que, por lo visto, a Engelshausen le habían torcido el cuello, procedimiento que, como es sabido, emplea el diablo para llevarse a los hombres.

—¡Torcido el cuello! —exclamó el coronel irritado. Y luego preguntó a Gasparinetti si creía que era cosa sencilla o posible retorcerle a alguien el cuello. El capitán de caballería respondió que fuera o no cosa sencilla, lo cierto es que Engelshausen presentaba el cuello torcido. Porque, de no ser así, ¿cómo podía tener el rostro en el lugar de la nuca? Y al pronunciar estas palabras, se irguió visiblemente ofendido. Luego se aproximó a la ventana. Allí pareció que consideraba por fin conveniente quitarse el sombrero, que durante todo aquel tiempo había conservado en su cabeza, incluso en las habitaciones. Luego descorrió las cortinas de la ventana. Las hojas de ésta estaban sólo entornadas, probablemente porque se había querido establecer mejor ventilación. El capitán abrió enteramente la ventana. La señora von Flesse comenzó a lamentarse en voz alta. Se preguntaba cómo era posible que hubiera ocurrido todo aquello, y Flesse replicó, con viveza, que eso ocurría por invitar continuamente gente a la casa, manifestación de la cual los demás infirieron que la responsable de las continuas invitaciones era la señora von Flesse y que a su marido no le gustaban tales reuniones. Pero aquél no era realmente el momento de hacer reproches a los dueños de la casa. La señora von Flesse preguntaba quién podía haber dado muerte a Engelshausen; exigía que se le hiciera saber qué motivo podía existir para que ocurriera semejante cosa. Pero nadie pudo darle explicaciones. Evidentemente había sido uno de los invitados.

—¡Oh, es espantoso! ¡Es horrible! —gimió la señora von Flesse.

El coronel quiso poner el cadáver sobre un diván, pero Flesse manifestó su opinión de que era mejor que no lo hicieran y que el cuerpo quedara donde estaba hasta que la policía lo examinara.

—Pero, por Dios, ¿cuánto tiempo permanecerá aún allí tendido? —gritó la señora von Flesse. ¡Su habitación era contigua a la del crimen!

En efecto, aquel cuarto se encontraba junto al dormitorio de la señora von Flesse. El coronel, irritado por la actitud de Gasparinetti y por los gritos de la señora, ofreció a ésta el brazo para conducirla fuera de la habitación, mientras Flesse se apresuraba hacia el vestíbulo para telefonear a la policía. Gabrielle, que durante todo aquel tiempo no había pronunciado palabra, le siguió. El último en salir del cuarto fue el capitán de caballería.

La señora von Flesse impidió una tentativa de los hombres de discutir el caso al sostener que sólo el amante de alguna de sus criadas podía haber cometido el crimen, porque resultaba enteramente ridículo creer que sus invitados pudieran matarse unos a otros. Se llamó a las muchachas, pero éstas explicaron que no tenían ningún novio. Sin embargo, la señora von Flesse parecía poseer buenos motivos para dudarlo. No creía en una vida tan falta de amores.

Cierto es que admitía los galanteos y amoríos sólo en la llamada «buena sociedad», pues en otras capas sociales le parecían espantosos. Continuamente se imaginaba que los amantes de sus domésticas se hallaban escondidos en alguna parte de la casa. Sobrevino un agrio intercambio de palabras, en el curso del cual una de las criadas, indignada, salió corriendo de la habitación. La otra, que era fea, se quedó llorando. Von Flesse, a quien le resultaban intolerables las insinuaciones eróticas de su mujer, hizo salir a la muchacha de la sala. Sin embargo, Gasparinetti sostuvo que, a pesar de todo, las sospechas de su excelencia no llevaban una dirección equivocada, ya que en los círculos sociales que se ha dado en llamar mejores es muy difícil encontrar a alguien que posea la fuerza necesaria para retorcer el cuello de un ser humano. Porque, como el coronel acababa de señalar justamente, se necesitaba mucha fuerza para llevar a cabo aquel acto. Tenía que tratarse de un mecánico, de un mozo de cuerda o de un carnicero. ¡Pero cómo semejantes obreros podían haber estado entre los invitados!, decía la señora von Flesse, a lo cual el capitán de caballería observó que el asesino no tenía por qué ser necesariamente uno de los invitados.

—Pero ¿quién entonces? —preguntó Flesse, y luego comenzó a contar que él mismo había conocido personalmente a cierto conde Wagensperg, capaz no sólo de partir entre sus dedos un mazo de naipes o una moneda, sino también de enrollar una fuente de plata como si se tratara de una hoja de papel; y lo más singular del caso era que aquel hombre desempeñaba funciones puramente intelectuales en la administración del gobierno.

Gasparinetti opinó, por su parte, que el desgarrar un mazo de naipes era cosa debida únicamente a un truco, y bien pronto cada uno se vio ocupado en defender su propio punto de vista en la cuestión; en eso estaban cuando llegó la comisión policial compuesta por varios empleados vestidos de civil que fueron inmediatamente introducidos en la habitación en la que yacía Engelshausen. Allí permanecieron un buen rato, sin duda para fotografiar el cadáver e investigar el lugar. Los dueños de la casa y los invitados tomaron asiento y se pusieron a escuchar.

Por último volvieron a aparecer los funcionarios, que pidieron una lista de los invitados que habían asistido aquella noche a la velada.

Aun antes de que Flesse hubiera terminado de hacer la lista, el comisario que dirigía la comisión sometió a los demás a una especie de interrogatorio.

Pudo así establecerse, en primer lugar, que entre el momento en el que Engelshausen fue visto por última vez y el momento en que se encontró su cadáver habían pasado aproximadamente tres cuartos de hora. Los invitados que en ese tiempo crítico estuvieron en la reunión fueron excluidos de la lista como no sospechosos.

Evidentemente, Gabrielle Rochonville fue la última persona que habló con Engelshausen.

El cuadro general de la situación que por fin pudo trazarse fue más o menos el siguiente:

Después de haber pasado un buen rato conversando entre los demás invitados, Gabrielle y Engelshausen se habían levantado de sus asientos para recorrer los distintos salones de la casa. Así llegaron a la sala roja, en la que no encontraron a nadie. Ambos jóvenes se sentaron en el diván, fumaron cigarrillos y bebieron algunas copas de *chartreuse* de una botella que encontraron sobre la mesa.

Mientras tanto, nadie había penetrado en aquella habitación. En el curso de la charla, Engelshausen se había ofrecido para llevar en su coche a Gabrielle y al coronel hasta la casa. Entonces Gabrielle había salido del cuarto para comunicar a su padre el ofrecimiento de Engelshausen, de manera que éste se quedó solo en la sala. Como los invitados estaban ya a punto de marcharse, Gabrielle sólo pudo hablar a su padre en el vestíbulo.

Después de las diez y media de la noche —según declararon las criadas— no había entrado en la casa ningún otro invitado (ni tampoco persona alguna), de manera que el hombre que había dado muerte a Engelshausen sólo podía ser uno de los visitantes, o bien alguien que, habiendo entrado por una de las ventanas, hubiera salido asimismo por una ventana del piso; era de suponer que lo hubiera hecho a través

de la de la sala roja, que Gasparinetti había abierto de par en par después de haberla encontrado, detrás de las cortinas, simplemente entornada. Por lo demás, las criadas manifestaban a este respecto que, al comienzo de la reunión, la ventana no estaba ni entornada ni con las cortinas corridas, sino que, por orden del señor von Flesse, había quedado abierta de par en par, a los efectos de permitir una buena ventilación en la caldeada casa. Alguien tenía, pues, que haberla entornado y haber corrido las cortinas; Gabrielle confirmó, por lo demás, que, al entrar ambos en la habitación, Engelshausen había cerrado la ventana.

La casa de los Flesse se hallaba en el primer piso del edificio. El jardín al que daba la ventana en cuestión era tan sólo un gran patio rodeado de casas. La pared del edificio en que vivían los Flesse presentaba un emparrado silvestre que se elevaba hasta lo alto del entrepiso. Pero todos los porteros de las casas vecinas manifestaron que, después de las diez de la noche, ningún desconocido había entrado. De manera que si realmente alguien se había introducido en la morada de los Flesse a través de la ventana que daba al jardín, tenía que ser una persona que viviera en una de las casas vecinas. Sin embargo, no se encontraron ni huellas de pisadas en el suelo, debajo de las ventanas de los Flesse, ni rastros de tierra del jardín en el balcón o en las alfombras de la habitación.

Gasparinetti seguía con visible impaciencia el curso de las investigaciones. Iba de un cuarto a otro, consideraba con el ceño fruncido la actividad que desplegaban los agentes policiales y, de cuando en cuando, se daba en la pierna unos golpecitos con el sombrero, que sostenía en la mano derecha.

—Todo esto —dijo por fin dirigiéndose a Flesse—, todo esto, es decir, el modo de llevar a cabo la investigación, me parece insensato. Detesto esta manera de mirar las cosas a través de la lupa, de arrastrarse por el suelo, de fotografiarlo y de medirlo todo. Semejante procedimiento puede, ocasionalmente, ser bueno, pero en modo alguno hay que tenerlo como principio exclusivo. Es indigno de un hombre que posee alguna inteligencia tomarse todos estos trabajos que lo cubren de sudor, cuando la más sencilla reflexión (en el caso, claro está, de que pudiera hacerla) lo llevaría al fin buscado.

—¿Qué clase de reflexión? —preguntó Flesse.

—Cualquiera —replicó Gasparinetti—, cualquier clase de reflexión, pero que haya alguna. Lo que importa es reflexionar. Por ejemplo, ante todo, habría que preguntarse por qué motivos pudo alguien dar muerte a Engelshausen. Pero ¿se atentó verdaderamente contra su vida? ¿No será Engelshausen, tal vez, la víctima de un equívoco, de la casualidad o del absurdo? Nos resistimos a creer en los absurdos trágicos, pero no podemos negar que lo trágico es ya en sí mismo absurdo. Y si el crimen no se cometió por un ciego azar, ¿qué hacía Engelshausen, en qué ocupaba su tiempo, a qué se dedicaba diariamente? ¿Quiénes eran sus enemigos? Y sobre todo, ¿quiénes eran sus amigos? ¿Con qué mujeres mantenía relaciones? ¿De qué tipo era su relación con Gabrielle Rochonville? ¿Qué habló con ella en ese cuarto en que ahora yace? ¿Qué hizo allí? ¿Estaba cerrada la puerta? ¿Pudo Gabrielle, al abandonar la habitación, cerrar la puerta después de salir? ¿O lo hizo otra persona? Porque lo cierto es que la puerta estaba bien cerrada cuando nosotros llegamos… Pero dime, ¿crees que el comisario se habrá informado ya sobre todo esto? Es seguro que los agentes de policía ya han contado el dinero que el muerto tenía en los bolsillos… Pero comunicar a sus padres lo ocurrido es algo en lo que nadie ha pensado aún.

—¿Te parece? —dijo Flesse—. Esto es, quería decir… ¿lo crees realmente así? Lo cierto es que hacía la corte a la Rochonville, como todo el mundo sabe.

—Sí —dijo Gasparinetti—, pero, por ejemplo, ¿por qué la dejó volver sola a la reunión y él se quedó en aquella sala? Has de admitir que, por lo menos, no es esto lo que suele hacerse; cuando uno abandona la reunión con una dama, debe acompañarla al volver a ella. Y, ¿por qué Gabrielle no fue enseguida a comunicar a su padre que Engelshausen quería llevarlos en coche hasta su casa? ¿Por qué se lo manifestó sólo cuando se encontraron en el vestíbulo? Ella dice que todo el mundo se disponía ya a marcharse. Pero ¿cuál fue el verdadero motivo por el cual dejó solo a Engelshausen? Y además, ¿qué clase de persona es Gabrielle Rochonville? ¿En qué ocupa sus días? ¿Cuáles son sus amigos?

Flesse lo miró fijamente.

—¿Sabes algo sobre eso? —preguntó.

—No —respondió Gasparinetti—; pero el comisario debería informarse.

—No creo que sea ésa la tarea de esa comisión —replicó Flesse—. Dudo hasta de que tenga el derecho de formular semejantes preguntas… independientemente del hecho de que, quizá, no se llegara a conocer la verdad a través del interrogatorio que tú propones.

—Todos los seres humanos dicen la verdad —replicó Gasparinetti—. La dicen incluso cuando mienten. El oficio del que interroga consiste en descubrir la verdad de las mentiras.

—Eso no es más que una manera de hablar —dijo Flesse—, pues, ¿quién sería realmente capaz de lograr semejante cosa?

—Las verdades —dijo el capitán de caballería— siempre se consideran modos de hablar. Es una manera que tenemos de ocultarnos a nosotros mismos nuestra conciencia intranquila.

—Y bien —dijo Flesse—, ¿qué piensas de toda esta historia?

—No me corresponde a mí juzgarla —dijo el capitán—. Sólo quería decir que me parece inútil que se nos retenga aquí mientras los agentes de policía examinan los balcones a través de sus lupas.

Y al decir esto, volvió a emprender sus idas y venidas a través de las distintas salas.

Mientras tanto, se había establecido que tampoco las criadas, desde la cocina o desde alguna otra parte de la casa, habían oído algún ruido o grito que permitiera conjeturar lo que había ocurrido en el cuarto rojo. Éste no mostraba, por lo demás, ninguna señal de lucha. Parecía como si Engelshausen ni siquiera hubiera podido defenderse. Todo indicaba una gran resolución y una enorme fuerza por parte del asesino. La comisión policial no pudo determinar con precisión cuál era la naturaleza de la herida.

Después de obtener estos resultados, el comisario y sus agentes se retiraron. Gasparinetti se quedó mirándolos cuando se marchaban, y luego, haciendo un ademán como para expresar que no encontrarían nada, se despidió y también se marchó.

Cuando los demás volvieron a entrar en la sala roja encontraron el cuerpo de Engelshausen extendido sobre el diván. Además, los empleados de la policía habían puesto algún orden en su exterior. Cierto es que todavía los ojos estaban abiertos; pero su cabeza descansaba en el brazo del diván y el mentón estaba puesto sobre el pecho; ahora mostraba la boca cerrada. Pero, independientemente de esto, también la expresión de su rostro era otra. Cada vez que alguien salía por un rato de la habitación, al volver le parecía encontrar algún cambio en Engelshausen. Le había desaparecido la hinchazón del rostro, como si se hubiera retirado algo más lejos, hacia el interior del cadáver; la equimosis que presentaba en la mejilla continuaba aún destacándose con su color rojizo; y una arruga surcaba sus rasgos que no eran los suyos, sino tal vez los de sus antepasados, y también, quizá, los de los descendientes que ya no tendría.

Una mosca que zumbaba en el aire se posó cerca de la comisura de los labios.

—¡Pobre diablo! —exclamó el coronel. Luego le cerró los ojos, cosa que consiguió sólo después de algunos esfuerzos. Los señores discutieron sobre quién iba a llamar a los padres de Engelshausen, porque no era el caso de dejar que la policía lo hiciera. Flesse no quiso llamar, de modo que el coronel se decidió a cumplir ese deber.

La conversación le resultó penosa. El padre de Engelshausen dijo por fin que iría a la casa de Flesse. Al principio, el coronel estuvo de acuerdo con esa decisión, pero luego agregó que acababa de oír entrar a cierta gente que, evidentemente, debía llevarse al muerto.

—Pero ¿adónde? —preguntó el anciano—. ¿A casa?

El coronel no pudo precisarlo. Manifestó que iría inmediatamente a la residencia de los Engelshausen. Cuando bajaron el cadáver por la escalera, los Rochonville lo siguieron.

FONSECA

1

El sepelio se llevó a cabo sólo cuatro días después; a él asistieron los camaradas del regimiento del muerto. Eran éstos, aparte de Rochonville, el mayor Lukavski, el teniente Fonseca, el teniente primero Silverstolpe, y el cabo Slatin. El capitán Marschall von Sera no había asistido a la ceremonia. Se había disculpado porque debía cumplir con un compromiso impostergable.

El muerto había manifestado el deseo, claro está que ocasionalmente y sin abrigar el menor presentimiento de su próximo fin, de que lo enterraran vestido con el uniforme de gala. Por lo menos así lo afirmaba el viejo Engelshausen. Rochonville y Silverstolpe llegaron a la casa mortuoria donde yacía el camarada muerto. En los años que siguieron a la guerra, Engelshausen debió de haber engordado algo. El uniforme ya no se le cerraba sobre el pecho; en todo caso, no se le podía abotonar la chaqueta. Hubo, pues, que cerrarla con alfileres. Cierto es que bien podía haberse cortado por la espalda para poder abotonarla por delante, pero, por lo visto, a nadie se le había ocurrido tal cosa.

El muerto no llevaba ninguna condecoración sobre el pecho, ni la más insignificante. Sólo se veía el sencillo azul de la chaqueta que daba la impresión de ser curiosamente nuevo; en cambio, el oro de las estrellas y de las charreteras se mostraba ya un tanto desvanecido y, por debajo del oro, se percibía el rojo del cobre de los hilos. ¡Y cómo hacía notar aquello que el tiempo pasaba! ¡Si parecía que ayer mismo aquellas divisas resplandecían! Mientras tanto, la expresión del rostro de Engelshausen había vuelto a cambiar. Tenía el aspecto de un anciano con la nariz afilada como la hoja de un cuchillo. Ni siquiera la blanca venda que le circundaba la frente y que podría haberle conferido cierto aire juvenil, conseguía cambiar la primera impresión. La herida, que le atravesaba la mejilla desde la patilla hasta la nariz, se había oscurecido y asumido una tonalidad como de grafito, como si se hubiera trazado una línea sobre el rostro con un lápiz.

Pensando que la chaqueta de Engelshausen tenía que poder cerrarse mejor, Silverstolpe se acercó al muerto y, con ayuda de alfileres, juntó los bordes.

Aquello le hizo recordar un verso que debía de haber leído no hacía mucho en alguna parte, pues dedicaba bastante tiempo a la lectura:

Vous lui remettrez son uniforme blanc.

El entierro de Engelshausen se llevó a cabo bajo una lluvia torrencial. Es curioso el que nunca parezca convenir el tiempo a semejantes ceremonias. O bien llueve, o hace excesivo calor, o el tiempo se presenta demasiado tranquilo y amable; en suma, que las exigencias severas de estas ceremonias nunca encuentran un acuerdo con la naturaleza. Muchos parientes de los Engelshausen acudieron a la inhumación, todas

gentes de buen aspecto que, a pesar de haber decaído en su posición, llevaban con cierta dignidad y elegancia su indumentaria de duelo. También asistieron muchos de los invitados que habían estado en la reunión de los Flesse, e incluso los dos Flesse. En cambio, no se hizo presente Gabrielle Rochonville. El coronel comprobó con satisfacción también la ausencia del «charlatán» Gasparinetti. Se veían muchas coronas con cintas en las que podían leerse: «A su único hijo, sus desconsolados padres» y «A su camarada, los oficiales y hombres del regimiento Las dos Sicilias»; en esta última inscripción se daba a entender el tácito acuerdo de todos aquellos que no estaban enterados de lo ocurrido.

Tampoco se pronunció ninguna oración fúnebre. Y la verdad es que no habría habido mucho que decir, como no fuera que el muerto había sucumbido de modo trágico sin haber alcanzado ni la muerte del soldado ni una vida plena, aunque es muy difícil establecer cuál pueda ser el verdadero fin de una vida o de una muerte. Bien puede una breve vida alcanzar su fin y una vida larga ser estéril. En general, toda la ceremonia se realizó, por así decirlo, al margen de la realidad. Todos sentían que el mundo propiamente dicho no tomaba parte en ella. Era esa una época en que no se amaba a la muerte, sin que por ello se fuera capaz de vivir verdaderamente.

Casi al terminar la ceremonia, la lluvia dejó de caer. Luego los presentes abandonaron el cementerio formando distintos grupos. Los oficiales hablaban entre sí de todo aquel asunto. Cada uno de ellos tendió la mano al suboficial que, respetuosamente, se había mantenido apartado, pero que luego se sumó al grupo y escuchó la conversación de los oficiales.

—Los periódicos —dijo Lukavski— no traen ningún nuevo detalle. Pero, de todos modos, me parece posible, y hasta probable, que la investigación esté avanzando, pues siempre puede surgir algún elemento inesperado. Mis primas, las Cernuschio, me dijeron que conocían al comisario encargado de la investigación. Enseguida les pedí que me invitaran a su casa junto con él. No es el mismo comisario que estuvo en la casa de los Flesse. Aquella comisión sólo tenía por cometido establecer los hechos. Ahora otra comisión emprendió las verdaderas investigaciones, según me explicaron; de manera que otro comisario se hizo cargo del asunto. En todo caso, no es el mismo que estaba en la casa de los Flesse. Es uno de los Gordon. Su madre era una Lang, de los Lang von Eggendorf. Los Gordon eran industriales en Carintia. Además, están emparentados con los Chazal. Me encontré, pues, con un hombre joven, de cara rubicunda y bastante hinchada, como si hubiera pasado mucho frío. Todos los Gordon tienen esa cara. Llevaba un buen traje escocés de irreprochable corte. Los Gordon siempre manifestaron cierta afectación en mostrar las relaciones que tenían con las industrias extranjeras. Mamá sostiene que son gente de fortuna. Nadie se explica por qué este Gordon se hizo policía. Tal vez la misma familia lo haya deseado por algún motivo práctico. Cuando se enteró de que yo conocía a Engelshausen se mostró muy interesado o, mejor dicho, tal vez sólo hizo como que lo estaba. O bien pudiera ser que fingiera sentirse interesado tratando de ser cortés, cuando en realidad esta vez lo estaba realmente. Al hablarme, me miraba con una sonrisa estereotipada, un tanto comercial y un tanto mundana, como la de todos los Gordon, tal vez porque tengan la opinión de que se los considera demasiado buenos comerciantes para que se los pueda estimar sólo como gente distinguida. Según me pareció, no se manifestaba deseoso de hablar sobre el verdadero estado de la investigación; quizá porque aún no se ha llegado a ningún resultado, y quizá también porque no le esté permitido decir nada. Se hallaba cómodamente sentado, como si sólo hubiera ido a aquella casa a tomar té, y hacía como si fuera el menos competente de los hombres (según él decía) para entender en tales cuestiones y declaró que muchos otros se ocupaban de aquel caso, el cual, como todo procedimiento oficial, no podía despertar ningún interés personal en los funcionarios. Los Gordon siempre han fingido que no se interesaban por nada, hasta que venía a comprobarse que tenían puestas las manos en todas las cosas. De cualquier manera, era muy difícil sacarle algo. Se limitaba a hablar de lo que los diarios ya habían dicho. Los citaba como si merecieran fe absoluta. Ahora bien, toda la gente que se hallaba aquella noche en la casa de los Flesse sostiene que el hombre que cometió el crimen sólo pudo haberse introducido en la habitación por la ventana. Con todo, parece que la policía continúa sustentando la opinión de que debe de haber sido uno de los invitados. Se dice a este respecto que si, verdaderamente, un hombre extraño hubiera entrado de pronto por la ventana, Engelshausen, seguramente, habría hecho algún ruido y se habría producido algún desorden en la habitación, o algo parecido (cierto es que allí está la herida en la mejilla de Engelshausen), siendo así que nada permite deducir que se haya llevado a cabo una lucha propiamente dicha, ni que Engelshausen haya manifestado siquiera sorpresa. Debe de haber sido, pues, uno de los invitados; y Engelshausen no habría advertido la presencia del asesino, que se le habría acercado por detrás. En todo caso, este último tiene que haber tapado con una mano la boca de su víctima para luego cogerle entre sus dos manos la cabeza y quebrarle literalmente el cuello. A decir verdad, no puedo imaginarme que un invitado de los Flesse pudiera determinarse a hacer tal cosa. Suponiendo que alguno de nosotros quisiera asesinar a

alguien, es seguro que no se le ocurriría retorcerle el pescuezo como si se tratara de un ave, y esto sin tener en cuenta que, desde un punto de vista físico, no habríamos sido capaces de hacerlo. Otro aspecto oscuro de la cuestión es éste: ¿por qué el asesino, si no fue en un acceso de súbita e irresistible cólera, cometió el crimen en la casa de los Flesse, en un lugar en el que había tanta gente reunida y en el que, a cada momento, alguien podía sorprenderlo, en lugar de esperar una ocasión más favorable y elegir un lugar más propicio? Además, no tenemos la menor sospecha de cuál puede haber sido el motivo del asesinato. Pregunté a Gordon si Engelshausen llevaba una vida extravagante o desordenada que le hubiera concitado enemigos. Porque (así le dije) lo había conocido, a decir verdad, tan ligeramente que me era imposible formular un juicio sobre él o sobre su modo de vivir. Pero Gordon dijo que, por lo que había podido saber, la vida de Engelshausen era, naturalmente, la más clara y normal que pudiera pensarse. Pues, ¿por qué había de ser de otra manera? Teniendo en cuenta el carácter de mi interlocutor, no podía esperar yo otra respuesta. Le pregunté, pues, si él, Gordon, no creía que el crimen pudiera haberse cometido a causa de una mujer, ya que no podía pensarse en otro motivo. Pero Gordon me replicó enseguida que Engelshausen sólo mantenía relaciones enteramente superficiales con las mujeres.

El coronel, que caminaba un poco más adelante, miró hacia atrás y preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Señor coronel? —preguntó Lukavski.

—¿Qué entiendes por «relaciones superficiales» con las mujeres? ¿O mejor dicho, qué entiende por tal cosa ese hombre, quiero decir, ese comisario?

—Evidentemente —respondió Lukavski—, quiso decir que Engelshausen no tomaba demasiado en serio esas cosas y que, a su vez, lo más probable es que tampoco las mujeres por las cuales él se interesaba le concedieran una importancia especial.

—¿Sí? —dijo el coronel—. ¿Cómo lo sabe?

—Seguramente le han informado de los antecedentes de la vida de Engelshausen.

—Entonces no pudo ser una mujer la causa del crimen.

—Desde luego que no —dijo Lukavski—. La cuestión está en saber si lo que me dijo el comisario corresponde a sus verdaderas opiniones. Esto es algo que no sé; sólo puedo decir que, por su manera de aparentar credulidad obtuvo, por lo menos conmigo, un resultado exactamente contrario al que se proponía. En efecto, cuando me despedí de él, yo estaba persuadido de que aquel hombre sabía más de lo que me había confiado; pero, desde luego, que no tenía la obligación de decirme nada; por el contrario, quizá ni siquiera tuviera el derecho de revelarme algo.

Al cabo de un rato, el coronel dijo:

—¿Entonces crees que el móvil del crimen pudo ser una mujer?

—No lo creo —replicó Lukavski—; sólo me parece que esa posibilidad no está excluida.

El coronel guardó silencio, y como en virtud de su pregunta, en cierto modo, se había hecho cargo de la conversación, también permanecieron callados los otros. Mientras tanto, habían llegado a las puertas del cementerio y el cabo se dispuso a despedirse. El coronel, mientras lo miraba con expresión distraída, le tendió la mano y luego hicieron lo propio los demás oficiales.

—¿Y cómo le va a usted, Slatin? —preguntó Silverstolpe—. ¿Y su mujer? ¿Y su hija?

—Todos muy bien —repuso el cabo, que enseguida se separó del grupo.

—Probablemente —dijo Silverstolpe mientras lo seguía con la mirada— es el que mejor está de todos nosotros.

Slatin había sido uno de sus hombres. No sabía que viviera en Viena hasta que Silverstolpe lo encontró una vez por casualidad. Mientras sirvió en el regimiento Slatin no llamó la atención de Silverstolpe como un suboficial excepcionalmente bueno. Y bien, ahora, aunque tuviera un aspecto modesto, parecía un hombre próspero.

—La desgracia… —dijo Lukavski, quien se complacía en meditar en ciertas cosas—, no se nos envía la desgracia para que la superemos, sino que su único objeto es el de que sepamos sobrellevarla con honor.

Pero Silverstolpe dudaba de que Slatin considerara los cambios sobrevenidos en su vida como una gran desgracia.

El cabo se había casado al terminar la guerra y ahora dirigía el negocio que los padres de su mujer le habían dejado. Tenía una hijita, una niña muy bonita que Silverstolpe había visto una vez.

—Tal vez también nosotros deberíamos habernos casado —dijo Silverstolpe. Lukavski estaba casado, pero los demás continuaban aún llevando vida de solteros.

Pensaron en tomar un coche, pero como el coronel, sin pronunciar palabra, se dirigió hacia un tranvía, todos subieron al vehículo con él. Fonseca sostenía que el coronel viajaba siempre en tranvía por principio y

con cierta dignidad. Viajaron sentados, apretando los paraguas mojados contra sus cuerpos, pues el vehículo estaba lleno de gente e incluso en el pasillo viajaban algunas personas de pie. Fonseca conversaba con Silverstolpe, pero como el coronel permanecía callado, Lukavski tampoco habló.

Cuando llegaron al Ring se apearon todos y luego el coronel se despidió enseguida, como si no quisiera reanudar la conversación que él mismo había interrumpido en el cementerio. Los tres hombres se inclinaron respetuosamente.

—Espero que cuando nos veamos otra vez sea en una ocasión distinta de ésta, tan penosa —dijo el coronel.

Y después de decir esto, se alejó en dirección al parque de la ciudad.

Lukavski lo siguió con la mirada. Por fin se volvió hacia sus dos camaradas y les dijo:

—Quisiera hablar con ustedes unas palabras en mi casa.

—¿En tu casa? —preguntó Silverstolpe.

—Sí. Quisiera conversar sobre distintas cosas que no quería mencionar en presencia del coronel.

—Como quieras —dijo Silverstolpe después de un momento.

Durante el camino que hicieron a pie, charlaron de cosas sin importancia. Lukavski vivía en la Marokkanergasse, donde había alquilado un modesto apartamento. Su mujer salió a abrirles. Después de haber intercambiado algunas palabras con ellos mientras todos se quitaban los abrigos, la dueña de la casa hizo servir té. Permaneció con los oficiales alrededor de media hora y luego los dejó solos, alegando una excusa cualquiera.

—Lamento —dijo Lukavski cuando su mujer se marchó— que no haya venido Marschall. También me habría gustado hablar con él.

—Ayer me hizo saber —explicó Silverstolpe— que le era absolutamente imposible acudir a la ceremonia.

—Y bien —dijo Lukavski—, en primer lugar, quisiera exponerles otra vez todo este asunto y lo haré de manera minuciosa. De acuerdo con las declaraciones de mucha gente y el examen cuidadoso de todas las circunstancias, podría representarse cómo ocurrieron las cosas en casa de los Flesse aproximadamente del siguiente modo. Mientras se hallaban en aquella habitación, Engelshausen y Gabrielle Rochonville parecen haber sido encontrados y hasta sorprendidos en una situación capaz de haber provocado una reacción viva e inmediata de una tercera persona (esto es, la del asesino), reacción tan violenta que llevó a las trágicas consecuencias que conocemos. En efecto, no me parece que el crimen pueda explicarse de otra manera. Ambos pueden haber sido observados a través de una puerta (en tal caso, pues, el asesino sería uno de los invitados) o por alguien que no tenía por qué encontrarse necesariamente entre los invitados, alguien que, estando en una de las casas vecinas, pudo haber observado a Gabrielle y a Engelshausen a través de la ventana que estaba abierta cuando ambos entraron en la habitación. Cierto es que Gabrielle Rochonville declaró que Engelshausen cerró la ventana apenas entraron en el cuarto, pero bien pudiera ser que lo hubiera hecho un poco más tarde. En todo caso, lo cierto es que se la encontró simplemente entornada. Pero ¿cuáles fueron los motivos que llevaron a correr también las cortinas? ¿O fue la misma Gabrielle quien las corrió? Cuando se encontró el cadáver de Engelshausen, la puerta estaba cerrada. De manera que la misma Gabrielle Rochonville tiene que haberla cerrado cuando salió de la habitación para buscar a su padre. ¿O fue el asesino quien, habiéndola abierto, volvió luego a cerrarla? No olvidemos que hay además otra puerta en esa habitación, la que comunica con el dormitorio de la señora von Flesse. También por esa puerta pudo entrar el asesino en la habitación y después salir de ella. Vemos, pues, tres posibilidades: el criminal entró por la puerta principal, por la puerta del dormitorio, o por la ventana. En los dos últimos casos lo más probable es que haya entrado de sorpresa. El asesinato mismo pudo cometerse mientras Gabrielle Rochonville se hallaba aún en la sala roja o bien después de que ella la hubiera abandonado. Lo cierto es que el criminal pudo haber entrado mientras Gabrielle permanecía todavía en la habitación. En tal caso, Gabrielle se quedó allí hasta que se cometió el crimen, o bien salió del cuarto antes de que se cometiera. El asesinato pudo llevarse a cabo mientras los visitantes se disponían a marcharse o bien inmediatamente antes. Entre el momento en que se despidieron los invitados y el momento en que se encontró el cadáver de Engelshausen transcurrieron aproximadamente veinte minutos, o tal vez una media hora. Ahora bien, por mi parte no creo que la Rochonville haya sido testigo del crimen, porque de lo contrario no hubiera insistido tanto en que Engelshausen la llevara a su casa. Claro está que también es posible que haya insistido en eso precisamente porque ya sabía que era irrealizable. Como ya dije, podemos aún suponer que no salió de la habitación sino después de que el asesino hubo entrado en ella; es más, que saliera de allí precisamente porque él entraba, y que dejara a los dos, a él y a Engelshausen, para que discutieran a solas, ya que no podía prever el fin trágico de esa discusión. Y también pudiera ser que, sin

haber visto al asesino, supiera, o por lo menos sospechara, quién es. Y, por fin, es asimismo posible que Gabrielle ni haya visto al asesino ni sepa quién es. En cuanto a los motivos que le impidieron nombrar al asesino, podemos imaginar varios. Tal vez no quiera hacerlo porque ama a ese hombre y, con sus declaraciones, lo perdería; o bien no se atreve a nombrarlo porque teme que el hombre se vengue de ella antes de que la policía lo arreste. También pudiera ser que no supiera con seguridad quién es el asesino. O tal vez cree poder permanecer ajena a este asunto al no dar ningún género de indicaciones. Y, por fin, no puede dar ninguna indicación, sencillamente porque no conoce al asesino. En efecto, no queda excluida la posibilidad de que el asesinato se haya cometido por motivos distintos de los que pensamos, y no a causa de Gabrielle. Por más que me repugne ver mezclada a la hija de Rochonville en esta historia, ya ven ustedes que enumero todas las posibilidades del modo más desapasionado y objetivo. Sin embargo, permanece en pie la sospecha de que Gabrielle Rochonville tiene verdaderamente una relación con el crimen, si no directa, por lo menos indirecta. Desde luego que tampoco queda excluida la posibilidad de que no tenga la menor relación con el asesinato. No obstante, eso esto es muy improbable. Ahora bien, por el momento, la opinión pública se interesa menos por estas relaciones que por saber quién fue el asesino, pues cuanto menos capaz es el hombre de pensar objetivamente mayor y más funesta inclinación tiene por resolver enigmas policiales. Por eso se les escapa el crimen mismo. A la gente le parece infinitamente más interesante saber quién cometió el asesinato. Pero una vez que lo sabe, ya no va más lejos y la tensión general se resuelve en un vacío enorme; porque, en efecto, un nombre no dice nada y el común de las gentes no sabe cómo interpretar una acción que sólo en cierta medida es excepcional. De manera que me parece que, en lo que a nosotros respecta, lo que importa no es tanto conocer los antecedentes del crimen, por interesantes que sean, ni establecer quién lo cometió, pues el pobre Engelshausen ya está muerto y la justicia hará con el criminal lo que le parezca justo, sino el hecho de que el asesino, quienquiera que sea, hará declaraciones, que la policía le obligará a hacerlas en el caso de que logre apresarlo. Entonces no sólo se discutirán los motivos del crimen, sino también todas las circunstancias particulares del caso. Se establecerán las relaciones que ese hombre mantenía con otras personas y se sacarán los trapitos al sol… Considero que ya habrán meditado ustedes suficientemente sobre todo esto para hacerse cargo del atroz escándalo que podría provocar.

Silverstolpe miraba fijamente frente a sí y Fonseca clavó sus ojos en Lukavski.

—¿O no lo creen así? —preguntó Lukavski.

Fonseca levantó los hombros y luego los dejó caer.

—No —dijo por último—. No creo que sea necesariamente así. Es verdad que ahora se dan más escándalos que antes, pero cuantos más escándalos hay, menos sensación producen. Ahora hay tantos que no creo que alguien pueda conceder importancia a uno más. Antes el mundo se aburría por la falta de escándalos. Ahora se aburre por la abundancia de ellos. Los hombres nunca encuentran la justa medida. A fin de cuentas, lo que pudo pasar acontece todos los días…

—Cierto —asintió Lukavski—; pero en los otros casos, no es un asesinato lo que despierta la curiosidad del público. Este caso, empero, suscitará un gran interés público por lo que el asesino tenga que confesar.

—No lo creo —dijo Silverstolpe—, o, por lo menos, no creo que vaya a confesar nada extraordinario.

—¿Por qué no lo crees?

—Por lo menos no me parece seguro, pues evidentemente no querrá comprometer a una mujer que le importa tanto como para matar a un hombre por ella.

—En su situación, no podrá guardar grandes consideraciones por la llamada «reputación» de una mujer.

—Pero, por lo menos, hará todo cuanto pueda para evitar que, por sus declaraciones, la mujer se vea envuelta en la causa. Y, si le es posible, ni siquiera mencionará su nombre, de manera que las revelaciones del asesino no la perjudicarán.

—Tal vez —declaró Lukavski—, pero aun cuando guarde silencio, eso no impedirá que la gente saque sus conclusiones. Y, sobre todo, nunca terminarán las habladurías. Me parece, por lo demás, imposible que el asesino pueda señalar un motivo cualquiera del crimen sin revelar al mismo tiempo las verdaderas causas. En efecto, esas causas son el verdadero motivo.

—Eso es cierto —dijo Silverstolpe—. Sólo que me parece problemático que tus suposiciones sean correctas.

—¿Y no has hecho tú las mismas suposiciones?

—No tanto por convicción como porque no quería alimentar otra opinión.

—¿Qué quieres decir con eso? Pero ¿qué movimiento es ése que haces continuamente con tu mano?

—Tengo algo aquí, en el dedo —explicó Silverstolpe—. Nada importante, pero ¿qué decías?

—¡Déjame ver! —pidió Lukavski.

—No es nada. Es una pequeñez en el pulgar.

Los dos oficiales se inclinaron sobre la mano, que mostraba una especie de granito.

—¿Desde cuándo tienes esto? —preguntó Lukavski.

—Desde hoy. O por lo menos esta mañana lo advertí. De modo que, ¿cuál era tu opinión?

—He manifestado —dijo Lukavski— que, en el fondo, todo es posible. En suma, que todo razonamiento, por más que las consecuencias a que pueda conducir sean inverosímiles, debe mantenerse, siempre que sea lógico. La mayor parte de los hombres nunca descubre la verdad porque les parece ya demasiado pesado ir a buscarla, o porque los resultados de sus reflexiones les parecen imposibles. Pero lo que hoy es imposible, mañana será obvio. Sí, hasta es concebible que la mayoría de las cosas que ocurren sólo sean posibles porque la gente no es capaz de preverlas.

—Y bien —dijo Fonseca después de un momento de silencio—, ¿qué te dijo en realidad Gordon?

—Lo que ya les conté.

—¿Nada más?

—No.

—Pensé que, en presencia del coronel, no quisiste decirlo todo.

—No, al contrario, me habría gustado saber lo que el coronel pensaba al respecto.

—¿Y tienes la impresión de que ya sospechan de alguien?

—De todas maneras, todavía no se ha llevado a cabo ningún arresto. Y en el caso de hacerlo ahora ya sería demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para que emprendamos algo.

—¿Y qué crees que podemos emprender?

—Tendríamos que impedir a toda costa que este asunto, que no deseamos que se discuta, se ventile públicamente.

—Lo más probable es que se trate a puerta cerrada.

—Pues entonces tendríamos que impedir que la cosa llegara al público.

—Y ¿cómo harías en este caso para impedirlo?

—Todavía no lo sé —replicó Lukavski—; eso depende enteramente de la situación. Pero, por el momento, lo más importante es establecer de quién se trata.

—De manera que lo importante, en primer lugar, es establecer la identidad del asesino.

—Para nosotros, desde luego.

Fonseca encendió un cigarrillo.

—¿Y te parece que la policía tampoco sabe aún quién es?

—Aunque ya lo conociera, Gordon no me lo diría.

—Y bien —dijo Fonseca—, si no puedes sacar nada de él, tal vez logres saber algo por otra persona.

—No sé por quién.

—Tal vez por Gabrielle Rochonville.

Lukavski no respondió; sobrevino un momento de silencio. Por fin, Silverstolpe dijo:

—Pero, aun admitiendo que ustedes tengan razón y que sepan lo que tenemos que emprender, ¿quién nos autoriza a mezclarnos en los asuntos de los Rochonville? ¿Quién les dice que ya el coronel, o la misma Gabrielle…?

—El coronel —dijo Lukavski— no puede, desde luego, ignorar la opinión general de que Gabrielle está implicada en el asunto (eso es cosa que se le advierte en la cara), pero probablemente pierde su tiempo limitándose a esperar que en última instancia su hija nada tenga que hacer con toda esta historia. Y todavía creo menos que Gabrielle haga lo necesario para sustraerse a este asunto, sobre todo si realmente mantenía relaciones con el asesino. Ya ves, pues, que hasta los Rochonville o, por lo menos, el coronel podrían suponer que precisamente nosotros somos los que debemos hacer algo para evitar lo peor.

—Pero ¿quién nos da el derecho de emprender algo que, evidentemente, tendría como consecuencia que el criminal escapara a la policía?

—¿Por qué? —preguntó Lukavski.

—Porque en el mismo momento en que el asesino se entere de que se sabe quién es, la policía ya no podrá encontrarlo.

—No tiene por qué saberlo.

—Entonces, ¿cómo piensas llevar a cabo tu plan? En efecto (suponiendo que, de alguna manera, supieras a quién dirigirte), lo único que podrías hacer es acercarte al hombre y decirle: «Desaparezca usted, querido amigo, porque no queremos que su asunto se ventile públicamente». ¿O es que conoces otro camino?

—Sí —dijo Lukavski.

—¿Cuál?

Después de un momento de vacilación, Lukavski se inclinó hacia sus amigos. Estaba a punto de decir algo, y ya había abierto la boca cuando volvió su mujer. Esta advirtió enseguida que había vuelto demasiado pronto y quiso retirarse. Pero Lukavski, después de lanzar una breve mirada a Silverstolpe, se volvió hacia ella y, sorprendentemente, le dijo:

—¡Quédate! Sólo tengo que hablar unas pocas palabras con Fonseca. Mientras tanto, entretendrás a Silverstolpe o, lo que es mejor aún, cúrale esa mano. Tiene en ella algo parecido a una herida. Podrías vendársela.

—Pero si no vale la pena —replicó Silverstolpe.

Con todo, el mayor ya había cogido del brazo a Fonseca y le conducía fuera de la habitación. Cuando, diez minutos después, los dos hombres volvieron a presentarse, Silverstolpe tenía una pequeña venda en el dedo y contaba a su enfermera historias referentes a su cocinero de campaña, que había sido jefe de cocina del Grand Hotel.

2

Fonseca había hecho ya su visita a los Rochonville, cierto es que hacía algún tiempo, y luego se había encontrado con ellos en casa de conocidos comunes. Si el joven volvía a visitar ahora al coronel, la cosa no podía menos que chocar, sobre todo porque Fonseca no tenía ningún motivo para justificar una segunda visita.

De todos modos se decidió, por lo menos, a pasearse por la calle del coronel. Hizo esto la mañana del día siguiente de haber estado en casa de Lukavski. Al llegar a la plaza vio al coronel, de pie, asomado a su ventana. Según su costumbre, el coronel contemplaba la plaza por la que iban y venían las palomas. No pareció advertir la presencia de Fonseca o, por lo menos, no dio señales de haberlo reconocido. Tal vez ni siquiera miraba la plaza ni las palomas; tal vez ni siquiera veía lo que estaba contemplando, sino que sencillamente, apoyado en el balcón, mantenía la mirada clavada en el vacío.

Fonseca se puso a caminar entre las palomas que picoteaban aquí y allá, aunque no se veía ningún grano en las piedras del pavimento; y sólo cuando parecía que el joven estaba a punto de aplastarlas con el pie, las palomas se apartaban de él con vivos aleteos.

Al llegar a la esquina, Fonseca se detuvo y miró nuevamente hacia la casa del coronel. Este continuaba inmóvil, apostado en la ventana, contemplando la plaza.

En la antigua universidad, una mujer limpiaba las ventanas. Había abierto una de las hojas y cantaba: «Piensa en las horas…». Los campanarios de las iglesias dieron las once y media. Unas pocas personas andaban por la calle y sus pasos resonaban en el aire. Frente a una de las casas, vendían verduras frescas. En el suelo se veían algunas hojas dispersas de lechuga. La fachada de una casa acababa de ser reparada. Era una casa de estilo barroco, cuyos muros se elevaban como una delicada roca de claras cavernas.

Esperando poder encontrar a Gabrielle Rochonville por las calles del centro de la ciudad, Fonseca recorrió la Kärntnerstrasse y el Graben, pero no la vio por ninguna parte. Desde luego que después de los últimos acontecimientos lo más probable era que a esa hora Gabrielle no se dejara ver por la calle. Fonseca se dio cuenta luego de que a la muchacha no podía gustarle mostrarse entre la gente que por allí se paseaba.

Recorrió sin embargo las calles a paso lento hasta la una, deteniéndose de cuando en cuando y conversando con los conocidos que se cruzaba. Alrededor de las tres ya se encontraba de nuevo en los alrededores de la casa del coronel. Pero allí tuvo que volver a esperar largo rato, hasta cerca de las cinco de la tarde. Las paredes de la torre adquirían ya colores vespertinos; algunas nubes superpuestas, suavemente grises, con bordes de color de frambuesa, como las habría pintado Watteau, apenas se movían en el cielo. Las sombras comenzaban ya a invadir la plaza; pero la aureola, que se mostraba entre las torres de la iglesia de los jesuitas, resplandecía aún como una explosión de oro. De cuando en cuando alguna persona atravesaba la plaza. Hacía fresco; los tardíos días de primavera acababan de emerger de las tinieblas de un interminable invierno ceniciento como surge de las olas oscuras, resplandeciente, la figura de la popa de un barco azotado por las aguas. Las palomas retornaban a las cornisas.

Paseándose arriba y abajo, Fonseca ya había fumado muchos cigarrillos cuando, de pronto, vio al coronel que salía de su casa. El coronel no advirtió la presencia de Fonseca y se dirigió hacia el Ring.

Miraba frente a sí, con expresión un tanto rígida. Incluso los movimientos que hacía al andar, no desprovistos, desde luego, de nobleza, eran un poco rígidos.

Gabrielle apareció en la puerta diez minutos después. Se dirigía al centro de la ciudad.

Fonseca se apresuró a tomar por la Bäckerstrasse inferior, hasta llegar al Lugeck, y luego, adoptando un paso lento, volvió a bajar por la Bäckerstrasse superior, en la cual, casi enseguida, se encontró con Gabrielle.

—Pero ¡qué casualidad encontrarnos aquí! —exclamó el joven deteniéndose.

Gabrielle sonrió por un instante. Luego frunció el ceño, ya fuera porque ésta era su expresión habitual, ya fuera porque no le resultaba agradable encontrar a una persona conocida. Al menos Fonseca pensó que aquel encuentro no agradaba a Gabrielle. Sin embargo, no hizo el menor intento de continuar andando, sino que preguntó a la joven cómo estaba. Evidentemente la pregunta no le pareció digna de respuesta; en todo caso, no dio ninguna. Mantenía los ojos abiertos fijos en el joven, ojos pardos que, no obstante, en las sombras del ala del sombrero, parecían casi negros. La tez, muy suave, no daba sin embargo la impresión de una pureza sin defectos. El color del pelo, a la luz vespertina, parecía poco natural. Fonseca le dijo que había hablado con el coronel en el entierro del pobre Engelshausen y, como ella tampoco respondiera nada a esto, el joven le preguntó, sin más ni más, adónde iba.

Gabrielle le dijo que iba a hacer algunas compras, y él le preguntó si podía acompañarla.

—¿No tiene otra cosa que hacer? —preguntó la joven.

—No —respondió Fonseca—, absolutamente nada.

Gabrielle ya no opuso resistencia y Fonseca la acompañó. En la Rotenturmstrasse, Gabrielle entró en un negocio de medias en el que permaneció casi una media hora. Luego entró en una mercería, en la que se quedó hablando con la vendedora hasta que la tienda cerró sus puertas.

Mientras tanto Fonseca aguardaba y pensaba: ¿adónde había tenido intención de ir verdaderamente la muchacha?

Cuando volvieron a encontrarse en la calle, los faroles ya estaban encendidos. Gabrielle dijo que volvería a su casa, pero Fonseca estaba persuadido de que, si así lo hacía, era sólo para volver a salir sola.

—Pero déme usted el placer —dijo Fonseca— de acompañarme a la confitería de Demel. Ahora ya no puede hacer ninguna compra, y no quisiera despedirme de usted, puesto que acabamos de encontrarnos.

—Pero si ya hace una hora que lo retengo —declaró la muchacha.

—Es que toda esa hora se la pasó usted hablando con la vendedora y no conmigo.

—No quisiera ir a la confitería de Demel —dijo Gabrielle.

—¿Por qué no?

—Por culpa de toda esta historia.

—Entonces, hágame usted un poco de compañía en alguna otra parte.

La joven vaciló un instante, pero por último consintió. Fonseca sospechaba que la muchacha dudaba de poder desembarazarse de él, o que estaba persuadida de que la seguiría en el caso de que se separaran en la calle.

Fonseca propuso que entraran en un café del Lugeck.

—No creo que encontremos allí conocidos —dijo—. ¿Le preguntaron muchas cosas sobre la historia de Engelshausen?

—No he hablado con nadie del asunto.

—¿Y qué piensa su padre de todo esto?

—Creí que ya habían hablado ustedes del asunto en el sepelio.

—Lukavski —dijo Fonseca— nos contó ayer que había mantenido una conversación con el comisario encargado de investigar el caso. Es un cierto Gordon. ¿Lo conoce?

—¿Es el mismo que estaba en la casa de los Flesse?

—No. ¿De manera que su padre no le contó nada?

Gabrielle no respondió. Ya habían recorrido el breve trecho que los separaba del café, y Fonseca, tras un momento de vacilación, abrió la puerta. Entraron. La sala estaba casi colmada. Se sentaron a una mesa. La luz era blanca con destellos azules, como la luz de gas; en al aire se veían flotar densas nubes de humo de cigarrillos y bajo esa luz el rostro de Gabrielle resplandecía blanco como la nieve.

Sin quitarse los guantes de color castaño, la joven había puesto sus manos sobre el bolso que mantenía apoyado en el regazo.

—Excúseme usted —dijo Fonseca—, éste me parece un lugar detestable, pero tan a menudo se nos ha reprochado el que hasta ahora hayamos vivido en un mundo irreal, que no siempre podemos estar persuadidos de que valga la pena vivir en el mundo real.

—Dígame usted —preguntó la joven—, ¿qué clase de hombre es exactamente?

—¿Quién?

—El comisario.

Mientras tanto, se había acercado un mozo y los dos jóvenes pidieron lo que iban a tomar.

—No conozco al comisario —dijo Fonseca—; pero, según las manifestaciones de Lukavski, parece un hombre inteligente. Además, tiene una cualidad común con usted.

—¿Sí? ¿Cuál?

—No dice nada o sólo muy poco. Dígame, ¿conoció usted bien a Engelshausen? Yo mismo no mantuve relaciones con él. Nunca estuvo en el regimiento y sólo llegué a conocerlo aquí, en Viena. Pero aun así nos vimos muy pocas veces. ¿Le parecía a usted un hombre entretenido?

La joven se le quedó mirando como si con su expresión quisiera preguntarle qué entendía él por hombre entretenido.

—No —dijo por fin—, no era entretenido.

Por lo demás, la palabra le parecía ridícula. En efecto, luego agregó:

—Encuentro que las llamadas gentes entretenidas son muy aburridas.

—Sin embargo, lo veía usted a menudo, ¿no es así? ¿Qué es lo que considera usted entretenido? O, mejor dicho, ¿con qué clase de gente prefiere usted tratar?

—¡Dios mío! —murmuró la joven—. ¡Cuántas preguntas!

Fonseca se echó a reír.

—Pensé —dijo la muchacha— que usted únicamente quería saber si yo me había interesado por Engelshausen. ¿O no es así? ¿Por qué entonces me pregunta primero qué es lo que considero entretenido?

—Es que no puedo preguntarle de buenas a primeras quién fue.

—¿Quién fue quién?

—El criminal.

En ese momento volvía el mozo, que puso las copas sobre la mesa. Mientras limpiaba cuidadosamente con una servilleta el mármol miró una y otra vez a Gabrielle. Ya había estado observándola en el momento en que se presentó para preguntarles qué deseaban tomar. Visiblemente, Gabrielle le gustaba. La joven miró a Fonseca con una expresión como si quisiera arrojarle algo a la cara.

Por último, el mozo se marchó.

—¿Cómo puede abrigar usted semejantes ideas? —preguntó a Fonseca.

—¿Que usted sabe quién es? Pues, evidentemente, usted fue la última persona que habló con Engelshausen. No digo que tenga que saberlo; pero ¿quién si no usted podría saberlo?

Y diciendo esto, le ofreció un cigarrillo. Pero como Gabrielle no le prestó la menor atención, Fonseca encendió uno para él.

—¿Y cuáles eran exactamente sus relaciones con Engelshausen? —prosiguió Fonseca—. ¿No podían esas relaciones (si hemos de hablar francamente) haber dado motivo al asesinato que se cometió inmediatamente después de haber abandonado usted la habitación en la que se encontró muerto a Engelshausen? ¿Qué habló usted con él en ese cuarto? ¿Qué hizo allí? ¿Quién pudo haberlos observado? ¿No entraría alguien en la sala sin que usted lo advirtiera? Usted declaró que charlaron, fumaron cigarrillos y bebieron *chartreuse*…

—¿Qué otra cosa podía haber hecho?

—Pero, dígame, ¿no la besó, por lo menos?

Gabrielle no respondió.

—Está bien —dijo Fonseca—. ¿Quién, además de él, tenía, o tiene aún, interés por usted?

Gabrielle lo rozó con una mirada.

—Piense usted lo que quiera —murmuró.

—No es que yo quiera saber, porque sí, lo que ocurrió en aquella sala. No existe cosa más aburrida que las cuestiones amorosas de los demás, y en modo alguno tengo el propósito de pretender conocer sus secretos. Me es indiferente lo que pudo haber ocurrido en aquel momento. Perdóneme el que le hable tan brutalmente, pero reflexione: si la policía consigue aprehender al asesino, toda esta historia, que tomará un giro bien desagradable para usted, se discutirá públicamente…

—Y bien, ¿es que la policía ya apresó al criminal?

—No, hasta ahora no. Pero no tengo la menor duda de que lo hará.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—Porque si ese hombre cometió el crimen gracias a usted, será apresado. Porque si usted fue la causa de tal asesinato, el criminal no querrá renunciar, sin más, a usted. Porque, fatalmente, intentará volver a ver a

la mujer que ama, a menos que adopte la decisión de marchar al extranjero para ponerse a buen recaudo. En suma, porque la policía, a decir verdad, no necesita hacer nada más que ponerse a esperar hasta que el hombre caiga en la red. No hay nada que les guste más a los hombres que hacer tonterías; claro está que las tonterías que se cometen por amor son las más excusables.

La muchacha no respondió enseguida. Al cabo de un rato dijo:

—De manera que cree usted que yo conozco al asesino y que aún me encuentro con él; que lo ayudaría a ocultarse y, es más, que hasta lo podría convencer de que huyera. ¿No es precisamente eso lo que usted desea? Pues de otra manera, ¿por qué me cuenta usted todas estas cosas? Cosas por completo inadecuadas ya que no tengo la menor idea de quién pueda ser el hombre que ha cometido el asesinato y ya que, probablemente, nunca lo he visto…

—No pensé —dijo Fonseca— que fuera usted incapaz de decir otra cosa sino sencillamente: «No sé nada, no conozco a ese hombre, no tengo la menor idea de quién pueda ser». Veo que me había equivocado al juzgarla. ¿Por qué no hace usted por lo menos el intento de desembarazarse de esta cuestión de manera más convincente…?

—Porque no tengo la intención de seguir conversando indefinidamente con usted sobre estas cosas.

—Pero tal vez —replicó Fonseca— exista realmente alguien que, sin que usted lo conozca, la ame…

—¡Eso es ridículo! —exclamó Gabrielle—. Nadie hace nunca nada por otro, o, por lo menos, si no lo conoce.

—No diga eso. Tal vez la única excusa de hacer algo por amor a otro sea el no conocerlo. Quizá cometió realmente el crimen un hombre que usted no conoce, pero que la ama. Porque, en verdad, ¡cómo conocer las infinitas posibilidades del corazón humano! ¡Si apenas conocemos nuestro propio corazón! ¡Quién sabe de qué turbaciones secretas es capaz el corazón del hombre! Y hasta bien pudiera ser que la pasión que ese hombre concibió se desvaneciera en el momento mismo en que se la revelara a usted. Sí, tal vez sólo la concibió porque tenía que mantenerla secreta. Se sostiene que debe de tratarse de un hombre de una excepcional fuerza en los brazos. Pero, acaso, toda esa fuerza de que tuvo necesidad para cometer su espantosa acción no era sino el producto de esa pasión contenida. Porque las mayores violencias no provienen de la cabeza ni de los brazos, sino que pertenecen al corazón.

La joven se quedó contemplándolo.

—Me parecen absurdas suposiciones —dijo por último.

—Las mujeres —replicó Fonseca— siempre creen que tienen que llamar absurdo lo que les gusta. Dígame, ¿nunca advirtió usted la presencia de un hombre que notoriamente poseyera una excepcional fuerza física? ¿Un hombre que la haya perseguido… no, no perseguido, sino que simplemente la haya seguido y la haya mirado? ¿No advirtió usted, de cuando en cuando y desde su ventana, a algún hombre que permaneciera rondando la casa…?

—No —dijo Gabrielle—, salvo usted mismo.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Ah, entonces descubrió que hoy…

—Desde luego.

—Y bien —dijo Fonseca lanzando una carcajada—, no importa. No sabía cómo hacer para hablar con usted y no quería visitarla directamente en su casa… ¿De manera que, desde sus ventanas, no distinguió a ningún hombre que, como yo…?

—No.

—Es curioso —dijo Fonseca—, otras mujeres están temiendo continuamente peligros que no existen, en cambio usted se resiste hasta a prestar atención a lo que realmente debería temer. Parece que usted ama mucho a alguien…

—¿Por qué?

—Porque no abriga usted ningún temor. ¿Entre los que están aquí presentes no hay, por casualidad, alguien que la esté observando? No digo simplemente mirando, sino observando. No me refiero al mozo, que no aparta los ojos de usted… aunque precisamente debe causar usted más profunda impresión en esa clase de gente que en otra…

—¿Qué clase de gente?

—La que es extraña a su medio —dijo Fonseca—. Y tal vez usted misma experimenta cierta inclinación por ese tipo de gente, aunque su educación y la posición que usted tiene se lo prohíben.

Gabrielle se sonrojó fugazmente. Fonseca se asombró de ello. Acaso había pensado que la muchacha no era capaz de sonrojarse.

—No sé por qué habla usted continuamente de mi posición —dijo Gabrielle—. ¿Es que hoy día importa algo? Es posible que usted no sepa que mi madre era, por así decirlo, de una condición inferior a la de mi padre y que hasta se pusieron dificultades para darle a éste la autorización para casarse.

—No lo sabía.

—En cuanto a mí, mi posición nunca me impediría hacer alguna cosa; únicamente mis sentimientos podrían impedírmelo.

Fonseca se quedó mirándola.

—Pero dejemos esto —dijo—. ¿Cómo cree usted que fue cometido el crimen? ¿Y qué piensa, sobre todo, acerca de las consecuencias que pudiera tener el arresto del asesino?

—¿Qué puedo pensar? —dijo Gabrielle.

Después de un momento de silencio, Fonseca se encogió de hombros.

—Y bien, en todo caso, ya queda usted advertida de las posibles consecuencias a que pueda verse expuesta —dijo el joven. Sin embargo, como suele ocurrir en casi todas las conversaciones, volvieron a caer en el mismo tema de antes. Fonseca procuraba trazar la imagen de una sombría figura manchada de sangre, presente no sólo en la escena del crimen, sino también en la vida de Gabrielle; ésta, sin embargo, declaró que nunca había entrevisto semejante personaje, y que las ideas de Fonseca revelaban gran imaginación.

Alrededor de las siete y media Fonseca llevó a Gabrielle hasta su casa. Durante el camino, que hicieron a través de calles más alumbradas, el joven se volvió varias veces por ver si descubría a alguien que los siguiera.

Pero no vio a nadie.

Ante la casa de Gabrielle continuaron aún hablando un cuarto de hora, mientras se paseaban arriba y abajo. Por último, Fonseca se despidió y se marchó.

3

A la mañana siguiente, al despertarse, Fonseca tuvo la impresión de que aquel día le sería afortunado. Vivía en la casa de su hermano, cuyo criado le llevó a la cama numerosas cartas entre las cuales había dos que contenían noticias decididamente agradables. Además el tiempo se presentaba hermosísimo; era uno de esos días de perfecta belleza que, por algunas horas, e incluso por todo el día, nos hacen creer que vivimos en la felicidad de los países del sur.

Fonseca permaneció algunos minutos tendido perezosamente en la cama, con los brazos cruzados por debajo de la cabeza, y respiró profundamente el aire que penetraba por la ventana abierta. Una suave brisa agitaba el follaje del jardín y se oía el canto de un pájaro. El joven se levantó, se envolvió en una bata y se metió en el cuarto de baño. El sol, que se filtraba a través de los vidrios esmerilados del cuarto de baño, creación típica de principios de siglo, bañaba el cuarto con una luz irisada. Los azulejos parecían ópalos; el agua, crisoprasa a la luz crepuscular, como las aguas de un estanque del bosque. Las gotas de agua caían, sonoras, a intervalos regulares.

Fumando un cigarrillo, Fonseca se peinó y se vistió. El traje que había elegido para aquel día le complacía. Antes de salir de la casa se detuvo algunos instantes en el vestíbulo para jugar con el perro de caza de su hermano. El vestíbulo, decorado con cuernos de ciervo y trofeos de caza, era oscuro, pero, como el criado se hallaba limpiando la casa, las puertas de las habitaciones contiguas y las ventanas que daban a la calle estaban abiertas. Los rayos del sol, que caía sobre el perro, reflejándose en él, lo hacían brillar, y el animal, de grandes fauces rosadas, saltaba hacia las manos de Fonseca y jugueteaba con los guantes que se llevaba para devolvérselos luego al joven.

Hacía ya un buen rato que andaba por la calle cuando vio delante de sí a una joven que le pareció extremadamente hermosa. Lo cierto es que muchos de los transeúntes se volvían para seguirla con la mirada. Era alta, de piernas bien formadas y de pelo rubio, suave como la seda.

En un momento la joven se detuvo ante el escaparate de un comercio. Fonseca se plantó, asimismo, frente al escaparate y observó a la bella, mirándola por el rabillo del ojo y mirando también la imagen que se reflejaba en el vidrio. Realmente, era encantadora; tenía unos grandes ojos grises debajo de unas cejas oscuras, y la piel más delicada que pudiera darse.

¿Se interesaba ella también por Fonseca? ¿Había siquiera advertido su presencia? En todo caso, nada indicaba que la joven hubiera reparado en él. Al cabo de un rato, se volvió y se metió con tanta seguridad en un coche de alquiler estacionado en el borde de la calzada que bien podía suponerse que la desconocida

lo hubiera ya visto reflejado en el vidrio y se hubiera determinado a tomarlo.

Cuando el coche se puso en marcha Fonseca lo siguió con la mirada, apenado, pero también con una sonrisa. El suave sentimiento amoroso que lo había invadido como una leve brisa que se levanta sobre un lago, convenía al hecho de que sólo hubiera visto a la hermosa joven unos breves instantes.

En el curso de la mañana Fonseca despachó satisfactoriamente los distintos negocios que se había propuesto. Aquel año la primavera, que había seguido a un invierno bastante largo, se presentaba relativamente tardía, pero por eso mismo más intensa; cuando Fonseca llegó al patio exterior del Palacio vio que allí los castaños y las lilas se hallaban en plena floración. Los vencedores de Belgrado y de Aspern montaban sus caballos de bronce por encima de esas insólitas oleadas de flores, como si cabalgaran por un mar primaveral y multicolor: Eugenio de Saboya montaba un pesado corcel napolitano al que hacía mantener la cabeza rectamente dirigida hacia delante; Carlos de Austria montaba un caballo de gran alzada y en la diestra sostenía, desplegada, la bandera de un regimiento de infantería.

El recuerdo del aroma de las lilas acompañó al joven durante todo su paseo; colmaba su alma con una nostalgia imprecisa y suave. Alrededor de las doce, y al salir él de una casa a la que lo había llevado una de sus diligencias, una mendiga, que se hallaba de pie en la puerta cochera, le dirigió la palabra. Fonseca metió la mano en un bolsillo para buscar una moneda, y ya se disponía a pasar de largo cuando, mirando a la mujer, ésta le hizo recordar súbitamente a una nodriza que había tenido. Y si bien las facciones de la mendiga no eran exactamente las de la persona en que Fonseca pensaba, éste creyó que los movimientos y el porte de la vieja eran lo que le hacía recordar a la otra mujer.

Además, al agradecerle la limosna, la mendiga lo llamó «señor conde» o, por lo menos, así le pareció a Fonseca haber oído.

—Entonces, ¿me conoce usted? —preguntó Fonseca.

De la respuesta vaga y decididamente confusa que la vieja le dio, el joven dedujo que la mendiga pretendía haber conocido a los criados de su familia y, en efecto, Fonseca tuvo de pronto la sensación de haber visto a aquella mujer… tal vez en el reino, situado entre lo consciente y lo inconsciente, que se llama infancia. Por lo menos, le parecía que al mirar a la mendiga algo le recordaba aquellos tiempos, aunque no supiera con precisión de qué se trataba; pues, en efecto, la infancia, más que una progresiva adquisición de nuevas cosas, es un progresivo olvido de otras, de las cuales cree uno poder acordarse luego, siendo así que en realidad no llega a recordarlas. Por lo menos, tal es la impresión que tenemos al volver sobre cosas pasadas. Pero, repentinamente, Fonseca se dio cuenta de que eran los ojos de la vieja los que le hacían pensar en aquellos tiempos; estaban un poco enrojecidos y lacrimosos, y más que los ojos de una mujer parecían los de un hombre anciano. La nodriza en quien pensaba tenía aquellos mismos ojos. Eran los primeros ojos que había visto y que había contemplado tantas veces. En ellos se concentraba la mirada de generaciones enteras de seres humanos.

«¡Cuánto ha envejecido!», pensó Fonseca. Le parecía que realmente se trataba de la otra. Y, mientras se hallaba sumido en estos pensamientos, la mendiga continuaba hablando; el joven no atendía a lo que la vieja decía; era un confuso murmullo, pero al mismo tiempo la mujer no cesaba de realizar repetidamente un mismo movimiento con el cual parecía indicarle que se quitara los guantes. Y como la vieja todavía sostenía entre sus dedos la moneda que el joven le había dado, éste pensó que quería decirle la buenaventura.

—¿Eres, pues, una gitana? —le preguntó Fonseca. La vieja ya había retirado el guante de la mano del joven, pero en lugar de entregarse a las ceremonias corrientes de la quiromancia, se limitó a retener entre las suyas aquella mano y a acariciarla.

Fonseca fue presa de una singular sensación. No era capaz de discernir sus sentimientos. Se mezclaba una sensación de repugnancia por la falta de limpieza de la vieja con un lejano recuerdo de alguien que en otra época le había cogido así las manos y había jugado con él a un juego infantil; recordaba que tenía las manos entre las de una mujer y, retirando de pronto la de abajo, la colocaba encima de las otras. Y este recuerdo se confundió ahora en él con el movimiento que hizo al retirar sus manos.

En ese momento distinguió que por delante de la casa pasaba una figura que le era conocida. Necesitó un instante para comprender que se trataba de Gabrielle Rochonville. No parecía, sin embargo, que ella se hubiera percatado de la presencia de Fonseca. Probablemente, ni siquiera había mirado al portal.

El joven cogió sus guantes, se apartó de la vieja y salió enseguida a la calle. De golpe, lo abandonó la singular sensación o esa especie de hechizo que había infundido en él la mendiga.

Al salir a la calle y mirar en la dirección en que había pasado Gabrielle, la distinguió a unos cincuenta pasos de distancia. Permaneció inmóvil un breve instante para permitir que Gabrielle se distanciara todavía un poco más y luego se puso a seguirla.

En efecto, se había decidido inmediatamente a seguirla. Cierto es que ya había renunciado al designio de esperarla otra vez en las inmediaciones de la casa del coronel por ver adónde se dirigiría la joven. Pero ahora que casualmente se le presentaba la ocasión, la siguió.

Fonseca descontaba que Gabrielle se volvería una y otra vez, y, en efecto, no se equivocó, la muchacha se volvió un par de veces. Pero como Fonseca, prevenido, se disimuló entre la multitud de transeúntes, Gabrielle no logró descubrirlo. Por lo demás, tuvo que seguirla sólo un breve trecho. El portal desde el cual la había visto pasar estaba en la Renngasse. Gabrielle siguió derecho hasta la Wipplingerstrasse y luego llegó hasta el edificio de la antigua municipalidad. Allí dobló hacia la derecha, por la Jordangasse, que conduce a la Judenplatz. Cuando Fonseca llegó a la bocacalle vio que Gabrielle acababa de entrar en una de las casas situadas a la izquierda.

Inmediatamente, el joven retrocedió detrás de la esquina, porque estaba seguro de que después de haber entrado a la casa Gabrielle volvería a echar una mirada por ver si alguien la había seguido. Sólo al cabo de algunos minutos Fonseca salió de su escondite, pero, con rápido movimiento, se situó en la acera de la izquierda para que no lo descubriesen en el caso de que alguien estuviera vigilando la calle desde una ventana. Pensó que la joven lo había visto una vez mientras él rondaba la casa del coronel y sonrió al considerar cómo, poco a poco, había conseguido observar los pasos de Gabrielle.

Mirando hacia arriba, examinó la casa. Era una construcción vieja, aunque no descuidada. Las paredes oscuras parecían casi negras. En la planta baja había algunos comercios. La casa en cuestión llevaba el número cuatro.

Fonseca atravesó el portal. Al término del angosto y oscuro corredor arrancaba una escalera de piedra en forma de caracol. En el pasillo todo estaba silencioso. Al pie de la escalera, junto a la puerta de la vivienda del portero, se veía un tablero con los botones de las campanillas correspondientes a cada uno de los pisos. Por debajo de los botones se leían los nombres de los inquilinos.

Fonseca encendió un fósforo y leyó aquellos nombres. Entre ellos no había siquiera uno que le fuera conocido.

Estaba citado para la una con unos amigos con los que debía almorzar luego en casa de su hermano. Habían convenido en encontrarse en el café de Gerstner para después ir todos juntos a almorzar. Aunque Fonseca no abrigaba la menor duda de que Gabrielle saldría de aquella casa de un momento a otro para volver a la suya, abandonó su puesto de observación poco antes de la una. Verla salir de la casa no tenía ya gran importancia. Le bastaba haber comprobado que la joven había permanecido en ella casi una hora. En Viena, donde todo el mundo se conoce, una joven de la buena sociedad no visita inocentemente a gente cuyo nombre no es conocido. Y si había ido a visitar a una modistilla o a una profesora de idiomas, o a una antigua nodriza, no tenía por qué haberse vuelto tantas veces mientras se dirigía a aquella casa.

Cuando Fonseca llegó al café de Gerstner ya estaban allí los amigos con los que debía encontrarse. Después de saludarlos, se encerró en la cabina telefónica y llamó a Lukavski. Consiguió hablar con él enseguida, pues Lukavski acababa de llegar a su casa. Hablaron durante algunos minutos. Luego, Fonseca salió de la cabina de teléfono, se acercó al mostrador y pidió un vaso de jerez.

Mientras se hallaba charlando distraídamente con sus amigos, al ir a coger su copa su brazo chocó con el de una mujer. Cuando se volvió para disculparse descubrió que la mujer era su desconocida de aquella misma mañana.

La joven le miró y se sonrió, pero sólo un instante, pues luego se dirigió nuevamente hacia la señora, mayor que ella, con la que estaba hablando. «La suerte se me presenta de nuevo en el camino —pensó Fonseca—. ¡Cuántas veces encontramos mujeres encantadoras, que por un momento se nos presentan ante nuestros ojos, pero a las que ya nunca volvemos a ver! En cambio, en una misma mañana, ya es la segunda vez que me encuentro con esta atractiva mujer.»

Permaneció en el café todo el tiempo que la desconocida se quedó en él, aunque los amigos de Fonseca insistían en que ya era hora de marcharse. Fonseca quería saber si también la joven había reparado por fin en él. Pero si ésta, efectivamente, había advertido la existencia de Fonseca, no manifestó la menor señal de ello. Fonseca ni siquiera pudo establecer si la hermosa mujer lo había reconocido. Lo cierto es que se quedó bastante tiempo en el salón. Continuó hablando con la señora que la acompañaba y se marchó al cabo de diez minutos. Entonces también se marchó Fonseca con sus amigos.

Después del almuerzo se habló, durante la sobremesa, de las distintas posibilidades del juego y de la suerte de los jugadores en general; se pidieron cartas, se discutieron distintas combinaciones y se jugó para probarlas; al cabo de pocos minutos, Fonseca había ganado una buena suma, tanto más importante para él cuanto que su hermano, administrador de los bienes de la familia, que se veía en medio de grandes dificultades financieras, sólo le pasaba una exigua renta. Desde luego que Fonseca habría perdido su

ganancia con tanta rapidez como la había ganado si no lo hubieran llamado al teléfono en ese momento. Pensó que quien lo llamaba era Lukavski, pero no; era la propia hermana de Fonseca, Marie Tükheim, que vivía, casada, en Moravia, y en ese momento se hallaba pasando unas semanas en Viena. Pidió a su hermano que las acompañara a ella y a una amiga, que quería comprar una silla de montar, para aconsejarlas en la compra, pues Fonseca entendía mucho de esas cosas, en tanto que las mujeres nada, o casi nada.

—¡Y todavía hay gente que compra sillas de montar! Dime, ¿no es tu amiga una joven alta, rubia, de ojos grises y de piernas muy bien formadas?

—Sí —respondió sorprendida la hermana de Fonseca—, no está nada mal. Pero ¿cómo lo sabes?

—Durante todo el día de hoy tuve suerte —replicó Fonseca—. ¿Por qué no habría de tener también la suerte de que esa persona fuera la que yo pienso?

Y, en efecto, lo era. Habían convenido en encontrarse frente al Bristol y cuando Fonseca vio a la mujer que llegaba con su hermana, comprobó que se trataba de su desconocida. Marie Tükheim la presentó como la señorita Leeb o von Leeb y al mismo tiempo susurró que su madre era una Martinitz, que se había casado con su administrador. La hermana de Fonseca, ya desde muy joven, había adquirido esa costumbre propia de las damas ancianas de susurrar discretamente cosas, de tal manera que todo el mundo pudiera oírlas.

Pero Fonseca se interesaba menos por el pasado de la hermosa muchacha que por su futuro. La encontraba aún más encantadora que antes. «¡Cómo puede andar por el mundo una muchacha tan bonita —pensó— sin haberse casado todavía!»

—Me siento más que dichoso por conocerla —dijo el joven—. ¡La casualidad, en virtud de la cual la encuentro una y otra vez, parece hasta franquear sus propios límites! Pero, en verdad, no existe la casualidad. El azar no es sino la necesidad, o fatalidad, en la que no queremos creer.

—¿Cómo? —preguntó Marie Tükheim—. Entonces, ¿ya se conocían?

—Sí y no —dijo sonriendo la bella—. En todo caso, tu hermano tiene un modo original de pretender conocer a la gente. Espera hasta que se presente por sí misma la ocasión de conocerla.

La hermana de Fonseca dijo entonces que no quería turbar el placer de los dos jóvenes; que, compraran o no la silla de montar, ella misma no entendía absolutamente nada del asunto y que, por lo tanto, estarían más cómodos sin su presencia.

Y, después de andar unos cuantos pasos en compañía de los jóvenes, se despidió de ellos.

—¿Me será lícito creer —preguntó Fonseca mientras seguía a su hermana con la mirada— que esta casualidad no lo es en realidad? ¿Sería posible que, aunque yo no la conociera, supiera usted quién soy yo, y que…?

—No se le hacen a una mujer semejantes preguntas —replicó la joven—. ¿De qué le serviría a usted, por lo demás, saberlo? Sólo lograría quedar decepcionado por el hecho de que yo quisiera realmente conocerle…

—¿Y a eso llama usted una decepción?

—Hoy tal vez no —dijo la muchacha—; pero seguramente sí dentro de unos días.

—¿Dentro de unos días? —exclamó Fonseca colmado de felicidad.

—Permítame, pues, más bien, que sea yo quien se maraville por haber conseguido usted trabar conocimiento conmigo con tanta rapidez.

—¿Y verdaderamente quería usted comprar una silla?

—Desde luego.

—¿Una silla para cazar?

—Una silla para cazar.

Fueron, pues, a comprar la silla y luego permanecieron aún dos horas juntos, hasta que el joven pidió autorización a la muchacha para volver a verla. Además, estaba dispuesto a renunciar a una invitación que había aceptado para el atardecer con tal de no separarse de su dama, pero ésta a su vez le aseguró que también ella tenía un compromiso. Mientras tanto, habían sonado las cinco y media de la tarde.

Lo habían invitado para las cinco a casa de una señora von Malowetz que vivía en Hietzing. Cuando llegó al lugar en cuestión eran ya casi las seis de la tarde y, con gran sorpresa, encontró abierta la puerta de par en par y la casa vacía, sin el menor signo de invitados. Había, en cambio, muchos obreros ocupados en reparar el piso.

—¿Es que la señora von Malowetz ya no vive aquí? —preguntó Fonseca a uno de los hombres que se disponía a subir por la escalera y entrar en la casa.

—No —contestó el hombre—, hace ya dos semanas que no vive aquí.

—¿Y no sabe usted adónde se mudó?

El obrero le dio las señas del nuevo domicilio, que se hallaba en una de las calles laterales de la avenida de Schönbrunn. La nueva casa de la señora von Malowetz se encontraba situada, pues, al otro lado del parque.

Bien pudiera ser que la señora von Malowetz, de acuerdo con su manera extravagante de ser, se hubiera olvidado de comunicar a sus invitados que se mudaba. Fonseca pensó si no sería mejor volverse inmediatamente a su casa.

—¿Y no se presentaron otras personas para preguntar lo mismo que yo? —quiso informarse Fonseca.

—No —dijo el hombre—, no vino nadie.

De manera que, por lo menos, los otros estaban informados del cambio de domicilio.

Eran las seis y media cuando Fonseca llegó a la Schönbrunnerstrasse que, aunque poco elegante, era, sin embargo, más distinguida que la calle por la que tenía que doblar Fonseca. El joven se maravilló de que la Malowetz se hubiera mudado a aquel barrio. Las casas parecían desiertas, casi en ruinas; eran edificios de un miserable suburbio. Muchas de ellas presentaban lugares derruidos y las paredes, en parte amarillentas, en parte de un color entre gris y negro. Caía la tarde. De las ventanas frente a las cuales pasaba Fonseca salían los ruidos propios de viviendas modestas y el agudo olor de la pobreza. Fonseca pensó que la Malowetz o bien se había vuelto loca, o debía de haber caído en la miseria. Pero, entonces, ¿para qué invita a gente a su casa? Sin embargo, muchas veces le había ocurrido que en esa ciudad tan extrañamente construida, detrás de barrios miserables, se podían encontrar agradables parajes. Esperaba, pues, que de pronto se abriera ante su vista un ameno barrio. Pero la calle continuaba su curso sin variaciones. Seguía tan triste como al principio. Dos niños jugaban en la calzada, pero de pronto el juego se convirtió en riña y uno de ellos, perseguido por el otro, salió corriendo y gritando. La gente que pasaba por allí no prestó la menor atención al incidente. Tampoco miraron a Fonseca; sólo un perro, un mastín amarillento, comenzó a correr junto a él, jugueteando y oliéndole la mano, y cuando, por fin, la sostuvo suavemente entre las fauces rosadas, pareció como si quisiera guiar al joven. En la conciencia de Fonseca afloró un recuerdo de algo que no consiguió precisar; vago recuerdo que desapareció, no obstante, enseguida, cuando el joven pensó que lo que el mastín olía era probablemente el rastro de los perros de su casa.

El edificio en que vivía la Malowetz parecía algo mejor que los demás del barrio, pero ya la escalera de entrada estaba muy mal iluminada, y cuando Fonseca recorrió los peldaños tuvo la impresión de que unos ojos le observaban a través de la enrejada ventana que daba al descansillo de la escalera. Todo aquello le pareció muy extraño y, sobre todo, encontró ridículo el ir a visitar a esa maniática. Recordó que, además, siempre se había aburrido extremadamente en su casa.

Por fin hizo sonar la campanilla de la puerta de entrada. Una criada, correctamente vestida de negro con un delantal blanco, le abrió la puerta. En las perchas del vestíbulo colgaban muchos sobretodos y sombreros. Fonseca se quitó el sombrero y los guantes. Luego la criada le indicó que aguardase en una sala.

Pero en aquella cámara no había nadie, ni tampoco apareció nadie; además, todo el mobiliario que veía era distinto del que conociera en casa de la señora de Malowetz. ¿No sería víctima de una equivocación? Fonseca pensaba que tal vez el obrero le había dado una dirección equivocada, o tal vez bien pudiera ser asimismo que Fonseca no hubiera entendido exactamente lo que el hombre le dijera.

Todo estaba silencioso, salvo que, en alguna parte, en una casa alejada, alguien tocaba el piano. La música sonaba como algo infinitamente triste, que viniera de otro mundo. Fonseca se sintió presa de una extraña sensación de ensueño, como si se encontrara en un estado irreal. Ya debían de haber pasado unos veinte minutos desde que entrara en aquella sala. Pero le pareció que ese tiempo (y el tiempo general), si bien podía dividirse, no podía sin embargo ser medido realmente. Podía fraccionárselo en partes todas iguales entre sí, en minutos, o en horas; pero ¿qué duración tenía realmente un minuto o una hora? Nadie podía establecerlo. Se mide el tiempo según el movimiento de un objeto —en última instancia, por las revoluciones de la Tierra— y se divide luego ese tiempo en fracciones iguales: en horas y en minutos. Pero ¿cuánto tiempo necesitaba verdaderamente la Tierra para cumplir una rotación?

Percibimos el hálito del día y de la noche, como el lento batir de alas blancas y negras de inmensos cóndores, y sólo podemos medir la duración de ese batir de alas con referencia a los movimientos de los cuerpos estelares, pero ¿cuánto tiempo necesitan éstos para cumplir sus revoluciones?

En suma, que el tiempo en sí no existe…, pero puede existir. Se trata, simplemente, de no darse cuenta de que existe. En efecto, es grave percatarse de ello. Lo mejor es olvidarlo. O bien es preciso llenar el tiempo con las cosas en que consiste su curso. Entonces, el tiempo adquiere una duración sensible; de otro modo su duración es algo que no podemos percibir. Y asimismo es espantoso sentir cómo el tiempo se nos desliza entre las manos o sentir que no cesa de transcurrir.

Pues el tiempo se nos escapa sólo para transcurrir eternamente y sólo transcurre para desaparecer…

Al fin Fonseca tampoco hubiera podido decir si hacía un breve o un largo espacio de tiempo que esperaba en aquella sala. Tenía, sin embargo, la impresión de que más bien se trataba de una larga espera. Pero, por último, dejó también de tener conciencia del tiempo. El tiempo se llenaba con las cosas de las que estaba constituido. Y estaba constituido sólo por sus pensamientos. Y la esencia de sus pensamientos, como la de todo pensamiento, era tan indeterminable como el tiempo mismo. Tal vez los que pensara fueran verdaderos pensamientos; así como el prisionero en su cárcel o el santo en su cueva ya no consideran su felicidad o su desdicha, sino que sólo atienden a las oscilaciones de la gracia, derramada desde lo alto, que les hacen soportar la existencia o, al esfumarse, los dejan desprovistos de todo, Fonseca sólo sentía que pensaba o que los pensamientos se apartaban de él.

Pero ¿cuáles eran esos pensamientos? El joven no lo sabía. Se sobresaltaba y luego no podía acordarse qué había pensado. Volvió a caer en un estado de entorpecimiento mental y luego volvió a meditar acerca de cosas más concretas. Pensó en todo aquel día, en ese extraño día que había vivido y en la mucha suerte que ya desde por la mañana le acompañaba. Por un largo rato pensó si no se debía también a esa misma suerte el que ahora hubiera ido a parar a aquella sala y si sencillamente no habría tenido toda esa suerte únicamente para ir a dar a ese lugar… A decir verdad, ya no sabía por qué se encontraba en aquella casa, pues, en definitiva, ¿cómo aquel hombre que había encontrado en la primitiva morada de la señora Malowetz podía haberle dado su nueva dirección? Es más, ¿cómo podía saber que había sido la Malowetz la que había vivido en aquellas habitaciones que se reparaban ahora para que otra persona las ocupara? ¡Todo eso en modo alguno concernía al obrero! ¿Cómo, entonces, podía saberlo? Trató de representarse la figura de aquel hombre. Era fornido, un poco más bajo que Fonseca, pero éste ya no consiguió recordar nada más del obrero; ahora le resultaba increíblemente difícil pensar en algo determinado; debía de ser el piano que, sonando cada vez con mayor intensidad, le hacía adormecerse. Y de pronto, como si alguien lo estuviera tocando junto a él, resonó con tal violencia que lo anonadó.

Como ya dijimos, esto ocurrió un miércoles entre las seis y media y las siete de la tarde. El viernes siguiente, el hermano de Fonseca visitó al coronel Rochonville y le comunicó que Fonseca había desaparecido.

LUKAVSKI

1

El hermano de Fonseca se presentó, pues, en casa de los Rochonville y preguntó al coronel dónde se hallaba Fonseca.

—No —respondió, sorprendido, el coronel—, no lo sé. Pero ¿por qué te diriges a mí? ¿Por que iba a saberlo yo?

El hermano de Fonseca respondió que ya había preguntado a mucha gente.

—¿De manera que no está en tu casa? —preguntó el coronel.

—No —dijo Fonseca.

—¿Dónde está, entonces?

—Lo cierto es que no está en casa. Sin embargo no comunicó a nadie que tuviera la intención de hacer un viaje. Además, no se llevó nada. Sus efectos personales se encuentran todavía en su habitación.

—¡Cómo es posible! —exclamó Rochonville.

Fonseca se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—; desde luego que ya di cuenta a la policía. Pero hasta ahora nadie lo ha visto.

—Sin embargo —dijo el coronel—, el jovencito no puede haber desaparecido como un gato en busca de aventuras amorosas. ¿Es que alguna otra vez ha desaparecido sin decir adónde iba?

—No —contestó Fonseca; y luego agregó—: primero fue Engelshausen, ahora él.

—¿Cómo? —preguntó el coronel—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Primero asesinaron a Engelshausen y ahora mi hermano desaparece. Y no les volveremos a ver.

—¿Por qué no íbamos a volver a verlo? —exclamó el coronel—. ¿Qué relación encuentras tú entre los dos casos? ¿Qué vienes a decirme?

—Es que precisamente tengo la impresión —dijo Fonseca— de que hay una conexión entre esos dos casos.

—No veo qué relación puedan tener.

—Los dos jóvenes —dijo Fonseca encogiéndose de hombros— sirvieron en tu regimiento.

—Te ruego que no me hagas responsable —exclamó el coronel— de que le haya ocurrido algo a Engelshausen y de que luego a tu hermano se le antoje no mostrarse por varios días. ¿Qué tengo que ver yo con eso?

—Nada —respondió Fonseca—. Tampoco afirmé eso. Sólo dije que los dos pertenecieron a tu regimiento.

—¡Ese regimiento ya no existe! —gritó el coronel—. ¡Hace ya años que no existe! Sin embargo, tú eres el segundo a quien tengo que explicárselo.

—¿Y quién fue el primero?

—Un capitán de caballería… un tal Gasparinetti, si quieres saberlo.

—¿Y por qué tuviste que explicárselo?

—Porque Gasparinetti sostenía lo contrario.

—Entonces…

—¿Entonces qué?

Fonseca no respondió.

—¿Entonces qué? —volvió a gritar Rochonville.

—Pregunto a tu conciencia de coronel si no sabes lo que pudo haberle ocurrido a mi hermano.

—¿Cómo puedes pensar eso? —exclamó Rochonville—. ¿Y por qué me lo preguntas a mí? ¿Qué tiene que ver mi conciencia con la desaparición de tu hermano? Casi nunca le veo. Es cierto que le vi con motivo del sepelio de Engelshausen, pero de eso hace casi una semana. Porque, en general, pasan largos meses sin que me encuentre con él.

—La última persona que lo vio —dijo Fonseca— es la señorita Leeb.

—¿Quién es?

—Una amiga de mi hermana.

—¿Y cuándo ocurrió eso?

—Anteayer. Después de almorzar se reunió con ella y con mi hermana. Querían comprar una silla de montar; es decir, quien lo quería era la señorita Leeb.

—¿Una silla?

—Sí.

—¿Cómo puede alguien querer comprar hoy una silla de montar?

—Según dice mi hermana, eso mismo se preguntó él. Se encontraron, pues, los tres y luego la señorita Leeb y él compraron la silla. Estaba invitado a las cinco para una reunión en la casa de la señora von Malowetz, pero hasta las seis estuvo en compañía de la señorita Leeb y luego no apareció en la casa de los Malowetz, ni siquiera más tarde. Es verdad que esta señora acababa de mudarse y es posible que mi hermano, habiéndose dirigido a la casa primitiva de los von Malowetz, no hubiera encontrado allí a nadie y que…

—¿Y dónde se halla situado el antiguo domicilio de la señora von Malowetz?

—En Hietzing, en la Wattmanngasse. Pero su nuevo domicilio queda al doblar la esquina. Tienen que habérselo dicho en el antiguo domicilio. Además, la señora von Malowetz sostiene que ella misma le comunicó el cambio de casa. En efecto, el motivo de la reunión era precisamente invitar a algunos conocidos a su nueva residencia. Continuamente está invitando gente a sus nuevas casas, pues no hace otra cosa que mudarse. Tiene la manía de las mudanzas y mamá siempre decía que mudarse dos veces equivalía a un incendio.

El coronel meneaba la cabeza.

—¿Y de qué manera invitó a tu hermano? —preguntó Rochonville.

—Por carta.

—¿Cuándo?

—Hace tres días, es decir, el día anterior al de la reunión. Ahora bien, buscamos la carta, pues abrigábamos la convicción de que la señora von Malowetz no le había escrito a mi hermano su nueva dirección, sino que, debido a su extravagante manera de ser, había olvidado hacerlo. Pero no encontramos esa carta. Probablemente mi hermano la llevaba en el bolsillo.

—Pero ¿cómo se explica que le haya escrito? ¿Por qué no le llamó por teléfono?

—Porque la señora von Malowetz todavía no tiene teléfono. No hubo tiempo de instalarlo aún en su nueva casa.

—¿Y no tenía otra cosa mejor que hacer recién mudada, que invitar inmediatamente…?

—Ya te dije que es completamente excéntrica. Tiene la manía de cambiar de casa, así como otros se vuelven locos por cambiar de traje o de relaciones. Por lo demás, creo que en general casi todos los seres humanos están locos. Esto nos llevará algún día a una verdadera catástrofe.

El coronel lo miraba sin decir palabra. Por último preguntó:

—¿De manera que ya nadie más le vio?

—Después de la hora que dije, no. Pero el día anterior se encontró con tu hija.

—¿Con mi hija?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Lukavski me lo dijo.

—¿Lukavski?

—Mi hermano se lo comunicó por teléfono.

—¿Tu hermano?

—Sí.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué motivo?

—Eso mismo fue lo que le pregunté a Lukavski y éste me manifestó que mi hermano, desde luego, no le había llamado exclusivamente para contarle su encuentro con tu hija, sino por otro motivo… pero que, en esa conversación, mencionó el encuentro.

—¿Y cuál era ese otro motivo?

—Creo que se trataba de la misa por el alma de Engelshausen. ¿No te dijo nada tu hija sobre eso?

—¿Sobre qué tenía que decirme algo…?

—Que se había encontrado con mi hermano.

—¡No es ése un acontecimiento que merezca contarse! En aquel momento en modo alguno era interesante, puesto que nadie podía saber que Fonseca desaparecería.

—Pero ¿por qué le pareció indispensable comunicárselo a Lukavski?

El coronel no respondió. Por último preguntó, a su vez:

—¿Y dónde se encontraron?

—No lo sé —dijo Fonseca.

—¿Tenían una cita?

Fonseca se encogió de hombros.

—¿Y qué pudo haberle dicho mi hija?

—Eso es precisamente lo que quería preguntarte —dijo Fonseca—; es decir, más bien quería saber si acaso él le dijo a tu hija algo de lo que pudiéramos deducir dónde se halla ahora. ¿Querrías ser, pues, tan amable de preguntarle…?

—¿Si sabe algo?

—Eso mismo.

El coronel permaneció un instante indeciso, luego se dirigió hacia la puerta y apretó el botón de un timbre. Se quedó junto a la puerta, esperando. Poco después acudió una criada.

—Dígale a mi hija que deseo hablarle —ordenó el coronel.

La criada se alejó. El coronel se volvió hacia Fonseca; le miró un instante sin decirle nada y luego, con las manos en la espalda, fue hasta la ventana donde se quedó de pie, mirando hacia afuera.

Sólo cuando oyó que Gabrielle entraba en el cuarto, se volvió.

Gabrielle se había quedado de pie junto a la puerta y miraba al coronel y a Fonseca alternativamente.

—¿Cómo está usted, conde Fonseca? —se sintió obligada, por fin, a preguntar.

—Fonseca afirma —dijo el coronel— que su hermano desapareció repentinamente, y que antes de su desaparición mantuviste una conversación con él.

—¿Quién desapareció? —preguntó la joven.

—Su hermano.

—¿Cómo pudo…?

—No lo sabemos. Pero ¿qué te dijo en aquella ocasión en que lo viste?

—¿Qué me dijo?

—Sí. ¿De qué hablaron? ¿Y dónde se encontraron ustedes?

—No comprendo absolutamente nada —replicó Gabrielle—. Pero ¿verdaderamente ha desaparecido?

—Así es. No se sabe nada de él desde anteayer, es decir, desde el miércoles. Y fue el martes cuando hablaste con él, ¿no es cierto?

—Sí… creo que era el martes.

—Bien, ¿y entonces?

—Nos encontramos en la calle —explicó Gabrielle—. Salí de compras y Fonseca me dijo que quería acompañarme. No recuerdo exactamente de qué hablamos. Eran cosas sin importancia. En todo caso, no hizo la menor alusión a que se proponía emprender un viaje o algo parecido. ¿Es verdaderamente posible que haya desaparecido?

—Sí —dijo Fonseca mirándola fijamente—. ¿Cómo es posible? Pero ¿cómo es posible, asimismo, que Engelshausen haya perdido la vida?

—Si no hablasteis de nada importante —exclamó el coronel con vivacidad, como si quisiera cubrir con su voz lo que Fonseca acababa de decir—, ¿por qué consideró oportuno comunicárselo a Lukavski?

—¿Se lo comunicó a Lukavski…?

—Sí, le llamó por teléfono.

—¿Para decírselo? ¿Y qué le dijo?

Rochonville hizo un vivo ademán señalando a Fonseca, y éste declaró:

—Le informó de que había hablado con usted.

—¿Y qué otra cosa le dijo?

—No lo sé —respondió Fonseca—. En todo caso, Lukavski sólo me dijo eso. Pero no creo que mi hermano le hubiera informado de ese encuentro si ustedes hubieran hablado sólo de cosas sin importancia.

—Evidentemente tiene usted una alta opinión de la conversación que sostuve con su hermano —dijo Gabrielle.

—Mi hermano no carece de inteligencia.

—¿Cree usted que no lo había advertido?

Al cabo de un rato, el coronel volvió a apretar el botón del timbre. Cuando apareció la criada, le dijo:

—Vaya a un teléfono y llame al señor mayor Lukavski —y al decir esto abrió un cuadernillo que se hallaba sobre su escritorio, buscó el número del mayor y se lo comunicó a la criada—. Dígale al señor mayor, de mi parte, que le ruego que venga enseguida a mi casa, con motivo de un asunto urgente. No tengo teléfono en casa —agregó dirigiéndose a Fonseca—, nunca quise tenerlo porque no lo necesito. Y cuando casualmente se tiene necesidad del teléfono, siempre es a causa de algún asunto detestable, como en este caso. La conversación telefónica que mantuvieron Lukavski y su hermano no debe de haber tenido tema mejor.

Lukavski se presentó en la casa del coronel al cabo de unos veinticinco minutos. Cuando descubrió aquella reunión, frunció las cejas.

—Estoy a sus órdenes —dijo después de haber saludado a todos con una inclinación de cabeza.

—Le dijiste al conde Fonseca —comenzó el coronel— que antes de desaparecer, su hermano te había llamado por teléfono para comunicarte que había hablado con mi hija. ¿Cuándo te llamó para decirte eso?

—Anteayer —respondió Lukavski—, unos minutos después de la una. Recuerdo exactamente la hora porque precisamente mi mujer y yo nos disponíamos a almorzar.

—¿Y dices que te habló sólo para comunicarte ese encuentro? ¿No te dijo ninguna otra cosa, ni siquiera lo que hablaron él y mi hija?

Lukavski fijó su mirada en Gabrielle.

—No —replicó—, ninguna otra cosa. Sin embargo, en el caso de que abrigues dudas, es decir, si crees que entre las cosas que dijeron hay algo que pueda interesar al conde Fonseca o a ti, me parece que, en lugar de dirigirte a mí, harías mejor en preguntárselo exclusivamente a tu… —y así diciendo señaló con un ademán a Gabrielle.

—Pero ¿qué motivo podía tener mi hermano para llamarle a usted, mayor Lukavski, si se limitó a informarle de que había encontrado a la condesa?

—Ya tuve ocasión de explicarle —dijo Lukavski— que Fonseca me llamó con motivo de la misa que se celebrará por el alma de Engelshausen. Sólo mencionó de pasada su encuentro con la condesa.

—Sin embargo, no puedo admitir que lo haya hecho sin una razón precisa. En efecto, aunque no le haya dicho a usted nada más sobre ese encuentro, es evidente que lo mencionó sólo porque mi hermano estaba seguro de que a usted le interesaba saberlo. ¿Qué interés tenía, entonces, o tiene aún en este asunto, mayor Lukavski?

—Yo pensaba —dijo Lukavski— que usted quería saber dónde se encuentra su hermano y no aquello que pueda interesarme a mí. Puesto que no se sabe nada de él desde anteayer por la noche, me sentí obligado a comunicarle a usted que ese mismo día había hablado por teléfono con él, por la mañana. Y hasta le comuniqué lo que me había dicho telefónicamente. Pero en modo alguno me siento obligado a comunicarle cuál pueda ser el interés que yo tenga en el encuentro de Fonseca con —y aquí volvió a señalar con un ademán a Gabrielle— la condesa.

—Precisamente ese interés suyo me hace suponer que la desaparición de mi hermano tiene alguna relación con la conversación que ustedes dos mantuvieron.

—¿Cómo puede usted concebir semejante idea?

—Porque, de no ser así, usted, querido mayor, en la situación en que nos hallamos, confesaría sin más ni más todo lo que supiera de esa conversación. Puede que no haya alcanzado el resultado deseado (usted mismo, y también la condesa consideran esa conversación como una bagatela), pero tengo el convencimiento de que mi hermano, de acuerdo con usted, buscó deliberadamente ese encuentro y, por lo tanto, perseguía asimismo un determinado fin. Estoy completamente persuadido de que su encuentro con la condesa no se debe a una mera casualidad. ¿Qué hay, pues, detrás de todo esto? ¿Qué tramaban, mayor Lukavski, usted y mi hermano? ¿Y qué relación hay entre su desaparición y la muerte de Engelshausen?

Lukavski lo miró un instante a los ojos sin decir nada. Luego se volvió a Gabrielle y le pidió:

—Dígale usted misma al conde Fonseca qué quiso saber de usted su hermano y qué respuestas recibió.

—No me parece —dijo Fonseca— que la condesa sea la persona más apropiada para informarnos al respecto.

—¿Sí? Y, ¿por qué no?

—Porque probablemente ella tiene más motivos que usted, mayor Lukavski, para callar.

—¡Pues bien! —exclamó el coronel—. Por fin se deciden a hablar en mi presencia de lo que, desde hace una semana, piensa todo el mundo.

Y después de decir esto, se fue hasta la ventana, donde, con las manos cruzadas en la espalda, permaneció mirando hacia afuera. Gabrielle se quedó aún un momento en la habitación; luego, después de haber mirado a los presentes, salió de la sala sin decir palabra.

En el silencio que sobrevino se oyó el canto de una criada. Era la que limpiaba las ventanas de la antigua universidad. En ese momento fregaba las del primer piso. Estaba de pie en el balcón de una de las ventanas y los transeúntes miraban hacia arriba al pasar. La criada cantaba: «¡El amor, ay, el amor…!».

El coronel cerró de golpe la ventana.

—Creo que ya no tenemos mucho más que hacer aquí —dijo Lukavski a Fonseca—. Están preocupados por otras cosas.

Fonseca se puso en pie. Pero cuando, junto con Lukavski, se disponía a abandonar la sala, Rochonville llamó al mayor.

—Excúsame —dijo el coronel a Fonseca mientras lo acompañaba unos pasos por el vestíbulo—; pero por el momento no puedo atenderte. Tengo que hablar con Lukavski.

Fonseca ya había tomado su sombrero.

—Todo esto no tiene sentido —dijo—. Lo doy por perdido.

Y, tras un momento de vacilación, se marchó. El coronel volvió a la sala. Se quedó un instante mirando a Lukavski y por fin dijo:

—No podía creerlo ni aún ahora, a decir verdad, me decido a creerlo. Ante todo, como padre —y al decir esto señaló hacia la puerta por la cual había salido Gabrielle— no puedo obrar de acuerdo con mi deber. No sé lo que verdaderamente ocurrió y, según creo, tú mismo no sabes mucho más. Ignoro lo que todo esto significa… Es como un sueño no del todo feliz. No quiero preguntarte nada de todo esto… Ya hace mucho tiempo que no poseo el derecho de mandarte. ¡Pero si aún lo poseyera, como antes, te mandaría ahora que continuaras obrando como, según veo, ya has comenzado a obrar, pues tenemos que cumplir lo que estos muertos (y tal vez todos los muertos) exigen de nosotros, y prestar oídos a la voz que nunca debimos dejar de obedecer!

2

Corrían los primeros días del mes de junio. Cuando algún interesado en el caso lograba hablar con Gordon, éste exhibía su sonrisa de hombre de negocios y de hombre de mundo —de acuerdo con su costumbre—, y daba a entender que la policía nunca podría apresar al asesino de Engelshausen o descubrir el lugar en que había desaparecido Fonseca; en efecto, la opinión pública pronto había relacionado estos dos hechos. Prácticamente ya todo el mundo había olvidado que los dos jóvenes sirvieron en un regimiento llamado Las Dos Sicilias, pero ahora todos comenzaban a recordarlo y tal pensamiento daba motivo a que se hicieran mil géneros de suposiciones. Sin embargo, Gordon las refutaba por entero. Sostenía que el hecho de que ambos jóvenes hubieran pertenecido al mismo regimiento carecía de toda significación y que, por lo menos, el tenerlo en cuenta no ayudaría a la policía a progresar en las investigaciones.

En todo caso, no ordenó ningún arresto en el procedimiento de Engelshausen, en tanto que se seguía sin la menor noticia de Fonseca. Nada indicaba que Fonseca tuviera la intención de volver a aparecer. A todo esto, se difundían los más fantásticos rumores acerca de Gabrielle Rochonville. La gente, encontrando demasiado inocentes las primeras hipótesis, esto es, de que la hija del coronel mantenía relaciones con todos los oficiales de su padre, acabó imaginando que Gabrielle empujaba a dichos oficiales a la desesperación, al rechazarlos, y que sus otros amantes, pertenecientes a los círculos más oscuros, asesinaban a los jóvenes militares. Se esperaba que en cualquier momento desapareciera algún otro oficial del regimiento Las Dos Sicilias o que ocurriera algo parecido. Y la cosa no paraba ahí. Después de haber evitado al principio a Gabrielle, la gente volvía ahora a disputársela. En su completa superficialidad, la sociedad

mundana deseaba recibir en su casa a una persona sensacional, cuya reputación era tan peligrosa que de ella pudiera decirse, como dijo de Quincey refiriéndose a Thomas Wainewright: «Hoy comimos con un asesino». Porque, en efecto, se daba por descontado que el misterioso y desconocido asesino estaría presente, así como lo estuvo en la casa de los Flesse. En suma, que a Gabrielle le llovían las invitaciones, pero, desde luego, la joven las rechazaba. Ya no se dejaba ver en ninguna parte.

Tampoco el coronel frecuentaba los círculos de sus conocidos. Por lo demás, nunca le había gustado el género de vida mundana y ahora vivía confinado en sus habitaciones, junto a su hija, de la cual no sabía ni lo que pensaba ni lo que hacía. Frente a las ventanas se extendía la plaza con las palomas que Rochonville solía contemplar sin verlas, y a veces le parecía que se encontraba en otro lugar enteramente diferente, por ejemplo en el campo, tal vez porque había llegado el verano y porque antiguamente, en verano, la gente tenía la costumbre de marcharse al campo. Y cuando miraba, desde lo alto de su ventana, la plaza, hasta le parecía hallarse en la cima de una montaña o, por lo menos, en una comarca elevada. Sin duda, debían de determinarle esta impresión diversos recuerdos, sólo que Rochonville no sabía precisar cuáles eran; quizá llegaran desde la época de su infancia. Probablemente lo habían invitado a almorzar o tal vez a pasar una tarde en una determinada casa situada en lo alto de una colina y rodeada de pedregosas elevaciones, lugar en el que, como en un sueño, le parecía ahora que volvía a encontrarse. El edificio mismo se levantaba en una cima; debía de ser, pues, una de esas casas señoriales que pueden llamarse asimismo castillos…, pero tal vez todo aquel recuerdo no se refiriera a una única casa, sino a muchas parecidas o del mismo tipo que Rochonville había conocido accidentalmente por visitas, viajes o maniobras de campaña. Lo cierto es que el coronel no conseguía evocar exactamente esa casa. La recordaba y al mismo tiempo no la recordaba. Sin embargo, se acordaba, con gran claridad, de otros detalles. Por ejemplo, sabía que el momento que estaban recordando era el de la hora que seguía al almuerzo. La gente de la casa y probablemente también los que habían llegado con el coronel, tal vez sus padres, debían de estar durmiendo… en tanto que él se había quedado solo.

Le parecía que se hallaba al aire libre. El cielo se mostraba cubierto, pero no por nubes, sino por una bruma, por una bruma a través de la cual se filtraba de cuando en cuando la luz del sol.

El aire tibio era agitado por ráfagas muy calientes. El carácter rocoso de la colina confería al paisaje, que en realidad no era muy alto, un aspecto montañoso, al que convenía el sonar de las campanas que de cuando en cuando se oían… cencerros de ovejas, según parecía («Ay, tenemos tan malos pastos», había dicho alguien durante la comida, «que sólo podemos criar ovejas.»). Todo estaba envuelto en un profundo silencio y sólo se oía, de cuando en cuando, en medio del hálito de la brisa, el sonido de los cencerros. Aunque un poco turbia, la luz era sin embargo estival. A juzgar por el estado de los pastos corría el mes de julio o agosto.

Debían de ser las tres de la tarde. La hora estaba llena de melancolía, pero también cargada con la presencia de acontecimientos invisibles. Era seguro de que a muchas millas a la redonda no ocurría nada digno de contarse; sin embargo, Rochonville tenía el sentimiento de que en cualquier momento podía ocurrir algo que sólo ocurre una vez en el curso de muchos años… o tal vez lo que palpitaba en el aire fueran acontecimientos que, alejados en el espacio, se habían ahora acercado mucho; por ejemplo, que hubieran llegado las gentes que querían comprar la finca, lo cual determinaría un cambio fundamental en la vida de Rochonville; o quizá se tratara de un ejército que, retornando de la guerra, pasara cerca de aquel lugar; o cualquier otra cosa parecida. Además, Rochonville no sabía exactamente dónde se encontraba, no sólo porque en verdad no conocía el nombre de la comarca, sino porque era como si se confundieran en aquel paisaje muchos otros paisajes del mundo. Y así como la lejanía estaba presente, también lo estaba el pasado. Allí podía ocurrir todavía lo que ya hacía tiempo que había ocurrido. Alguna iglesia o alguna gran capilla debía levantarse en alguna parte de aquella casa, pues al coronel le pareció, de pronto, que había visto allí las doradas figuras de reyes de cabeza coronada y las representaciones de los martirios de algunos santos. Esos reyes parecían poder comenzar a andar en cualquier momento por los caminos de la campiña y el martirio de los santos podía repetirse a cualquier hora… entre los campesinos. Parecía que aunque —o precisamente por eso— todo estaba inanimado, la vida había resuelto mostrarse tal como realmente era.

Como un animal desgarrado por los zorros, como un animal al que se le arrancan sus entrañas, así se manifestaba allí la vida. El corazón aún le palpitaba y su abierto cuerpo sangraba sobre la hierba polvorienta.

Hubo artistas que pintaron los llamados paisajes ideales, en los cuales quisieron representar toda la vida, paisajes que llenaron entonces de innumerables cosas: de montañas, ríos, ciudades, batallas, mares agitados por tempestades y mares serenos, sin viento, llenos de navíos y de monstruos surgidos de las profundidades. Sí, en tales cuadros hasta el día y la noche se representaban simultáneamente, y en el cielo brillaban al

mismo tiempo el sol y la luna. La verdadera vida, sin embargo, no se revela en lo múltiple. Lo múltiple es sólo ruido. La verdadera vida únicamente se revela en el vacío. En la falta de todo acaecer, en el espacio vacío, del mismo modo que de la tentación, en la soledad de un santo, se precipita e irrumpe la vida, y su estruendo es tal que el oído sólo cree percibir el silencio, pues tan monstruoso y violento como el estrépito del sol naciente es el bramido del ser.

Uno de los últimos días del mes, el mayor Lukavski fue a la casa de la Jordangasse número cuatro, en la cual Fonseca, semanas atrás, había visto entrar a Gabrielle Rochonville.

Anochecía. Las calles se veían bañadas en una luz nacarada y algunas nubes estriadas de bordes de color rojo intenso flotaban por encima de la ciudad.

El mayor subió hasta el segundo piso de la casa y llamó a la puerta del piso que daba a la derecha del descansillo de la escalera.

Una criada de sencillo aspecto le abrió la puerta.

—¿Está el señor von Pufendorf? —preguntó el mayor, que a juzgar por el tono de su voz esperaba una respuesta afirmativa. Y como efectivamente la criada asintió, el mayor se quitó el sombrero y los guantes y entró en una habitación en la que un hombre de elevada estatura, de alrededor de treinta y cinco años, se puso de pie y clavó sus ojos en el visitante.

—¿El señor von Pufendorf? —preguntó Lukavski.

—¿En qué puedo servirle?

—Me llamo Lukavski —declaró el mayor—, y fui oficial del coronel Rochonville en el regimiento Las Dos Sicilias.

Tras un momento de vacilación, von Pufendorf hizo un ademán como para invitar al mayor a que tomara asiento.

Teniendo en cuenta su elevada estatura, von Pufendorf era extraordinariamente delgado, sobre todo de caderas, y su silueta, que se recortaba contra la luz vespertina proveniente de las ventanas, presentaba ciertas semejanzas con la del general ruso Wrangel.

—Permítame usted —comenzó diciendo Lukavski— que me remonte un poco lejos antes de comunicarle el objeto de mi visita…

—Desde luego —replicó von Pufendorf—, pero le ruego que tome usted asiento.

Hablaba en un alemán perfectamente correcto, sólo que su voz revelaba cierto acento extranjero.

Lukavski se sentó y por un instante recorrió con la mirada la habitación. Estaba amueblada sencillamente y hasta con cierta falta de gusto, semejante en esto a millares de habitaciones.

—¿De manera que usted —dijo Lukavski— y Konstantin Ilich von Pufendorf, teniente primero de los húsares de Grodno, son la misma persona?

—Exacto —asintió von Pufendorf—. Pero puede usted advertir que, aunque sea ruso, no me presento como capitán de caballería ni como príncipe…

—Pero su madre —dijo Lukavski— era una princesa.

—En efecto —admitió von Pufendorf, que pareció un tanto sorprendido de que Lukavski lo supiera—. Mi madre era una Viasemskaya. Pero ¿qué importa eso?

—Y tampoco se presentó usted como capitán de caballería, sino sólo transitoriamente.

Von Pufendorf frunció el ceño.

—Es decir, con motivo de su huida de Rusia —dijo Lukavski, sintiéndose obligado a una explicación—. Si estoy bien informado, usted consiguió salir de Rusia con ayuda de los documentos del capitán de caballería Gasparinetti, muerto en cautiverio… Era uno de nuestros propios oficiales.

—¿De manera que también esta aventura, por lo demás tan poco interesante, llegó a sus oídos? —preguntó von Pufendorf—. Bueno, en aquel momento no podía elegir otro camino; además no creo que mi expediente hubiera perjudicado la memoria de su camarada, ya que no cometí ninguna acción deshonrosa en su nombre y que volví a recuperar el mío tan pronto como me fue posible.

—Así es —dijo Lukavski—. Y, si recuerdo estas particularidades de su vida…

—… sobre la que se muestra usted maravillosamente bien informado…

—… ello se debe sólo, a decir verdad, a que hay también aquí un capitán Gasparinetti…, sin duda un pariente del muerto.

—También yo oí decir eso —declaró von Pufendorf, después de un momento.

—Y así como no se presentó usted —prosiguió diciendo Lukavski— como un verdadero capitán ni como un príncipe, en el fondo tampoco ha estimado necesario ejercer una de las dos profesiones que en el extranjero los rusos poseedores del título de príncipe suelen ejercer. Me refiero a las profesiones de chofer y de mozo de restaurante, sino que al principio se ganó usted la vida como tornero metalúrgico, en la misma

rama en que luego trabajó usted como vendedor, es decir, en la industria automovilística.

Von Pufendorf, que se divertía ostensiblemente al comprobar la exactitud de los informes de Lukavski, asintió con un movimiento de cabeza.

—Y como tornero —dijo Lukavski— adquirió usted una fuerza extraordinaria en las manos, fuerza por lo menos mayor que la que su constitución de hombre delgado…

—Pero no vaya usted a creer, mayor Lukavski —le interrumpió von Pufendorf sonriendo—, que un tornero toma un trozo de metal entre las manos y lo retuerce como si se tratara de un interruptor de luz o de la manija de la portezuela de un coche…

—… o del cuello de un hombre…

—Por supuesto —admitió von Pufendorf, un tanto sorprendido por la interrupción—… o como usted, en su condición de militar, quiera representárselo. En verdad, el procedimiento para doblar el metal nada tiene que ver con lo que usted se imagina. Además, desarrollé la fuerza de mis manos mucho antes de ejercer el oficio de tornero; lo hice en virtud de ciertos ejercicios y para divertir de cuando en cuando a mis camaradas, y también al gran duque Nicolai, a quien conocía personalmente. Las exhibiciones de esas habilidades mías consistían, por ejemplo, en enrollar entre mis dedos una moneda de un rublo o partir un mazo de naipes con las manos. Puedo asegurarle que los más robustos ordenanzas, una vez que yo abandonaba el casino, se esforzaban en vano por volver a aplanar las piezas de un rublo que yo había doblado.

Lukavski hizo con su brazo un ademán como para detener el torrente de palabras del otro, levantando la mano izquierda, pues conservaba continuamente la derecha metida en el bolsillo.

—¡Le ruego encarecidamente, querido señor von Pufendorf —dijo—, que no comience usted a contarme esas historias sobre monedas enrolladas y mazos de naipes partidos! Hoy no se habla sino de mazos de cartas partidos y de monedas enrolladas cuando se hace referencia a una extraordinaria fuerza física.

—Es posible que ante semejantes exhibiciones de habilidad, la gente aquí se aburra —declaró von Pufendorf con una sonrisa—. En Rusia éramos más ingenuos y con tales cosas conseguí frecuentemente divertir a mis camaradas. ¿Fuma usted? —y así diciendo abrió una caja y ofreció cigarrillos al mayor—. Ya ve que ni siquiera son cigarrillos rusos los que le ofrezco.

—Cigarrillos que eran excelentes —dijo Lukavski mientras tomaba un cigarrillo de la caja con la mano izquierda—. Tuve oportunidad de pasar unos cuantos meses en Ucrania y los fumé con mucho placer. Pero vayamos a lo que verdaderamente quería preguntarle, señor von Pufendorf: ¿Conoce usted a la condesa Gabrielle Rochonville?

Von Pufendorf, sin responderle, se quedó mirándolo. Por fin le ofreció fuego.

—Puede usted admitirlo sin ambages —declaró Lukavski—. Por motivos que enseguida le comunicaré, me veo obligado a guardar la mayor discreción sobre lo que hablemos.

—Pues bien —dijo von Pufendorf, después de un momento—, conozco a la condesa.

—Señor von Pufendorf —dijo Lukavski—, tengo el propósito de batirme con usted.

Von Pufendorf no respondió enseguida.

—¿Es que el coronel Rochonville no deja que me case con su hija? —preguntó por último.

—El coronel probablemente ni sabe que usted la conoce —replicó Lukavski—. Y hasta es posible que ni siquiera sepa que usted existe.

—¿O no será, mayor Lukavski, que a usted mismo le gusta la condesa Gabrielle?

—Estoy casado, señor von Pufendorf.

Una fugitiva sonrisa se dibujó alrededor de la boca de von Pufendorf. A primera vista bien podía haberse supuesto que sonreía porque no había preguntado si Lukavski estaba casado; pero probablemente sonreía sólo de la seriedad de la respuesta de ese oficial que vivía en un mundo incomparablemente más modesto que aquel que había sido el suyo propio.

—En todo caso —dijo—, noto que es usted un hombre formal, mayor Lukavski. ¿Por qué quiere, pues, batirse conmigo? Me dice que el coronel probablemente ni presienta mi existencia, y además me revela que no ama usted a Gabrielle. Yo, en cambio, la amo sobre todas las cosas.

—Lo sé —dijo Lukavski.

—¿Cuál es entonces el verdadero motivo de su desafío?

—Desde luego —dijo Lukavski— que mi procedimiento es inusitado, que mi modo de entrar en su casa fue tal vez un poco extraño, pero lo cierto es que me pareció superfluo empezar por ofender a un hombre como usted o provocar una situación en la cual usted se viera obligado a ofenderme. Según creo, basta con que le diga que deseo batirme con usted.

—Pero…, es que no comprendo el motivo.

—Querido señor von Pufendorf —dijo Lukavski—, me sorprende el que estas cosas le parezcan tan extrañas. Por lo que sé, en el siglo pasado y en su propia patria hubo verdaderas epidemias de duelos, y hasta dos de los más famosos poetas rusos, Lermontov y Pushkin, murieron en duelos, en tanto que de nuestros poetas, hasta ahora, ninguno murió de esa manera, lo cual habla tal vez en contra de los poetas rusos, tal vez en contra de los nuestros. El propio Pushkin escribió repetidas veces acerca de duelos y desafíos.

—Sí —asintió von Pufendorf—, en el fondo todos los poetas escriben siempre sólo sobre las cosas que terminan por convertirse en su destino.

—Si no quiere usted admitir que Pushkin sólo por distracción empuñó la pistola, en lugar de tomar la pluma…

—Pushkin murió a causa de una mujer —dijo von Pufendorf—, por su propia mujer, que era muy hermosa y a quien el zar amaba. El zar hizo matar a Pushkin por un aventurero.

—¡Pues bien entonces! —dijo Lukavski—. ¿O acaso cree usted que ahora ya no son tiempos para realizar semejantes cosas? Entre gentes de honor, no existe ningún caso del que usted pudiera decir que los tiempos no se prestan.

—Eso es exacto —declaró von Pufendorf—, es decir, podría aplicarse también a nosotros dos, si usted me considerara un hombre de honor. Sólo que no me tiene por tal. ¿No es así?

—¿Cómo llega usted a figurarse eso?

—Porque sencillamente no me considera usted hombre de honor. Lo que quiere es batirse conmigo, batirse a toda costa, mayor Lukavski…, porque no conoce otro medio de impedir que el señor Gordon haga estallar el escándalo que, según usted cree, pudiera provocar mi arresto. Pero estoy persuadido de que Gordon no tiene en modo alguno el propósito de hacerme arrestar. No querría ofenderle, pero lo cierto es que considero a Gordon más inteligente que a usted. En primer lugar, se enteró de mi existencia y de mis relaciones con Gabrielle Rochonville mucho antes, lo cual no significa en él ninguna habilidad puesto que tiene a su disposición todos los medios de la policía. En segundo lugar, le considero más inteligente porque parece haberse dado cuenta bien pronto cuán insignificante es el papel que yo represento en todo esto, a pesar de las apariencias en contra. En suma, que con toda seguridad no me hará arrestar. Ya ve que eso es lo primero que debía haber hecho, pero hasta ahora no lo hizo. Sin embargo, la desgracia nunca llega de la dirección que uno había esperado. Siempre llega por otro lado. Debía, pues, haberme esperado algo parecido a la visita que usted me hace y, según tengo que confesar, me encuentro más bien desarmado. En efecto, por más que le asegurara que no tengo la menor relación con los hechos que a usted le preocupan tanto, no me creería…

—Ya ve —replicó Lukavski— que no le pregunté dónde podría encontrarse Fonseca.

Después de una pausa debida a su irritación, von Pufendorf prosiguió:

—Puesto que no encuentro el menor placer en pasarme dos años en una fortaleza húngara, sólo me resta advertirle a usted sobre mis intenciones. Si verdaderamente insiste en batirse conmigo, lo mataré en el duelo, mayor Lukavski.

—Vaya. Le ruego que se abstenga de hacer profecías —dijo el mayor—. En general, las profecías no son cosa que se cumpla.

—¿Por qué no? —preguntó von Pufendorf sorprendido.

—Porque no predicen la realidad, sino la verdad. De modo que no se moleste usted en decirme ahora que sabe tirar muy bien. En los duelos de pistola no suele apuntarse bien. Y aun cuando consiga herirme o matarme, no se haga la ilusión de haber terminado esta historia. En efecto, ha de comprender que siempre quedarían los señores Silverstolpe y Marschall, y hasta el propio coronel, para hacerle frente. Hágase, pues, a la idea de morir, Konstantin Ilich von Pufendorf. ¿Acepta, entonces, mi desafío, o no?

Sin responder, von Pufendorf se encogió de hombros. En ese momento, sonó la campanilla de la puerta.

—Por supuesto que la condesa Rochonville no sabe que estoy aquí —dijo Lukavski.

Von Pufendorf se quedó un instante mirándolo y luego salió del cuarto. En el vestíbulo, habló unas palabras en voz baja con alguien, luego se oyó el abrirse y cerrarse de otra puerta, y por fin von Pufendorf volvió a la sala donde se hallaba Lukavski.

—Mayor Lukavski —dijo—. Cuanto más medito en su modo de obrar, tanto más agraviante lo encuentro, de manera que he decidido aceptar su desafío. Puede, pues, vanagloriarse de haber alcanzado su objetivo. Que Dios le perdone. Ya tiene usted su satisfacción.

—Muy bien entonces —dijo Lukavski—, pero ¿por qué está tan nervioso? Hasta ahora estuvo tan cortés como no podía yo dejar de esperarlo del conocido de una dama que, a fin de cuentas, es la hija de un coronel.

—¡Verdaderamente no sabe usted, mayor Lukavski, lo que hace! —dijo von Pufendorf—. Ni siquiera sabe lo que dice.

—No crea que me he resuelto con ligereza a dar este paso. Ya le dije que tengo familia.

—¡Vaya! —exclamó von Pufendorf irritado—. No estoy hablando del peligro que correrá la futura educación de sus hijos.

Encogiéndose de hombros, Lukavski se puso en pie.

—Y usted mismo, ¿no atribuye demasiada importancia a sus asuntos? —preguntó.

—Sí —afirmó von Pufendorf—… por ejemplo a los asuntos para los que la gente de este país no tiene suficiente corazón como para vivirlos hasta el final. Aquí sencillamente se los deja ocurrir.

Y luego, adoptando otro tono, agregó:

—De manera que espero… digamos mañana al mediodía… a sus padrinos.

—Muy bien —dijo Lukavski—, se los enviaré puntualmente.

Y con estas palabras se despidió de von Pufendorf.

Atravesó el vestíbulo sin mirar alrededor. Una vez que hubo cerrado detrás de sí la puerta del piso, permaneció aún un instante inmóvil, sumido en sus pensamientos. Luego, comenzó a bajar la escalera.

3

La que a continuación transcribimos es la carta que Silverstolpe escribió al capitán Marschall von Sera en los últimos días de junio de aquel año.

La carta comprendía muchas cuartillas de tamaño pequeño, cubiertas con una escritura de rasgos casi floridos, y la forma y disposición del texto revelaba cierto sentido de la elegancia. Las letras iniciales de los períodos y de cada oración estaban cuidadosamente trazadas y adornadas. La carta llevaba la fecha al final, y luego seguían dos postdatas, como si en una carta en regla no pudiera prescindirse de esos elementos.

Cuando no se escribe a menudo es posible encerrar en una carta toda una vida, y hasta de manera más perfecta que la de la vida realmente vivida. Esa epístola constituía un todo, una carta en sí, destinada a seguir siendo carta y no a ser reproducida con ayuda de otros medios y en otras circunstancias. Las tachaduras que se veían en ella y el modo en que estaba plegada, así como las manchitas hechas por alguna mosca que se había deslizado sobre las letras antes de que se secara la tinta, conferían a la carta su singularidad y su carácter único. Y al reproducirla aquí lo hacemos persuadidos de que ya no podrá provocar el efecto que produjo en el capitán von Sera.

> «Mi querido Marschall —escribía Silverstolpe—, sin duda te asombrará recibir esta carta o cualquier carta mía, pues no era nuestra costumbre escribirnos mucho; nunca necesitamos de ello para confirmarnos que éramos amigos, así como nunca necesitamos vernos para asegurarnos de nuestra amistad, sino que podíamos confiar al azar nuestros encuentros. En estas líneas podrás advertir el signo de algo excepcional, en el caso, claro está, de que no hagas como aquel hombre a quien conocí, que, durante muchos años, alquiló en un hotel dos habitaciones; una para vivir en ella, la otra destinada a guardar todas las cartas que recibía y que arrojaba sin abrir; cuando murió, se encontró ese cuarto casi por completo lleno de cartas sin leer. ¡Gesto admirable que nos indica que los hombres, en última instancia, no pueden ni decirse ni escribirse nada!
>
> »Pero si lees mi carta no tendrás ningún motivo para inquietarte más que en todos aquellos casos en los que, tratándose de otra gente, tuvimos que aceptar, como irremediables, hechos semejantes al que aquí he de comunicarte.
>
> »Lamenté mucho no verte en el entierro de Engelshausen. También a Lukavski le habría gustado hablarte. Y tal vez tu presencia hubiera dado a las cosas de que hablamos un giro distinto. Fonseca y yo fuimos, después del sepelio de Engelshausen, a casa de Lukavski, donde su mujer tuvo la amabilidad de vendarme una pequeña herida que sin saber cómo me había hecho y a la que no le di la menor importancia.
>
> »Pero ya en el curso de aquella noche me desperté con vivos dolores y fiebre. Por la mañana comprobé que se me había hinchado no sólo la mano sino también todo el brazo. Unas rayas de color poco tranquilizador partían del dedo medio, donde tenía la herida, y me llegaban hasta el hombro. Sentía además que los ganglios de la axila se hallaban asimismo hinchados.
>
> »El médico me diagnosticó una infección. Al principio la creí provocada por la venda que la señora Lukavski me había puesto. Pero pronto el médico estableció que la infección se debía al virus de los cadáveres.
>
> »Por supuesto que no tenía la menor idea acerca de dónde podía haberme contaminado. Sin embargo, al

reflexionar sobre ello llegué a la conclusión de que la única posibilidad de haber contraído esa infección era la siguiente: El coronel y yo fuimos al velatorio de los restos de Engelshausen. Nuestro cantarada yacía en el féretro, vestido con su uniforme; pero como la chaqueta ya no le cerraba sobre el pecho, le habían prendido los bordes con alfileres. Me pareció que lo habían hecho de manera negligente, y por eso me puse a asegurar mejor los alfileres.

»Debe de haberme determinado a ello algún recuerdo de la época en que prestábamos servicio. ¿Acaso no nos habíamos acostumbrado, cuando veíamos a algún soldado, a corregir o a ajustar algo de su vestimenta? De manera que debí de pincharme con uno de aquellos alfileres que, probablemente, cuando le ponían el uniforme al muerto, se habría hundido ligeramente en su pecho… Y la punta de ese alfiler fue la misma que luego pinchó mi dedo.

»Cuando se habla de envenenamiento por virus de los cadáveres en general se imagina uno las consecuencias peores de lo que realmente son. El mal de que me vi atacado siguió al principio su curso normal. Pasé algunos días con fiebre, a veces muy alta, y los ganglios continuaron hinchados; pero luego el envenenamiento —como el médico lo había previsto— comenzó a ceder, y poco después bien podía haberme considerado curado.

»Hasta aquí, como ves, nada había de extraordinario. Desde luego experimentaba una extraña sensación al saber que llevaba en mí el veneno de otro cuerpo humano, pero ¿acaso no respiramos continuamente el aire que otros respiraron? Y, ¿acaso no se mezcla permanentemente nuestra vida con la vida, y hasta con la muerte de otros? El pan que comemos tal vez proceda de la harina hecha con la espiga nacida del cuerpo de un muerto y el pescado que nos sustenta bien pudo haberse nutrido con los restos de una persona ahogada. Nos rodeamos de precauciones creyendo evitar el contacto del mundo que nos rodea, pero éste es un modo enteramente superficial de pensar, pues, en realidad, nuestro presunto aislamiento no es sino ilusorio. Continuamente estamos ensuciando los blancos guantes que siempre nos creemos en la obligación de llevar; continuamente, cada soplo de aire nos trae partículas de la sustancia de otros seres y otras cosas, y lleva a ellos las nuestras. En todo momento, todo se mezcla con todo.

»De manera que al cabo de unos pocos días podía esperar verme curado. Pero no me curé. Cierto es que la hinchazón había desaparecido y que ya no tenía fiebre. Es más, mi temperatura era inferior a la normal, pero, en lugar de adquirir cada vez mayor fuerza, me sentía presa de una debilidad creciente y extraña, una debilidad que me consumía. Y así como muchas veces sentimos que el peso de un objeto se debe no tanto a su tamaño como a su consistencia, así sentía yo esa debilidad como una pérdida de fuerzas casi dolorosa que me consumía. Sólo entonces comencé verdaderamente a sentirme mal.

»El médico afirmó que esas eran aún las consecuencias del envenenamiento. La infección ya había pasado; lo que quedaba no era sino debilidad, de suerte que en poco tiempo sanaría. Con todo, pasaban los días y yo no me sentía mejor; por el contrario, me encontraba en un estado cada vez más desdichado. Dije entonces al médico que, o bien la enfermedad no había terminado aún, o bien otra había reemplazado a la primera. El médico me respondió que el envenenamiento mismo ya había pasado, pues no existía ningún síntoma de él. En cuanto a una nueva enfermedad nacida de la primera, según afirmó, no existía, o por lo menos él no sabía de qué enfermedad pudiera tratarse.

»Lo supiera él o no, lo cierto era que había en mí una enfermedad que, si no había reemplazado a la primera, tenía que continuar siendo la infección anterior que había asumido otra forma. Y esta nueva forma sería mortal.

»En efecto, Dios no establece ninguna diferencia entre la punta de una espada y la punta de un alfiler. Sólo éramos víctimas de un prejuicio cuando creíamos que únicamente moriríamos bajo los aceros de algún regimiento escogido de los franceses o de los rusos. Luego nos acostumbramos a la idea de que también podíamos morir en cualquier trinchera sucia, heridos por una granada. Y ahora tuve que hacerme al pensamiento de morir por el pinchazo de un alfiler. Porque es un hecho evidente que ahora tengo que morir. No veré las tormentas de otoño que tanto amo, y que las brumas del mar traen hasta aquí. Y tal vez ni siquiera logre alcanzar los últimos días del verano.

»Mi querido Marschall, no tengo el propósito de aburrirte con la descripción de los detalles en virtud de los cuales llegué a esta conclusión. Quizá sea yo solo quien haya llegado a este convencimiento; quizá los médicos crean aún que esa enfermedad, que no conocen, se vaya del mismo modo en que vino. Durante todo este tiempo consulté a muchos médicos que me mantuvieron en observación algunas semanas. Sólo que tenían poco que observar, puesto que no existía una enfermedad propiamente dicha, sino que era mi propio cuerpo el que se consumía. Ya no eran precisos gérmenes venenosos, que sólo habían sido el motivo del fin, y comencé entonces realmente a darme por vencido.

»Antes, la gente moría a veces de enfermedades desconocidas a las que sólo se les daba un nombre, sin que se supiera, sin embargo, en que consistían: por ejemplo, «fiebre nerviosa», «corazón quebrado», y cosas parecidas. Tal vez sea en general un prejuicio el creer que siempre ha de morirse por una enfermedad o una herida. Tal vez, y hasta es lo más probable, pueda uno morir también por sí mismo. Y cuando no puede uno

resolverse a morir por sí mismo el destino no necesita sino de una pequeñez, por ejemplo, de la punta de un alfiler. Y entonces se estremece uno, reflexiona, y muere de su muerte.

»¿Acaso no tienes tú también la impresión de que nunca reflexionamos verdaderamente sobre nuestra muerte? Quizá al volver de la guerra hasta pensábamos que habíamos burlado a la muerte. Pero ésta no se deja engañar. No porque hayamos jurado pertenecerle. En modo alguno es necesario el cumplimiento de semejante requisito, sino porque encontramos, de pronto, que seguir viviendo carece de sentido. El creer que debe uno continuar manteniéndose vivo es algo por completo falso. En la muerte, puede uno también estar vivo. Creo que eso no cambia nada esencial de nuestro modo de ser real. Los que mueren de amor existen siempre y también todos los que caen en el campo del honor. Y hasta son mucho más de lo que eran cuando vivían. Cierto es que hay hombres que para vivir tienen que permanecer en la vida, pero hay muchos otros que, para ser, necesitan morir.

»Sin duda me preguntarás por qué motivo no te hice saber, a ti o a los otros, cuál era mi estado, y estoy seguro de que hasta me reprocharás el no haberlo hecho. Pero la verdad es que necesité tiempo para meditar sobre mi propia muerte. Y si ahora me atrevo a pedirte que vengas a visitarme, lo hago encontrándome en condiciones completamente diferentes. Los médicos ya no me agobian, y aunque me siento cada vez más débil, me siento, sin embargo, mucho mejor. Ahora ya no lucho contra mi fin; sencillamente lo acepto. Puede que en otra época haya sido un enfermo insoportable, pero ahora me he convertido en un moribundo perfectamente tolerable.

»Cuando llegué a comprender que era inútil esperar algo del arte de los médicos, rehusé a prestarme como objeto de los estudios que querían realizar sobre mí. Me dije que, aun cuando consiguieran profundizar el conocimiento de mi estado, nunca podrían aplicar el resultado de sus observaciones a otros enfermos. Porque, en efecto, no puede haber otros enfermos como yo. Mi enfermedad es mi modo de morir absolutamente personal. No muero de ningún mal, sino que muero de mí mismo.

»Tengo en Carintia dos ancianas parientas, primas de mi difunta madre —mi padre, cuando llegó de Curlandia e ingresó en el ejército, se casó con una Ungad—, que ya me habían invitado repetidas veces a su casa. Poseen una pequeña propiedad llamada Gegendt y, según creo, se aburren soberanamente, como toda la gente de los tiempos pasados, en el presente. Cuando les escribí estaba ya decidido a venir a su propiedad, pero agregué que sin duda no les sería particularmente divertido contemplar el espectáculo de mi consumición. Tal vez mi carta estuviera concebida en un tono de urgencia tal que no daba lugar a una negativa de mi súplica. Lo cierto es que me habría disgustado mucho morir en la ciudad. En todo caso, fueron lo suficientemente benévolas como para invitarme a su finca.

»Aquí, pues, habito, para no decir que aquí vivo, porque en verdad tendría que decir que, simplemente, yazgo a punto de morir. Como ves, tuve bastante tiempo para meditar sobre mi destino… sobre el destino de todos nosotros. Pero el hecho en sí ha dejado de atormentarme desde hace unas semanas. Cuando uno sabe que ya no vivirá, vive mejor que cuando cree que ha de continuar viviendo. Me abandono, pues, a todas las cosas que me rodean, al calor, al persistente buen tiempo; esto compensa algo la frialdad que invade poco a poco mi interior; esta vida rústica, el ver la increíble fertilidad de esta tierra, que parece colmada de los demonios de la fecundidad y de todos los faunos de Pomponius Mela, me ayuda a olvidarme de que me voy deslizando hacia abajo y hacia el más allá. Resulta más fácil morir cuando se advierte que la muerte forma parte de la vida. Cuando procuro participar de esta vida del mejor modo de que aún soy capaz, me olvido de que ya no puedo vivir. Sí, me olvido hasta de la vida misma, así como el que está a punto de dormirse olvida la araña o el insecto que, antes de adormecerse, observó en el cielorraso de la habitación… de suerte que, cuando vuelve a despertar, esos animales, desaparecidos durante el sueño, se hallan ya en otra parte. Y así se me escapa la vida, como en un sueño.

»Una de mis tías es una vieja señorita von Ainether; la otra estuvo casada un tiempo con un consejero áulico que tenía el singular nombre de Pobeheim von Holzapfel-Wasen. Pero este matrimonio no fue sino un breve interludio en la vida de la vieja señorita que, en el fondo, nunca dejó de serlo, de manera que volvió junto a su hermana como si no se hubiera marchado de la casa. Comemos los tres juntos, recibimos visitas y las hacemos a los vecinos, pero la mayor parte del tiempo la paso tendido en un diván que hago colocar al sol para no sentir frío, y el tiempo pasa sobre mí. No lo noto. En el cuadrante del universo, las agujas siguen girando movidas por las gigantescas ruedas de las órbitas celestes… Pero para mí es como si sólo se moviera una hoja. Cada instante que transcurre se lleva de mí una parte de vida infinitamente mayor que la que se lleva de la de mis otros semejantes; no me inquieto por ello. Antes me ocurría que quería detener el coro de las horas, esa *turba duodena,* como dice Santo Tomás de Aquino, como si se tratara de un grupo de doce mujeres jóvenes de flotantes túnicas. Y me quedaba triste cuando se me escapaba sólo alguna de ellas. Ahora bien pueden salir de su eternidad y entrar en este mundo efímero, con sus pies invisibles y ligeros, y volver a salir de este mundo fugitivo y perecedero para dar nuevamente en la eternidad: ¿Por qué habría aún de querer retenerlas? Si en el más allá no me es dado volver a encontrarlas, ¿para qué las quiero aquí?

»Pero también tenemos, por decirlo así, ciertas distracciones apagadas. Por ejemplo, el otro día asistí al

baño de las viejas señoritas, baño que toman diariamente, antes de la hora del almuerzo, durante los meses estivales, en un estanque. Se bañan aproximadamente según el modo inventado en 1890 en los baños de Ostende, sólo que el estanque no es el mar, sino una especie de charca llena de juncos, cañas, culebrillas de agua e insectos. Pero la ceremonia de esos baños se realiza de acuerdo con el carácter mundano de épocas pasadas… Y a veces las señoritas se quedan extendidas en unas mecedoras de las que sólo pueden levantarse luego a costa de grandes esfuerzos, porque los muchos botones de sus ropas quedan enredados entre las mallas…

»Esto y muchas otras cosas me recuerdan ciertas escenas de mi casa que, sin embargo, no me parecían tan ridículas, porque entonces era aún muy niño y porque es seguro que en aquella época, verdaderamente, no lo eran todavía. Y aún ahora en ocasiones tengo que esforzarme para sonreír ante semejantes escenas. Es que las diferentes épocas se confunden aquí de una manera tal que resulta difícil describir: el presente no alcanza a borrar el pasado, y todo, pasado y presente, y probablemente también el futuro, existe simultáneamente, de manera que si muchas cosas me hacen recordar los tiempos idos, otras me recuerdan, por así decirlo, el futuro. No sé si me entenderás. Pero lo cierto es que aquí, o el tiempo no existe o bien existe con tal intensidad que no importa establecer lo que pertenece al pasado o lo que está por venir: todo es igualmente presente. Y la propia naturaleza está penetrada de este permanente presente de todos los tiempos.

»Cuando llegué aquí, el verano hacía recordar aún un poco a la primavera y especialmente los prados de alta hierba, aún no segada, poseían, según me pareció, una capacidad enorme de expresar infinitas cosas. Por lo menos así lo sentí, y no he de distinguir qué es lo real: si las cosas mismas o la impresión que de ellas tenemos. En esos días de transición en los que la primavera se convierte en verdadero verano, durante las primeras horas de la tarde, a menudo, casi diariamente, podían verse en el horizonte nubes ligeras como velos, aparición debida probablemente a la diferente densidad de las distintas capas de aire; y esas nubecillas no se elevaban muy alto en el cielo, sino que, cuando se mostraban, parecía como si el aire se enfriara suavemente; era como cuando una súbita ráfaga de viento pasa por los árboles y tejados y, por un momento, permanece suspendida, distinta del restante aire del día, antes de disiparse… pero este fenómeno no se relacionaba en modo alguno con una ráfaga de viento o con un enfriamiento real de la atmósfera, sino que el aire, en cierto modo, se veía penetrado por una sustancia igualmente transparente, pero mucho más vaga, o era sencillamente como un estremecimiento. Entonces me parecía experimentar infinitamente más de lo que soy capaz de expresar, o mejor dicho, creía recordar cosas caídas en un olvido de ensueño tan profundo que me parecía volver a vivir no sólo toda mi existencia, desde los días tan remotos que en modo alguno puedo haber vivido, sino además vivir muchos días de muchas otras vidas. Y cada vez que se manifestaba el fenómeno, que sobrevenía ese estremecimiento, lo sentían también los prados. Los recorría entonces un palpitar infinitamente más delicado que la más suave brisa, y sin embargo las hierbas permanecían inmóviles, o por lo menos, si se agitaban no lo hacían a causa de ese estremecimiento, sino que apenas se percibía una leve degradación en los claros colores de esa temblorosa campiña verde y plateada, es decir, exactamente un estremecimiento que conmovía tanto más al alma, en virtud de su carácter inasible.

»Y, tendido en mi sillón, esperaba todos los días a que se produjera ese extraño espanto de la naturaleza (porque, sin duda alguna, era un espanto); era como si también ella recordara de pronto algo y se espantara. Pero ¿de qué podía acordarse? Podía recordar tanto algo pasado como algo aún por venir. Las terribles cosas que la naturaleza era capaz de sentir podían haber ocurrido ya o bien tener que ocurrir aún. Pero todo era como si esas cosas hubieran ocurrido sólo ayer o hubieran de ocurrir mañana, tan cerca estaba ya ese miedo. Pero ¿miedo de qué? Desde luego, no del gran diluvio que sobrevino una vez, ni tampoco del incendio del mundo que igualmente habrá de sobrevenir algún día; uno está tan lejos en el pasado como el otro en el futuro. ¡Pero, qué significan para la naturaleza agua y fuego! ¿No es acaso, ella misma, agua y fuego? No, la naturaleza no se espantaba de sí misma, sino que el miedo debía de tener raíces más profundas: algún recuerdo o presentimiento de una catástrofe en sus propias células, o el miedo al nacimiento de la conciencia, o a la división de lo masculino y lo femenino, o al nacimiento de la voluptuosidad, o a la recíproca penetración de todo lo que vive, o a todas estas cosas al mismo tiempo: al amor.

»Pero en todo caso no era miedo a la muerte. No a la muerte, pues ésta en sí misma no es nada. Espantosa —del mismo modo que llamamos espantosos a los dioses—, espantosa sólo es la vida. Y yo permanecía tendido, y miraba la vida, que se espantaba de sí misma. Y ya no temía, ya no sentía miedo.

»Esto fue aproximadamente lo que experimenté; o, mejor dicho, así debe de haber sido. Sin embargo, bien sé que no he conseguido darte una idea del carácter singular de mi experiencia. Lo singular de ella, como no dejo de sentirlo continuamente, está por debajo de la superficie de las palabras, esas curiosas estructuras capaces de transmitir representaciones más en virtud de su imprecisión que de su exactitud. En efecto, cuanto más oculta esté una cosa en la realidad, de modo tanto más espectral procura aflorar a la

superficie. ¿Cómo se explicaría si no, el que, cuando escribo, me parezca que, penetrando mi escritura como una sombra, se marcan los trazos de otra enteramente diferente? O, ¿no será mejor comparar esto con esos peces que, en invierno, suben desde las profundidades del agua hasta la delgada capa de hielo que la cubre y nadan, silenciosos como sombras? ¿Qué es, pues, lo que me parece surgir de las profundidades de las hojas de modo incierto y apenas legible, como a la luz vacilante de una vela? Y, sobre todo, ¿quién escribió esos signos? ¿Para quién los escribió? Verdad es que, a veces, aquí y allá, los signos corresponden a mi escritura, cubren mis trazos, de suerte que los míos y los espectrales corren juntos, así como los rasgos del abuelo vuelven a encontrarse en el semblante del nieto, y un sentido, en parte mío pero en parte de alguien enteramente distinto de mí, emana de esas hojas en las que dos sustancias, al unirse, se convierten en una llamarada irradiada. Sin embargo, habría que volver a trazar todos los rasgos de esta misteriosa escritura y no encomendar al azar el que los trazos coincidan. Y la habitación, como si se llenara de humo, se colma de signos espectrales, y el aire, que entra por la ventana, está cargado de ellos…

»Pues casi todo lo que los hombres escribieron es como si no lo hubieran escrito. Todo cuanto se ha escrito es como cartas en las que nadie dijo lo que quería decir… o, mejor dicho, como cartas no escritas. Abre uno los cajones de las cómodas y allí se encuentran paquetes de cartas atadas con cintas; y la cera del sello que el destinatario ha roto como si hubiera roto el sello de verdaderas cartas, está diseminada en trocitos en el fondo del cajón, como fragmentos de escudos y de blasones rotos después de un combate singular. Porque, en efecto, cuando desatamos el paquete y abrimos las cartas, sólo encontramos en ellas decepción. ¡Y, sin embargo, habría tantas cosas infinitas que decir! No sobre la realidad, aunque tampoco se ha dicho nada sobre ella, sino sobre lo irreal. Pero nuestras palabras son poco precisas y, cuando pensamos en lo irreal, tal vez entendamos, a pesar de todo, la realidad.

»¿Qué me ocurrió, por ejemplo, ayer cuando me atreví a dar un paseo a pie? Había echado a andar por un estrecho camino ascendente que, dando un rodeo (cierto es que puede haber gentes que digan que se trata de un rodeo cualquiera, pero lo cierto es que yo lo considero un rodeo perfectamente singular) y pasando por detrás de una granja, conducía, hacia el norte, a las lindes de un bosque. Pero no había dado sino unos pocos pasos cuando ya me pareció que el sendero, en lugar de subir, bajaba. Vi que aunque sólo suavemente, pero de todos modos en forma perceptible, el camino subía, y sin embargo, me parecía que bajaba. Y ese conflicto entre lo que sentía y lo que percibía debió de sumirme muy pronto en un extraño estado de ánimo; en todo caso, sin poder volverme sobre mis pasos ni librarme de ninguna manera de esa impresión, me daba cuenta, con toda claridad, del carácter extraordinario de lo que estaba viviendo. El sendero era pedregoso, como si el agua de un arroyo hubiera corrido por él; por lo menos, en el extremo más bajo del camino —en el que realmente era más bajo, y no el que me parecía a mí serlo— se veía un montón de piedras como cantos rodados, y más allá ciertas huellas de ruedas se habían transformado en surcos; pero en otros lugares las piedras que sobresalían de la tierra parecían gastadas por el paso de mucha gente. Sin embargo era un sendero ciertamente poco transitado, y entre las piedras crecía un poco de pasto y llantén. El camino era de anchura desigual y, a veces, hasta se perdía del todo. Cuando eché a andar por él, oí que un caballo relinchaba en la granja. Era un relincho excitado, como si el animal estuviera intranquilo por algún acontecimiento. Fuera de eso, todo yacía en el silencio más completo. Al principio, la senda bordeaba un pequeño trozo de campo muy pobre, circundado por un seto. Pasaba luego por un delgado hilo de agua cuyo murmullo quejumbroso apenas se oía. Alrededor se extendían tierras bajas y pantanosas con una vegetación de hojas lanceoladas o de espesa cabellera, como piel de nutria, que exhibía aquí y allá flores blancas y estrelladas. En una curva de la senda, diez pasos antes de que ésta se hundiera hasta la altura de un hombre, había un arenal, o en todo caso un fondo de guijarros que a mí me pareció un yacimiento de arena o de rocalla, y en ese arenal crecía un arbusto de singulares flores, y un bérbero, y una zarzamora. En el borde del barranco se levantaba un pino, despojado de sus ramas hasta la mitad del tronco, al pie del cual crecían matorrales de agracejos, pequeños robles y otros arbustos. En dirección al bosque se veía todavía un único abedul. Al otro lado de la senda vi un árbol de una especie para mí desconocida, y los troncos de algunas encinas abatidas, como las que más adelante se veían en cantidad, cubiertas de moho. Evidentemente a causa de los continuos cortes —cuyo objeto ciertamente ignoro—, sus copas habían asumido la forma de arbustos ovalados.

»Bien advierto que no comprenderás enseguida la razón por la que te describo todo esto. Pero la experiencia que tuve en ese camino fue la siguiente: cuando comencé a andar por él miraba el llantén —o, mejor dicho, sólo las hojas y no los tallos de esa planta— y las piedras gastadas. Caminando así con la vista baja y sin mirar frente a mí, al cabo de un rato ya no debí de darme cuenta de la dirección del camino que seguía y que yo sólo buscaba semiconscientemente; lo cierto es que ese conflicto de mi espíritu entre mis percepciones y mi propósito de permanecer en el camino me fatigaba extraordinariamente y, según noté, fui presa de un estado de vértigo en el que, de pronto, creí hallarme en un lugar enteramente distinto de aquel en que me encontraba en realidad. Es decir, me pareció súbitamente no hallarme en ninguna parte o, por lo menos, en un determinado lugar, en tanto que se apoderaba por entero de mí la sensación de estar

descendiendo en lugar de subir. Me resulta muy difícil describirte esa sensación. A lo sumo podría compararla con el sentimiento de mi propia debilidad física. Así como siento en mí mismo esa debilidad que me consume, el camino ascendente —de modo igualmente aniquilador— me llevaba irresistiblemente hacia abajo. Descubrí con espanto y con una intensidad hasta ese momento nunca conocida que estaba completamente solo. Habría dado cualquier cosa porque alguien me acompañara. Pensaba que si alguien hubiera estado allí conmigo, aunque sólo fuera el perro que está siempre tendido en la cocina y nunca me acompaña, no me habría ocurrido eso. Pero ¿qué me ocurría en realidad? No lo sé. Era como si, abandonado en una terrible caída, me encontrara enteramente perdido, de manera que tenía la impresión, y hasta la seguridad, de que ni yo ni ningún otro hombre había tenido nunca semejante experiencia, que, por motivos desconocidos, me deparaba una aventura tan inquietante, tan turbadora.

»Cuando volví a levantar los ojos, o más bien cuando volví a mí mismo, me encontraba frente al lindero del bosque. Sólo había recorrido aquel caminito, pero me parecía haber estado en países tan lejanos que ni siquiera Ptolomeo registró ni Mercator incluyó en sus fantásticos mapas. Quise sacudirme de la impresión que había tenido, pero ella misma ya me abandonaba, como un velo que me hubiera cubierto la cabeza y el rostro. De pronto, ya no comprendí nada de lo que me había ocurrido y tampoco más tarde fui capaz de comprenderlo. Junto con esa indescriptible sensación de angustia desapareció también de mí la capacidad de comprender y asimismo de hacer cualquier intento en ese sentido.

»Advierto ahora que el mucho escribir me ha fatigado, lo que me obliga a terminar esta carta con mayor prisa de lo que realmente quisiera. A todo esto, no te rogué con las instancias que convenían lo que sobre todo quería pedirte: que vengas a hacerme una visita. Mis tías ya me dieron la autorización para que te invitara. Lo hicieron complacidas. Desde luego, no sé si puedes venir a visitarme, pero estoy seguro de que, si te es posible, lo harás, más por la amistad que me tienes que por los placeres que yo pueda ofrecerte aquí. De todos modos ven y quédate conmigo todo lo que quieras. Aquí no se mide el tiempo. Es más, hasta creo que también mis tías verían con agrado otro huésped, siempre que a mí mismo pueda llamárseme tal cosa y no ya alguien a quien se cuenta como miembro de la casa.

»Lamento haberme agotado al escribir todas estas cosas, en lugar de encontrar las palabras cordiales que, a decir verdad, tenía el propósito de escribirte al principio. Perdóname, pues, teniendo en cuenta el estado en que me hallo, y da por dicho lo que no supe escri birte.

Gegendt, 26 de junio de 1925.
SILVERSTOLPE»

La carta terminaba con estas palabras, escritas con la prisa de una manifiesta fatiga. Seguían dos postdatas agregadas evidentemente antes de que partiera el correo en las que Silverstolpe daba a su amigo ciertas indicaciones referentes al viaje.

ROCHONVILLE

1

Hasta que sus padrinos y los de von Pufendorf ajustaron los detalles del duelo, Lukavski pasaba día y noche con una pistola de repetición en el bolsillo o debajo de su almohada; la misma pistola, por lo demás, que tenía asida con la mano derecha durante la entrevista que mantuvo con von Pufendorf. En efecto, en modo alguno veía la necesidad de compartir el destino de Engelshausen y de Fonseca. Durante esos días —después de la guerra se había empleado en una compañía de seguros— tuvo que visitar, por cuestiones relacionadas con su empleo, a dos clientes que vivían en los suburbios de la ciudad. Había considerado ambas citas como trampas que se le tendían, y por eso se había preparado contra toda sorpresa. Pero en el curso de esas dos visitas no ocurrió nada extraordinario.

El día 30 de junio emprendió viaje, junto con sus padrinos, hacia la ciudad de Ödenburg. Dijo a su mujer que se ausentaba a causa de un negocio.

Como las leyes húngaras relativas a esas cuestiones eran más convenientes que las austríacas, en aquella época la gente solía cruzar la frontera, prefiriendo batirse en territorio húngaro y no en el propio.

Los padrinos de Lukavski eran un capitán llamado Vargha y un teniente coronel de nombre von Schustekh. Al principió, Lukavski tuvo la intención de pedir a Silverstolpe y a Marschall que actuaran como representantes suyos, pero luego se abstuvo de hacerlo, para no comprometer la libertad de acción de sus dos camaradas.

Llegaron a Ödenburg al caer la tarde, y pasaron la noche en el *Grünen Baum.* Después de comer se entregaron a una partida de naipes.

Durante la noche estalló una tormenta y a la mañana siguiente los prados estaban aún velados por la niebla. Se pusieron en marcha a las cinco de la mañana. Lukavski sostenía que batirse a horas tempranas era una costumbre que ya no tenía sentido, heredada de una época en que la gente en general se levantaba con el alba y, a su juicio, sólo por irreflexión persistía ese hábito que impedía batirse a una hora más razonable. Pero asimismo admitía que, como a una hora más tardía los caminos se veían frecuentados por mucha gente, los duelos llevados a cabo en las primeras horas de la mañana tenían su razón de ser.

Cuando subieron al coche, una calesa bastante destartalada y tapizada con cuero negro, Lukavski recordó otros viajes parecidos que había realizado en su juventud y, mientras recorrían el camino, intentó contar algunos de aquellos lances. Pero sus acompañantes no estaban dispuestos a oírlo, o sencillamente no lo oían, ocupados en considerar las consecuencias que derivarían para ellos de todo aquel asunto.

Vargha había llevado a un médico. Schustekh sostenía sobre sus rodillas la caja de las pistolas.

Dos agentes de policía que encontraron al pasar les saludaron, aunque no podían dejar de adivinar, a causa de lo temprano de la hora, el propósito de la excursión de aquellos señores.

Lukavski no estaba del todo seguro de que von Pufendorf se presentara, pues no lo había visto en los días anteriores, ni en la ciudad ni luego en el tren. Pero cuando llegaron al terreno convenido, allí estaba ya

von Pufendorf con sus padrinos.

Algunos rayos de sol se filtraban a través de la niebla. Los altos árboles parecían desvanecidos tras velos semejantes a telarañas, que comenzaban ahora a disiparse; por encima de la hierba ondeaba húmedo vaho, como una procesión de tristes espectros que pasara por los sombríos prados del averno.

Los padrinos de von Pufendorf —rusos ambos— eran un señor llamado Harff y un conde de nombre Golenischtschev-Kutúsov. Durante las conversaciones mantenidas para ajustar los detalles del duelo, se había sabido que Harff era un ex empleado de banco, y que Golenischtschev había sido consejero de legación.

Los rusos iban pobremente vestidos y su aspecto era triste y consternado. Recortándose contra el fondo de niebla, la silueta de von Pufendorf recordaba vivamente la de Wrangel.

El coche de los rusos ya estaba estacionado bajo los árboles y el de Lukavski se colocó junto a él.

Después de saludarse, los padrinos se consultaron y designaron a Harff como director del duelo. Mientras tanto, los dos adversarios permanecían de pie, alejado el uno del otro. Lukavski encendió un cigarrillo y se puso a contemplar los movimientos de la bruma, haciendo como que no advertía que von Pufendorf lo estaba mirando. Pero la mirada de éste no era amenazadora, sino más bien casi apenada.

El cirujano preparó sus instrumentos.

Se convino que se realizaría un triple intercambio de balas. Una vez que Harff hubo leído en voz alta el documento que Schustekh le alcanzó, el ruso procedió a una tentativa de reconciliación. Dejó caer la hoja de papel que leyó hasta el final, y dijo:

—Todos nosotros somos pobres gentes. Ya no somos lo que éramos. El mundo al que pertenecimos ya no existe. Y lo que aquí ha de llevarse a cabo corresponde a otra época. A la época en que éramos jóvenes. No deberíamos invocar a Dios para que decida Él este combate. Dios se ha hecho muy grande. Ya no decide estas cosas. Pido a los adversarios que se reconcilien.

Habló en un mal alemán y todos advirtieron que se había aprendido el discurso de memoria. Evidentemente, por parte de los rusos se había dado por descontado que, a causa de ser Harff el de más edad, sería designado director del duelo.

Sus palabras cayeron como una sombra sobre la escena, ya de por sí sombría.

Frunciendo las cejas, Lukavski manifestó que tenía plena conciencia de la responsabilidad que asumía, pero que, de todas maneras, rechazaba la proposición de reconciliarse. Von Pufendorf guardó silencio. No quedó, pues, sino cargar las pistolas, lo que llevó algún tiempo; luego se las dieron a los adversarios, quienes, mientras tanto, habían ocupado sus puestos a la distancia convenida.

—Contaré hasta tres —dijo Harff—. A cada número golpearé con las manos. Por lo menos, así lo hacíamos en Rusia. Ha de dispararse entre el uno y el tres. En el caso de que cualquiera de los dos adversarios dispare antes de que yo cuente uno, o después de que cuente tres, los padrinos del otro tienen el deber de disparar a su vez inmediatamente.

Volvió a pronunciar estas palabras, según se advertía, como si se las hubiera aprendido de memoria. Y la voz de ese hombre sonaba con extraña tonalidad. No sólo era la voz de un extranjero, sino que era una voz extraña.

—¡Triste ejemplar! —dijo Lukavski, a media voz, a Vargha. Éste no respondió. Los padrinos se colocaron en una línea junto a los adversarios. También Golenischtschev y Vargha sostenían en la mano una pistola cargada. Detrás de ellos, hallábase de pie el cirujano. En ese momento, el sol atravesó la niebla, con cascadas de luz.

—Señores, ¿están ustedes listos? —preguntó Harff. Y como le respondieran afirmativamente, gritó—: ¡Atención! —y luego contó—: ¡Uno… dos… tres!

Y simultáneamente golpeó por tres veces sus manos. Los adversarios dispararon casi al mismo tiempo; Lukavski tal vez una fracción de segundo antes que von Pufendorf. Evidentemente, su bala no había alcanzado al ruso. A través de la tenue nubecilla del humo de su disparo, vio cómo von Pufendorf, que hasta ese momento había mantenido la mirada baja, la fijaba en él, es decir, propiamente eran dos los ojos que al mismo tiempo se fijaban en él: un ojo vivo, humano, y el ojo inanimado del orificio circular de la pistola, que se dibujaba nítidamente a la clara luz del sol. A decir verdad, era imposible que el mayor pudiera ver aquellos dos ojos a semejante distancia. Sin embargo, a él le parecía que los veía. Puesto uno encima del otro, aquellos ojos, con algo de los ojos de un pleuronecto, se clavaban en él.

Un instante después, el humo del disparo de von Pufendorf ocultó a los dos adversarios. La bala del ruso destrozó el codo del brazo derecho del mayor, todavía levantado, y luego el plomo deformado se alojó en el borde del omóplato derecho.

Lukavski permaneció aún un momento de pie y luego se desplomó en el suelo. El médico se precipitó

con todos los demás sobre el cuerpo del caído y, después de quitarle la chaqueta y de examinar la herida, la vendó. Mientras tanto, el mayor se había desvanecido. Hicieron que los cocheros acercaran los carruajes. Cuando subían a uno de ellos el cuerpo del mayor, Golenischtschev-Kutúsov dijo a los padrinos de Lukavski:

—Que Dios les perdone a ustedes lo que obligaron a Konstantin Ilich a hacer a este hombre.

El mayor fue llevado al hospital. Los otros se entregaron a las autoridades.

2

Rochonville se enteró de la noticia la noche de aquel mismo día y fue Gordon, al que no conocía personalmente, quien se la dio durante la visita que le hizo al coronel, con gran sorpresa de éste.

—Coronel Rochonville —dijo Gordon con su obligada sonrisa que expresaba al mismo tiempo su resignación respecto del curso de todas las cosas y su convencimiento de que sólo un hombre de negocios está en condiciones de comprenderlo siempre todo—. Coronel Rochonville, ignoro si sabe usted que su mayor, el señor Lukavski, se batió en duelo en Ödenburg con el señor von Pufendorf, un ruso, y que quedó gravemente herido.

—¿Lukavski? —exclamó Rochonville sorprendido—. ¿Con un ruso? ¿Con un señor von…?

—Por cierto —afirmó Gordon—, ¿no conoce usted a von Pufendorf?

—Déjeme usted pensarlo. ¿Dónde oí ese nombre…? ¿Y dice usted que el mayor está herido? ¿Qué clase de herida recibió…?

—Tiene un brazo destrozado —dijo Gordon sonriendo, como si se tratara de la cosa más agradable del mundo— y una bala alojada en el omóplato. Si se juzgara superficialmente la cosa, podría deducirse que el señor Lukavski recibió semejante herida, que entre los romanos se tenía por extremadamente deshonrosa, volviendo la espalda al enemigo. Pero lo cierto es que la herida en semejante lugar sólo se debe a la posición que el mayor adoptó durante el cambio de balas. Se colocó de costado al adversario, para ofrecerle el menor blanco posible. Además no fueron dos balazos los que le alcanzaron, sino sólo uno, pues la misma bala que le destrozó el codo tuvo aún suficiente fuerza para introducirse en el omóplato. En todo caso, el mayor Lukavski fue quien provocó el duelo y a nadie se le ocurrirá reprocharle su falta de valor. Al contrario; y precisamente esa iniciativa del señor Lukavski es el motivo de mi visita. A decir verdad, quisiera pedirle, señor coronel, que, haciendo uso de la influencia que tiene sobre sus oficiales, procure que éstos se abstengan de persistir en sus intentos de aclarar un asunto que fue confiado a la policía. Ya su conde Fonseca hubo de pagar semejante intento con la desaparición. Y ahora su mayor, el señor Lukavski, recibe esa grave herida.

Dijo *su* Fonseca y *su* mayor, del mismo modo en que una firma comercial, al referirse a los empleados de otra, los llama *sus* señores Tal y Cual. Gordon prosiguió su discurso:

—Mi decisión de venir a visitarlo con el fin de que usted, coronel Rochonville, quiera tener a bien apagar el espíritu emprendedor de sus señores oficiales, es exclusivamente mía y personal. Ya sé que con este paso voy más allá de los límites de mis competencias como policía y bien comprendo que, con razón, pueda usted preguntarme con qué derecho le hago semejante proposición. Pero le ruego que no dé a mi visita un sentido profesional, sino que la considere como una entrevista de carácter enteramente social. Quisiera que habláramos confidencialmente, de hombre a hombre. Por lo menos me parece que éste es el mejor medio de entendernos. Porque la desaparición de Fonseca bastó para llamar innecesariamente la atención pública sobre todo este asunto. Y ahora el hecho de que el mayor Lukavski se haya batido con von Pufendorf agrava la situación. Sin estos dos hechos, probablemente el público ya hubiera olvidado hace tiempo la muerte de Engelshausen. Pero ahora se habla del caso del regimiento Las Dos Sicilias… Y tal vez no sin razón. Porque, en efecto, sobre todo en lo tocante a Fonseca, la gente se pregunta por qué había de morir sino por el regimiento de ese nombre. Sólo que, como ya dije, todo lo que emprendieron esos señores oficiales, lejos de beneficiar a la policía, dificulta su trabajo. Desde luego que podría usted objetarme que la policía hasta ahora no cumplió ningún trabajo o, por lo menos, que no alcanzó ningún resultado. Desgraciadamente no estoy autorizado para informarle acerca de la actividad cumplida por mis empleados ni acerca de los resultados que alcanzaron sus esfuerzos. Sin embargo, creo, claro está que dentro de los límites de cierta reserva, deber comunicarle que entre el cielo y la tierra hay muchas más cosas que las que pueda imaginarse alguien que no es policía, y no puede decirse esto a la inversa; por lo demás, estoy satisfecho con los resultados obtenidos hasta ahora por mis hombres. No se preocupe usted por la duración de las investigaciones y, sobre todo, déjenos a nosotros, los hombres de la policía, que aclaremos este

asunto. En todo caso, le ruego sólo que no pretenda ayudarnos.

Gordon habló como si se encontrara en un consejo de gobierno. El coronel le dejó hablar, pues mientras Gordon discurría, Rochonville meditaba y había acabado de recordar dónde había oído el nombre de von Pufendorf.

—Señor Gordon —preguntó el coronel—, ¿conoce usted personalmente a ese señor von Pufendorf?

Gordon miró de frente a Rochonville y a su vez le preguntó:

—¿Y usted no?

—Oí hablar —respondió el coronel— de otro señor del mismo nombre, pero no de éste.

—Pues bien —dijo Gordon—, puedo suministrarle a usted algunos informes sobre Pufendorf, y esto me resulta fácil ya que el propio Pufendorf no tiene ninguna relación con el caso que se me ha confiado.

—¿Ninguna relación?

—Ninguna. El mayor Lukavski fue víctima de un craso error cuando le atacó… o creyó atacarle.

El coronel le miró con aire dubitativo.

—Parece que no me cree —dijo Gordon—, pero es así. El von Pufendorf al que me refiero es un ruso, si bien su familia, que obtuvo título de nobleza en el siglo XVII, procede de la Alemania del norte. Fue oficial y sirvió en la guardia, en uno de los regimientos más famosos, el de los húsares de Grodno…

—¿En los húsares de Grodno? —exclamó el coronel.

—Sí, ¿le sorprende a usted?

—El von Pufendorf en quien pienso sirvió también en el regimiento de húsares de Grodno.

—Entonces, tal vez, se trate de la misma persona.

—No, debemos descartar esa posibilidad, pues el que yo digo ha muerto, según me dijeron.

—Pero, quizá verdaderamente no haya muerto. El von Pufendorf al que me refiero es, en todo caso, el hijo de cierto Elias von Pufendorf y de una princesa Viasemskaya…

—¿Hijo de Elias von Pufendorf? ¡Pues entonces tiene que llamarse Ilich!

—Desde luego, por su padre.

—¿Y cuál es el primer nombre de von Pufendorf?

—Konstantin.

—¿Konstantin? —exclamó el coronel—. ¿Konstantin Ilich?

—Así es, pues no puede ser de otro modo.

—En ese caso, efectivamente sería el mismo… Pero eso es imposible.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—Porque, como ya le dije, Konstantin Ilich von Pufendorf ha muerto.

—Pues bien, yo le digo a usted que vive. Ya que, si no fuera así, ¿podría haberle destrozado el brazo a Lukavski y luego alojarle una bala en el omóplato, para probar mejor su existencia? Pero ¿por qué cree usted que ha muerto? ¿Quién se lo ha dicho?

El coronel estaba ya a punto de declarárselo al comisario, pero por alguna razón se abstuvo de hacerlo. Le habría resultado difícil a él mismo establecer por qué motivo no quería decírselo. Pensó que tal vez porque, al comunicar a Gordon los detalles de la historia, éste la echaría a perder, lo mismo que había hecho con los casos de Engelshausen y Fonseca. Pues, por más que el comisario le asegurara que las investigaciones continuaban su curso normal, el coronel abrigaba el convencimiento de que la policía estaba desorientada. Por lo menos, no podía admitir —como hacía Gordon— que Lukavski se hubiera equivocado.

—No puedo recordarlo —respondió por fin—; pero, dígame, ¿conoce usted al capitán Gasparinetti?

—¿Se refiere usted al que se hallaba en la reunión de los Flesse la noche en que Engelshausen fue asesinado…?

—Sí. ¿Se le parece al señor von Pufendorf?

—¿A quién? ¿Al capitán? ¿Cómo se le ocurre a usted semejante cosa? No conozco personalmente a von Pufendorf, pero creo que ambos no presentan la menor semejanza, con la excepción de su elevada estatura.

—¿Y por qué lo cree?

—Porque tuve entre mis manos la fotografía y la filiación del ruso, y su aspecto en nada concuerda con el del capitán Gasparinetti. Por ejemplo, von Pufendorf es rubio (con ese rubio propio de los eslavos, que es característico de tantos rusos); en cambio el capitán es decididamente moreno. Pero ¿por qué me pregunta usted eso?

—Porque había esperado hacerme una idea de la imagen de ese von Pufendorf a través de la de Gasparinetti. Vemos, por así decirlo, muchos conocidos que no sabemos quiénes son y prácticamente, después de haber vivido un tiempo en la misma ciudad, ha visto uno a todos los hombres que habitan en

ella.

—Pues es muy posible que haya usted visto también a von Pufendorf.

El coronel no entendió exactamente lo que Gordon quería decir.

—¿Y no sabrá usted, por casualidad, algo también sobre Gasparinetti? —preguntó Rochonville.

Gordon lo miró.

—Sólo tengo unos cuantos datos —respondió el comisario—, informaciones que recogí, por lo demás, acerca de todos los invitados que aquella noche estuvieron en la reunión de los Flesse.

—He olvidado en qué regimiento sirvió Gasparinetti.

La sonrisa de Gordon se acentuó. Ahora verdaderamente se sonreía.

—En el noveno regimiento de ulanos, si no me equivoco —dijo Gordon—. ¿Le parece a usted muy valioso ese dato?

—¿En el noveno regimiento de ulanos? —exclamó el coronel.

—Sí. ¿Por qué se sorprende usted tanto cada vez que se entera de cuál fue el regimiento en el que alguien sirvió?

—Es que ese regimiento no existió.

—¿Qué regimiento?

—El noveno de ulanos.

—¿Por qué no habría de existir? ¿Acaso no teníamos por lo menos trece regimientos de ulanos? Por ejemplo, mi cuñado sirvió en el decimotercero.

—Pero el noveno y el décimo no existían. Es decir, sólo existieron en su origen, pero hace ya mucho tiempo que se disolvieron. De manera que tiene que equivocarse usted al creer que Gasparinetti sirvió en el noveno regimiento.

—Estoy seguro de no equivocarme —dijo Gordon—. Puede que yo le parezca acaso un hombre superficial; sin embargo, tengo presente todo cuanto pudiera revestir importancia y probablemente aún algo más.

—Bien se advierte, con todo, que usted nunca fue soldado.

Gordon se encogió de hombros.

—Es posible que su empleado, el que anotó el número del regimiento de Gasparinetti, se haya equivocado o lo haya oído mal —dijo el coronel.

—Ningún empleado, por lo menos en la casa de los Flesse, anotó el número del regimiento de Gasparinetti. Se equivoca usted si cree que hoy se continúa aún preguntando el número de su regimiento a la gente que se interroga… con la excepción, acaso, de los miembros de su propio regimiento partenopeo. El número del regimiento de Gasparinetti tiene que haberle llegado al expediente por otras vías.

—¿Por cuáles? —preguntó el coronel, mientras pensaba a qué había querido referirse Gordon con su alusión histórica.

—Es de suponer que por una vía equivocada, como usted mismo sostiene. Pero esto carece de toda importancia, como ya le dije. Supongamos, pues, que por error no se haya inscrito el verdadero número del regimiento y que el capitán Gasparinetti haya servido en el séptimo o duodécimo de ulanos, o, si quiere usted, en cualquier regimiento de húsares. Esa circunstancia en nada cambia el asunto.

—¿Qué asunto?

—El suyo, coronel —dijo Gordon—. No el mío, por supuesto. Pero, a decir verdad, ya lo he entretenido demasiado tiempo, coronel Rochonville, y le ruego que me disculpe el haberle importunado. De todos modos, me atrevo a esperar que no pasará usted del todo por alto la insignificante proposición que motivó mi visita.

Y diciendo esto se puso de pie.

Sumido en sus pensamientos, el coronel le miró un rato con ojos distraídos y luego también él se puso en pie.

—¿Dónde se encuentra, pues, Lukavski? —preguntó.

—El oficio de soldado es en verdad un oficio duro —dijo Gordon—, pues de otro modo hace ya mucho que me hubiera preguntado usted cómo se encontraba el mayor. No en vano me reprochó, hace un instante, el que yo nunca haya sido soldado.

—Pues bien, ¿dónde está el mayor?

—En Ödenburg —dijo Gordon—. En el hospital. Y los restantes participantes de esa disputa armada se hallan, por el momento, en manos de las autoridades húngaras.

—¿Y quiénes eran (para emplear su expresión) esos participantes?

—El teniente coronel von Schustekh, el capitán Vargha, el señor von Pufendorf, el señor Harff, el conde

Golenischtschev, un buen grupo de hombres que, aunque equivocadamente, estaban resueltos a corregir mi trabajo. Sin embargo, bien advierte usted, y es de suponer que para alivio suyo, que los señores Marschall y Silverstolpe (este último, de todos modos, ya no cuenta para este género de empresas) y el cabo Slatin no figuran entre ellos.

El coronel no entendió por qué Silverstolpe ya no contaba para «ese género de empresas».

—Noto —dijo— que también a usted le interesa establecer a qué regimientos puede haber pertenecido la gente.

—Sólo en este caso particular —dijo Gordon—, como ya le indiqué a usted. Por eso, estimado coronel, me permito rogarle, como tuve ya ocasión de hacerlo, que cuide con la misma solicitud que yo el que los miembros del regimiento que al nacer tuvo como madrina a la hija de María Teresa y a Emma Hamilton, se abstengan de emprender cualquier acción aislada. Hoy ya no se impone la orden de María Teresa para premiar semejantes hazañas.

Y después de decir esto, se despidió con una sonrisa.

3

Una vez que Gordon se hubo marchado, el coronel permaneció inmóvil y pensativo. Pero si alguien, entrando súbitamente, le hubiera preguntado en qué pensaba, probablemente Rochonville no habría sabido decirlo. Sin embargo, le parecía que iba a asaltarlo un pensamiento muy preciso; ya se sentía a punto de apresarlo, pero, así y todo, no hubiera podido decir de qué pensamiento se trataba, ni qué era lo que andaba buscando. Todos nuestros pensamientos verdaderamente importantes son inspiraciones. El pensamiento consciente nos lleva siempre sólo a resultados sin importancia. No es el cerebro el que nos obedece, sino que nosotros obedecemos a nuestro cerebro.

En el coronel se agitaban muchas ideas; es más, probablemente hasta fuera un número infinito de pensamientos. Un cerebro incapaz de pensar al mismo tiempo en dos cosas distintas cuando está consciente, piensa inconscientemente y simultáneamente en millares de cosas: algunas de ellas se muestran con toda nitidez, lo mismo que en un banco de peces se ven con gran claridad los que están más próximos a la superficie del agua, en tanto que los otros pensamientos se desdibujan cada vez más en las profundidades de la conciencia, como los peces en la oscuridad de un río. El coronel no se había preocupado antes por la suerte que correrían los restos de su regimiento (los seis oficiales y el suboficial), pero ahora, que también esos restos estaban a punto de desaparecer, adquiría aguda conciencia de ellos. Y también percibía claramente cómo se dispersaban y desaparecían los restos de otros regimientos y de todo el ejército, después de haber vuelto de la guerra. Tenía la impresión de no encontrarse ya en su cuarto, sino al aire libre, en medio de un paisaje singular (singular por una razón que el coronel no podía precisar). Creía encontrarse en unas praderas, ligeramente onduladas, en las que se levantaban, dispersos, grupos de árboles y arbustos. Aunque el cielo parecía cubierto, el aire era de una claridad extraordinaria; era otoño. Al coronel le parecía que no se encontraba solo, sino que por allí pasaba una multitud de otros hombres que no iban aislados, sino en grupos, y que al marchar se perdían en la lejanía. Esa gente parecía cargada con algunos equipos que, por ciertos indicios, podía inferirse que se tratara de instrumentos de medición. Los grupos daban la impresión de estar elevados un palmo del terreno. La manera vacilante con que andaban de un lado a otro hacía también suponerlo así. Pero, de pronto, el coronel advirtió que lo que llevaban eran armas.

Eran armas y hombres que, en realidad, no estaban agrupados arbitrariamente sino según distintas banderas, alrededor de las cuales se unían. Cada grupo tenía su bandera, que llevaba uno de los miembros de la tropa. Aquellos hombres, cargados con armas y mochilas, llevaban largos capotes cuyos bordes rozaban el follaje caído en el suelo. Y con los extremos de sus armas exploraban aquel suelo.

En el primer momento, el coronel no comprendió qué hacían aquellos hombres. Muchos habían desenvainado las espadas; otros tenían asidos los fusiles por la culata y otros llevaban largas varas que, sin duda, eran lanzas. Con la punta de las hojas de los sables y con el extremo de los cañones de los fusiles buscaban en el suelo alguna cosa. Y de pronto, el coronel comprendió lo que buscaban. Buscaban sus tumbas.

Eran hombres que buscaban sus propias tumbas, los lugares en los que habían de ser enterrados; no podía ser otra cosa. El coronel recordó la afirmación de Gasparinetti según la cual todos buscamos sólo nuestra propia tumba y la comprendió claramente. En efecto, eso era lo que hacían aquellos hombres: con

los extremos de sus espadas y de sus otras armas hurgaban en el follaje muerto, removían piedras y, casi como si empuñaran varitas mágicas, buscaban debajo de los chatos arbustos, debajo de las ramas de los árboles y debajo de mohosas rocas, los lugares de su sepultura.

El coronel paseaba su mirada de uno a otro grupo y bajo sus ojos todo el paisaje se ampliaba rápidamente; veía mucho más lejos de lo que realmente es capaz de alcanzar el ojo humano; toda la campiña estaba cubierta de tropas que se movían como sombras; más aún, la mirada del coronel llegaba hasta las montañas y también las laderas de ésas se hallaban llenas de tales sombras. El follaje de los árboles exhibía todos los colores otoñales, desde el amarillo al rojo rosado, desde el pardo, color de la tierra, hasta el rojo de la piel de los zorros; todo comenzaba ya a marchitarse y al mismo tiempo se veía nieve en el bosque de los árboles resinosos, porque el año estaba ya bastante avanzado, aunque no tanto para que en las aún cálidas ramas de pinos y abetos no aparecieran sino raros copos de nieve. Era aquél el espectáculo que se ve a veces en el fondo de algún cuadro de Altdorfer, como resultado de una de sus osadas experiencias de composición. Y, por debajo de los árboles, en todas partes, pululaban aquellas figuras de hombres. Había comenzado a caer la noche y la luna, en sus tres cuartos, se hallaba fijada en el aire de grafito, como una moneda de oro retorcida. Y en medio de la penumbra los hombres continuaban buscando.

El mundo estaba lleno de hombres que buscaban su sepultura. Entre ellos había muchos que vivieron en épocas remotas; pero otros estaban aún vivos y tal vez hubiera también algunos aún no nacidos. Llevaban los más variados trajes, corazas y uniformes, aunque todos iban envueltos en aquellos largos capotes y las banderas ondeaban por encima de sus cabezas. ¿En virtud de qué mandato buscaban los lugares en los que su vida terminaría? ¿Quién los había llevado a las colinas y a los bosques, a los desiertos y a las llanuras cubiertas de nieve? ¿La voluntad de sus jefes y generales o una voluntad mayor y más universal? Porque, aun cuando algunos pudieran pensar que obedecían sólo a su voluntad, puede que no fuera la suya, sino la de algo distinto, la que empujara a los pueblos. Podía ser la miseria, o la nostalgia por otros países, o el hambre, o la codicia por mujeres extranjeras. Bien pudiera ser que uno u otro encontrara lo que buscaba. Pero lo que todos buscaban eran sus tumbas.

En efecto, era aquél el momento de retornar a la tierra de la que todos habían salido. Aquí y allá la nieve había comenzado a caer, por lo visto, prematuramente, y no sólo en las faldas de las montañas, sino también en las colinas de la campiña. Ya había llegado la parte más larga del invierno. Y el invierno había hecho imposible la permanencia de los hombres en aquellos lugares en los que habían vivido durante todo el verano hasta bien entrado el otoño; ya no era posible cobijarse a la sombra de las encinas y el peso de la nieve destruía el follaje del arce, entre cuyas hojas susurraban las almas de los desaparecidos, como aliento del viento. Todas las hojas estaban cubiertas de nieve y sobre la nieve caían las hojas heladas; y así como a un ser humano, después de ciertas enfermedades, se le cae todo el cabello, caían de pronto y al mismo tiempo todas las hojas de los árboles. Y esas hojas, que absorbían más luz que la nieve que todo lo circundaba, se hundían, una tras otra, en la nieve. Había llegado el momento de que los muertos también desaparecieran. Atrás quedaban aquellas tardes estivales en las que, desde los bosquetes del jardín, los vivos habían mirado hacia la casa y encontrado la tarde demasiado larga, sin tener conciencia de lo que era vivir; atrás quedaban las reuniones de sombras celebradas junto al reloj de sol, y atrás el tiempo en que los prados sin sombras mostraban las campánulas agitadas por la brisa. Ahora era preciso prepararse y partir. Había que tomar las armas y los equipos ya medios podridos, a causa de la humedad, para despedirse de los prados y las fuentes, junto a las que se había vivido mucho tiempo; y así, con un último suspiro, las almas partían. Emprendían su marcha hacia las entradas de la tierra. Iban hasta el fin de los precipicios cubiertos de nieve que conducían hacia abajo. Y aquel tropel de sombras, que pasaban una tras otra por las aberturas de la tierra, pasaba por valles cada vez más bajos, valles ya más tibios y húmedos, hasta que esa multitud llegaba a las aguas subterráneas, a los tristes ríos y lagos de azul estigio, y allí subía en barcas, y, apiñada, llegaba a la otra orilla para continuar, ejército espectral y pululante, descendiendo cada vez más…

El coronel se estremeció. Le parecía que había estado sumido largo tiempo en sus divagaciones, aunque probablemente sólo había transcurrido un breve lapso… Y, tal vez, sólo un instante muy fugaz. En efecto, todavía humeaba el cigarrillo que había dejado en un cenicero, antes de acompañar a Gordon hasta la puerta, y que no había vuelto a tomar cuando retornó a la habitación. Tal vez se hubiera adormecido un instante, y en el momento de despertar —o, mejor dicho, al representarse ese despertar— se le ocurrió de pronto una idea.

Se puso inmediatamente de pie. Se acercó hasta su pequeña biblioteca y sacó de ella un volumen. Era la *Historia del Regimiento de Dragones, Fernando I, Rey de las Dos Sicilias,* obra compuesta por un tal Gustav Amon, caballero de Treunfest, segunda edición, 1917; aunque el libro no trataba de los acontecimientos de

la primera guerra mundial contenía, en un apéndice, las listas de los muertos y heridos en esa guerra y los nombres de los jefes del regimiento a través del tiempo.

Rochonville abrió el libro por la parte correspondiente a la lista de coroneles. Entre los que sirvieron en la época napoleónica —esto es, en la época del emperador Francisco de Austria— encontró los siguientes:

1805. Conde Karl Gürnne.
1806. Barón Sigmund von Enzenberg.
1809. Johann von Szombathely.
1812. Caballero Jakob von Suck.
1814. Barón Karl Ramming.
1815. Gasparinetti.
1815. Barón Josef von Schuster.

El hecho de que el apellido Gasparinetti apareciera sin ningún nombre de pila hacía que se destacara en la larga lista.

Rochonville volvió las páginas y en el texto encontró las siguientes anotaciones, correspondientes a los años 1815 a 1817:

1815. «Mientras tanto, el coronel barón Ramming fue designado el 31 de marzo para ocupar un cargo en el Estado Mayor general; el capitán auditor Laurer fue designado auditor del Estado Mayor, y el coronel Casparinetti, los capitanes Bordogni y Brioschi, el teniente primero Bonacina y los tenientes Berri y Bertoletti, pertenecientes todos al ejército italiano, fueron incorporados al regimiento.

1817. El 4 de julio, el coronel Casparinetti quedó fuera de servicio. En septiembre, el regimiento se concentró en Horodenka para participar en las maniobras de la división.»

El estilo era ligero e incorrecto. Rochonville no sabía qué ejército italiano era aquél del que en 1815 se tomaron oficiales, pero el hecho de que ese coronel Casparinetti (escrito con *C* en el texto, aunque en la lista se lo mencionaba como coronel Gasparinetti, con *G*) hubiera quedado «fuera de servicio» el 4 de julio de 1817 y que se lo consignara con una sencilla frase arrojaba una extraña luz sobre toda la historia.

En todo caso, Rochonville sabía ahora por qué le había resultado familiar el nombre de Gasparinetti cuando lo oyó en casa de los Flesse.

Volvió a ojear la lista de los coroneles. En total había más de setenta. El último era él mismo: Marqués Ludwig de Rochonville. El Estado no había distinguido a su familia con el título de margrave, sino con uno de los grados meramente honoríficos de la nobleza.

Volvió a colocar el libro en la biblioteca, tomó el sombrero, salió a la calle y llamó por teléfono a la casa de los Flesse, para averiguar la dirección de Gasparinetti.

Ya oscurecía cuando Rochonville llegó a la casa de Gasparinetti. En el vestíbulo encontró baúles abiertos y a dos criados que los llenaban con distintos objetos.

—Coronel —dijo Gasparinetti—, me siento honrado de que vengas a visitarme. Y el que lo hagas hoy me complace especialmente, puesto que mañana ya no me habrías encontrado. Emprendo un viaje.

—¿Sí? ¿Y adónde vas? —preguntó el coronel.

—Al campo; ya ha llegado el verano. ¿Puedo ofrecerte un cigarrillo, o prefieres coñac?

El coronel tomó asiento, aceptó un cigarrillo y cruzó las piernas.

—El preguntarte adónde vas —dijo el coronel, mientras Gasparinetti le encendía el cigarrillo— no fue, en realidad, más que un modo de hablar. Lo cierto es que quería saber de dónde vienes.

—¿Coronel? —dijo Gasparinetti.

—Desde luego que no debes considerar esto como una indiscreción mía —dijo Rochonville mientras, con una sonrisa, se echaba hacia atrás en el sillón, como si lo encontrara muy cómodo—. En el fondo, tal vez nunca debiéramos preguntar a nadie de dónde viene y adónde va, porque, ¿de dónde viene verdaderamente cada uno de nosotros? De la nada. ¿Y adónde va? Pues, igualmente, a la nada. De manera que, en efecto, no es del todo conveniente el que pretenda informarme de cosas tan íntimas. Porque, aun suponiendo que esas cosas en modo alguno existan (y lo más probable es que ni siquiera el concepto de ellas exista), siempre resulta un tanto audaz y hasta indecente el interesarse por ellas.

Sin reflexionar, Rochonville decía estas cosas a manera de preámbulo, pero mientras hablaba él mismo se maravilló de que lo hiciera de modo tan complicado; Gasparinetti lo miraba con expresión también un tanto sorprendida, sonriente, y casi satisfecho.

—Sin embargo —agregó Rochonville, como si se sintiera obligado a volver a cosas concretas—, te ruego que me respondas a algunas preguntas.

—Nada podría serme más agradable que informarte sobre lo que te parezca —replicó Gasparinetti.

—En la casa de los Flesse, aquella noche en que ocurrió el triste incidente de Engelshausen, nos mantuviste en suspenso con el relato de tus aventuras en Rusia. ¿Lo recuerdas? —preguntó el coronel.

—Desde luego —asintió Gasparinetti, con expresión divertida, aunque al mismo tiempo parecía que su placer se veía mitigado por el recuerdo de la muerte de Engelshausen.

—En aquella oportunidad mencionaste el nombre de Konstantin von Pufendorf, hombre con el que, según dijiste, te confundieron.

—Así es —dijo Gasparinetti, que parecía cada vez más divertido.

—Pues bien, ese von Pufendorf —prosiguió diciendo el coronel—, habría servido en los húsares de Grodno y, de acuerdo con tus informes, estaría muerto…

—… siendo así que en realidad vive aquí, en Viena —completó la frase Gasparinetti, complacido.

—Así es —dijo el coronel—. Pero la cosa no para ahí. Has de saber que hoy por la mañana hirió en Ödenburg al mayor Lukavski en el brazo y en el omóplato.

—¡Pero qué me dices! —exclamó alegremente Gasparinetti—. ¿Cómo puede ser posible tal cosa?

—Eso es lo que me pregunto, o mejor dicho, lo que te pregunto a ti. Es decir, fue posible porque se batieron en duelo.

—Pero ¿por qué motivos?

—Por motivos personales —declaró el coronel—. Desde luego que no estoy privado del todo de cierto sentido del humor, pero, de todos modos, me pregunto por qué nos contaste que von Pufendorf había muerto, cuando sabías muy bien que aún vivía…

—Sin embargo puedo explicártelo todo —dijo Gasparinetti—, y desde luego que lo haré con sumo placer. Yo…

—Todos tenemos derecho a contar historias imaginarias, suponiendo que sean interesantes… —dijo el coronel.

—Mi historia no es mala, ni tampoco tan imaginaria como crees.

—Sí, es perfectamente posible que sea como tú dices pero sólo hasta llegar al hecho de que von Pufendorf había muerto, cuando…

—… cuando yo mismo, por así decirlo, había muerto, o por lo menos, pasé por muerto —dijo Gasparinetti.

—¿Cómo he de entender eso?

Gasparinetti encendió un cigarrillo.

—Tal vez no sepas —dijo— que una vez acabada la guerra también von Pufendorf huyó de Rusia. Es decir, puesto que ahora está aquí, tiene que haber llegado de alguna manera. Pero, dime, ¿sabes con qué nombre escapó de Rusia?

—No, ¿con cuál?

—Con el mío, y valiéndose de mis documentos.

Gasparinetti se quedó mirando al coronel con aire complacido.

—¡Y ahora vuelves a complicar otra vez más la historia! —dijo el coronel—. ¿Cómo pudo hacerlo?

—Es de suponer que no hubiera podido evadirse de Rusia con su propio nombre, o que con él habría encontrado mayores inconvenientes. Se sirvió, pues, de los documentos de un prisionero de guerra que, al volver a su patria, no encontraría dificultades o, por lo menos, no las que él mismo habría encontrado. Ahora bien, ese prisionero de guerra era yo mismo y los documentos de los que von Pufendorf se sirvió eran los míos.

—¿Y cómo pudo obtenerlos?

—Es muy probable que los hubieran conservado en el frente, después de mi fuga —explicó Gasparinetti —, y que luego, para aclarar la confusión que tuvo lugar en la pista Mijailovski, fueran enviados a San Petersburgo. Seguramente von Pufendorf conocía el expediente. Y no le habrá resultado difícil apoderarse de los documentos, que habrá querido conservar como un cordial recuerdo. De cualquier manera, lo cierto es que no carece de todo interés el poseer los documentos de un hombre con quien uno se ha visto confundido. Cuando llegó el momento en que von Pufendorf pudo servirse de ellos, lo hizo.

—Pero ¿cómo pudieron confundirte con él?

—¿Por qué no habían de confundirme con él…?

—Porque no tienen ustedes el menor punto de semejanza. Por ejemplo, von Pufendorf es rubio, y tú no lo eres.

—Si yo hubiera estado cuidadosamente afeitado y correctamente vestido —dijo Gasparinetti—, es evidente que el gran duque no me habría confundido con von Pufendorf. Sólo porque creyó que me había

disfrazado pudo suponer que yo era von Pufendorf. Y, como se le había ocurrido esa idea, pasó por alto todas nuestras desemejanzas que, en circunstancias normales, nunca habría dejado de ver. Evidentemente, pensó que me había teñido el pelo.

—Bien —dijo el coronel al cabo de un momento—, dejemos de lado toda esa historia del gran duque. De todos modos, no puedes exigir que preste mucha fe a tus burlescos relatos. Admito, sin embargo, que todo pudo haber ocurrido aproximadamente como dices, sólo que, ¿por qué en lugar de explicarnos sencillamente que von Pufendorf huyó con tus documentos, nos dijiste, para terminar con una mentira, que había muerto?

Gasparinetti, sonriendo, se sirvió una copa de coñac.

—En primer lugar —replicó—, en aquel momento no podía yo suponer que habías de tenerlo presente tan pronto. Y, en segundo lugar, difundí la noticia de su muerte con cierta intención.

—¿Cuál?

—Cuando dos seres humanos son sólo uno —dijo Gasparinetti—, uno de ellos, en consecuencia, no debe existir.

—¿Por qué habían de ser uno solo? Ustedes son dos.

—Pero lo cierto es que cada uno de nosotros hubo de sostener que éramos solo uno, es decir: a mí me confundieron con él; y él, en cambio, fingió que efectivamente era yo. ¡Por qué, pues, no iba yo a poder decir que él no existía! En rigor, para mí von Pufendorf ya no existía.

—¡Sin embargo, sabías que vivía aquí!

—Pues bien —replicó Gasparinetti— tal vez precisamente ése haya sido el motivo por el cual dije que ya no vivía. Además, lo que no es, puede terminar siendo. ¿Qué culpa tengo yo si Lukavski tira tan mal con la pistola? Por lo demás, con los años, tolera uno cada vez menos a sus semejantes. Pero nadie es más insoportable que aquel que pretende ser uno mismo. Tal vez esto se deba a que, en el fondo, uno mismo se soporta menos que a los demás. Sólo que nos vemos obligados a resignarnos.

—¿Lo conoces personalmente? —preguntó el coronel al cabo de un rato.

—¡Dios me guarde de tal cosa! —dijo Gasparinetti—. Los hombres que tienen alguna relación entre sí son aquellos a quienes más repugna la idea de verse. Y aquellos a quienes no une ningún lazo establecen entre sí las relaciones más estrechas.

El coronel meneó la cabeza.

—No llego a entenderte del todo —dijo—. En todo caso, es curioso el hecho de que ahora vivan los dos en la misma ciudad. Pero, quería preguntarte algo más. ¿En qué regimiento serviste?

—En el octavo regimiento de ulanos, esto es, en el de Maximiliano I, emperador de México —dijo Gasparinetti—. En realidad, bastaría con decir sólo Maximiliano, porque no hubo en México ningún Maximiliano II, ni creo que vaya a haberlo.

—Y bien, entonces.

—¿Sí?

—Me dijeron que serviste en el noveno regimiento de ulanos.

—¡Qué extraordinario! —exclamó Gasparinetti.

—Sí, ¿no te parece? Porque ese regimiento no existe, o mejor dicho, no existía ya en aquella época.

—No, no es eso lo que encuentro tan extraordinario —dijo Gasparinetti.

—¿Entonces qué?

—El que, si bien entre nosotros era el octavo regimiento el que llevaba el nombre de Maximiliano de México…, en Rusia lo llevaba el noveno.

—¿El noveno de qué era en Rusia?

—El noveno regimiento ruso de ulanos, que se llamaba también ulanos de México.

—¿Cómo lo sabes?

—Me enteré de ello cuando estuve en Rusia. ¡Cuántos regimientos que al fin no le sirvieron para nada tuvo el pobre emperador Maximiliano! En efecto, aquel indio, Juárez, terminó por hacerlo fusilar, dicho sea de paso. Lo cierto es que si, efectivamente, hubiera servido en el noveno regimiento, tenía que haberlo hecho en Rusia… o si hubiera servido aquí en el noveno regimiento, yo no habría existido; así como afirmé de von Pufendorf que no existía.

El coronel comenzaba a sentir que le vacilaba la cabeza al oír los nombres de tantos regimientos: los húsares de Grodno, el misterioso coronel Gasparinetti del Regimiento de Dragones Las Dos Sicilias, el octavo regimiento de ulanos de Austria y el noveno de ulanos rusos, los no existentes regimientos austríacos noveno y décimo de ulanos. Y a todo esto se mezclaban en su espíritu los recuerdos del regimiento austríaco de Dragones, Nicolás II de Rusia. Además, Gasparinetti estaba sonriendo desde hacía un buen rato con

expresión ambigua, y su sonrisa hacía recordar, al coronel, a Gordon, perpetuamente sonriente. Rochonville no se sintió ya en plena posesión de sus facultades de juicio; aquél había sido un día realmente curioso. Por fin se puso en pie.

—¿Cómo? —preguntó Gasparinetti—. ¿Te marchas?

—Temo que ya sea la hora.

—Pero nada me has dicho, por ejemplo, sobre… ¿cómo decirlo…? la disputa que sobrevino entre mi buen Pufendorf y ese mayor. ¿Qué ocurrió, pues, en realidad?

—Aparentemente todo se debió a una divergencia de opiniones —dijo el coronel—. Yo mismo no lo sé con exactitud. Yo…

—¡Pensar que hoy día la gente sigue teniendo tanta dignidad que es capaz de batirse! —exclamó Gasparinetti—. Por lo menos de von Pufendorf no lo hubiera creído. Pero ¿qué les ocurrirá ahora?

—Probablemente las autoridades húngaras los retengan.

—Von Pufendorf —dijo el capitán— es capaz de volver a evadirse con otro nombre supuesto. Esta vez, quizá con el nombre de Engelshausen. ¿O por qué no con el de él mismo? Ah, y ya que hablamos de esto, ¿se sigue sin saber nada sobre el asunto de Engelshausen? Ya ves que ni siquiera hablo del de Fonseca.

—Nada seguro —dijo el coronel.

—Entonces ocurre como tuve ocasión de predecirlo. En la vida a veces acontecen cosas extrañas que ya no pueden explicarse con los medios ordinarios de todos los días. A decir verdad, se puede dudar de todo; es más, te digo que es hasta posible que por fin empiece uno a dudar de sí mismo y que entonces ya no sepa con precisión quién es ni en qué punto de su vida se encuentra. Muchas veces hasta puede uno creerse otro y pensar que ha hecho cosas de las que ya no se acuerda, como sería el caso de un sonámbulo. Pero Dios sabe lo que quiere hacer de cada uno de nosotros y de todas las cosas, de manera que no es preciso devanarse los sesos. Aun cuando nos parezca que Dios obra de manera inexplicable, que obra sobre nosotros del modo más arbitrario, sólo necesitamos soportarlo con mayor dignidad de la que Él mismo habría esperado de nosotros; en todo caso, con tanta dignidad como saben vivir y morir tus oficiales… Tal como te lo predije, precisamente antes de que se produjera aquello que constituyó causa de todos estos acontecimientos.

Como Gasparinetti volviera a comenzar a hablar de su idea fija, la muerte, el coronel se despidió de él muy pronto, después de replicar a las consideraciones del capitán sin preocuparse sobre si sus respuestas eran muy pertinentes. Pensaba que ya era hora, por ejemplo, de hacer una visita a la señora Lukavski. Sin embargo, al bajar la escalera y al llegar a la calle, donde ya estaban encendidos los faroles, continuaban agitándose en su mente aquellas cosas de las que había hablado el capitán. Se sentía cansado y sin embargo no podía apartar de su cabeza aquellos pensamientos que no cesaban de atormentarlo; volvió a pensar en los muchos regimientos de los que habían hablado, de los austríacos y de los extranjeros, de los escuadrones de otra época; y los vio alineados en largas filas que terminaban en enhiestas cabezas de caballos. De pronto le pareció que veía, con toda claridad, frente a sí, las bocas de los caballos, como si en ese momento les tiraran fuertemente de las riendas, bocas llenas de espuma, que con sus dientes mordían el freno; y los ojos de aquellos caballos estaban tan desorbitados que Rochonville veía el blanco del ojo. Al mismo tiempo oyó un clamor como lanzado por muchos combatientes, y, cual un lanzazo, sintió en el medio del pecho el golpe de la vara de un coche; fue arrojado al suelo y allí perdió el conocimiento.

Cuando levantaron al anciano, que arrojaba sangre por la boca en medio de una multitud de hombres y entre las continuas voces del cochero que se maldecía a sí mismo y protestaba de su inocencia, Gasparinetti, que de pie junto a su ventana había presenciado el accidente, hizo llevar a su casa el cuerpo del coronel. Pero, antes de que Gabrielle, a quien Gasparinetti avisó enseguida, llegara a la casa, Rochonville había muerto.

SILVERSTOLPE

1

Originariamente, la familia de los Marschall von Sera se llamaba Stubenberg. En el curso de aquella singular cruzada que emprendió Federico II y que más constituyó una serie de pactos llevados a cabo con los sarracenos que una guerra, el soberano concedió a uno de los Stubenberg el cargo hereditario de mariscal del reino de Jerusalén y le asignó el lugar de Sera o Serah, llamado antes Kirjath-Arba y situado no lejos de Jesreel.

Federico II distribuyó entre los miembros de su pequeña nobleza distintos cargos hereditarios en aquel estado de tan breve duración. Manteniendo excelentes relaciones con los sultanes y pésima con los Papas, el monarca y su canciller Pier delle Vigne no se tomaron en serio aquella cruzada. Hasta habrían podido dar Belén a cualquier cortesano «sin tierra» y Nazareth a cualquier desheredado.

Por la mañana temprano de un día de julio llegó el capitán Marschall a la ciudad principal de Carintia. Frente a la estación, lo esperaba un coche abierto, con su cochero, y dos caballos bayos muy desiguales: uno pesado y el otro esbelto.

Silverstolpe no había ido a la estación. Se hizo disculpar a causa de su debilidad física.

El coche salió pronto de la ciudad, agobiada ya por el calor matinal, y tomó hacia el este por polvorientos caminos, animados por el tránsito de los vehículos de los campesinos que se dirigían al mercado. Los carros iban cargados de leña, legumbres, frutas, aves, huevos y mantequilla. Veíanse también, de cuando en cuando, camiones con ruedas de llanta de goma maciza, restos del equipo de abastecimiento del ejército que había servido en Lombardía.

Pero este movimiento no duró mucho y pronto se abrió ante Marschall un apacible paisaje, limitado al sur por montañas que parecían pintadas con colores grises de acuarela sobre el intenso azul del cielo. Aquí y allá resplandecían sus picos, como si en ellos hubiera agua o nieve. La mayor parte de las montañas se recortaba en unas pocas y sencillas líneas, en tanto que el resto se esfumaba, como si no hubiera sido elegante destacar perfectamente todos los detalles. Hacia el este se confundían los inciertos contornos de unas colinas. El paisaje se extendía a lo lejos, velado por un vapor soleado. Veíanse parcelas de campo cultivadas con maíz, que se erguía, con un color verde claro como el del crisólito, y otros solares sembrados de mijo. Las granjas parecían hundidas en el paisaje. Había gran cantidad de polvo. Había tanto en esa región que muchas veces, al estallar una tormenta, por ejemplo, podía creerse que toda la ciudad, hasta lo alto de los tejados de sus casas de estilo barroco y hasta lo alto de las torres, quedaba envuelta por un temporal de arena.

Al cabo de una hora de marcha, el coche llegó al pie de las colinas. De cuando en cuando se distinguían castillos sobre terrenos pedregosos en los que se levantaban algunos árboles frutales y viñedos. El coche tomó un estrecho camino de suave cuesta ascendente que seguía una línea extrañamente zigzagueante. Según se dice, en otra época se hacían pasar los caminos deliberadamente por el mayor número posible de

colinas, a fin de que quedara más protegido cada trecho de la ruta. Ahora a menudo el follaje de grandes árboles sombreaba el polvoriento camino y algunos bosquecillos llegaban hasta él. Los caballos, especialmente cuando subían la cuesta, estercolaban abundantemente. Aunque recién segados, los campos presentaban ya de nuevo la hierba alta y numerosas flores. Se oía el zumbido de las abejas.

Cuando el cochero detuvo por uno o dos minutos a los caballos para darles un respiro, se oyó el zumbar de las abejas sobre toda la campiña, como si el aire resonara en la caja de un inmenso instrumento. Pero no era sólo el aire, sino también las briznas de hierba de los campos y hasta el follaje y las ramas de los árboles y los troncos, hasta la profundidad de sus raíces, lo que vibraba intensamente. Sólo las mariposas revoloteaban, caprichosas, a través del gigantesco acorde de esa vibración general. Marschall, recostado en el coche, recordó una descripción que había leído años atrás: cuando llevaron los restos mortales de Napoleón de Santa Elena a París y cuando el ilustre muerto entró triunfalmente en la capital, las abejas de oro que, desde la época de Childerico, estaban bordadas en las capas de todos los monarcas de Francia, parecieron zumbar de modo tal que todo el pueblo hubo de oír aquel murmullo. No de otra manera sonaba ahora sobre la campiña el inmenso rumor, y el capitán advirtió, casi con pena, que el chirrido de las ruedas del carruaje, que había vuelto a ponerse en movimiento, le impedía oír aquel zumbido infinito.

Después de haber subido otra breve cuesta apareció, a mano izquierda, un soleado estanque cuyas orillas estaban invadidas de juncos y en el que se veían flotar algunos nenúfares. Sobre el agua misma se levantaba una pequeña cabaña a la que se llegaba por un puentecillo de madera. Al pasar el carruaje, algunas culebras, gruesas como un brazo, se deslizaron desde el puentecillo. «Este debe de ser —pensó el capitán— el estanque en el que las viejas señoritas, una de las cuales ya no lo es, suelen tomar sus singulares baños.» Y, en efecto, cuando, dos minutos después, los caballos, siempre al paso, sacaron el coche de debajo de los árboles, el capitán descubrió la residencia, una construcción alargada, y, a la izquierda, un gigantesco granero con verja y ventanas de ladrillos. En medio de las dos construcciones corría una especie de calleja.

La baja y ancha puerta de rejas del jardín estaba abierta. El cochero, a quien por lo visto se le ocurrió de pronto que era preciso hacer una entrada en regla, puso los caballos al trote y el coche, cruzando el portón de verjas, rodó por el sendero de guijo hasta el centro del jardín, frontero a la fachada de la casa, provista de dos galerías de madera superpuestas por las que trepaban las vides. Después de un viraje, durante el cual los bayos parecieron sentirse obligados a tascar el freno, el carruaje se detuvo.

Eso era, pues, Gegendt. Un tanto emocionado, Marschall se dispuso a apearse del coche. Levantó sus ojos hacia la doble hilera de ventanas. Las paredes presentaban un color amarillento, el enlucido aparecía un poco resquebrajado, las lisas columnas y las cornisas de las ventanas estaban blanqueadas con cal. El vetusto tejado sobresalía hacia delante. Por las paredes trepaba un emparrado y al pie de ellas se extendían cuadros de flores.

De pronto, el capitán advirtió que Silverstolpe se había acercado al coche. Marschall no había visto antes al enfermo. Debía de haber estado esperándolo a la sombra de la galería y la intensa luz, que lo deslumbraba, no le había permitido distinguirlo. Y ahora, allí estaba, junto al coche, Silverstolpe, que se había acercado sin hacer el menor ruido. Marschall esperaba ver en su amigo un semblante demacrado, pero nada en su aspecto revelaba la enfermedad. Únicamente la manera que tuvo de acercarse hasta el coche tan silenciosamente, sin que el capitán lo advirtiera, tenía algo extraño.

—¡Pero si tienes un aspecto magnífico! —exclamó.

Marschall tomó con ambas manos las de Silverstolpe.

Silverstolpe sonrió fugazmente y dijo:

—Siento mucho no haber podido ir a esperarte a la estación. Pero lo cierto es que no podía permitírmelo.

Por debajo de la galería aparecieron dos señoras de aspecto avejentado: llevaban blusas de encaje con cuellos armados con ballenas; una de ellas, la de menor estatura, llevaba un broche en el cuello; la otra, una toquilla cerrada por un alfiler de oro terminado en una turquesa. Una larga cadenilla de oro le llegaba hasta la cintura. Ambas mujeres llevaban las manos juntas sobre el vientre, como suelen hacerlo las religiosas; Marschall nunca las vio, ni siquiera más adelante, llevar un bolso, sino que siempre sacaban sus pañuelos y otros efectos personales de los bolsillos de sus vestidos, que les llegaban hasta los tobillos. La más pequeña era la señora de Pobeheim. La de mayor estatura parecía mucho más enérgica que su hermana.

Detrás de las dos mujeres estaba de pie una criada que, una vez que el capitán hubo besado las manos de las señoras, manos en las que hacía ya mucho tiempo que los besos de antaño se habían marchitado, se adelantó y a su vez le besó la mano al joven. Cierto es que cogió la mano de Marschall con movimiento hábil, pero también cortado, como si supiera que hoy día los señores —tal vez con la excepción de los viejos — solían sorprenderse de semejantes prácticas. Sin embargo, Marschall no se manifestó particularmente

sorprendido, sino que más bien, con cierta gracia, dejó hacer a la muchacha; Silverstolpe contempló la escena con una débil sonrisa. La muchacha era aún muy joven, pero luego Marschall hubo de enterarse de que ya era madre de dos hijos. Tenía el aspecto de una húngara, o tal vez de una eslovaca. Un perro que quizá en otra época hubiera sido perro de caza, pero que ahora engordaba en la cocina, se acercó para olisquear al capitán.

Mientras el cochero y la criada sacaban el equipaje del vehículo, la señorita Ainether preguntó cómo había viajado Marschall.

—Sí, ¿cómo viajó usted, señor von Marschall? —preguntó a su vez con expresión comparativamente tímida la señora Pobeheim.

—Pero no entretengas ahora al señor von Marschall con tus preguntas —dijo la señorita Ainether—. Estará cansado del viaje y querrá retirarse a su habitación. Piensa que viajó durante toda la noche. ¿Ya desayunó usted, señor von Marschall?

Marschall explicó que ya había desayunado en la estación.

Entonces la señorita Ainether, después de esbozar un ademán de invitación y de volver a juntar las manos sobre el vientre, entró en la galería. Allí el aire era cálido como el de un horno, pero el interior de la casa era fresco. Las habitaciones eran coquetas y exhibían muchos muebles pequeños y bien lustrados; de las paredes pendían cuadros de todos los tamaños; las alfombras eran claras. Subieron por una escalera de madera de nogal hasta el primer piso: en primer término iba la señorita Ainether, luego la señora de Pobeheim, a la que seguían Silverstolpe y Marschall y, por fin, cerraban la procesión algunos domésticos. El subir la escalera fatigó a Silverstolpe, que tuvo que apoyarse en el brazo de la señora Pobeheim.

—Esta escalera —dijo la señorita Ainether— se llama la escalera del almirante. Pero no vaya usted a creer que la llamamos así a causa de los muchos almirantes que nos hayan visitado. Aquí no estuvieron ni Montecuccoli ni Haus, ni Njegovan. La escalera recibió este nombre porque una vez se posó en ella una gran mariposa, una de ésas que se llaman «almirantes».

El dormitorio de Marschall estaba situado en el extremo oeste de la casa.

—¡Qué hermoso cuarto! —exclamó Marschall. Los muebles eran de madera de cerezo. La cama, bastante estrecha, y las sillas estaban tapizadas con reps verde. Una vez que los criados hubieron dejado en el cuarto el equipaje de Marschall, la doméstica retiró el biombo que ocultaba la mesa de tocador, vertió agua en la palangana y puso junto a ella una jarra de metal llena de agua caliente.

—Desgraciadamente no tenemos cuarto de baño —explicó la señorita Ainether—. Hace dos años quisimos hacer instalar uno, pero nos hubiera costado ocho millones y medio —se refería a coronas desvalorizadas—, de manera que seguimos lavándonos como nuestros abuelos y bisabuelos, con ayuda de una combinación de caños de goma, jarras de metal, palanganas de porcelana, etcétera. Además nos bañamos en el estanque y antes, en invierno, hasta hice romper el hielo de la superficie para bañarme. Pero ya no lo hago desde hace unos años. Ahora querrá usted sin duda asearse. Si necesita algo, llame con la campanilla. ¿O preferiría usted dormir? Luego podrá contarnos las novedades de la ciudad. Mi cuñado, cuando venía aquí, sólo quería dormir. Nunca hablaba. No comprendía cómo uno podía interesarse por ciertas cosas; todo había que sacárselo con gran esfuerzo. Pasaba aquí siempre seis semanas durante el verano, pero nunca se le ocurría contarnos ninguna novedad. Siempre tuve que pedirle a mi hermana que lo hiciera en lugar de su marido. Pero ella no heredó ese laconismo que tan bien caracterizaba a mi cuñado. Habla continuamente de millares y millares de cosas, de manera que cuando me cuenta algo, termino por no enterarme de nada. También la vieja Sunstenau dice siempre que la manía de hablar de hoy día la deja confusa. Si no se hubiera hablado tanto a tontas y a locas, no habría sobrevenido la revolución. Y ahora también falta el dinero. Si la gente tuviera dinero para vivir, no adquiriría todas esas nuevas enfermedades que hoy abundan. ¿Qué opina usted de la enfermedad del pobre Lennart?

Lennart era Silverstolpe.

—Sí, ¿qué opina usted de su enfermedad? —se arriesgó a preguntar la señora Pobeheim.

—¡Pero, no estés hablándole continuamente al señor von Marschall! —dijo la señorita Ainether—. ¿Cómo puede estarse uno interrumpiendo continuamente a los demás? ¡Te digo que no debes agobiarlo con tu charla! ¿Quieres ahora dejarlo solo, Lennart, o prefieres hacerle compañía? Mi cuñado nunca quería que le hicieran compañía. Pero, evidentemente, no todos los hombres han de ser como el marido de Cecile. Señor von Marschall, almorzamos a la una, pero si baja usted antes, nos alegrará. ¡Vamos, Cecile, ven conmigo!

Y diciendo esto, apremió a su hermana para que abandonara con ella el cuarto de Marschall.

Silverstolpe, sentado en una silla tapizada de verde, la siguió sonriendo con la mirada.

—En el fondo, son las dos las mejores personas del mundo —dijo— y resulta divertido verlas siempre

juntas… Lo cierto es que les estoy muy agradecido por permitirme morir aquí.

—Pero, querido, ¡qué cosas dices…! —exclamó Marschall.

—Ay, nada de cortesías superfluas —replicó Silverstolpe—. Me doy por satisfecho si la muerte sigue siendo tan cortés al acercárseme como hasta ahora. El médico, que viene de la ciudad cada dos días, naturalmente no pudo tampoco orientarse en mi caso. Empieza otra vez a hablarme de tomaínas, que se trata de un caso perfectamente normal de infección cadavérica, como la que suelen contraer con frecuencia los médicos en el curso de una autopsia. Me dijo que los ganglios han de hincharse, pero que, después de ciertos accesos febriles muy vivos, todo volverá a la normalidad. Le repliqué entonces que hacía ya tiempo que había pasado por ese estado, que semanas atrás me había atacado la fiebre y se me habían hinchado los ganglios, que esos síntomas habían desaparecido por entero, pero que ahora suponía que la enfermedad había asumido otra forma en su curso o que tal vez se trataba de una enfermedad nueva, nacida de la primera y que todavía los médicos no habían investigado. Le manifesté asimismo mi opinión de que quizá mi organismo no fuera ya capaz de vencer esa enfermedad… Entonces el médico exclamó: «¡Si los enfermos no se imaginaran siempre que padecen una enfermedad desconocida o que su organismo es distinto del de los demás hombres, todo sería más fácil! La naturaleza no cambia sus leyes ni siquiera a favor de los ex oficiales de caballería». «La naturaleza, desde luego que no —le respondí—, pero Dios tal vez sí lo hace en favor de mucha gente.» Me resultó extremadamente difícil explicarle que precisamente existen criaturas que, por causas desconocidas (desconocidas porque no quiere admitírselas), no pueden continuar viviendo. Tampoco podía decirle que la que yo llevo en mí es la muerte de Engelshausen. Pero quizá, en el fondo, sea verdaderamente mejor morir. Desde luego que lo digo no sin cierta pena. Porque, en efecto, por más que uno esté decidido a morir, no deja sin embargo de lamentar su propia muerte. ¿No fueron acaso más sabios que nosotros los que nos precedieron? ¡Engelshausen, Fonseca, Rochonville! Y dime, ¿no se sabe aún nada del asesinato de Engelshausen y en qué circunstancias desapareció Fonseca?

—Podrías preguntar asimismo acerca del coronel —dijo Marschall, que, enseguida, procuró informar a su amigo sobre lo que se sabía, o mejor dicho, sobre lo que se creía saber.

—Mis tías conocen muy bien a los Gordon —dijo Silverstolpe— y yo mismo tuve ocasión, cuando me sentía mejor y podía aún acercarme hasta la ciudad, de conocer a algunos de los miembros de esa familia. La mayor parte de ella vive aquí, en Carintia. Casi todos se parecen a ese comisario. Y dime, ¿qué ocurrió con Lukavski en Hungría? ¿Qué quería de ese ruso? ¿Crees posible que…?

Marschall se encogió de hombros. Mientras conversaban, el capitán se paseaba arriba y abajo por el cuarto y Silverstolpe seguía atentamente el ir y venir de su amigo, sin que Marschall comprendiera la razón de tal expectación. Pero en un momento dado, Silverstolpe se agachó hasta el suelo y recogió una abeja de la alfombra.

—Pues la has aplastado —dijo—. Al principio quise llamarte la atención sobre ella; se había posado en la alfombra y parecía enferma. Pero no quise interrumpirte. O tal vez lo que quería era sólo ver si la abeja se salvaba o no. Porque has de saber que ahora, lo cual es muy comprensible, me intereso un poco por la duración de la vida de los demás seres…

Dejó la abeja en un cenicero, y luego dijo:

—Y bien, ahora está muerta, aunque el verano acaba de comenzar. Ya no errará por las flores de los prados ni por la espaldera en la que brilla el sol. Ya no volverá a las malvas por las que solía revolotear, ni se posará en el *phlox* cuando florezca. ¡Y pensar que las flores volverán a abrirse inútilmente! ¡Pensar que también el verano pueda terminar, siendo así que parece que ha llegado para siempre! ¡Un día, cuando todo se enturbie, el estanque se cubrirá de plata y sus suaves ondas ocultarán el reflejo de un mundo que ya no existe y las cañas murmurarán acerca de todas las cosas que ya no volverán! ¡Qué triste es no poder volver, no poder volver ya nunca! ¡Y, ay, qué triste también el que los que se amaron no puedan volver a encontrarse! ¡No, ni siquiera ellos pueden! Sin embargo, viven sólo el uno para el otro. Primero días, luego semanas, y por fin años. Y creen que eso será para siempre. Luego llega, sin embargo, el momento que ha de ser el último. Entonces se despiden, y tal vez aún crean que se trata de una despedida cualquiera y que su separación durará poco. Pero esa despedida es definitiva. En vano los esperarán los caminos por los que solían andar juntos y vacías permanecerán las habitaciones en las que se encontraban. Permanecen aún unidas dos manos, pero llega un momento en que una de ellas está más lejos de la otra que la más remota de las estrellas, y las lágrimas que las bañan caen en la eternidad.

Marschall descansó hasta el mediodía. Se despertó después de las doce. En la casa reinaba un gran silencio, turbado sólo por el rumor infinitamente suave e infinitamente vasto del verano sobre los campos, que se percibía incluso en el interior de las habitaciones. Las señoritas debían de haber ido al estanque para bañarse allí según su anticuado modo de hacerlo. Alrededor de la una, Marschall oyó de nuevo sus voces, es

decir, oyó propiamente sólo la voz de la señorita Ainether, pues como de costumbre, la señora Pobeheim no parecía tener derecho a hablar.

Almorzaron en una amplia habitación que llamaban sala. Era una estancia relativamente espaciosa y alargada del primer piso que comunicaba con la galería superior. Aquella sala estaba amueblada de modo mucho más sencillo que las restantes habitaciones; sólo había en ella la mesa de comedor, un aparador, sillas de alto respaldo y, en las paredes, retratos de varios siglos atrás. El sol brillaba en los balcones y las parras las bordeaban. La suave brisa estival que llegaba al interior de la sala era de una increíble dulzura.

Comieron en platos azules que mostraban, en un azul aún más oscuro, diversas figuras y paisajes difuminados. Aquellos platos eran singularmente hondos y toda la vajilla presentaba bordes dorados; las cucharas eran extraordinariamente pesadas. Silverstolpe, que se mantenía muy silencioso, partía el pan con sus dedos casi translúcidos. Sus manos inmóviles, como si no tuvieran ya nada que hacer, se apoyaban desfallecidas sobre el mantel y sólo de cuando en cuando, como sumido en pensamientos ajenos a lo que le rodeaba, Silverstolpe jugueteaba con la cucharilla de plata del salero y cambiaba de lugar su copa. La señora Pobeheim le servía vino griego en un vasito y lo apremiaba a que lo bebiera. Hablaba con el joven a media voz y éste, mirándola fijamente, se inclinaba hacia ella, para oírla mejor. O, mejor dicho, parecía que la miraba fijamente, porque, ¿quién podía saber lo que en realidad ya estaba viendo? La señorita Ainether obligó al capitán a contarle las novedades de Viena y Marschall lo hizo lo mejor que pudo, aunque no sabía gran cosa.

—No es usted mejor que mi cuñado —dijo por fin la señorita Ainether—, pero, claro está, también usted es un hombre.

Por lo visto, parecía considerar a los hombres como un género harto imperfecto. Tampoco manifestó particular interés por los sucesos referentes al regimiento Las dos Sicilias, aunque bien pudo entender que el destino de ese regimiento concernía también a su sobrino. Cierto es que preguntó algunas cosas sobre la hija de Rochonville, pero ésta debió de haberle parecido demasiado joven para considerarla seriamente. Toda la historia le parecía tan desprovista de sentido que no creía que valiera la pena hablar de ella.

Después del almuerzo, explicó y comentó al capitán los cuadros que pendían de las paredes. Estaban representados allí todos los Ungnad y los Ainether, comenzando por un retrato, manifiestamente imaginario, de George von Ungnad, señor y conde de Cilly, que ganó su nombre de familia a causa de las crueldades ejercidas en su castillo de Ortenburg[1]; luego le mostró el retrato de Christoph, el primer señor de Gegendt, y después los de Urban y Thomas, que ya se llamaron Ainether y que desempeñaron un papel preponderante en el movimiento de la Contrarreforma. Todos ellos llevaban negras vestimentas a la manera española, condecoraciones y barbas. Seguía en la serie Thomas II de Ainether, que adquirió el feudo de Kerschenegg y, junto a él, se veía el retrato de su mujer, una augsburgiana no desprovista de encanto. Hacía recordar un poco al retrato de Durero de una joven veneciana. Johann Georg, señor de Finkenstein y de Hollenburg, cerraba la serie. Llevaba ya un frac azul con botones dorados. Los retratos más recientes se encontraban en otras habitaciones.

Frente a las ventanas y más allá del mar de flores del jardín y de los muros de piedra, se extendía la campiña cuyas vagas colinas vaporosas se veían pálidas bajo la bruma del sol. El dominio de Gegendt era muy reducido y había llegado a ser bastante modesto; era una de las propiedades más pequeñas de la comarca, pero una infinita presencia parecía campear sobre todo el paisaje, como si Urban Ainether continuara aún cabalgando con sus ojos un tanto enrojecidos y con su ropón de cálido terciopelo, dentro del que se sentía, sin embargo, muy cómodo, mientras avanzaba bajo el sol, espectro bajo el sol, espectro de mediodía, y continuara ejerciendo su derecho de pernada en la primera noche, clara sin embargo como un mediodía de verano, y las mujeres de los campesinos continuaran yendo a besarle las manos, como la muchacha de aspecto de eslovaca, que ahora se hallaba levantando la mesa, se la besaba al capitán. Y aquellos campos, en su fertilidad sin medida, continuaban, de acuerdo con la ley de la primera noche de Dios, produciendo maíz y mijo, calabazas y ganados y abejas y niños, y continuarían reproduciéndolos eternamente; y lo extraño era que aquellas dos viejas señoritas estériles no parecían ya tan ridículas. Porque, en efecto, ¡quién puede saber qué frutos son en realidad los que el ser humano lleva dentro de sí!

Después del almuerzo, Silverstolpe solía dormir la siesta. Como Marschall ya había dormido se paseó por la casa y luego salió al patio. En el vestíbulo, cuyas enrejadas ventanas daban al patio, volvió a encontrar otro retrato de George Ungnad. Era una mala pintura de grandes dimensiones y que, debido al tiempo, presentaba numerosos pliegues; allí estaba George Ungnad, tendido en la hierba, y de su corazón nacía un árbol, un árbol genealógico de cuyas ramas pendían redondos letreros en los cuales se leían, en un carmín oscurecido por el tiempo, los nombres de sus descendientes. Aquel viejo barbudo dormido parecía soñar con los siglos venideros. Sin embargo, era menester reconocer que nada extraordinario había llenado esos

sueños. Probablemente lo extraordinario no es nunca un fin. Es una excepción que, en última instancia, no consigue perturbar seriamente el acontecer cotidiano y ordinario.

El patio, o mejor dicho aquella callejuela a la que daba una puerta trasera de la casa, producía una extraña impresión de ensueño, como por lo demás suelen producir casi todos los patios que se hallan próximos a caballerizas o cuadras. Tal vez esto se deba a las sencillas líneas de las construcciones de ese género; en efecto, la sencillez produce una impresión más intensa que lo complicado, ya que, evidentemente, nada real puede ser tan múltiple como el ensueño engendrado por lo sencillo. El cálido sol golpeaba sobre el patio como con mazas de bronce. Sin embargo, todo parecía como envuelto en sombras. El aire caliente era perfectamente estival, pero en aquel patio creía uno percibir el suave murmullo de una corriente extrañamente fresca que susurraba, como voces, en los rincones y jugaba con el polvo y con los restos de heno y de paja dispersos en el suelo. Era evidente que los seres humanos que ahora habitaban en esa hacienda no estaban enteramente solos, o, en todo caso, no lo estaban esencialmente, sino que en aquel patio continuaba sintiéndose la presencia de todos los que allí habían vivido en otros tiempos. Los carruajes guardados en sus cocheras parecían provenir de muy lejos. Aunque eran relativamente nuevos tenían algo de los carruajes muy antiguos, como si acabaran de llegar de remotos países para detenerse en aquel lugar. Y una acción invisible parecía desarrollarse en el patio, en el corazón mismo de la residencia, que se había vaciado para que pudieran habitarla los espectros del pasado; una acción que continuaban tal vez realizando aún los antepasados, los venerables antepasados: el tomar posesión de la tierra, como antes; y por eso, aquella sombra que parecía envolver el patio no era sino el recuerdo de un país señorial hundido en la penumbra del pasado, en el curso interminable de las generaciones.

La casa había sido construida en distintas épocas. La parte más antigua era un edificio gótico, entre torre y cubo de piedra, de tres pisos de altura, aunque sólo el inferior, la planta baja, estaba del todo terminado. Aquella parte de la casa debía de datar de la época en que ya se comenzaba a considerar incómodo el vivir en los altos castillos y se prefería habitar en los valles, más acogedores. Evidentemente, aquella torre sólo en alguna ocasión esporádica había servido de defensa. Ahora compartía el mismo techo con el granero. En la planta baja se extendía la abovedada caballeriza y encima de ella, en las paredes, había dos hileras de troneras en forma de flores, sin piso intermedio. No era fácil establecer con precisión de qué época databa la residencia misma. Aunque estaba concebida según el estilo Imperio, presentaba gran cantidad de adornos del siglo XVI. En el jardín, donde crecían profusamente arbustos y flores, se conservaban aún algunas estatuillas de la época del Imperio, algunas urnas de piedra, por ejemplo, y un diminuto obelisco en el que una serpiente que se mordía la cola simbolizaba la eternidad.

Sin embargo, entre estas dos épocas tenía que haber influido otro estilo: el barroco. Efectivamente, el capitán descubrió, además de un reloj de sol procedente de esa época —reloj de color azul y oro, colgado en la pared del granero—, algunas tablas pintadas, olvidadas en el interior del cobertizo, que debían de haber servido para adornar los pabellones, ya desaparecidos, e incluso la misma casa, aunque, a decir verdad, no podía establecerse con precisión en qué partes las habían colgado; tal vez en las fachadas, pues entre ellas aparecía pintado una especie de reloj de pared con el dios del tiempo, y también naturalezas muertas de frutas carnosas y eternamente frescas, volatería y múltiples flores, y, circunstancia curiosísima, algunos fragmentos de una danza de la muerte, tema que siempre había interesado intensamente a aquellas épocas pasadas, detrás de cuyo esplendor y boato acechaban ya la muerte, la locura y las sombras de los lémures. Marschall pensó que aquellas tablas pintadas serían diversas copias de la serie de *La muerte de Basel.* Un esqueleto recubierto aún con restos de carne putrefacta recogía ávidamente a los representantes de las distintas edades y condiciones: al emperador, al guerrero, al sacerdote. Debajo de cada una de las pinturas se leían unos versos alejandrinos franceses.

Era verdaderamente curioso el que se hallaran aquellas cosas, como algo prohibido, en el lugar más recóndito de la casa.

2

Al día siguiente, alrededor del mediodía, los dos señores acompañaron a las señoritas al estanque. Aunque la casa estaba separada de aquél sólo por un trecho de camino que se recorría en pocos minutos, también los acompañó una criada que llevaba los trajes de baño y un paquete con la merienda.

Las culebras se deslizaron al agua en cuanto el grupo puso el pie en el puentecillo. La señorita Ainether dijo unas cuantas palabras amables sobre las culebras. Según aseguró, se comían las ranas que, de no ser

por esa circunstancia, harían por las noches tanto ruido que no dejarían dormir.

Mientras tanto, la criada ya había abierto la puerta de la cabaña. Ésta se levantaba al borde de los juncos y constaba de una caseta para mudarse la ropa y de una diminuta piscina cerrada por debajo del agua con una especie de verja de madera. A través de una abertura, podía salirse al estanque. En la parte delantera de la cabaña había un balconcito y, desde allí, una escalerilla de madera conducía hasta el agua. Los juncos crecían casi hasta el centro del estanque y el follaje de los árboles se inclinaba sobre sus aguas. En los lugares en que la superficie estaba libre de cañas, podían verse nenúfares de los tonos más delicados de rosado y de verde con matices amarillos. Por la superficie de las aguas nadaban veloces insectos acuáticos. El sol caía abrumador sobre el estanque.

La señora Pobeheim se bañaba en su piscina privada; su hermana, en cambio, lo hacía en el estanque abierto. La primera llevaba un anticuado traje de baño, tan complicado que con él parecía mucho más vestida que con sus ropas ordinarias. Se puso hasta unas medias de baño de seda y un sombrero de paja. En cambio, la señorita Ainether era mucho más progresista; salió de la caseta, larga y flaca, con una malla tejida, y dijo que nadaría «hasta el Neptuno». El Neptuno era una estatua de gres con un tridente de hierro que en otra época se había levantado en medio del lago en una pequeña isla de toba, pero que ahora, precipitada de su pedestal, yacía debajo del agua.

La señorita Ainether, mientras introducía la punta del dedo gordo en el agua, hizo algunas observaciones sobre la ridícula vestimenta de su hermana. Claro está que ella misma se había bañado de aquel modo, hasta que conoció las mallas tejidas, hacía ya muchos años.

—Pero —agregó luego—, ¡si hubieran visto ustedes bañarse a mi cuñado Pobeheim! ¡Incomprensible! — dijo meneando la cabeza y evidentemente dando a entender que no comprendía cómo su hermana pudo haberse casado con él.

Y mientras la regordeta señora Pobeheim, rodeada por un conjunto de telas plisadas y cintas, comenzaba a nadar en el interior de su cesta de baño, como si lo hiciera en agua abierta, la señorita Ainether se introdujo en el estanque. Pero no había nadado sino un breve trecho cuando la señora Pobeheim, asomándose por la abertura de su piscina, se puso a gritar:

—¡Vuelve! ¡Vuelve, Laurence! ¡No nades tan lejos! ¡Vas a enredarte entre las algas! ¡Vuelve inmediatamente!

Esto era lo que gritaba todos los días, y la señorita Ainether, invariablemente, le respondía:

—¡Cállate, Cecilia! Con tus continuos gritos me pones tan nerviosa que conseguirás que verdaderamente me pase algo.

Pero la señora Pobeheim no cesaba de llamar a su hermana, por lo que los dos señores, para calmarla, terminaron por desamarrar el botecillo que había junto al muelle y se acercaron remando hasta la señorita Ainether y el dios sumergido.

Mientras tanto, grandes nubes de bordes plateados se habían amontonado en el cielo y proyectaban sus gigantescas sombras sobre el estanque. En un instante todo quedó transformado. Era como si el mundo se hubiera transmutado en otro. Cuando, después del baño, todos se hallaban comiendo rebanadas de pan con mantequilla y fruta, el temporal se insinuó por entre los árboles; las señoras se vistieron rápidamente y cuando llegaron a la casa las nubes, deshaciéndose, se resolvían en un violento aguacero de verano.

Así transcurrían los días. Algunas veces recibían visitas y otras las hacían a los vecinos en el coche tirado por los dos desiguales bayos; por ejemplo, visitaban a la vieja Sunstenau, la misma que sostenía que la revolución no habría sobrevenido si la gente no hubiera hablado tanto a tontas y a locas. Pero, a causa de Silverstolpe, siempre volvían a casa temprano; el coche rodaba lentamente a través del aire vespertino, cuyo azul transparente, lleno de una profunda melancolía, parecía salpicado con un fino polvillo de oro. La mayoría de las veces Marschall se paseaba solo, pues Silverstolpe no lo podía acompañar sino en los paseos muy breves. La debilidad de Silverstolpe se hacía cada vez más visible. En ocasiones, sufría accesos tales que permanecía algunos minutos sin conocimiento. El médico confesó al capitán que realmente ya no comprendía aquella enfermedad. Administraba al enfermo tónicos fortificantes y eso era todo cuanto podía hacer por él.

En uno de sus paseos, Marschall creyó que había encontrado el camino del que Silverstolpe le había hablado en su carta y en el que, según decía, había tenido una extraña experiencia. El capitán lo encontró todo como su amigo se lo había descrito: las piedras desgastadas por el paso de la gente, el llantén, el exiguo curso de agua casi agotado, el pequeño arriate rodeado de tablas. También estaba allí el arenal y la curva del camino, que a Silverstolpe le parecía tan peculiar; también reconoció el lindero del bosque que Silverstolpe describiera. Pero todo aquello nada tenía del carácter angustioso y espectral que el enfermo había percibido. Por el contrario, el rincón aquel, en su sencillez terrenal, era de una belleza perfecta y, más

aún, todo allí desbordaba vida. El pasto renovado cubría enteramente la campiña. Abejas e insectos se agitaban por todas partes y el sol de la tarde confería al cuadro un esplendor tan vivo como si la luz irradiara una aparición divina; es más, hasta parecía que figuras divinas se agitaran en la cálida brisa estival.

Un joven y una muchacha, por lo visto ociosos llegados de la ciudad, que estaban tendidos sobre la hierba, se levantaron cuando el capitán pasó junto a ellos. El joven le miró con el ceño fruncido y la muchacha sonrió, un tanto turbada. Por fin se alejaron, caminando por la pradera.

Marschall se abstuvo de comunicar al enfermo que, por así decirlo, había seguido su rastro. Experimentaba un sentimiento de infinito dolor por esa criatura que se consumía a marchas forzadas; y en particular la actitud de Silverstolpe, que durante las comidas permanecía silencioso y modesto y que cuando se movía lo hacía casi con timidez, le conmovía hondamente el corazón. La mayoría de las veces la duración de las comidas era larga, particularmente a la hora del té; todo tenía lugar entonces con cierta prolijidad y formalismo, como si no se tratara simplemente de comer y beber, sino de cumplir una ceremonia, o por lo menos de respetar los vestigios de una determinada tradición. Por lo demás, siempre había en la mesa más vajilla y cubiertos de los que eran necesarios, como si realmente fueran precisos en aquellas comidas relativamente sencillas. Especialmente la mesa del té, que siempre se ponía en el mismo lugar, sobre el guijo y a la sombra de la casa, se cubría con objetos escogidos, de esos que generalmente se guardan en las vitrinas; piezas de plata que brillaban como si estuvieran hechas de un metal desconocido y níveo; cada mantelillo de encaje era una obra de arte y de cuando en cuando se oía el claro entrechocar del cristal, mientras, en medio de tantos objetos, las vetustas manos de las señoritas se movían de modo tan natural que terminaban por hacer importante lo superfluo.

Oleadas de calor agitaban el aire, pero los cuadros de flores permanecían inmóviles, como sujetos a un profundo hechizo; era como si un ángel hubiera tocado todas las flores. Parecía que ese increíble verano ya no pudiera volver a incorporarse al curso normal de las estaciones, sino que su calor tuviera que ascender a un grado al que nunca, en los innumerables años que ya habían transcurrido sobre aquel campo, había llegado, ya porque el sol hubiera alterado su curso, ya por otro motivo igualmente amenazador. Nunca había ocurrido aquello, pero esta vez parecía que podía ocurrir. Pero ¿acaso no nos produce la misma impresión cada verano? Y cuando, después del té, Marschall se ponía de pie golpeándose sus ropas para desprender de ellas los secos fragmentos de la pintura de los muebles del jardín, sentía su cabeza más turbada que en ningún otro momento del día.

Así pasaba el tiempo en Gegendt. Cierto es que parecía detenerse y engañar a todos sobre su paso, pero sin embargo transcurría, y por último tenía que sobrevenir un momento en el que, por así decirlo, se llegara al borde del tiempo, más allá del cual se abría un abismo… del mismo modo que los navegantes del siglo XV creían que, internándose mucho en el mar, terminarían por llegar al borde del mundo y por precipitarse en un abismo sin fin. Claro está que el tiempo en sí es redondo, como el globo terrestre, y acabado en sí mismo. Pero lo que transcurría era el tiempo de la vida de Silverstolpe. Cierto es que él mismo había dicho que ya no le inquietaba el acaecer del tiempo y que no le importaba en modo alguno. Sin embargo, bien podía preverse el momento en el cual ya no pudiera decir: mañana, o más tarde. Entonces el tiempo sería terriblemente precioso.

Porque, efectivamente, existe una diferencia entre lo que ocurrirá pronto y lo que tendrá lugar enseguida. «Pronto» puede significar que un momento relativamente largo sobrevendrá antes de que se produzca éste o aquel acontecimiento; hay, pues, un espacio de tiempo en el cual, de todos modos, puede uno moverse. No quiere decir que inmediatamente, en este mismo momento, debamos abandonar la casa o emprender un viaje… o morir. Todavía podemos pasearnos por las habitaciones o por el jardín, o acercarnos hasta un determinado rincón situado en el lindero del bosque, lugar al que —sin que sepamos exactamente por qué recóndito motivo— habíamos pensado que teníamos que volver. Pero «enseguida», excluye todo aquello que no sea lo que ha de ocurrir instantáneamente, en el momento mismo. El «enseguida» nos corta el aliento. Uno va muriendo durante toda su vida… y aunque esta idea es un tanto dolorosa, nos acostumbramos a ella. Pero, por último, llega el instante en el que hay que morir «enseguida». Y esto ya no nos parece posible.

El tiempo es la duración de todas las cosas, las cuales, aunque no son infinitas, son muchísimas e incesantemente vuelven a retornar a sí mismas, pues todo lo que existe vuelve a sí mismo; y alrededor de su centro de gravedad, común a todas ellas, se agrupan como una esfera, de suerte que, en cierto modo, vivimos y nos movemos como en un segundo globo terrestre, y nos parece pasar de unas cosas a otras, pues no nos damos cuenta de que marchamos en un círculo. Y el universo entero está análogamente limitado, y aunque parezca interminable, tiene que terminar. Pero las cosas individuales están aún más limitadas.

Desde luego que puede parecer que duran mucho y que un instante de su duración es igual a otro, así como apenas se diferencian unas de otras las distintas horas del día, y así como las sombras de la mañana sólo por su distinta dirección se distinguen de las de la tarde. Pero ¿qué diferencia hay entre el momento en el cual algo es y el momento siguiente, en el que ya no lo es? ¿Qué diferencia hay entre el momento en que el sol flota aún en el horizonte y aquel en que se hunde en él y sobreviene la noche? ¿Es que el tiempo, dentro de sus propios límites, se articula con las cosas individuales? ¡Es que, por ilimitado que nos parezca el tiempo, en este tiempo mismo, en sus límites, en sus innumerables límites, sobrevienen continuamente innumerables cosas, en las que consiste el tiempo! Permanentemente estamos despidiéndonos de todo. Más preciosos «que la perla de rosados colores que codicia el rey del mar», más preciosos que una estatua de marfil y oro de Fidias, que las más finas fuentes guarnecidas con gemas de Florencia, que el brocado de Flandes o que un manuscrito desconocido de Dante o de Safo, infinitamente más preciosos son los últimos momentos en que se despide uno del semblante de la amada, de las estivales campiñas, del bosque que llora bajo la lluvia. Y sin embargo, nunca había uno pensado antes en el tiempo que pasa. Pero, por fin, hasta tiene uno que despedirse de sí mismo. Podrá decirse que en realidad somos inmortales, mas lo cierto es que siempre pertenecemos a la muerte.

Una de las aldeas que en otra época formaban parte del feudo se llamaba Sankt Margarethen. Era la más importante de las aldeas de los alrededores y en ella tenía su sede la alcaldía donde se resolvían los asuntos de la región. Un día, Marschall se encargó de cumplir ciertas diligencias en la alcaldía, y mientras hablaba con el secretario de ella imaginó el momento aquel en que el último Ainether señor del dominio se presentó en la oficina y pronunció las siguientes palabras que reflejaban el nuevo orden social: «Muy bien, hasta ahora ustedes me han pertenecido; ahora yo les pertenezco. Es muy amable de su parte el que por lo menos me hayan dejado el patronazgo».

El patronazgo consistía en la obligación de sostener la iglesia. Marschall la visitó después de abandonar la alcaldía. Era un edificio muy antiguo, que se hundía en el centro del pequeño cementerio. Quizá originariamente no estuviera dedicada a Santa Margarita, sino a San Miguel. En efecto, San Miguel venía a reemplazar a muchas divinidades locales, particularmente una de origen eslavo, que la gente del lugar no se había resignado a perder del todo. Desde luego que de esto ya nadie sabía nada.

Junto a las paredes de la iglesia se veían varias lápidas funerarias muy antiguas, entre ellas las de la familia de los Thannhausen, las de los Tachsperg, las de los Lerchenaus y, desde luego, también las de los Ungnad. La torre de la iglesia pudo haber servido, asimismo, como fortaleza del lugar. Era una torre poco elevada. En la planta baja se hallaba la sacristía, bien modesta por cierto; evidentemente, los Ainether habían preferido convertirse en celosos católicos de la Contrarreforma antes que gastar dinero en nombre de Dios. En el primer piso había una tribuna, desde la que podía contemplarse el interior de la iglesia. Sin duda era allí donde Urban Ainether, con su ropa de terciopelo, vigilaba las oraciones de sus súbditos, mientras un criado hacía pasear por el atrio de la iglesia a sus caballos napolitanos o de cualquier otra raza famosa. Las paredes de la tribuna estaban cubiertas con frescos que el tiempo aún injuriaba. El piso era de baldosas rojas en las que todavía podían vislumbrarse sutiles motivos florales. Un sinnúmero de moscas muertas habían quedado apresadas en las telarañas de las ventanas, por las que penetraba en la iglesia una luz blancuzca.

Los frescos, separados unos de otros por gigantescas figuras de ángeles pintados, que en cierto modo hacían las veces de pilares y que, como soportes del universo, sostenían la bóveda del techo en la que se veía pintado el cielo (lo que, por cierto, hacía pensar que, inversamente, debajo de sus pies se hallaba el infierno), los frescos, en la medida en que aún era posible distinguirlos, representaban la historia de Lázaro. En el primer cuadro, Jesús exorcizaba a Magdalena, la hermana de Lázaro, y los siete demonios que abandonaban a la pecadora eran más bien genios de singular belleza muy parecidos a los antiguos dioses. (Evidentemente alguien, tal vez de la época barroca, había vuelto a pintar la figura de Magdalena: el pelo con colores dorados y la carne con una especie de esmalte rosado. La modificación saltaba a la vista con gran claridad, casi con crudeza, como si el restaurador estuviera obsesionado con esos dos colores y hubiera obrado obedeciendo a un impulso irresistible.) En el segundo cuadro, el Mediador hacía levantar de la tumba a Lázaro, o Elieser, señor del castillo de Magdala. Las gentes que rodeaban el sepulcro se llevaban la mano a la nariz, pues las escrituras dicen que el muerto ya hedía. Los brazos de Jesucristo estaban representados en dos posiciones distintas; primero en alto, con los dedos de las manos unidos por pares, esto es, el meñique junto al anular, el medio junto al índice, de manera que sólo los pulgares quedaban aislados; tal era la disposición de las manos de los Pontífices Máximos cuando bendecían; en la segunda posición, las manos de Jesucristo, con movimiento increíblemente imperioso, aspiraban, por así decirlo, al muerto de su tumba. En la primera actitud las manos manifiestamente recibían fuerzas desde lo alto; en la

segunda, las aplicaban. De manera que parecía que el Mediador tuviera cuatro brazos, como alas, o como tienen ciertas divinidades exóticas. En la tercera escena, hallábanse Cristo y el resucitado dialogando. Los rostros aparecían rígidos e inexpresivos, pero los ojos revelaban una mirada intensa y terrible. El cuarto cuadro mostraba a Cristo sentado a una mesa y a María de Magdala en el momento en que echaba bálsamos sobre los pies del Salvador. La pecadora le secaba los pies con su cabellera, en una actitud de indecible entrega. Allí también el desconocido restaurador le había vuelto a pintar el pelo con un amarillo intenso, como polvo de oro, y la tez con ardiente esmalte. Y las formas de la mujer, que en modo alguno armonizaban con la delgadez de las restantes figuras, estaban orgullosamente exageradas en su exuberancia, de suerte que el arrepentimiento de la penitente se hallaba en la más extraña contradicción con su aspecto provocativo y turbador. Evidentemente, el restaurador anónimo no había podido resistir el impulso de modificar de ese modo la figura de María Magdalena, y Marschall se sentía invadido por extraños sentimientos al representarse a aquel obseso vacilando en su soledad de la época barroca, entre la voluptuosidad y la contrición. En el quinto cuadro se veía representado el interrogatorio llevado a cabo ante Pilatos como una disputa en la que los dos, tanto el acusado como el juez, recalcaban vivamente con los dedos sus argumentos. Y aquellas representaciones terminaban con el sexto cuadro, en el que se veía la escena del sepulcro abierto después de la Resurrección de Jesucristo. Pero allí sólo estaba presente Lázaro, pues no se veían ni los soldados romanos ni las Marías. Y de nuevo Cristo y Lázaro parecían dialogar.

Aquellos frescos, a pesar de su ruinoso estado —o precisamente a causa de él—, le conmovieron de un modo tan extraño que al cabo de un rato se sorprendió sumido en soñadoras meditaciones, no habituales en él. Ese lugar de Magdala, que la Edad Media había querido irremisiblemente que fuera un «castillo», no debía de haber sido muy distinto de Sera, del cual la familia del capitán llevaba el curioso título de mariscal. Y ahora, abandonándose a un vago ensueño, hasta le pareció posible que Magdala hubiera sido una residencia como la de Gegendt. En los cuadros se veían galerías parecidas. Además, la tumba de Lázaro se hallaba también bajo un pórtico embaldosado. En el fresco, el muerto, o mejor dicho el resucitado, se levantaba del sepulcro con increíble vigor. Envuelto enteramente hasta la cabeza en el sudario, surgía por debajo de la losa fúnebre, cabeza sin ojos, como un gusano, o propiamente como un cuerpo sin cabeza, como una larva blancuzca que, a causa de las sinuosidades del lienzo, parecía enroscada, en tanto que la parte superior vacilaba y tanteaba como una criatura ciega. Se percibía un extraño acento en los dos cuadros que representaban a Cristo conversando; sobre todo en el último de ellos, en el que el Mediador dialogaba con Lázaro. ¿De qué podían hablar aquellos dos seres que habían vuelto de entre los muertos? Sus ojos, desorbitadamente abiertos, parecían expresar horror; y tanto horror había en la mirada del que había vuelto a despertar como en la del que había resucitado. ¿Qué dirían, si el retornar del más allá es tan horroroso como el descenso al sepulcro? Por lo menos por un momento, al capitán le pareció, después de algunas semanas en las que había tenido ocasión de observar lo que era morir, que las palabras que cambiaban aquellos dos interlocutores resucitados no eran sino reminiscencias relativamente incoloras del abismo del que surgían. ¿Quién podía saber si no se lanzaban recíprocamente reproches terribles, si uno no reprochaba al otro el haberlo hecho resucitar, o si el que había despertado nuevamente a la vida no se quejaba de que se lo hubiera resucitado, no por lástima de sus desconsoladas hermanas, sino sólo con el objeto de cumplir un horroroso experimento con la muerte? ¿Y si el otro lo acusaba de haberle informado mal o poco acerca de su experiencia en el mundo subterráneo, a él, su resucitador, que más tarde se impuso a sí mismo la misma prueba? Porque, de otro modo, ¿no se habría abstenido acaso el de Nazareth de emprender el atroz viaje al reino de los muertos? Y si en realidad no se dirigían mutuos reproches, se los hacían a la existencia que obligaba a todos a tan espantosas experiencias… Sin duda alguna, la serie de frescos era altamente herética, y tanto en el interrogatorio llevado a cabo frente a Pilatos como en las escenas con María de Magdala debían plantearse cuestiones igualmente intranquilizadoras. ¿Qué inauditas, qué inaudibles palabras habría puesto el pintor en boca del Hijo de Dios y en boca del prefecto romano? ¿Y qué le había ocurrido a la pecadora para que se comportara como si le fuera igualmente espantoso yacer junto a un amante y yacer en el sepulcro? ¿Por qué razones todo había cambiado tanto para ella? ¿Sólo porque había reflexionado? Entonces se trataba de un cambio como el que pueden experimentar las cosas a cada momento en los hombres, siempre que éstos reflexionen… Y bastaba que se pisara en el suelo con un poco más de fuerza, para que el piso del mundo sonara a hueco, como si por debajo se extendieran ocultas cisternas y minas, cavernas y abismos que retumbaban con fragor… y no se sabía si aquellos eran abismos en la sustancia del mundo o en la esencia misma de los hombres. Antiguamente la gente se esforzaba, desesperada, por asegurar y fijar el mundo: aquello que los adeptos a las doctrinas, reglas y leyes conseguían, por así decirlo, convertir entre sus manos en una esfera, era «el universo», y lo que podían determinar temporalmente mediante cálculos y especulaciones y según las revoluciones del gran trígono, su

duración… desde el momento en que se terminó la creación, desde la medianoche de cierto viernes, muchos millares de años atrás, o para decirlo con mayor precisión, desde la mañana siguiente, cuando Adán abrió sus ojos, hasta el día del Juicio Final. El universo era comparable a un astrolabio de incontables círculos en el que se conciliaban, de manera muy ingeniosa, los más variados sistemas. Pero, al avanzar, tanto en lo temporal como en lo espacial, encontrábase uno con más y más círculos en movimiento. Y el contacto con la divinidad llegó a ser algo enteramente espantoso; porque, en última instancia, ¿qué había que pensar de un Dios del que Tertuliano pudo decir: «Creo que Cristo fue crucificado, que murió y que fue sepultado, porque es absurdo. Pero es evidente que se levantó de entre los muertos y subió a los cielos, porque es imposible»?

Y ese carácter problemático e imposible de Dios no alcanzaba sólo a la divinidad, sino, naturalmente, también a su Encarnación y a todas las personas con las que aquélla había estado en contacto…, por ejemplo, Pilatos y el papel que entonces desempeñó. Es más, no resultaba del todo comprensible que el creador de los frescos, que evidentemente sólo había representado aquellas escenas con el único propósito de hacerlas problemáticas, hubiera pintado aquel Poncio Pilatos que se lavaba las manos. Porque, según se dijo, el gobernador de Judea, mucho después, cuando se hablaba del Nazareno, afirmó repetidas veces que nunca había conocido a un Jesús de Nazareth y que no era que se hubiese olvidado de él, sino que con seguridad no lo conocía, y que él, Pilatos, en el momento de la crucifixión, no se hallaba en Jerusalén sino en su cuartel general de Cesárea. Recordaba todo eso muy bien porque la crucifixión se llevó a cabo tres días antes de su propia caída. De acuerdo con esto, pues, y como sólo él tenía el derecho de condenar y de hacer ejecutar, o bien Dios no había sido crucificado… o bien en modo alguno había existido.

El capitán sentía la impresión que le producían aquellos cuadros como una ráfaga de aire helado después de haber sufrido el calor del día. Tuvo que reconocer que hasta aquel momento nunca había experimentado semejantes sensaciones. Sólo la permanente compañía de su amigo moribundo podía haberlo predispuesto a sentir tales cosas. Tuvo que realizar un esfuerzo para apartar sus ojos de esos frescos que databan de una época de la iglesia incomprensiblemente lejana y cuyo carácter religioso se hallaba tan disimulado que el propio Urban von Ainether acaso nunca lo hubiera advertido…

De la tribuna arrancaba una escalera que llevaba a una puerta tan baja, que para atravesarla era necesario encorvarse. Y aquella escalera conducía hasta lo alto de la torre. El interior de la torre sólo recibía luz de algunas troneras. A Marschall le pareció que avanzaba por el interior de una montaña. Todo verdadero edificio tiene formas tan bien terminadas que cree uno que está hecho de rocas. Lo mejor que ha logrado construir el hombre hace recordar las primeras moradas donde vivió. Sin embargo, en lo alto de la torre, donde se hallaban las campanas, se abría una ventana románica con dos arcos separados por una delgada columna. Por debajo de la ventana se veía un reloj. Cuando Marschall trepó hasta las campanas rozó las pesas del reloj —piedras sostenidas por tablas de madera— y el sencillo mecanismo de relojería. A un lado caían las cuerdas de las campanas. Las pesas se hundían hacia abajo en la penumbra y el tictac del reloj se oía nítidamente. Era como el tictac de la eternidad.

Algunos días después, Silverstolpe contó al capitán un sueño que había tenido.

—Bien podría creerse —dijo— que ahora pienso con mucha frecuencia en la muerte, en las cosas perecederas y, sobre todo, en el pasado. Cierto es que tengo conciencia de muchas cosas ligadas a los muertos enterrados en estos campos, con los que estoy emparentado. Las generaciones de los muertos que yacen bajo esta tierra me parecen prolongarse como entretejidas raíces, de las cuales lo que vive extrae su fuerza. Y a menudo pienso también en los muertos de nuestro regimiento. Pero, a decir verdad, no pienso en la muerte o en la vida que hay después de la muerte, sino en la vida de los muertos antes de que vivieran, vida que ha de ser exactamente igual a la que haya después de la muerte. En última instancia, me parece que todo el futuro no es sino una vida igual, sólo que aún no está despierta, en tanto que la otra ya está de nuevo adormecida. Únicamente el pasado es al mismo tiempo el futuro. Nadie conoce el futuro…, pero conocemos el pasado. Entre ambos, entre el pasado y el futuro, está el instante. El instante me parece como un espejo y un eje del mundo; cada momento que vivimos me parece el centro exacto de todo tiempo. Y el tiempo, partiendo de ese momento, se extiende hacia atrás y hacia delante, y el espejo, en cada uno de los momentos, refleja lo que fue. Pero, como parece que girara alrededor de su eje, las imágenes del pasado que él proyecta son las imágenes del futuro. No existen otras imágenes, ni nada que no sea futuro. Todas las cosas, no sólo aquellas que fueron y aún son, sino también las futuras que ya son, existen sin más. Así como los muertos se hallan envueltos en sudarios dentro de sus ataúdes, los seres aún no nacidos están cubiertos por envolturas semejantes, que todavía no fueron retiradas para permitir que aquéllos vivan y se vean luego envueltos nuevamente en los féretros. Las cosas y las generaciones futuras, los soberanos con sus atributos del poder y sus pueblos enteros, todo eso ya existe y espera, como una crisálida; y así como en los altillos de

una iglesia, cuyo aire huele a murciélagos, objetos de culto envueltos, que sólo se emplean en las grandes festividades, esperan a que llegue su hora, del mismo modo espera su hora todo lo futuro, para desprenderse de sus envolturas. El mundo es algo que siempre existe, pero sólo vemos de él un pequeño fragmento; de las tinieblas surge el río del presente deslumbrante de luz, y luego continúa su curso para introducirse nuevamente en las tinieblas y entonces ya no lo vemos, pero todo está siempre presente y todo existe siempre. No sé si alguna vez te dije que nunca tuve una verdadera amada. Sin embargo, esta noche soñé con una mujer amada. Y no era una mujer que yo ya conociera, sino que era mía en el futuro y, sin embargo (a causa de que el tiempo comienza ya a perder para mí su validez), en el sueño parecía que ya nos habíamos conocido. De manera que el sueño se desarrollaba en una época futura, muy remota. Tal vez sólo fuera el recuerdo de algo que leí hace mucho en un libro, según creo de un norteamericano. Pero, en todo caso, ese recuerdo aparecía muy transformado. Estaba yo muerto y en el más allá, aunque no puedo describirte cómo era aquel lugar. Y junto a mí se hallaba una muchacha o doncella, con los brazos hechos de luz. También ella había dejado uno de esos cuerpos terrestres en los que moramos un tiempo, como si se tratara de envolturas increíblemente imperfectas o defectuosos receptáculos. Mi amada se llamaba Ithona. Había muerto después que yo y acababa de llegar al más allá; por eso me contaba cómo se había producido su muerte.

«Cuando tú moriste, mi Lathmon amado —me dijo, pues era así como me llamaba en el sueño—, cuando me fuiste arrebatado, el mundo no presentía aún la catástrofe que lo amenazaba, o por lo menos a nuestra tierra, en un tiempo no muy lejano. Vivía yo en mi casa de la montaña, a la que me retiré después de tu muerte, para llorarte y donde yo misma tenía la intención de morir.

»Pero las cosas ocurrieron de modo diferente.

»La humanidad había imaginado que el acontecimiento que habría de poner fin a su existencia sería diferente. Se creía, por ejemplo, que en un determinado momento un cometa destruiría el globo terrestre; se creía que otra estrella podría chocar con la tierra o que la luna se precipitaría sobre nuestro planeta. O bien que un paulatino enfriamiento de la tierra haría cesar toda vida, y tal vez se pensaba en un segundo diluvio. Sólo después volvieron los hombres a presentir lo que habían presentido en un principio: que el fuego, el elemento creador y primigenio, era el que habría de aniquilarlos.

»Pero incluso esto le parecía a casi todo el mundo infinitamente remoto.

»Corría, pues, el verano, un verano muy cálido, de suerte que al principio a nadie llamó la atención el que (a pesar de que, desde hacía ocho días, las circunstancias no habían variado) el calor alcanzara un grado de elevación extraordinario, aunque (o precisamente por eso mismo) el cielo se hallaba constantemente cubierto de vapores, a través de los cuales el sol lanzaba sus rayos calientes como a través de un velo de metales en fusión. Se atribuyó aquel extraordinario calor a las manchas solares que se presentaban ese año y que, así se decía, como negros cráteres volcánicos irradiaban enormes masas de calor. Pero como en el curso de los días siguientes la temperatura, lejos de bajar, continuaba aumentando y amenazaba hacerse insoportable, la gente comenzó a vislumbrar la magnitud del peligro. Y bastó muy poco tiempo para que ese presentimiento se convirtiera en certeza.

»Hacía ya mucho que se había descubierto que entre las innumerables estrellas del firmamento, algunas (alrededor de seis cada año), y casi siempre aquellas que brillaban con menos intensidad, adquirían de pronto y de modo completamente inesperado, durante algunos días, un resplandor tan vivo que sobrepasaba el de los otros astros, incluso el del mismo Júpiter, para luego volver nuevamente a su pálido brillo. Tycho Brahe fue uno de los primeros que descubrió tales estrellas. Por razones desconocidas, que no pudieron averiguarse, la temperatura superficial de las llamadas novas se eleva de pronto alrededor de veinticinco mil veces más que la primitiva. Un astrónomo calculó que todos los astros tenían que convertirse en novas cada cuatrocientos millones de años. El peligro, pues, estribaba en que nuestro sol estuviera a punto de iniciar semejante transformación. En tal caso, la temperatura de sus planetas y la de sus satélites se elevaría hasta tal punto que todo quedaría inflamado. Y nuestra tierra no podría ser una excepción. Sin embargo, los geólogos sostenían que la estructura de nuestro planeta no presentaba ningún signo que indicara que el sol, en los últimos mil doscientos millones de años, se hubiera transformado en una nova, y afirmaban que esa circunstancia tal vez fuera la causa del nacimiento de los planetas. En los círculos en los que se sabían estas cosas, tal comprobación tranquilizó a la gente. Pero, en lugar de admitir que el sol no podía convertirse en una nova, deberían haber llegado, por el contrario, a la conclusión de que las probabilidades de que se produjera el fenómeno eran, en tales condiciones, mucho mayores.

»Sólo cuando la temperatura de la tierra, sin causas comprensibles, siguió elevándose hasta un grado intolerable, todos admitieron el peligro. Si verdaderamente el sol estaba a punto de convertirse en una nova, el calor debía alcanzar, por lo menos durante el día, un grado tal que los campos y bosques quedarían

calcinados, las ciudades, quemadas, los mares, convertidos en vapor, y hasta el aire, en llamas.

»Frente al carácter repentino de la amenaza, la gente no estaba de acuerdo sobre si habría que comunicar al público estas conclusiones de los astrónomos, o no. Una indescriptible anarquía, una rebelión no sólo contra todo orden establecido por los hombres, sino también contra el propio Dios, tendría que ser la consecuencia inevitable de la publicación de tal noticia. ¿Y qué ocurriría si, a pesar de todo, el peligro pasaba? ¿Podría repararse el estado que los hombres, en su miedo, provocarían en el mundo?

»Pero lo que no era comunicado de forma directa se convertía en rumores. Mucha gente, atormentada por el horrible calor, creía en el fin del mundo; otros, en cambio, no se decidían a creerlo. A estos últimos les parecía completamente imposible que la vida de la tierra, que habían considerado eterna, pudiera cesar repentinamente. Creían que habían vivido miserablemente, pero ahora que debían morir, se aferraban, desesperados, a las ventajas de sus vidas. Hervían de rabia. Muchos sucumbían a la locura, echaban a correr y maldecían al sol. La humanidad, engendrada otrora por los dioses, se había convertido realmente en una especie nacida del barro.

»En nuestro retiro, yo y mis criados nos enteramos de las noticias relativamente tarde y de todos fui yo la única, a decir verdad, que comprendí enseguida el significado del fenómeno. Ya sabes que cuando tú aún vivías me entregué al cultivo de las artes y las ciencias, pues pensaba que una amada perfecta no sólo ha de ser bella en el cuerpo, sino también en el espíritu.

»En la montaña en la que vivíamos no hacía tanto calor como en los campos y llanuras. Sin embargo, pronto la temperatura terminó por hacerse insoportable. Las campiñas parecían temblorosas bajo las oleadas de ardientes vapores y los árboles frutales se encorvaban, resecos, como criaturas muertas de sed. Las laderas de las montañas se erguían hacia nosotros con aspecto indescriptiblemente amenazador; los bosques parecían cargados de tempestades. Impulsada por una extraña inquietud, cuyo significado todavía no comprendía, yo iba de una a otra de las estancias de la casa, como si en el estado de opresión en el que me hallaba sintiera la necesidad de buscar ayuda en los objetos familiares… Porque, ¿existiendo la mayor parte de aquellas cosas desde mucho antes que yo misma, sería posible que ocurriera repentinamente algo que ellas nunca hubieran conocido? Pero tampoco los muebles, ni los cuadros (por lo menos así me lo pareció), podían ampararme, sino que me dejaron sola, totalmente sola; los recuerdos de mi padre, la mesita de costura junto a la que se sentaba mi madre, se habían convertido para mí en cosas absolutamente extrañas. Y cuando miré por las ventanas de marcos blancos y dorados vi que también la naturaleza, enteramente perturbada, yacía, por así decirlo, abrasada, pero llena de sombras, como si las alas de un monstruoso espanto batieran sobre ella. Era como si Dios hubiera dado al más terrible de sus ángeles el poder de segar la tierra, sólo que aquel ángel cumplía la tarea a su modo; es cierto que había llegado con su hoz en alto, pero todavía no la dejaba caer, como si quisiera matar con el solo espanto que irradiaba el borde de su sombra. Y las criaturas, el follaje de los árboles, la hierba y hasta las cosas enteramente inanimadas contenían el aliento y ya no se atrevían a moverse. Todo estaba envuelto en el silencio más completo; pero ese silencio era un inmenso estruendo atronador y sólo parecía silencio completo porque el sonido espantoso que contenía sobrepasaba de tal modo toda medida que ningún oído hubiera sido capaz de percibirlo. Todos los trabajos del campo, todos los movimientos de las lejanas aldeas habían cesado y en esa calma, y en ese silencio en el que las cosas, como dentro de un horno de enorme temperatura, ya comenzaban a destruirse y a dejar de ser, sólo se oía un ruido: sobre los prados resonaba el martinete de un molino. Aquel ruido me molestaba desde hacía ya mucho tiempo. Los negocios del molinero iban mal, nadie quería entregarle sus granos; pero él, con un trabajo continuo, procuraba salir adelante, de suerte que incluso por las noches se oía con frecuencia aquel ruido desagradable. Y en ese momento, continuaba sonando. Ahora que comenzaba la revelación de la majestad de Dios, ahora que cesaba toda actividad y que todos reconocían como ruido vano las acciones de los hombres, seguía oyéndose el insensato ruido del molino de aquel obseso. De todo lo que hacen o hicieron los hombres, nunca nada me pareció tan absurdo como aquello.

»Mis criados y yo nos dispusimos, pues, a subir por nuestra montaña, que parecía llegar hasta el cielo, para buscar el fresco de su cúspide. Cierto es que todavía no presentíamos lo peor. Pero, cuando llegaron hasta nosotros los rumores acerca del fin del mundo, me dije inmediatamente que tenían que ser verdaderos. De modo, pues, que ascendí a la montaña con el convencimiento de que mi viaje tenía como único objeto volver a unirme contigo, hermano mío Lathmon. Y así ya no sentí miedo de morir.

»Emprendimos el ascenso por la noche, perseguidos por oleadas de calor surgidas de los tórridos abismos. Iba montada en un mulo y mis criados apenas podían seguirme. Pero nuestra avidez de fresco nos impulsaba hacia adelante. Y con nosotros huían también, presos de idéntica inquietud, los animales salvajes de los bosques. Hasta el ganado había huido de las granjas y se lanzaba montaña arriba. Por último, se nos

unieron también grupos de seres humanos que, habiendo abandonado sus ciudades y aldeas, buscaban salvación en las montañas.

»Y desde lo alto de esas montañas se precipitaban ya hacia nosotros, como impetuosos ríos, los torrentes nacidos del deshielo. Los glaciares habían comenzado a derretirse y se lanzaban, espumosos, a los valles. Cuando llegamos a la cima de la montaña, salió el sol. A decir verdad, su aspecto todavía no había cambiado. No se había transformado aún en un solo estallido rabioso, pero el calor que irradiaba era horrible. Durante aquel día ya debían de haber muerto en las llanuras innumerables seres humanos, quemados por el calor, e incluso en la montaña el ardor habría sido insoportable si las enormes cantidades de vapor de agua no se hubieran condensado en tempestades, cuyos continuos relámpagos parecían tejer en el cielo fulgurantes telarañas, cuyos truenos estallaban, sin tregua, como latigazos y cuyas lluvias calientes parecían caer de una caldera de agua en ebullición.

»Pasamos el día refugiados en una gruta. Si la noche no nos trajo frescura, en cambio disipó por completo las nubes. Entonces se me ofreció el cielo constelado con una claridad cristalina, horrible. Todas las estrellas, desmesuradamente grandes, temblaban y vacilaban en el aire como las chispas de una gigantesca hoguera.

»El estallido del sol se produjo unas dos horas después de haberse ocultado a nuestra vista. Adivinamos la explosión del astro por el inmenso y monstruoso fragor con que el fuego hizo presa del otro hemisferio terrestre, fragor que se propagó hasta el nuestro, sumido en la noche, y aquel estruendo bien podía ser el de las trompetas del Juicio Final. Al mismo tiempo el aire, agitado en un inconmensurable huracán, huía hacia el otro hemisferio del globo, donde lo aspiraba el fuego del sol. Tuvimos que arrojarnos al suelo y aferramos a las rocas para no vernos precipitados por los espantosos temblores que agitaban la tierra. Al cabo de un tiempo pasó el temporal. Pudimos levantar las cabezas y vimos que todo el horizonte se hallaba rodeado de un resplandor llameante, así como vemos el negro disco del sol, cuando se produce un eclipse total, rodeado de llamaradas carmesíes. Era el reflejo del otro hemisferio, que ardía en llamas. Y por encima de esa guirnalda llameante vimos asimismo abrasarse en el cielo los planetas más cercanos al sol. Saturno se aproximó a la constelación de Cáncer, donde, de acuerdo con la tradición, habría estado unido a Júpiter junto con todos los otros planetas en el momento de la Creación. Pero tendrían que transcurrir aún diez años antes de que volvieran a unirse en el Escorpión. Los planetas más pequeños ardían como antorchas; sus rocas y metales debían de estar abrasados en llamas. Manifiestamente, el grado de calor alcanzado por el sol era mucho mayor que el de otras novas. Mercurio parecía un diamante indio abrasado, Venus una esmeralda, Marte un rubí. Los asteroides rodeaban la tierra como un anillo de estrellas fugaces. Todas las Perseidas llameaban. También la Luna ardía. La seguían nubes de fuego infinitamente grandes.

»Pasamos la noche adorando la majestad de Dios. Es cierto que nos quedaba todavía una remota posibilidad de salvación, si el sol, que debía de haber estallado con mayor violencia que otras novas, se extinguía rápidamente, es decir, antes de la hora en que asomara por nuestro hemisferio. Las horas pasaron y llegó el momento en que el sol iba a salir; entonces todo el horizonte ardió con llamaradas aún más vivas. Y con mayor estrépito resonó la trompeta del Ángel del Juicio Final; y hasta el cenit lanzaba sus llamas al cielo oriental en el amanecer del último día. Faltaba poco tiempo para que el sol mostrara su disco; y el tiempo pasaba, y sólo nos quedaban unos pocos minutos. Yo estaba tendida con el rostro vuelto hacia la tierra y oraba; sabía que tú, mi Lathmon, hijo de Nuath, serías el que vendría a buscarme para conducirme ante Dios. Y en los últimos instantes sólo pensé en ti. Tal vez ésta sea la única razón por la cual te encontré realmente en lo infinito de la eternidad. Pues ya había llegado el instante supremo. En el momento en que el borde superior del disco solar se elevó por encima del horizonte, un relámpago espantoso, más agudo que las puntas de millares de flechas incandescentes, hirió nuestros ojos, de suerte que éstos ya no pudieron ver el sol. En ese momento supremo el secreto de su potencia se sustrajo a los ojos de los seres humanos. El horroroso estruendo de las trompetas hizo estallar nuestros oídos, y al mismo tiempo todo, la tierra, el aire, nuestra piel y nuestro cabello, ardió en una inmensa llama que no era, sin embargo, más grande que la llama de nuestro amor, que la llama que me unió a ti…»

3

A finales de julio, Silverstolpe tuvo que guardar permanentemente cama, pero quien se lo prescribió no fue el médico, pues éste, habiendo renunciado a luchar contra la enfermedad, hacía ya tiempo que no le prescribía nada; sino que fue la propia debilidad creciente de Silverstolpe la que le impidió levantarse.

Marschall pasaba la mayor parte del tiempo junto al lecho de su amigo, y lo hacía aun cuando Silverstolpe dormía. Las ventanas estaban abiertas de par en par, afuera resplandecía el verano y Silverstolpe tenía que morir. O, mejor dicho, en realidad «ya no podía continuar viviendo». También las dos viejas señoritas se encontraban a menudo en la alcoba del enfermo. Realmente la Ainether, por su modo resuelto de hablar, turbaba la gran calma en medio de la cual se acercaba la muerte; pero parecía como si ella misma se esforzara por permanecer enérgica, o tal vez sólo por aparentar serlo, para ocultar su verdadero estado de ánimo.

—Dios sabe —dijo una vez Silverstolpe a Marschall— de qué fatalidad somos víctimas. Quizá no se trate sino de la antigua fatalidad. Es evidente que Engelshausen sucumbió a un atentado. Pero el que yo me haya visto atacado por su virus no constituye en modo alguno un atentado, y sin embargo ambos hechos me parecen hallarse relacionados; no como la causa y el efecto, sino como si ambos fueran el efecto de una causa desconocida. No sé cuál será esa causa, pues nunca conocemos toda la realidad. ¿No es curioso el hecho de que nunca sepamos lo que verdaderamente nos concierne? Lo que sabemos son siempre cosas accesorias. Pero nada sabemos del destino, ni tampoco de la muerte. Y probablemente tampoco sabemos nada de la realidad de la vida. Pero puede que sea bueno no saber nada de eso. Porque, en efecto, si, por ejemplo, conociéramos nuestro propio destino, nada sería más natural que nuestro intento de sustraernos a él, con lo que lo defraudaríamos y nos defraudaríamos a nosotros mismos. Y entonces, en lugar de vivir las experiencias que el destino nos impone, en lugar de desarrollar nuestra personalidad, no haríamos sino evitar todo lo que justamente pudiera determinar su desarrollo. Y, ocupados en evitar los hechos de la vida, terminaríamos por olvidarnos de nosotros mismos. Pero no debe evitarse nada, ni porque el destino sea justo, o bien injusto, ni porque demuestre ser racional, pues es más ciego que nosotros mismos, que nos hallamos en sus manos; y, en el fondo, lo que realiza es enteramente insensato; pero, sin embargo, hemos de adaptarnos a él, porque su falta de sentido nos obliga a buscarle un sentido, porque su falta de razón nos obliga a oponerle alguna razón. En suma, porque todo cuanto acontece, hasta lo más insensato, nos lleva a metamorfosearnos. Y todo es metamorfosis. También la muerte es sólo una transformación. Y tal vez el continuar viviendo sea algo que verdaderamente no nos convenga… ¡Quién sabe, por lo demás, lo que espera a aquellos que deben continuar viviendo! Pero preguntarse tales cosas es ocioso. Nada será que ya no haya sido. En última instancia, es éste el sentido de todas las profecías y sólo esto enunciaron las sibilas délficas y la negra boca de la gruta de Cumas, las voces de los profetas y de las mujeres, el rumor de las aguas y del follaje, los astros y el vuelo de las aves. Pues nada pasado existe que no haya de ocurrir todavía y nada futuro existe que, a su modo, ya no haya sido. Predecir significa poder recordar. Eso es todo. Pero ¡cómo predeciremos el futuro si no conocemos el pasado! Pues cuando el pasado aún es presente, ya lo tenemos olvidado…

Pretender adivinar el futuro era una extraña preocupación de aquel hombre que ya no tenía ningún futuro. Pero, tal vez precisamente por eso mismo, el futuro le preocupaba tanto. Y siempre volvía a hablar de esas cosas aunque aparentaba que habían llegado a serle indiferentes. O quizá le importaba saber cómo sería la vida de los otros cuando él ya no viviera.

Al cabo de un rato, prosiguió diciendo:

—A ti no te ocurrirá nada malo. Recuerdo que siempre fue así. Por ejemplo, cuando alguien del regimiento debía cumplir una orden desagradable, o por lo menos no del todo grata, siempre lo hacía uno de nosotros, pero tú nunca; tú siempre fuiste elegante y buen mozo, un poco reservado, y parecías también más joven que todos nosotros. Pero como, a decir verdad, ya no queda nadie sino tú, a ti te corresponde ahora actuar. Deberías casarte con Gabrielle Rochonville.

Marschall no respondió inmediatamente.

—¿Te parece? —dijo al fin.

—Sí, pues los dos haréis una buena pareja.

—Me resulta muy halagador lo que dices, sólo que no veo ningún motivo para ello —dijo Marschall—. Apenas la conozco. ¿Qué razón habría para que me aceptara?

—Pues bastantes razones —dijo Silverstolpe.

Marschall se quedó callado y Silverstolpe agregó:

—En primer lugar, Gabrielle Rochonville debería casarse; en segundo lugar, no sé con quién debería hacerlo sino con un hombre que tuviera un destino análogo al suyo. Y por fin, ¿no es acaso la hija de Rochonville? Los demás tienen ahora todos un destino diferente. Ha nacido una nueva especie de hombres… que tal vez sea la misma de antes, pero que, con todo, llegó a convertirse en una especie distinta, lo cual les hace creer que vivirán. Pero, mira, quizá ocurra que sean ellos los que deban morir y nosotros los que vivamos.

Silverstolpe murió a mediados de agosto. Pasó los últimos días tendido en la cama, sin pronunciar palabra. Únicamente, cuando le hablaban, sonreía, y no era posible saber si sonreía por lo que se le decía o sencillamente porque le dirigían la palabra. Había quedado sumamente debilitado y una gran frialdad le subía desde los pies al corazón. Marschall, sentado junto a su lecho, le tenía asidas las manos, que también iban enfriándose, y contemplaba al agonizante; de tarde en tarde advertía la presencia de las viejas señoritas que, habiendo entrado silenciosas en la habitación, se mantenían de pie, detrás de Marschall, susurrando y llorando.

Dos días antes de su muerte, Silverstolpe deliró durante un buen rato. Ocurrió esto al caer la tarde. Pero no habló desvariando, como lo habría hecho a causa de la fiebre —o, mejor dicho, de su enorme debilidad, pues su temperatura era inferior a la normal—, sino que habló con calma y claridad perfectas, como si se hallara en otro lugar, en el lugar en el que creía encontrarse.

Silverstolpe habló de los tiempos de su niñez.

Era evidente que se refería a su infancia, aunque, a decir verdad, hablaba incoherentemente. Varias veces mencionó un trozo de cera; al principio, Marschall creyó que ese trocito de cera estaba en aquel cuarto o que el enfermo lo había encontrado dentro de su cama. Pero, desde luego, no se encontró en la habitación nada semejante, sino que parecía tratarse de cierto trozo de cera sobre el cual la difunta madre de Silverstolpe, mientras cosía, habría hecho pasar los hilos.

—¡Aquí está el pedacito de cera! —dijo Silverstolpe—. ¿Dónde había estado escondido durante todo este tiempo?

Marschall también recordó que en su casa había visto frecuentemente algunos de esos pequeños trocitos de cera. Eran de un amarillo grisáceo y estaban rayados por los muchos hilos que las costureras de la casa habían hecho pasar por ellos. Se trataba de uno de esos objetos insignificantes que siempre parecen haber estado en la casa, que duran y que siempre volvemos a encontrar, aun cuando todo lo demás haya desaparecido. Y si alguna vez hubo que comprarlos, fue con alguna moneda que hacía ya mucho tiempo que no existía. Luego, Silverstolpe dijo, con tono bastante severo:

—Aquí hay polvo, aquí, sobre el alféizar de la ventana.

Pero al decir esto sonreía y parecía que jugaba con el polvo. O, por lo menos, que, como hacen los niños, dibujaba con el dedo figuras en el polvo. Hasta podía haberse pensado que estaba arrodillado, como suelen hacer los niños, sobre una silla puesta junto a la ventana.

Luego pareció que hablaba con alguien. Se trataba de criaturas invisibles a las que, sin embargo, en virtud de los discursos de Silverstolpe, podían atribuírseles estos y aquellos rasgos, que se adivinaban con claridad casi excesiva. Parecían mujeres y en su mayor parte figuras envejecidas, altas, casi gigantescas.

Manifiestamente experimentaba una gran alegría al hablar con ellas, como si hiciera muchísimo tiempo que no había podido expresar ciertas cosas. Sin embargo, no era posible adivinar por qué se complacía tanto en hablar, pues visiblemente hablaba de cosas carentes de toda importancia.

Por último, pareció creer que estaba a punto de estallar una tormenta. Tal vez percibía la oscuridad del crepúsculo que comenzaba.

—Las campiñas ya están del todo verdes —dijo—. ¡Y qué bien huele el boj!

Al cabo de un rato, hizo con los labios un ruido parecido al del resoplar de un caballo. Con todo, no se trataba ahora de ningún recuerdo de la guerra. Probablemente lo único que quería era imitar, como los niños, el lejano fragor de un trueno. En efecto, después de haber hecho como que escuchaba el trueno, se metió enteramente debajo de las sábanas, simulando un pueril temor. Permaneció un rato inmóvil y luego comenzó a hablar de un álamo. Volvía a hablar ahora con toda gravedad y parecía preocupado. La señora Pobeheim creyó poder explicar a qué álamo se refería su sobrino: en la casa de Silverstolpe se había levantado en otra época un álamo del que siempre se temía que, durante una tormenta, se precipitara sobre el tejado. Más tarde, lo echaron abajo.

(Según parecía, la muerte no era, a decir verdad, un tránsito hacia otro lugar, sino simplemente un retorno a lo que fue. Quizá ni siquiera existía verdaderamente un reino de la muerte. Quizá no fuera sino la infancia. Y cuando se volvía a ella, uno moría. Probablemente, la muerte no durara más que el acto mismo de morir. Y cuando uno moría ya no estaba muerto.)

Cuando Silverstolpe murió, aulló el perro, aquel perro que permanecía todo el día echado en la cocina y que nunca se había preocupado por Silverstolpe. Pero cuando él murió, el perro aulló. Su lamento era tan insoportable que Marschall soltó las manos de Silverstolpe, que tenía cogidas entre las suyas, y salió de la alcoba para hacer callar al perro. Cuando volvió al cuarto, Silverstolpe ya había muerto.

Hasta entonces, la muerte se había comportado como alguien que se mueve con soltura y cortesía en sociedad. Pero cuando llegó realmente, lo hizo como algo espantoso.

Velaron a Silverstolpe durante dos días. Luego lo sepultaron en Sankt Margarethen. Marschall, las viejas señoritas y algunos vecinos acompañaron los restos mortales del joven; formaron también parte del cortejo los miembros de una sociedad de antiguos combatientes del lugar, que enarbolaron una vieja bandera. Cuando sus pliegues ondearon al viento, el sol hizo resplandecer el águila bordada. El ave extendía sus garras hacia reinos que, desde mucho tiempo atrás, ya no existían.

Los de la hacienda fueron hasta el cementerio en el coche tirado por los dos desiguales bayos. El tiempo no se presentaba tan caluroso como antes, pues había llovido en los días anteriores. Era un tiempo suave y apacible que, otra vez, en modo alguno convenía a un entierro. El sepelio fue muy sencillo; cierto es que se vieron algunas flores y algunos lazos más que los habituales en el lugar, pero salvo esto todo fue como el entierro de un campesino. Las viejas señoritas se deshacían en lágrimas. La tumba se hallaba junto a la vieja torre de la iglesia, donde pendían las cuerdas de las campanas, donde las pesas del reloj caían en medio de las tinieblas, y donde se oía el tictac de la eternidad.

MARSCHALL VON SERA

1

Cuando Marschall, después de unos cuantos días de haber retornado a Viena, se presentó en casa de Gabrielle Rochonville para hacerle una visita, encontró el piso cerrado. Según le dijeron, Gabrielle se hallaba en Hungría. Marschall pidió sus señas. La joven vivía ahora en Pest, en casa de la señora Pronay.

Volviendo una y otra vez entre sus dedos la hojita de papel en la que estaba escrita la dirección de Gabrielle, Marschall salió a la calle y allí se quedó un rato inmóvil, contemplando la plaza, perdido en sus pensamientos.

Las palomas, que el coronel siempre miraba, iban de aquí para allá y picoteaban, como siempre, los invisibles granos del pavimento. Ráfagas de brisa de fines del verano soplaban por encima de los tejados y las palomas revoloteando en círculos, como un grupo de blancos ángeles, parecían querer elevarse hasta el cielo. Sus patas eran purpúreas, como si hubieran andado sobre sangre. En el aire resonaba el batir de sus alas.

También volvían a limpiar —o continuaban haciéndolo— las ventanas de la antigua universidad. La persona encargada de esta tarea se hallaba en aquel momento ocupada en las ventanas del último piso. Desde aquella altura relativamente grande, llegaba hasta la plaza su canto: «¡Y cómo te amaba yo en aquel tiempo, mi vida…!».

Parecía una amante eternamente desdichada.

Todo estaba como antes y, sin embargo, presentaba un aspecto completamente distinto y parecía abandonado. La soledad estival de la gran ciudad se mezclaba en Marschall con la tristeza de sus recuerdos. Engelshausen, Fonseca, Rochonville, Silverstolpe, habían muerto. Lukavski continuaba aún postrado en un hospital de Hungría. Se decía que su brazo quedaría paralizado. Su mujer había ido a hacerle compañía. A Marschall le parecía que ya nadie habitaba aquella ciudad. Los muchos seres humanos que en ella vivían no hacían sino acentuar el vacío. Por su modo de ser, Marschall nunca había mantenido relaciones muy sentimentales con su regimiento y menos aún después de la guerra; pero ahora, y sobre todo en ese momento en que se hallaba contemplando fijamente la plaza, sintió de pronto nostalgia por ese regimiento que ya no existía. El recuerdo lo transfiguraba y transfiguraba hasta a aquel rey, convertido en leyenda, cuya identidad nadie recordaba, lo que en el fondo redundaba en su beneficio, pues aquel Borbón de gigantesca nariz en modo alguno se había comportado como un auténtico soberano, y su pueblo nunca le había querido. En lugar de procurar la felicidad de sus súbditos, aquel rey se había limitado a dar serenatas a las damas de su corte, al pie de balcones dorados, y a pescar, en el golfo de Nápoles, pescados que luego, vestido como un *lazzarone,* vendía a las mujeres del mercado después de largos regateos. Y estas eran las distracciones más inocentes de aquel singular sucesor de Roberto Guiscardo y de Federico, «el Anticristo». Porque lo cierto es que Sicilia siempre fue una tierra extraña. Parece haber poseído siempre la facultad, si no de engendrar al demonio, por lo menos sí de atraerlo. Según se dice, Pilatos tenía posesiones en Sicilia.

Entre los descendientes de Roberto Guiscardo hubo un verdadero demonio, Roberto el Diablo, que, entre otras cosas, inventó las casas de banca o, por lo menos, impulsó su desarrollo. Federico II, que había otorgado a la familia de Marschall el lugar de Sera, era considerado por sus contemporáneos como una encarnación del príncipe de los infiernos, tal vez porque él mismo se tenía por un dios, o por lo menos por una maravilla del mundo; o tal vez también porque los hombres sólo reconocen al genio en la magnitud de sus debilidades. Por otra parte, hacía más de doscientos años había nacido en Palermo Joseph Balsamo, a quien igualmente se consideró una especie de Anticristo. Y, es más, según se profetizó, el verdadero Anticristo ha de proceder de África… Y los soberanos de Sicilia se llamaron a sí mismos, desde la época de los normandos, «reyes de África».

Desde luego que el *Rè Nasone* presentaba pocas semejanzas con todos estos personajes. El regimiento llevaba su nombre sencillamente porque habían querido mostrar que no estaban dispuestos a renunciar a ciertos intereses de las Dos Sicilias. Eso era todo, y tales cosas quedaban hundidas ya en un pasado remoto. ¡Qué era ahora Nápoles! ¿Dónde se hallaba ahora ese vago y singular reino que hacía ya mucho que no existía?

Pero también el regimiento mismo y hasta la época en la que Marschall había servido en sus escuadrones, le parecían a éste como si nunca hubieran existido. Los arenosos campos de ejercicios velados por las lluvias de noviembre, las largas caballerizas en las que se veían los lomos de los caballos, estaban bañados en la luz irreal de los sueños. Marschall volvía a ver los campos de batalla, la tierra que lanzaban al aire las granadas, las fangosas trincheras… que ya no se le aparecían amarillas como la greda, sino grisáceas e irreales. Sólo los aceros de las armas y las incrustaciones de oro de las capas de los oficiales resplandecían, espectrales, a través del ensueño. Desde el Don hasta el Ebro, desde el Stralsund hasta la isla flotante del mar azul, cuyo nombre llevaba, el regimiento había recorrido los países de la tierra para terminar en cualquier agujero, para hundirse en el fango. Y aquellas gentes llevaban las insignias que ya no sostenían el peso de los laureles. Y ahora se había extinguido el brillo de las águilas y las banderas de seda caían en jirones y los escuadrones se pudrían bajo el follaje marchito, bajo alfombras de hojas muertas. Los muertos del regimiento estaban diseminados por medio mundo y con ellos sus caballos de combate; los que habían caído bajo el peso de sus corazas; los que dormían eternamente en los prados, sobre los que se estremecía la hierba; los que se habían precipitado en los abismos; los que habían soñado en los bosques. Y aquellos muertos no volverían a levantarse de la tierra a la que habían retornado. Marschall contemplaba los otoñales bosquecillos en los que los espíritus de aquellos hombres suspiraban, los abandonados lugares donde aparecían sus sombras ensangrentadas, los desiertos campos de batalla que recorrían en tropel; en el rumor de las fuentes oía sus lamentos y en el de las brisas sus voces resonaban como la música de un arpa. Contemplaba las colinas cubiertas de musgo bajo las que se pudrían innumerables cuerpos humanos y hasta a sí mismo, que yacía en una de ellas; y a través del follaje de una encina que tenía las raíces en su corazón, lloraba la lluvia, y sólo la lluvia lloraba sobre su tumba…

La señora Elisabeth Pronay, a cuya casa había ido Gabrielle Rochonville, era sobrina de la madre de Gabrielle, es decir, prima de ésta. Siendo muy bonita, había logrado casarse con un industrial de gran fortuna. Su buen aspecto o, mejor dicho, su belleza provenía en ambas primas de la familia materna, a la que en cierta ocasión Gabrielle, hablando con Fonseca, había aludido. Desde luego que la señora Pronay, por lo menos en lo tocante a su matrimonio, no se había dejado guiar excesivamente «por sus sentimientos», como hubiera hecho Gabrielle. El señor Pronay era un hombre bastante insignificante que pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en sus oficinas. En cambio Elisabeth pasaba casi todo el verano en su propiedad de Czege, en el Plattensee, donde Pronay la visitaba sólo muy de tarde en tarde. Mientras tanto, Elisabeth se mostraba en Balatonfuren o en Siofok.

Gabrielle pasó, pues, unos pocos días en la casa de los Pronay en la ciudad y luego acompañó a su prima a Czege. Estaba contenta de abandonar Viena, pues ya no le gustaba aquella ciudad a la que, después de la muerte de su padre, nada la ataba. Además, desde Czege, lo mismo que desde Pest, se le ofrecían frecuentes oportunidades de acercarse hasta Komorn para visitar a Konstantin Ilich, que se hallaba preso en la fortaleza de aquel lugar.

Le habían permitido visitarlo dos veces por semana, y cada una de esas visitas duraba varias horas.

Gabrielle y von Pufendorf habían resuelto casarse cuando éste saliera de la prisión.

Desde luego que la joven le había preguntado por qué se había batido con Lukavski.

—Porque creía —había respondido Konstantin Ilich, sonriendo— que yo había matado a Engelshausen y también a Fonseca… y porque él mismo quería matarme. Todavía hay gente que considera que el dar muerte es un argumento. Pero la verdad es que Lukavski casi consiguió que yo hiciera valer en él mi argumento. Me sentía tan indignado por su intento de destruir nuestro amor que, lo confieso, deseaba

matarlo. Si su brazo no hubiera desviado mi bala, le habría atravesado el corazón. Y no lo habría lamentado.

Varias horas de conversación son un tiempo bastante largo, incluso para dos enamorados, especialmente si en los intervalos de una y otra charla no ocurre nada nuevo de que puedan hablar.

De modo que terminaron contándose la historia de sus respectivas vidas. Konstantin Ilich habló una y otra vez de sus viajes, uno de los cuales, el más largo, hubo de llevarlo a Estados Unidos. Sin embargo, los viajes no interesaban tanto a Gabrielle como las descripciones de la infancia y de la juventud de von Pufendorf, que éste había pasado en una posesión de un apartado lugar de Rusia. Sus padres se habían separado y la madre, que vivía muy retirada, quedó encargada de la educación del niño. Gabrielle se interesaba por los menores detalles del pasado de su novio y le preguntaba repetidamente cómo era aquella casa en la que él había crecido, cómo eran las distintas habitaciones que la componían y el jardín, y él sabía describírselo tan bien que Gabrielle terminó por figurarse que podría pintar todo aquello con la mayor prolijidad. Y lo que hubiera podido pintar era un jardín salvaje y una casa bastante triste.

Pero Konstantin Ilich admitía que ya no recordaba con precisión este o aquel detalle. Sobre todo, le resultaba muy difícil recordar cómo se comunicaban entre sí las distintas partes de la casa, y a este respecto decía:

—Recuerdo muy bien esta parte, y aquella otra, pero no sé cómo se relacionaban entre sí; por ejemplo, no sé cómo se iba de la sala azul al salón, o de la galería superior a la planta baja. Pero todo eso nos parecía enorme, pues éramos unos niños, y en las excursiones que emprendíamos descubríamos siempre cosas para nosotros desconocidas. Mis compañeros eran los hijos de gentes modestas de la vecindad, y con ellos pasaba yo todo el tiempo. Apenas manteníamos relaciones con los dueños de las posesiones vecinas, de manera que mi madre me abandonaba a la sociedad de los compañeros de juego que yo mismo había elegido. Porque aunque verdaderamente me amaba, se pasaba con frecuencia las horas muertas con los codos apoyados en el alféizar de la ventana de su dormitorio, mirando hacia afuera y pensando en su vida perdida. No podía olvidar al hombre que en otra época la había amado y que ahora ya no la amaba. Así la veíamos a veces desde el jardín y por un momento guardábamos silencio. Pero cuando nos ocultábamos de nuevo tras los arbustos, olvidábamos los ojos de aquella mujer que nos había contemplado con una mirada muerta, aunque sin vernos, y proseguíamos nuestras travesuras. ¡Qué largas eran aquellas tardes que pasábamos bajo un cielo cubierto y lechoso! ¡Y cómo, en su vacío, tan lleno sin embargo de cosas, nos parecían tan cortas! ¡Qué infinitas historias nos contaban los dibujos que se formaban en las paredes descascarilladas de la caballeriza! ¡De cuántas cosas nos hablaban los senderos de guijo invadidos por las malezas! ¡Qué países lejanos evocaban en nosotros los segados campos que se extendían detrás del jardín! ¡Y qué olor de remotas aventuras tenía el humo que producía la hojarasca de las patatas al arder! En realidad, en la niñez se vive con mucha mayor intensidad que después, cuando se es adulto y ningún acontecimiento, ni siquiera el más importante, consigue hacernos vibrar tan infinitamente como el más insignificante en nuestra infancia. Cuando sobre el sol se extendía un velo, la sombra (o, mejor dicho, la falta de luz que caía desde arriba) estaba llena de destino; los olores de la casa, que tal vez no fueran sino los olores de comida que llegaban de la cocina, parecían también llenos de destino, y en el lindero del bosque se ocultaba el destino, que acechaba la casa, como una tropa de caballeros desmontados bajo el follaje; pero si nos acercábamos hasta allí no encontrábamos más que la silenciosa y temblorosa hierba y el rumoroso follaje; y a cada instante creíamos que iba a llegar un carruaje que conduciría al destino y que él mismo sería destino; pero el carruaje no llegaba y nunca pasaba nada. Es que tal vez el que no ocurra nada puede ser también destino, y tal vez el destino perfecto. Emprendíamos aquellas correrías no sólo a través del jardín y del patio, sino también por el interior de la casa misma, la que, si bien no era muy grande, era suficientemente curiosa para mantenernos entretenidos durante horas enteras. A los sencillos niños del vecindario, y hasta a mí mismo, cuando me encontraba con ellos, casi todos los muebles y objetos de la casa nos parecían extraños, aunque yo estaba ya acostumbrado a ellos. De manera que nos pasábamos largo rato arrodillados en las sillas alrededor de la mesa del comedor, contemplando ensimismados las vetas de la madera lustrada que se nos antojaban mapas de países y mares desconocidos y remotos. Nunca, ni aun en el curso de mis más largos viajes, encontré tales países, que tal vez no eran de esta tierra, sino paisajes de la luna o de lejanos astros. En una vieja bañera, olvidada en un desván, encontramos muchos pares de botas de montar puestos en hormas de madera lustrada que las mantenían estiradas. Las tomamos por las piernas de madera de un hombre que debía de haber perdido su pierna de carne y hueso en alguna guerra, probablemente en la de Crimea. Lo cierto es que en la aldea había un viejo inválido que cojeaba con una pierna postiza, de palo. Sólo que, claro está, esa pierna no era tan elegante como estas otras artificiales, pertenecientes a círculos más distinguidos. En la bañera también encontramos varias fustas y bastoncillos de paseo sujetos en un haz

mediante una larga tira de cuero. En sus mangos vimos monogramas con coronas que nos maravillaron, y nos preguntábamos quién podía haberse paseado con tales coronas, pues nunca habíamos visto a hombres que lo hicieran. A menudo abríamos también una vitrina de armas que permanecía siempre cerrada o, mejor dicho, que ya nunca se abría; se hallaba en el corredor del piso superior. Creo que anteriormente tuvo que haber estado en el corredor de la planta baja y que luego la subieron al piso alto, cuando ya no quedó ningún hombre en la residencia. Frente a ella nos quedábamos horas enteras contemplando las armas a través de los cristales. Era un mueble forrado en su interior con una tela verde; poseía ciertas varillas y listones en los que se apoyaban las armas de fuego. A través de los reflejos del vidrio no podíamos apreciar con toda precisión los detalles de las armas, pero, así y todo, distinguíamos en las culatas de los fusiles escenas de caza grabadas, en las que se representaban jabalíes, ciervos, perros y cazadores vestidos con antiguos ropajes; había allí fusiles de dos tiros con cañones damasquinados que resplandecían con el brillo de la plata; carabinas octogonales de cañones dorados, de culatas de madera de nogal y bandoleras de reps verde; dos cajas abiertas que contenían pistolas de duelo; una gran concha marina para la cacería del ciervo y muchas otras cosas más. La vitrina estaba puesta sobre una especie de armario bajo, en cuyos cajones, que se habían olvidado de cerrar con llave, encontramos, además de municiones y cartuchos *lefaucheux,* tacos, cápsulas, frasquitos de aceite y también los estuches de los fusiles. Pero como no sabíamos qué eran, creíamos que se trataba de trompas de elefantes cazados. Curiosamente, no creíamos que las cacerías en las que habían servido aquellas armas se hubieran desarrollado al aire libre, sino que, para nosotros, eran inseparables de las armas mismas y como éstas se encontraban en la casa, las cacerías, por así decirlo, habían sido llevadas asimismo a la casa; tampoco creíamos que hubieran tenido lugar mucho tiempo atrás, sino que continuaban desarrollándose, así como los lugares en los que acaecieron grandes hechos no se hallan para los hombres a cielo abierto, sino en el interior de iglesias y capillas; por ejemplo, la Pasión de Jesucristo o la soledad de un santo eremita, está siempre presente, en el interior de una iglesia, a los ojos de los peregrinos. Los espacios cerrados, en virtud de un sortilegio propio, conservan presente lo que se perdería al aire libre, y en ellos los objetos que nos quedan de los acontecimientos pasados permanecen en una forma más real que la que antes tenían. Las cartas *son* los hombres que las escribieron; un ramo de flores *es* el prado de donde las recogieron; las espadas puestas en las paredes llevan a la casa las batallas mismas en que se blandieron, y los trofeos de caza son la caza misma. Sólo es real lo que permanece y, salvado por siempre en los espacios cerrados, el auténtico acontecimiento se cumple permanentemente como un perpetuo epílogo. De manera que esas cacerías nos parecían desarrollarse siempre a través de los aposentos de la casa. Y los cortinajes se estremecían, como si la presa los rozara al huir. En esa penumbra de ensueño, que hacía posible la existencia de tales espíritus, hallábase envuelta no sólo la casa sino también el jardín. Porque también el jardín se cerraba con las copas de los árboles, como si éstas constituyeran un techado, debajo del cual vivíamos y que, por así decirlo, se extendía también por encima de la terraza. La terraza comenzaba ya a desmoronarse y hasta los pavos reales que se paseaban por el jardín eran viejos y decrépitos. Su grito se había convertido ya en un quejumbroso chillido. Los redondeles de su plumaje, que exhibían en su andar a trompicones, eran como soles extinguidos en cuyas sombras yaciera el mundo entero. La sombra del silencioso follaje caía sobre las praderas, los caminos, las ventanas. Y como sobre un espejo ciego, flotaban las hojas en el estanque. Pero lo que preferíamos era recorrer el interior de la casa y contemplar los cuadros. Es decir, no contemplábamos tanto los cuadros como las personas en ellos representadas, que nos parecían tan presentes como si estuvieran vivas. Desde luego que se trataba de personas muertas, que hacía ya mucho tiempo habían pasado por la gran transformación que llamamos muerte; pero, así como, al mirar los retratos de los vivos, nos parece a veces que ya estuvieran muertos, ocurre que, en sus retratos, los muertos aún están vivos y presentes. No sé muy bien en qué momento mis amigos y yo comenzamos a creerlo, pero lo cierto es que de pronto fue como si siempre lo hubiéramos sabido. Las habitaciones en las que había ciertos cuadros nos parecían realmente habitadas por los personajes representados. Y, según creíamos, no era necesario que anduvieran de aquí para allá o se sentaran a la mesa; para darnos esa impresión de vida bastaba con que estuvieran en las telas. Nunca supe exactamente quiénes estaban retratados en aquellos cuadros; lo más probable es que se tratara de todos los Viasemski y de sus parientes. Esos seres humanos pintados parecían sentirse mejor entonces en esa casa poco cuidada, y en realidad apenas habitada, que en la época en la que vivieron efectivamente en ella. Había una gran cantidad de retratos y propiamente eran ellos los que habitaban la morada. Todas las demás cosas, las sillas, las cortinas, las miniaturas de las vitrinas, parecían estar allí sólo para que las usaran los personajes de los cuadros, aunque, desde luego, no sabíamos exactamente de qué modo éstos se servían de tales objetos. Los cuadros eran de las más diferentes facturas y dimensiones. Pero las personas allí representadas, que habían desempeñado altos cargos oficiales, nunca estaban pintadas con ropas pomposas

o de ceremonia, sino en trajes de civil o, a lo menos, en sencillas vestimentas. Sólo de cuando en cuando se veía un hombre con coraza o una dama cuyo brocado resaltaba extraordinariamente, con las insignias de una orden femenina. Nos parecían los más vivaces dos retratos colgados junto a un hogar; el de un señor, ennegrecido por obra del tiempo, con ancha boca y azulada tez, y el retrato, hecho al pastel, de una señora. Tenía ésta los ojos un poco saltones, y su mirada me hacía recordar a la de mi madre. Llevaba el cabello empolvado y un vestido de raso blanco guarnecido con pieles de marta cebellina, y en el pecho exhibía un único y gran diamante.

—Hoy tenemos un invitado a comer —dijo la señora Pronay a Gabrielle aquella noche, cuando ésta volvió a Czege—. Se trata de un capitán Gasparinetti que conocí en Siofok. Me dijo que también te conocía.

—Sí —asintió Gabrielle—. Mi padre estuvo en su casa inmediatamente antes del accidente. Gasparinetti lo hizo llevar a su casa, donde papá murió.

—Ay —exclamó Elisabeth—, no sabía eso. Sin duda te será desagradable el que…

—No. ¿Y qué hace en Siofok?

—Veranea en el campo.

—Sí, pero ¿por qué fue a Siofok? Y dime, ¿cómo lo has conocido?

—En una reunión social. Lo invité a comer porque pensé que la presencia de un conocido te distraería…

A Gabrielle le pareció muy extraña la manera que tenía su prima de entablar relaciones con la gente, pero no dijo nada. Además, no compartía el deseo de Elisabeth de «distraerse».

Gasparinetti se presentó en la casa unos minutos antes de las ocho.

Entró en el salón con gran naturalidad y dijo a Gabrielle:

—¿No es extraño el que volvamos a encontrarnos aquí? Sin embargo, me alegra sobremanera, después de nuestro último y triste encuentro, volver a verla en un ambiente que, sin duda, le sienta bien. Tiene usted un magnífico aspecto.

A Gabrielle le pareció superfluo contestar a estas palabras y casi inmediatamente todos entraron en el comedor. Gasparinetti hizo un poco la corte a Elisabeth. Estaba muy apuesto, como de costumbre, y parecía haberle caído bien a Elisabeth. Gabrielle habló muy poco o casi nada, y en cuanto a Elisabeth, pareció olvidar por completo el propósito de distraer a su prima con la presencia del capitán. Gabrielle, a quien Gasparinetti le había hecho recordar la muerte de su padre, pensó también en aquella noche que había pasado en casa de los Flesse. Era notable el hecho de que en todos los lugares en los que había coincidido con Gasparinetti hubiera también un muerto.

Después de la comida, la señora Pronay, acompañada por Gabrielle, condujo al capitán a través de toda la casa. Lo hizo sin ninguna intención determinada y probablemente sólo porque todas las gentes que en otra época no vivieron en situación muy brillante y luego consiguen hacerlo en circunstancias más cómodas, se sienten obligadas a mostrar sus nuevos aposentos a cuantas personas visitan su casa.

El capitán se detuvo frente a un reloj de pared cuyo cuadrante tenía inscripciones de plata.

—Este reloj —dijo— me recuerda un poco a otro que teníamos en casa. Era uno de esos relojes llamados de plato. Según creo, procedía de mediados del siglo XVIII. Lo teníamos colgado sobre una tablilla forrada con terciopelo de bordes dorados, mediante un anillo, a un gran gancho de metal. El cuadrante era de plata cincelada, así como el marco, adornado con múltiples trofeos: banderas, cañones, tambores, y cosas parecidas; toda la obra era estilo Luis XV y, según se decía, ese reloj, bastante caro, había sido comprado por mi abuela (o tal vez, había sido su madre quien lo comprara) personalmente en París. Por lo demás, esa señora tenía fama de ser derrochadora y se decía que realizaba sus frecuentes viajes a París con un tiro de cuatro caballos. Pero en invierno solía mostrarse a los habitantes de la pequeña ciudad de provincia en la que vivía en un trineo tirado por ciervos domesticados; y en verdad debió de haberle sido desagradable el hecho de que los ciervos comenzaran a cambiar sus cuernos en febrero. Probablemente esto le era tan penoso como perder sus propios dientes. Y, dicho sea de paso, aún conservábamos un retrato de esa señora. Se trataba de un cuadro hecho al pastel, que la representaba con el cabello empolvado de blanco y con un gran diamante solitario en el pecho. La expresión de su rostro era de una vivacidad extraordinaria. Tuvo que haber sido una mujer muy hermosa, sólo que sus ojos eran un tanto saltones. Llevaba un vestido de raso blanco, adornado con pieles de marta cebellina.

2

Gasparinetti dejó a la señora Pronay encantada con su gentileza y sus maneras desenvueltas y a

Gabrielle sumida en un estado de gran agitación.

—¿Cómo se llamaba la señora de aquel cuadro? —se había resuelto a preguntarle, después de un momento de silencio.

—Seguramente no seré capaz de recordar el nombre —le había respondido Gasparinetti—; era una rusa.

Y luego el capitán se había puesto a hablar de otras cosas.

Gabrielle no comprendía por qué no podía darse por satisfecha con la sencilla explicación de que todos los retratos de aquella época eran probablemente semejantes. Todas las señoras, siguiendo la moda, debían de llevar el pelo empolvado de blanco y diamantes en el pecho. ¿Y por qué no iban a haber estado de moda, asimismo, los vestidos de raso blanco con adornos de marta cebellina? ¿O era que verdaderamente aquellos dos retratos representaban a la misma persona de que hablaron los dos hombres? Lo cierto es que en aquella época se hacían copias de cuadros, así como hoy se hacen copias fotográficas. Bien pudiera ser que la persona que había comprado en París el reloj de plata hubiera sido una Viasemskaya, casada en Austria. Gasparinetti ya había dicho que era rusa.

—¿Y dónde estaba aquel cuadro? —se había atrevido a preguntar, por fin, Gabrielle. Y Gasparinetti le había respondido, después de lanzarle una atenta mirada, ya que la joven volvía a tocar aquel tema:

—En Viena.

—Pero ¿no procede su familia de Italia? —preguntó Gabrielle.

—En efecto —respondió Gasparinetti—, pero ya hace mucho tiempo de eso.

De manera que, aunque Gabrielle no quería admitir que Gasparinetti había hablado de Rusia y von Pufendorf de Viena, tuvo, de todos modos, que contentarse con esas explicaciones que en modo alguno la satisfacían. Y de pronto sintió un extraño miedo hacia Gasparinetti. Lo cierto es que siempre le había parecido un hombre singular. O, mejor dicho, creía tener miedo de Gasparinetti, pero súbitamente advirtió que en realidad era von Pufendorf quien le inspiraba temor.

En el fondo nada sabía de ese hombre a quien amaba y con quien quería casarse; nada o casi nada. Cuando se declara que procede uno de Rusia, los demás en modo alguno pueden verificar tal hecho, y lo mismo valdría afirmar que uno viene de la Luna. Lukavski había concebido respecto a von Pufendorf sospechas que Gabrielle en ningún momento compartió. Es más, ahora odiaba a Lukavski tanto como von Pufendorf admitía odiarlo. Pero en medio de la oscuridad de su cuarto, en la que permanecía despierta, tendida en la cama, aquella noche Gabrielle comenzó a admitir la posibilidad de que el mayor, a pesar de todo, no se hubiera equivocado. Es verdad que el propio von Pufendorf hablaba siempre sonriendo de tales sospechas. En efecto, era inconcebible que aquel hombre hubiera podido cometer con sus brazos, con aquellos mismos brazos que estrechaban a Gabrielle y que nada tenían de hercúleos, un acto que requería una fuerza excepcional. Desde luego que no eran brazos exactamente débiles, pero sí bastante vulgares y de ningún modo excepcionalmente fuertes. Y, sin embargo, a Gabrielle le parecían ahora cubiertos por los pliegues de una capa escarlata que ondeaba sobre inauditos crímenes.

El que von Pufendorf y Gasparinetti le hubieran hablado en el mismo día sobre el mismo cuadro, bien podía deberse al azar. Pero en modo alguno hubieran podido pasar muchos días entre el momento en que el uno habló de ello y el momento en que lo hizo el otro.

No sabemos de qué modo opera el destino. Pero conocemos, en cambio, los medios en virtud de los cuales obra. Tales medios son de índole perfectamente natural. Nada, ni lo más increíble, puede ocurrir si no es mediante la ayuda de medios naturales. Y si, por ejemplo, existieran hasta los espíritus, ello sólo sería posible porque en la naturaleza existe la posibilidad de su existencia.

Y el medio del que tiene que servirse el destino para obrar es la serie.

La naturaleza posee una tendencia a la precisión matemática o geométrica que no puede realizar, sin embargo, sino —y esto sólo a medias— en sus creaciones más sencillas. La trayectoria de un astro, la forma de un cristal o de una estrella de mar, son, en verdad, de una precisión perfecta; pero prácticamente la revolución de un planeta es tan irregular como la superficie de una drusa o la estructura de un animal marino. Y la verdad es que no es posible concebir ningún objeto de una regularidad perfecta.

Pero en las creaciones superiores esa facultad de la naturaleza, de ser exacta, falta por completo. Verdad es que un árbol o un mamífero muestran cierta tendencia a la simetría, pero no son simétricos sino de un modo aproximado. Y si la naturaleza, por ejemplo, tuviera que sembrar de manera uniforme y a una distancia de varias brazas, garbanzos en un campo, en cada braza cuadrada caería, eso sí, aproximadamente el mismo número de garbanzos, pero en cada pie cuadrado no ocurriría lo mismo, sino que en un trecho el terreno estaría más densamente sembrado y en otro menos.

Así nacen las series. En grandes trechos las irregularidades se compensan. Pero únicamente en el infinito la compensación es perfecta. En efecto, la naturaleza sólo tiene la posibilidad de resolver sus problemas en

lo inconmensurable.

Si la naturaleza fuera regular, todo el acontecer transcurriría asimismo regularmente. Pero como en nada es regular, el acontecer transcurre irregularmente y esa irregularidad del acaecer es lo que llamamos destino. La duplicidad o triplicidad de los casos que tanto nos maravillan (aunque por cierto más admirable sería la simplicidad) no es más que la consecuencia de la imperfección de la naturaleza, por la que *tienen* que formarse series positivas y negativas; y lo que hace que el destino se nos manifieste como algo absolutamente imprevisible e incomprensible es el número infinito de acciones recíprocas que las infinitas cosas ejercen las unas sobre las otras, así como la acción recíproca de las innumerables series que, a su vez, siguen su curso asimismo imprevisible. Pero en realidad los elementos de esta multiplicidad son muy sencillos y la complicación nace únicamente de la multiplicación de esos elementos sencillos. Luego, la naturaleza, incluso en aquellos aspectos en que nos parece grandiosa, es perfectamente sencilla, de suerte que explicarla en su totalidad o preverla en su totalidad, más que exigir una inteligencia infinita, demandaría meramente un trabajo infinito.

En suma, que el universo, aun en la época en que la gente se lo representaba mucho menor de lo que parece ser, fue considerado como algo tan inmenso que tenía que ser una creación de Dios o de los dioses, y el destino la obra de la divinidad en este mundo. Ahora bien, desde luego que el destino, a causa de su multiplicidad y de su carácter imprevisible, recibió menos que el mundo el reproche de ser imperfecto. Los impacientes y los desdichados siempre se consolaron con el pensamiento de que si bien las muelas del molino de Dios trituran con lentitud, lo hacen sin embargo de modo infinitamente menudo. Y el mundo fue siempre tenido por imperfecto, es más, ni siquiera pudo evitarse la sospecha de que pudiera ser una divinidad quien lo hubiera creado tan imperfecto. Porque, verdaderamente, todo lo creado exhibe tales imperfecciones, tan semejantes, por lo demás, a las nuestras, y el destino se cumple de modo tan inhábil, lo mismo que nuestras propias vidas, que hubo de imponerse este supuesto: nosotros mismos somos responsables de la creación y del destino.

El primero que expresó este pensamiento, al principio excepcionalmente seductor, fue uno de los amigos de Platón, Agatón, el mismo que después de haber ganado el primer premio de tragedias ofreció a Sócrates y a sus amigos el banquete que había de hacerse famoso.

Luego Marco Junio Bruto, el asesino de César, en un tratado en gran parte perdido, acerca de la virtud, cita dos versos griegos referentes a esta cuestión. Esos versos procedían de un coro de la tragedia *Onfala,* que se creía perdida. Pero a principios de este siglo se encontraron en Cirene varios fragmentos y, entre ellos, los coros.

Agatón sostiene que no fue Dios ni fueron los dioses, sino el hombre, quien creó el mundo. Hemos de procurar interpretar correctamente esa afirmación.

En primer lugar, en ella parecería que el hombre quisiera elevarse por encima de la divinidad. Pero en realidad no hace sino liberar a la divinidad de una mácula que él mismo le había reprochado: haber creado este universo en mayor o menor medida logrado.

No sabemos qué es en realidad el mundo; es más, ni siquiera sabemos si existe. Únicamente lo conocemos tal como se nos presenta. Y se nos presenta exactamente como nosotros mismos somos. Puede que no sea otra cosa que un espejo que sólo refleja *una* imagen: la nuestra. De acuerdo con esto, todas las leyes de la naturaleza —cuya existencia no puede probarse— obran meramente sobre nosotros mismos y todos los obstáculos contra los que chocamos, como contra muros, son cosas que llevamos exclusivamente en nuestras almas, de suerte que aquello que en el mundo nos parece imposible sólo lo es porque en nuestro propio interior es imposible.

De manera que el mundo, por más que nos parezca regido por fuerzas ajenas a nosotros, sigue sin embargo únicamente las leyes que nosotros le damos. Y con todo no somos, desde luego, nosotros mismos los que las establecemos, sino que también a nosotros se nos dan esas leyes según las cuales tenemos que representarnos el mundo. Y esto ocurre de acuerdo no con nuestra libre voluntad, sino con nuestra naturaleza. Sólo porque los milagros son imposibles para nosotros, no existen en el mundo, y sólo porque el destino no depende de nuestros deseos sino de nuestro ser, no obra mejor de lo que nosotros mismos somos capaces de gobernar nuestras vidas. El mundo es exactamente tan bueno o tan malo como las criaturas; no es ni peor ni tampoco mejor que ellas.

Por el hecho de que nosotros somos hombres tenemos que admitir que, respecto de nuestro mundo, el hombre es la medida, el creador y el motor de todas las cosas. Pero ¿de dónde nos viene esta potencia tan grande? ¿Quién, si realmente el hombre creó el mundo y lo mantiene en movimiento, quién creó a su vez al hombre y lo mantiene asimismo en movimiento? ¿De dónde proviene esa fuerza y ese poder con los cuales obramos sin saberlo? Y, ¿quién nos los concedió para que los ejerciéramos? Evidentemente, Dios. Dios —

séanos permitido expresarnos así a efectos de nuestro razonamiento— es la creación inacabada, en la que continuamente se está creando a sí mismo, y el hombre es el aspecto de Dios a través del cual se cumple la creación. La creación realizada es, pues, la expresión del deseo de ser Dios, mas el ansia que tiene el hombre de salvarse es la confesión de que ha cumplido de modo imperfecto los designios de Dios.

Dios es, pues, la causa primera, pero nosotros somos la segunda. En última instancia, sería, pues, Dios el que a través de nosotros creó el mundo, sólo que nuestra es la culpa (y a través de nosotros, sin embargo, también suya) de que el mundo no sea mejor de lo que es, y el comprenderlo así no hace, desde luego, mejor nuestro destino.

Pero el carácter enteramente imprevisible del destino queda muy atenuado por el sencillo hecho de reconocer que no puede servirse de ningún otro medio que no sea el tan primitivo de la serie. Todas las cosas de igual naturaleza *deben* formar grupos, si bien en algunos casos cada grupo constituye una sola unidad. Pero predominan siempre los grupos de múltiples unidades. Y si sólo hay dos unidades, tendrán que unirse en un grupo de dos unidades. La mayor parte de todos los acontecimientos es susceptible de preverse con mayor o menor precisión y en un espacio de tiempo más o menos largo. Es más, pueden concebirse casos en los que el destino, penetrado por el hombre, sea algo enteramente inerme, casi como una mujer cuyas intenciones se comprenden claramente.

Y obra del mago es intentar provocar artificialmente las series del destino, creando unidades que, al formar repeticiones dobles, triples o múltiples, se relacionan unas con otras. Así como los animales salvajes se reúnen frecuentemente en manadas o como los peces se agrupan en bancos, todas las cosas iguales o semejantes tienden a formar grupos o series. El mago coloca frente al destino un modelo, y éste, siguiendo un impulso irresistible, se siente obligado a reproducirlo una o muchas veces. El mago, por así decirlo, inventa las modas del destino.

Cuando von Pufendorf y Gasparinetti hablaron del mismo cuadro, era seguro que tenían que hacerlo en un intervalo de tiempo relativamente breve y no con una distancia de años. Si hablaron de una misma cosa, tuvieron que hacerlo en el espacio de unas pocas horas o unos pocos días, pues esas cosas, aparentemente imponderables, tienen también sus leyes, en sumo grado sencillas. Y lo que decían los dos hombres se atraía como se atraen las estrellas dobles, y era evidente que todo lo demás que entre ambos había de común tenía asimismo que atraerse y girar en torno de ellos, como estrellas dobles.

A la mañana siguiente, Gabrielle recibió una carta de Marschall. Éste le escribía desde Pest que se había presentado en la residencia de los Pronay para visitarla, pero como no la había encontrado allí, le rogaba ahora que lo recibiera en Czege, a los efectos de conversar con ella de un asunto que consideraba importante.

En cualquier otra circunstancia, Gabrielle habría rechazado aquella visita. Cada vez sentía menos simpatía por los oficiales de su padre, y hasta había llegado a odiar a uno de ellos, el mayor Lukavski. Pero lo cierto es que ahora la visita de Marschall, aunque Gabrielle no sabía exactamente por qué, le pareció que aliviaría el estado de turbación en el que se hallaba sumida.

Elisabeth dijo que los huéspedes, especialmente si eran hombres, nunca podían molestar, y Gabrielle reconoció que ahora compartía ese sentimiento, de manera que contestó al capitán que lo esperaba en Czege. Le recomendó que enviara un telegrama para que se le mandara un carruaje a la estación del tren.

Proveniente del oeste, la lluvia caía torrencialmente, y una tormenta de espectral esplendor se extendía con el color del jade por encima de las cañas que crecían en profusión en el extremo sur del lago. En la lejanía, se percibían las rocas de Tihany, envueltas en brumas. Las nubes pasaban, desgarrándose, con gran rapidez.

Marschall llegó a Czege dos días después, por la mañana. Había estado lloviendo mucho, el nivel de las aguas del lago había subido y todos los arroyos y ríos desbordaban de un agua amarillenta que, entre las verdes olas del lago, formaban como islas de contornos bien definidos, bordeadas de espuma. Las cabañas de los barqueros, que producían la extraña impresión de poder ofrecer las comodidades de una verdadera casa, se hallaban hundidas en el agua casi hasta el techo. La tormenta había cejado un poco en su violencia.

Cuando el coche de Marschall llegó a lo alto de la colina, en cuya ladera se hallaba situada la aldea de Czege y donde se abrigaban, bajo los arbustos, unos cerdos de largo pelo ensortijado, llamados Mangolitzas, el capitán descubrió el castillo, que parecía encontrarse en medio de gigantescos bosques de cañas que, saliendo del agua, penetraban tanto en la tierra que en largos trechos no podía establecerse dónde terminaba el lago y dónde comenzaba la orilla. El castillo mismo, erigido en una especie de península, estaba rodeado por una zanja que, a causa de la crecida, se había convertido en un verdadero estanque y se comunicaba con el lago. Los juncos y las rosas de agua crecían hasta los muros del castillo, y árboles aislados, como mujeres con la cabellera revuelta, agitaban sus copas al viento, por encima del estanque.

Czege era un edificio de un solo piso, de pelados muros, y en sus cuatro ángulos se elevaban construcciones en forma de torres cúbicas. El viento había empujado la lluvia contra los muros, que estaban empapados. Las alfarjías del techo brillaban, negras, a causa del agua.

Atravesando el portón, al que se llegaba por un puente, el coche rodó por el patio, de forma cuadrangular y de piso empedrado. Una escalinata de estilo renacimiento llevaba al piso superior. La lluvia castigaba rudamente el patio.

Al apearse del carruaje, y luego mientras subía la escalera, Marschall se sintió impulsado a comparar Czege con Gegendt. La Carintia le había parecido, en ciertos momentos, un territorio casi húngaro. Pero lo que allá, bajo el sol estival, le había resultado amable, tornábase aquí, a pesar del aspecto primitivo de la casa —o precisamente a causa de eso—, de una grandeza salvaje, y la lluvia de esa tormenta de equinoccio bien podía haber castigado un lago del Asia, en lugar del de Balaton.

La señora Pronay aseguró al capitán que en Czege no siempre hacía ese tiempo, sino que, por el contrario, en general, el calor era hasta sofocante, pero que cuando llovía solía encontrarse buena sociedad en Siofok o en Balantonfüred, aun ahora, en septiembre.

—Es usted muy amable en hacérmelo notar —dijo Marschall—. Pero lo cierto es que, de todos modos, no podré gozar por mucho tiempo de su cordial hospitalidad y, por lo demás, en todos los alrededores del lago no podría encontrar una sociedad más amable que la que se me ofrece aquí.

Pero Marschall se equivocaba a este respecto. Por lo menos la sospecha de que *un* hombre estaría presente, hombre que en modo alguno podía contarse entre los miembros de una amable sociedad, terminó por hacer de aquella visita cualquier cosa menos una estancia agradable.

Después de comer, la señora Pronay dejó solos al capitán y a Gabrielle. Al poco rato éstos oyeron que su automóvil salía del patio, probablemente con rumbo a Siofok.

—Lamento mucho —dijo Marschall a Gabrielle, después de haberse quedado ambos un buen rato escuchando el rumor del coche que se alejaba—, lamento mucho no haberla encontrado en Pest. De haber estado usted allí, yo habría podido permanecer algún tiempo en la ciudad y, además, le habría pedido autorización para verla a usted de cuando en cuando. De esta manera me habría sido posible familiarizarla con la petición que tengo que hacerle; cosa que aquí no me es posible, pues me quedaré sólo unos días y esto gracias a la amabilidad de la señora Pronay, que me ha invitado. Ahora bien, lo que tengo que decirle es algo que la sorprenderá de manera tal que puedo hablarle de ello tanto hoy mismo como pasado mañana. Quiero pedirle que sea mi mujer.

Mientras Marschall hablaba, a Gabrielle le pareció que no era él mismo quien lo hacía. Bien podía haber sido también Fonseca, o Silverstolpe, y hasta el mismo Engelshausen. Y a través de la voz de Marschall, Gabrielle creía estar oyendo a Lukavski. Es más, hasta podía ser la voz de su padre.

Marschall había hablado con un tono amable, pero impersonal. Era el tono de todos los jóvenes oficiales que Gabrielle había conocido. Tal vez aquél fuera el tono de todos los oficiales. Las palabras del joven estaban como dictadas por algo que ella, como mujer, no podía comprender. Sin embargo, von Pufendorf, que también era oficial, nunca le había hablado en ese tono.

—Señor von Marschall —le replicó por fin—, usted apenas me conoce… por no decir que apenas le conozco. Suelen pasar meses enteros sin que nos veamos. Dígame, ¿qué motivo lo impulsa a usted a viajar de Viena a Pest y de Pest hasta aquí para hacerme semejante proposición?

—Desde luego que me esperaba esta pregunta —respondió Marschall—, y la seguridad de que usted me la formularía me ha tenido permanentemente preocupado en los últimos días… e incluso mucho antes. No tendría ningún objeto asegurarle a usted que la amo. Tal vez, sin embargo, aprenda a amarla… El motivo que me ha llevado a hacerle esta proposición es, para decirlo en dos palabras, el siguiente: unos días antes de que Silverstolpe muriera, hablamos ambos sobre usted y en aquella ocasión Silverstolpe me preguntó si yo no estaría dispuesto a proponerle matrimonio.

La voz con la que Marschall seguía hablando continuaba siendo la voz de otro hombre. Y la voz con la que Gabrielle le respondió, tampoco a ella le parecía la suya, o por lo menos no la de los últimos tiempos. La joven habría podido replicar que ya estaba comprometida con otro, y con seguridad unos días atrás lo habría hecho así; pero, en cambio, preguntó:

—¿Qué puede haber llevado a Silverstolpe a hablar de estas cosas?

—No lo sé —dijo Marschall mientras fijaba en ella sus ojos—. Es decir, sé de ello tanto o tan poco como usted misma.

Y como Gabrielle no replicara nada, Marschall agregó:

—Pero tengo que confesarle que cuando nuestro amigo me habló de esa manera en el estado en que se hallaba, me sentí profundamente conmovido. Me sentí incapaz de discutir sus palabras y me limité

sencillamente a aceptarlas.

Sobrevino un momento de silencio.

—¿Y antes no había usted hablado con él de esto? —terminó por preguntar Gabrielle.

—No.

—¿Y tampoco hablaron ustedes de mí en alguna otra ocasión?

—Apenas.

—Señor von Marschall —dijo Gabrielle—, ¿reflexionó usted alguna vez verdaderamente sobre mí?

—Desde que me resolví a buscarla, con mucha frecuencia.

—¿Y qué piensa usted de sí mismo, ahora que ya me ha hecho esa proposición?

Marschall frunció el ceño.

—No la comprendo a usted bien —dijo—, pero en todo caso no tengo la intención de creer en ciertas cosas que se cuentan de usted. Para mí sigue siendo la hija de Rochonville, un hombre a quien venero tanto más cuanto que él nunca dudó de que cada uno de nosotros tuviera un corazón tan grande como el de él mismo, nuestro coronel. De manera que sería colocarme en una situación ridícula si afirmo que, al acercarme a usted, tengo conciencia de que me amenaza un peligro. Tampoco admito que mantenga usted las peligrosas relaciones que se le atribuyen, ni que yo mismo corra algún riesgo al venir a turbarlas. De manera que si le propongo que sea mi mujer no me siento ni en peligro ni deshonrado. Le ruego que me conceda su amor y créame que me sentiré abochornado de no poder corresponder con los sentimientos que usted merece al sentimiento que tal vez se resuelva usted a manifestarme. Cierto es que le he hablado de estas cosas en los primeros momentos de nuestro encuentro; pero bien comprendo que no querrá responderme inmediatamente, aun cuando tenga la intención de acceder a mi demanda. Y es más, sé que, aunque ya esté segura ahora mismo de rechazarme, su delicadeza le impedirá comunicármelo enseguida. Por eso le ruego que me dé su respuesta dentro de un par de días, en el momento mismo en que yo emprenda mi viaje de regreso.

A la mañana siguiente, Gabrielle salió para Komorn, donde pasó el día.

Entretanto, el viento había dejado de soplar, pero continuaba lloviendo. El aire, la niebla y hasta la misma agua, en fin, todas las cosas, parecían envueltas en un fino velo de lluvia. Marschall, después de haber pasado la mañana en la biblioteca hojeando distintos libros que evidentemente nadie —y por lo demás él mismo tampoco— leía (había allí preciosas obras escritas en latín de Agrippa y de Pico de la Mirandola y un moderno tratado en inglés, ilustrado con láminas en colores, sobre armas asiáticas), por la tarde, unas dos horas antes de la del té, desamarró uno de los botes que flotaban junto al muro del castillo y, recorriendo el canal a través de las cañas, salió al lago para pescar. Atravesó una gran extensión cubierta por cañas, ya un poco marchitas, en medio de las cuales crecían juncos e islotes de nenúfares. El canal por el que pasaba el bote y hasta la luz del aire parecía de un verde jade translúcido; la lluvia caía como si sus gotas fueran perlas arrojadas sobre al agua. Unos cuantos patos salvajes se elevaron súbitamente en el aire, saliendo de entre las cañas, y unas aves desconocidas, tal vez grullas o garzas, una de ellas enteramente oscura, casi negra, volaron alto hacia el cielo, pasando por encima de la barca. Volaban de oeste a este. Los cañaverales se extendían a lo lejos y parecían no tener fin; Marschall creyó hallarse en un paisaje de cañas japonés, y tuvo la impresión de que su barca había llegado por fin a la orilla de una isla en la que se elevaba un santuario; pensó que allí se conservaban los gigantescos restos de una armadura del tiempo de los Kamakura; se trataba de una *oyoroi* de hierro esmaltado y piel de vaca cosida con seda purpúrea, cuyas hombreras eran comparables a poderosas alas. Las partes de hierro de la armadura estaban forradas tal vez con cuero oscurecido al fuego de agujas de pino. Desde el yelmo amenazaban las *kuwagata,* dorada cornamenta de bronce, y esa armadura tal vez hubiera sido la Minamotono-Yoritomo, «el gran mariscal que derrotó a los bárbaros».

Con el crepúsculo se renovó la tormenta. El lago volvió a agitarse con violentas olas coronadas de espuma, en el verde jade del paisaje de cañas. La luz se hizo completamente espectral. A Marschall, que había cogido dos pescados que brillaban con los plateados reflejos del mercurio, le costó bastante trabajo retornar a Czege, donde llegó algunos minutos después de las seis de la tarde.

3

Una vez en Komorn, Gabrielle procuró ocultar al preso el estado de dudas y de turbación en que se hallaba sumida desde dos días atrás. A las mujeres les resulta relativamente fácil disimular sus estados de

ánimo; sin embargo advertimos cuándo tienen la cabeza puesta en otras cosas. Pero en el caso particular de las pelirrojas resulta vano pretender adivinar lo que piensan, aunque, claro está, probablemente piensan lo mismo que una rubia o una morena.

Más tarde Gabrielle se preguntaría si von Pufendorf no habría adivinado todo cuanto ella estaba pensando en aquella entrevista, es decir, se preguntaba más bien de qué manera pudo haberlo descubierto, porque efectivamente, en lo que von Pufendorf dijo, se reveló que tuvo que adivinarlo todo. Pero la verdad es que quien durante semanas y meses no tiene otra cosa que hacer que observar las más ligeras transformaciones que se operan en los estados de ánimo de su amada, presiente tal vez ciertas cosas aun antes de que la mujer misma se dé cuenta de ellas. En general es muy difícil establecer el momento en el que algo empieza a intervenir en nuestra vida. A veces parece como si ese algo hubiera venido hasta nosotros, en ciertas ondas de una sustancia invisible, mucho antes de llegar a manifestársenos.

Una vez que Gabrielle hubo contado a von Pufendorf que el lago Balaton amenazaba inundar los alrededores, sobrevino un vacío en el cerebro de la joven, que dándose cuenta de que habría tenido que decir que Marschall y Gasparinetti habían llegado a Czege, no conseguía hacerlo. Era sin embargo preciso que dijera algo, pero no sabía qué. Le parecía, desde luego, singular el que aquellos dos hombres hubieran ido al mismo tiempo a Hungría; nadie habría podido dar una explicación de ese hecho, como no fuera una explicación inquietante.

Sin decir palabra, Gabrielle se quedó mirando a través de la ventana, frente a la que caía una fina llovizna, y von Pufendorf no dejaba de contemplarla.

—¿Y qué otra novedad hay? —preguntó por último von Pufendorf.

—Ninguna —respondió Gabrielle—. Nada nuevo. Como las aguas subieron, ahora hay ratones en la casa. Colocamos algunas trampas y además mandamos buscar dos gatos al pueblo. Probablemente esos dos gatos se habrían vuelto de nuevo al pueblo de no haber sido por el largo camino que habrían tenido que hacer bajo la lluvia. Elisabeth va mucho a Siofok. Parece que allí continúa encontrando conocidos de la buena sociedad, aunque a causa de la lluvia la gente ya empieza a marcharse. Pasado mañana tal vez llegue Pronay a Czege.

Gabrielle se dio cuenta, de pronto, de que le resultaba increíblemente penoso mantener una conversación con aquel hombre. Durante el viaje a Komorn había pensado que le resultaría muy fácil y he aquí que ahora le era casi imposible.

—¿Y cazaron ya algún ratón esos gatos del pueblo? —preguntó von Pufendorf al cabo de un rato.

—¿También tenías tú gatos en tu casa?

Era perfectamente ridícula la repetición continua de la palabra *gato*.

—Algunos —repuso von Pufendorf con una sonrisa—, aunque a decir verdad, ya no lo recuerdo bien. Pero es muy posible que la cocinera tuviera realmente un gato.

—Desde la última vez que nos vimos pensé con frecuencia en los cuadros de que me hablaste —dijo Gabrielle—. En Viena también nosotros teníamos algunos retratos. Las personas en ellos representadas tenían la costumbre de seguirnos con los ojos. Quisiera yo saber adónde miran realmente los cuadros cuando no hay nadie en las habitaciones en las que se encuentran o cuando es de noche. En cuanto a la dama del vestido de raso blanco de la que me hablaste, creo que si el pintor la representó con ojos saltones lo hizo para que el espectador sintiera con mayor claridad que la mujer lo estaba mirando. Estuve contemplando los cuadros de Czege. Pero los ojos de esos retratos no tienen ninguna expresión. Sin embargo, creo que los cuadros que poseen verdadera expresión pueden llegar a ser muy desagradables. Es muy molesto el sentirse continuamente observado.

—¿Te parece?

—Sí. Cuando está uno solo en su habitación, por ejemplo durante la noche y cuando el silencio reina sobre toda la casa, se tiene sin embargo la impresión de que afuera algo se mueve y hace ruido. Cree uno que se trata de la lluvia, pero en realidad es el mundo entero el que hace esos ruidos.

—¿Duermes, pues, sola? —preguntó von Pufendorf—. ¿No duerme tu prima en una habitación contigua a la tuya?

—No —explicó Gabrielle—, sus habitaciones están separadas de la mía por otras. Y te aseguro que encontrarse encerrada en un dormitorio con algunos cuadros es especialmente desagradable. En Czege, en todos los dormitorios hay imágenes de santos sobre las cabeceras de las camas. En general, yo preferiría colgar en las paredes otras cosas completamente distintas, como por ejemplo relojes y espejos; aunque los relojes señalan el tiempo y los espejos a nosotros mismos. ¿No es curioso el que podamos vernos a nosotros mismos? Es como si uno saliera al encuentro de sí mismo. Yo tenía un tío que contaba que una vez se vio salirse a su encuentro; fue en uno de sus viajes, en El Cairo. Le parecía verse tocado con un fez. Según se

cree, cuando uno se ve a sí mismo es signo de que pronto ha de morir. Sin embargo mi tío vivió después muchos años.

—Sí —dijo von Pufendorf—, pues, ¡cómo podría uno verse a sí mismo!

Gabrielle advirtió que, mientras hablaba, le invadía un extraño miedo. Quiso atribuirlo a las cosas a las que estaba refiriéndose. Pero sentía que a medida que pasaba el tiempo su miedo iba en aumento. Nunca había tenido miedo; por lo menos recordaba que así lo había sostenido ante diversas personas… y ahora, de pronto, allí estaba presente el miedo.

—En mi dormitorio no colgaría ni espejos ni relojes —dijo por fin, mientras advertía que su voz sonaba un tanto chillona, tal vez porque retumbaba en aquel cuarto cerrado, tal vez porque el silencio que guardaba von Pufendorf, mientras la escuchaba, era total—. Un reloj que se detiene es quizá aún más lúgubre que un reloj en marcha, porque siempre señala entonces la misma hora. ¡Y quién sabe cuál es la hora que señala!

—¡Sí, quién sabe!

Y al volver hacia Gabrielle sus ojos, prosiguió, hablando lentamente:

—En casa teníamos un reloj de pared plateado. Sólo poseía una aguja. No es que hubiera perdido la otra, sino que procedía de una época en la que por lo visto todos los relojes únicamente tenían una aguja. En el cuadrante tampoco había divisiones de minutos, sino tan sólo las divisiones en horas y cuartos de hora. Aquel reloj permanecía siempre inmóvil y la aguja señalaba permanentemente la una.

—¿Qué clase de reloj era ése? —se oyó preguntar Gabrielle.

—Estaba cincelado con diversas figuras de banderas y de cañones. El reloj colgaba de un gran aro. El péndulo se hallaba frente al cuadrante, fijado a un eje que sobresalía un poco. Y aquel eje quedaba oculto por la figura de un anciano, hecho de oro. El hombre presentaba un rostro singularmente borroso; era como si llevara puesto un velo. De todos modos, bien se advertía que tenía barba. Con una mano sostenía una guirnalda y con la otra una guadaña. En el extremo inferior del péndulo se balanceaba una deidad alada, también dorada. Los niños creíamos que se trataba de un ángel y a menudo poníamos en movimiento aquel péndulo; pero la obra de relojería no se movía y la aguja quedaba fija. Siempre señalaba la una.

Gabrielle no se sentía capaz de pronunciar palabra. En aquella casa, en la cual colgaban ese reloj y ese retrato de la señora de vestido de raso blanco, le parecía que los dos hombres —el capitán y su amado— erraban como almas en pena que siempre tienen que volver a los lugares en los que cometieron algún horrible crimen. Pero ¿qué ocurriría si alguna vez se encontraban? Porque, evidentemente, alguna vez tenían que encontrarse en aquella casa.

—Por lo demás —dijo von Pufendorf encendiendo un cigarrillo—, ya que has hablado, refiriéndote a tu tío, de algo semejante a un doble, te diré que tal vez sea posible que existan los dobles. Claro está que no podemos concebir que un hombre sea al mismo tiempo otro, porque el cuerpo es indivisible; pero el alma sí puede dividirse. El alma me parece, en general, capaz de muchas más cosas que el cuerpo. El que el alma sea buena y el cuerpo malo, no es más que una leyenda. Probablemente el alma sea incomparablemente peor que el cuerpo y sea ella quien lleve al cuerpo por malos caminos, y no inversamente. Bien sabes que se cuentan las más curiosas historias sobre el alma. Por ejemplo, los dioses que, en cierto modo, eran almas, se hicieron culpables, a menudo, de crímenes increíbles. En el fondo, se unieron y mezclaron con todo lo que existe, pues el unirse a algo responde, en última instancia, a un placer del alma y quizá éste haya sido el modo en que nació el mundo. En todo caso, los productos de estas desviaciones divinas fueron seres fabulosos: harpías, grifos, hipogrifos, basiliscos y esfinges. Y las divinidades egipcias de cabezas de animales, de discos solares alados y de cuernos de marfil, que llevaban como yelmos, tenían la mala costumbre de juntarse hasta con cadáveres momificados, con el vientre lleno de asfalto, en las cámaras funerarias, mientras entre las ruinas de los desiertos iluminados por la luna, las encorvadas hienas lanzaban sus carcajadas riéndose de tan espantosas bodas. Y hasta en nuestra propia religión, parece que cierta divinidad no hubo de respetar gran cosa la institución del matrimonio… En suma, que el alma no retrocede ante nada, y si los dioses nos dan tales ejemplos, ¡qué monstruos será capaz de engendrar el alma humana! Los mismos dioses tal vez no sean otra cosa que los monstruos creados por el alma de los hombres. Tal vez el alma humana sea realmente todopoderosa, como los dioses que inventó. ¿Por qué no habría de ser capaz de transmigrar a otro ser humano? Pues, ¿no se ha dicho acaso muchas veces de dos personas que eran un solo corazón y una sola alma? Quizá haya verdaderamente casos de dos seres humanos que sólo son uno, o bien casos de un ser humano que son realmente dos. Quizá uno de ellos realice todas las malas acciones que el otro quiere realizar y que, empero, no realiza; quizá uno de ellos asuma la carga de todos los pecados y el otro permanezca inocente a pesar de todos los pecados con que sueña. Porque, en efecto, los hombres sueñan siempre con cometer todos los pecados.

La noche siguiente la señora Pronay invitó nuevamente a Gasparinetti a comer. Después de la cena se jugó a los naipes. Pero todos jugaban mal y los rostros expresaban el motivo por el que se estaba jugando tan mal: es verdad que Elisabeth estaba tan alegre como de costumbre, pero nunca había sabido jugar bien; Gasparinetti asumía un aire indiferente que, con todo, dejaba traslucir cierta tensión interior; Marschall se mantenía callado y pensativo y Gabrielle se sentía extremadamente nerviosa e incluso perturbada. De manera que cuando Elisabeth decía algo, sólo Gasparinetti, realmente, le respondía, y así sobrevenían momentos de silencio, en los que Gabrielle se quedaba escuchando el ruido que la lluvia hacía al caer. Las llamas de las bujías, puestas sobre la mesa de juego, vacilaban y a Gabrielle le parecía que la tempestad se movía por el interior de la casa, como un ser humano. Pero lo más extraño era que también Gasparinetti parecía escuchar.

El estado del tiempo es la expresión de los acontecimientos… Y si nos parece que no conviene a ellos, esto no significa que el tiempo se equivoque, sino que nosotros mismos juzgamos falsamente los acontecimientos; y así como, aunque no queramos creerlo, el estado del tiempo suscita nuestras enfermedades, él mismo determina en el mundo las crisis de la humanidad. Todo cuanto acaece se amontona y se descarga como las nubes y las tormentas, de suerte que los dioses, si es que existen, deberían ser divinidades del tiempo. Quien pretenda investigar los hechos humanos, en la historia del mundo, en las leyendas y mitos, logrará mejores resultados considerando la formación y paso de las nubes y de las nieblas, de las tempestades y de las lluvias. De las migraciones de los animales salvajes empujados por un cruel invierno a otras zonas, podemos prever períodos de miseria y hambre, y por el vuelo de las aves que huyen de los vientos podemos adivinar tal vez, en última instancia, el resultado de las batallas.

—Pero ¿puede saberse qué tienen hoy todos ustedes? —terminó por preguntar la señora Pronay.

—Pues, dicho sea de pasada —dijo Gasparinetti—, ese hombre que se batió con el mayor Lukavski… ¿cómo es que se llama…? ah, si, von Pufendorf, está en la fortaleza de Komorn, es decir, estaba, porque ahora ya no lo está… pues logró evadirse anoche.

Marschall, levantando sus ojos, se quedó mirando a Gabrielle. Esta no fue capaz de lanzar la menor exclamación. También Elisabeth echó una larga mirada a Gabrielle y luego preguntó:

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me enteré de la cosa en Siofok —respondió Gasparinetti.

—¿Y cómo es que lo saben en Siofok?

Gasparinetti se encogió de hombros.

—No sé, lo cierto es que lo saben —dijo—. Pero, en todo caso, es verdaderamente excepcional el que alguien se evada de una fortaleza, porque en ella los presos viven como si estuvieran en libertad.

Luego todos volvieron a caer en el silencio de antes y procuraron continuar jugando. Pero si hasta aquel momento lo habían hecho mal, a partir de entonces jugaron aún peor, por lo que Gasparinetti hizo un nuevo intento para animar la conversación. Y por último todos advirtieron que ya nadie jugaba, sino que cada uno hacía como que prestaba atención a la incesante charla de Gasparinetti.

—Sumamente curiosas son las coincidencias de ciertas cosas —dijo Gasparinetti, y como los otros continuaron callados, siguió hablando—. Porque, en efecto, bien pudiera creerse que ciertos acontecimientos sólo pueden producirse en virtud de una inaudita casualidad y a menudo tales coincidencias parecen tan increíbles como el choque de dos astros en los espacios estelares… Pero precisamente lo singular estriba en que cosas tan lejanas puedan, sin embargo, encontrarse. Cómo ocurre esto es cosa que no sabemos. Casi parecería que una inteligencia desconocida (y muchas veces se siente uno inclinado a creer que se trate del propio diablo), condujera las cosas las unas hacia las otras. En fin, lo cierto es que existen coincidencias. Tal vez les distraiga a ustedes el escuchar una historia que trata precisamente de estas cuestiones y que ocurrió en los días en que viví en Madrid. Por lo menos en aquella época divirtió mucho al público. Pues bien, vivía entonces en Madrid un cierto Porfirio Gutiérrez, un banquero que, habiendo enviudado y hallándose más cerca de los sesenta que de los cincuenta, llevaba una vida verdaderamente agradable. Trabajaba un poco durante el día, pero solía pasar las noches en compañía de amigos, particularmente en la del marqués Escandón, que, habiendo sido en tiempos un famoso cazador de faldas, se había casado con una mujer que, vigilándolo mucho, le había dado numerosos hijos y poco dinero. Pero si el marqués había tenido que renunciar más o menos en contra de su voluntad a sus múltiples distracciones, Gutiérrez en cambio, por lo menos desde hacía algún tiempo, había dejado de considerarse, y esto del todo voluntariamente, como un miembro del género masculino. Evidentemente se había cansado de su vida anterior, de manera que el placer que encontraba en contemplar a las mujeres bonitas que se paseaban por el Prado era puramente óptico. Pero muy pronto todo esto habría de cambiar. Gutiérrez tenía un hijo, Manuel, que desempeñando ya importantes actividades en la casa de banca, era un joven apuesto y

capaz. Por eso tanto más disgustado se sintió ese hijo cuando advirtió que la dedicación con que su padre dirigía los negocios del banco comenzaba a disminuir. Le llegaron rumores de que el viejo Gutiérrez había sido visto recientemente y repetidas veces en compañía de una señora Andrade, mujer con la que en otra época don Porfirio había mantenido relaciones amorosas y que no gozaba de buena reputación. Su verdadero nombre era Catalina, pero se hacía llamar Guadalupe, que abreviado es Lupe, y después de haber permanecido una larga temporada en París había vuelto a Madrid debido a su decadencia física, como sostenía Escandón, quien, a su vez, había mantenido asimismo relaciones amorosas con ella, aunque ahora ya no hacía caso alguno de su antigua amiga, pues lo cierto es que aquella mujer era una esfinge cuyo enigma él había descifrado largo tiempo atrás. Pero en esto difería radicalmente del viejo Gutiérrez. Este comenzaba a renacer desde que había vuelto a tratar a su antigua querida y cada vez que por la noche estaba con ella, se presentaba al día siguiente en la oficina especialmente alegre, trabajaba poco y silbaba una cancioncilla. Y es más, un día Manuel encontró entre los documentos comerciales una hojita en la que, con la escritura de su padre, leyó el nombre de una mujer. Pero no era el nombre de Lupe el que allí estaba escrito, sino el de otra que se llamaba Luz Blanco de Robles. Debajo de aquel nombre leíase la palabra «Rosario». Rosario era el nombre de un lugar de diversiones madrileño, en el que se exhibían bailarinas. Manuel, que no tuvo más remedio que confesarse que su padre tenía dos queridas, se quedó horrorizado, como sólo pueden horrorizarse los jóvenes que no comprenden las inmoralidades de los viejos… porque todavía no han incurrido en ellas. Decidió, pues, ir al Rosario, reprender a Luz Blanco y, en suma, poner orden en la existencia de su padre. Pero se encontró allí con una criatura encantadora de la que, olvidando los reproches que se había propuesto hacerle, se enamoró perdidamente. Y, después de haber sido durante catorce días el mejor cliente del Rosario, se comprometió con Luz para casarse, pues ella le había explicado que sin esa pequeña ceremonia, en la cual uno pone el anillo en el dedo de la otra, no podía pertenecerle. Y Manuel, que como todos los jóvenes que creen comprender y conocer la vida no comprenden ni conocen nada de ella, accedió a pasar por esa ceremonia. Y por lo demás, no del todo sin razón, pues, ¿acaso al rechazar su amistad y al mostrar su deseo de casarse, no había manifestado Luz sus inclinaciones de buena esposa? Pero, naturalmente, Manuel no le había confesado de quién era hijo. Se había presentado como Manuel Estrada, porque la verdad era que se llamaba Gutiérrez Estrada del Barrio, ya que cada español dispone de tantos nombres que le es posible elegir entre ellos el que más le plazca, sin incurrir en una declaración de falsa identidad. Pero lo más extraño era que el joven Manuel nunca encontró en el Rosario a aquél a quien debía el haber obtenido a Luz y la dirección de ésta; además, habiendo interrogado con precaución a la joven, ésta manifestó que no conocía a ningún señor Porfirio Gutiérrez. ¿No sería, se preguntó Manuel, que el anciano se había presentado también con otro nombre, tal vez con el de del Barrio? Sea lo que fuera, lo cierto es que Manuel se decidió un buen día a comunicar al padre su noviazgo, y cuando entró en el despacho del viejo Gutiérrez se sintió no poco turbado. En efecto, éste, como todos los que no proceden de ninguna, concedía demasiada importancia a las buenas familias como para recibir favorablemente la noticia de que una bailarina sería su nuera. En todo caso, Manuel estaba preparado para sostener una larga discusión. ¡Pero cómo podía estar preparado para prever la situación que le esperaba! En el despacho del viejo Gutiérrez encontró, en compañía de éste, nada menos que a Lupe y a Luz. Manuel se quedó en el umbral de la puerta, paralizado, y también Luz se le quedó mirando sin comprender. No adivinaba qué relación pudiera haber entre aquellos dos hombres, pues se había olvidado de que una vez le dijera a Manuel que no conocía a Porfirio Gutiérrez. Y efectivamente lo había conocido sólo después de que Manuel se lo preguntara. En general, los seres humanos no se olvidan de nada, salvo de lo esencial. Y el anciano Gutiérrez, al ver que su hijo entraba en la habitación, le dijo, señalando a Lupe: «Ven, Manuel, y permíteme que te presente a esta encantadora señora. Aunque no lo sepas, es tu parienta cercana. Y si aún no lo es oficialmente, pronto lo será. Pero, parentesco más cercano tienes aún con esta joven». Y diciendo así, señaló a Luz. «No es sólo la hija de la señora Andrade…, sino también la mía. Abrázala, pues, que sois hermanos.» Muy rara vez deben de haberse horrorizado tanto de su parentesco un hermano y una hermana. Pero escuchen ustedes lo que había ocurrido. Lupe y Luz vivían en la misma pensión, por lo demás bien modesta. Llegó un día en que Luz no pudo pagar el alquiler. Como había conservado su virtud, no disponía de ningún recurso suplementario. Lupe, a quien le había gustado la muchacha, la protegió y le hizo contar la historia de su vida, que era muy sencilla. Luz pasaba por ser la hija de un campesino llamado Francisco Robles, que vivía en el pueblo de Salas, en las inmediaciones de Madrid. Pero en realidad era una niña abandonada. Los Robles, que no tenían hijos, la encontraron una mañana en un cesto, junto a la puerta de su casa, y la adoptaron como hija. En el cesto encontraron asimismo una hoja de papel por la que se enteraron de que la niña había sido bautizada con el nombre de Concepción. (Sin embargo, posteriormente la propia muchacha hubo de cambiar su nombre por el de Luz, no porque el de Concepción pudiera dar

indicios sobre su nacimiento, sino probablemente por superstición, ya que por más juiciosos que seamos nunca podemos saber lo que ha de ocurrir.) Dinero, joyas, u otras cosas parecidas que suelen hallarse junto a los niños abandonados no se encontraron en aquel cesto. Cuando Luz creció, su buen aspecto produjo impresión en los jóvenes galanes campesinos. Pero ella quería ser bailarina y en el aprendizaje de la danza se fueron todas las economías de sus padres adoptivos. Por fin encontró un empleo en el *Rosario*. Desde luego que el dueño del establecimiento no dejó de darle a entender que la admitía sólo a causa de su buena figura y no de su arte, que le traía sin cuidado. Pero las mujeres suelen conceder importancia a sus artes, cuando deberían asignársela a sus encantos e inversamente; de manera que si bien Luz había conservado el más preciado tesoro de que dispone una muchacha, vivía en cambio en medio de la mayor pobreza. Lupe escuchó atenta y pensativamente la historia de la vida de Luz y luego le hizo una proposición cuyas consecuencias habían de tener los singulares resultados que ya dijimos. Comenzó por decirle sin ambages que, de un modo u otro, terminaría por perder su virtud y que, al cabo, tendría un fin no mejor que el de la propia Lupe. ¿Acaso no sentía ella misma claramente la pendiente en que se hallaba? Pero así estaba hecho el mundo. El valor de su virtud era precisamente lo que la hacía tan frágil. Y, después de haber preparado convenientemente a la muchacha, le dijo que si confiaba en ella ambas podrían ayudarse mutuamente. «Pero ¿cómo?», preguntó Luz. «Del modo siguiente», explicó Lupe. Ya que sus padres verdaderos la habían negado y rechazado, Luz tendría que buscarse otros. Y esto era, a fin de cuentas justo, pues unos tenían que pagar lo que los otros habían hecho, ya que estos últimos, en idénticas circunstancias, habrían obrado, sin duda alguna, como los primeros. Todos los seres humanos son igualmente buenos o, mejor dicho, igualmente malos, de manera que, sin contar con unos padres que poseyeran fortuna, Luz nunca obtendría un buen partido. «Muy bien —dijo Luz—, pero ¿cómo encontrar unos padres con fortuna?» Lupe le replicó que sería muy fácil hacerlo, puesto que ella misma se ofrecía a desempeñar el papel de madre en tanto que el de padre correspondería a un anciano señor que ella conocía, un cierto señor Gutiérrez. Lupe lo persuadiría de que las relaciones amorosas que había mantenido con él tiempo atrás no habían quedado sin consecuencias y de que esa consecuencia era precisamente Luz. Le explicaría que en el momento de nacer la niña no había querido dar a Gutiérrez la preocupación de un hijo ilegítimo (semejante cosa lo habría turbado enormemente); por eso sólo ahora querría presentarle a su hija. Sin duda alguna, Gutiérrez quedaría encantado con ella, y su sentimiento paternal aseguraría a Lupe ciertas ventajas financieras, que le ayudarían en los días de su vejez, y a Luz la posibilidad de encontrar un partido decente. Es verdad que Luz replicó que semejante superchería era un gran pecado, pero Lupe habló tanto que terminó por persuadir a la muchacha de que, si no consentía en sus deseos, terminaría en la ignominia. Poco a poco reveló luego al viejo Gutiérrez lo que ambas querían que él creyera (fue aquel momento en que, entre los documentos comerciales, Manuel encontró la hojita de papel con el nombre de Luz Blanco) y, como Lupe lo había previsto con razón, el anciano se sintió seducido por la idea de poseer una hija ya crecida, que no le había demandado ningún trabajo… y aún más seducido por la hija misma. De manera que se resolvió a legitimar no sólo a la hija, sino también a la madre de la hija, con la que decidió casarse. Pero cuando Luz comprobó que su nuevo padre era también el padre de Manuel, dio en la desesperación, y no menos desesperado quedó el propio Manuel. Claro es que en presencia de Lupe y del anciano Gutiérrez dominaron sus sentimientos, y hasta fingieron alegría; pero cuando se quedaron solos se entregaron sin reservas a su dolor. Porque, en efecto, un hermano y una hermana distan mucho de poder comportarse como novio y novia. Sobre todo Luz, en su desesperación, no veía ninguna salida. Si persistía en pretender ser hija de Gutiérrez, ya no era posible pensar en su casamiento con Manuel. Mas si contestaba que había engañado a Gutiérrez, Manuel, evidentemente, nunca querría casarse con la impostora. Los desdichados jóvenes se devanaron inútilmente los sesos durante mucho tiempo por ver qué habrían de hacer. Por fin, Manuel resolvió ir a Salas para, apremiando a preguntas a los Robles, enterarse de algo más preciso acerca del origen de la niña abandonada. Porque la verdad es que no se fiaba de las revelaciones de Lupe Andrade o, por lo menos, no del todo. Cuando se marchó a Salas, Luz quedó sumida en su desesperación. Por último se le ocurrió el pensamiento de acudir en busca de ayuda al viejo amigo de Gutiérrez, el marqués de Escandón. Lo había conocido en el círculo de amigos de su nuevo padre. Y en la situación en que la joven se encontraba, aquel viejo cazador de faldas le pareció el único que estaba en condiciones de ayudarla. Le reveló toda su desdicha y además que había engañado a Porfirio Gutiérrez. Al enterarse de la historia, Escandón rompió a reír. Pero dejó de hacerlo cuando vio que Luz se arrojaba a sus pies y le rogaba, por lo que más quisiera, que declarara al viejo Gutiérrez que si ella, Luz, era la hija de Gutiérrez, Manuel en cambio no lo era, porque el marqués le haría la buena obra de explicar a su amigo que Manuel era, en verdad, hijo de Escandón. De otra manera, los dos enamorados nunca podrían casarse. Sólo Dios sabe cómo se le ocurrió a Luz semejante idea. El marqués rechazó primero enérgicamente ese recurso desesperado. Pero cuando Luz

le juró que si no la ayudaba se quitaría la vida, el viejo se sintió conmovido. Y por fin, derramando abundantes lágrimas, Luz logró que el marqués se aviniera a su increíble proyecto. Y hasta tal vez le halagaba, en el fondo, ser el héroe de una aventura que en realidad no había tenido… En suma, que, más o menos a disgusto, se resolvió por fin a ir a la casa de su amigo Gutiérrez. Tartamudeando, intentó explicarle al viejo que, si bien la señora de Gutiérrez había sido una santa, había cedido empero, una vez, como todos los santos, a la tentación y que él mismo, Escandón, había sido el tentador. Sufría ahora mil tormentos por tener que arrastrar por el fango a la señora de Gutiérrez, sacándola por un momento del cielo, en el que sin duda alguna se encontraba, pero no le era posible hacer otra cosa. Y luego afirmo que Manuel era fruto de ese pecado. En el curso de sus revelaciones, el marqués estuvo a punto de abandonarlo todo, para no herir el corazón de su amigo. Y siendo así que nunca había confesado lo que realmente había hecho… ahora confesaba lo que nunca había hecho. Los efectos de tales revelaciones fueron terribles. Gutiérrez quedó completamente anonadado. Por un momento pensó en batirse con el presunto miserable, pero su dolor era tan grande que abandonó esa idea. «Gané una hija y perdí un hijo», se lamentaba. En una palabra, que aquella era la escena más terrible y al mismo tiempo más ridícula que pudiera darse. Y en vano el marqués se decía que había calumniado a una muerta sólo para salvar a dos vivos. Cuando dejó a su amigo, se sentía lleno de remordimientos. «¿Qué es la realidad? —se decía—, la imaginación lo es todo.» Nunca hasta entonces se había entregado a semejantes pensamientos y no cesaba de maldecir la compasión que había sentido por la hermosa impostora que lo había conducido a él mismo a una impostura. Pero todavía no había experimentado lo más desagradable de toda esta historia. En efecto, cuando llegó a su casa, se encontró con Manuel, que lo estaba esperando. «¿Será que este joven ya se me presenta para reprocharme mi paternidad?», se preguntó. Pero Manuel había ido para echarle en cara una paternidad completamente diferente. «¿Sabe usted de dónde vengo, señor Escandón?», preguntó Manuel mientras se levantaba con aire particularmente amenazador de la silla en la que había estado sentado. «No, hijo mío —respondió el marqués, y luego, corrigiéndose, prosiguió—: No, mi querido Manuel, no lo sé; pero espero que me lo comunicarás. ¿De dónde vienes, pues?». «¡De Salas!», declaró Manuel. «¿De Salas? —preguntó Escandón frunciendo el ceño—, ¿qué tiene que hacer en Salas un hombre razonable? Ahora recuerdo que en otra época poseía yo allí una finca y, como has de saber, los Escandón nos llamamos Escandón de Salas. Pero ya hace mucho tiempo que vendí aquella posesión y…». «Sin duda conocerá usted allí a un tal Francisco Robles», dijo Manuel con lúgubre acento. «¿A un… cómo? —preguntó el marqués desagradablemente sorprendido—. ¿Qué me estás diciendo?» «Francisco Robles, un campesino —estalló Manuel—, un hombre al cual usted abandonó, señor mío, el fruto de sus pecados, una niña llamada Concepción. ¿Por qué ha ocultado usted tan hipócritamente el fruto de su falta? ¿Por qué quiere hacer aún más desdichada a esa criatura que usted trajo al mundo?» «¿Qué dices? —balbuceó el marqués—, ¿qué quieres decir con todo eso? ¿Quieres decir entonces que el viejo tunante ha hablado?» «Concepción, cuyo indigno padre es usted —estalló Manuel—, no es otra que Luz Blanco de Robles.» «¡Dios mío! —exclamó el marqués—, ¿cómo podía saberlo?» «Pero ahora —continuó gritando Manuel— ahora ya no puede seguir ocultándolo ante mi padre, a quien pretenden atribuir también la paternidad de Luz. Ya no tiene usted el derecho de entorpecer nuestra felicidad. Ahora tendrá que confesar que Luz es su hija.» El marqués se desplomó en un sillón. «¡Desdichado! —exclamó—. ¿Qué has hecho? Hace un momento declaré a tu padre que eras mi hijo. Ahora volvéis a ser otra vez hermanos…»

Hasta aquel punto, Gabrielle había seguido la fantástica historia de Gasparinetti, pero ya no pudo dominarse. Con manos temblorosas cogió los naipes, que enseguida volvió a dejar sobre la mesa.

—Quiero marcharme —dijo tartamudeando y sin poder contenerse.

—¿Marcharte? —exclamó la señora Pronay—. Pero ¿adónde?

—A casa, a cualquier parte, pero quiero marcharme.

—¿Ahora, en medio de la noche?

—Sí.

Y después de hacer un rápido cálculo de lo que debía por el juego, Gabrielle sacó de su bolso de mano, con temblorosos dedos, unas cuantas monedas que arrojó sobre la mesa.

En el momento de tomar el tren en Komorn había experimentado ya el imperioso deseo de marcharse lejos, a cualquier parte. No lo había hecho porque pensaba que, en tal caso, von Pufendorf cometería algo que tomaría las proporciones de una catástrofe. Pero tal reflexión no poseía ya ninguna fuerza. De todos modos, ya había ocurrido lo que temía, y von Pufendorf se había evadido.

—Pero estás completamente loca —le dijo la señora Pronay.

En lugar de responder, Gabrielle se puso de pie, lo que también hizo Marschall, mientras decía que si Gabrielle deseaba marcharse, él también iba a acompañarla.

Gasparinetti, sentado junto a la mesa, jugaba nerviosamente entre sus dedos con las monedas que Gabrielle había arrojado.

—Si alguien ha de acompañar a la condesa —dijo Gasparinetti—, me parece que nadie es más indicado que yo para hacerlo.

Cierto es que no explicó por qué se consideraba el más indicado para semejante menester, pero de todos modos a nadie le pareció interesante preguntárselo.

—Pero ¿qué les ocurre a todos ustedes? —exclamó la señora Pronay—. ¿No querrán dejarme aquí sola? Mi marido no vendrá hasta mañana.

Parecía que ella misma comenzaba a sentir miedo. Y como Gabrielle insistía en emprender viaje inmediatamente, Elisabeth propuso llevarlos a todos a Viena en su automóvil. Desde luego que era un viaje de unas cinco horas, pero en modo alguno parecía dispuesta a quedarse sola en el castillo.

—¿Tendrá entonces la bondad de detenerse unos minutos en Siofok para que pueda recoger mis maletas? —preguntó Gasparinetti—. A decir verdad, es verdaderamente ridículo el que todos, así, de pronto… Pero, si la condesa está… absolutamente… Nunca hay que contradecir a una mujer, aun cuando… haga las cosas más incomprensibles, pues, en última instancia, las mujeres saben siempre lo que hacen.

Entonces, arrojando las monedas sobre la mesa, también se puso de pie. Gabrielle hacía tiempo que había salido de la habitación. Ya en el dormitorio, metió apresuradamente sus cosas en el baúl. La señora Pronay encomendó a los criados que comunicaran a su marido que ella volvería al día siguiente alrededor del mediodía. También Marschall hizo sus maletas muy deprisa. Cuando volvió al salón para bajar al patio, ya se oía en éste el ruido del motor del automóvil; en la sala de juego las bujías aún ardían. Sobre el verde tapete de la mesilla y entre los naipes se veían aún las piezas de *pengoes* que Gasparinetti había tenido en sus manos. Cuando Marschall pasó frente a la mesa, aquéllas le llamaron la atención. Algo extraño en su aspecto atrajo su mirada. Marschall se aproximó a la mesa, para examinarlas. Aquellas monedas estaban completamente dobladas.

SLATIN

1

El viaje en el automóvil lleno de maletas fue deplorable. En ciertos tramos los caminos estaban inundados y entre Stuhlweissenburg y Raab se extendía un mar de fango. Pero la señora Pronay, como toda la gente que no brilla por sus luces, conducía relativamente bien, de manera que al romper el día llegaron a la frontera, donde advirtieron que había sido inútil el apresurarse tanto.

En efecto, aunque las autoridades húngaras los dejaron pasar sin dificultades, los funcionarios austríacos, entre los que se encontraban agentes de policía, examinaron los pasaportes muy atentamente, se los pasaron de mano en mano, cambiaron algunas palabras en voz baja, y por último declararon que Gasparinetti quedaba detenido.

Gasparinetti acogió la nueva con gran calma y hasta reprimiendo una sonrisa, pero los otros, nerviosos y cansados por la noche que habían pasado sin dormir, se mostraron perplejos y aturdidos, más aún cuando se les dijo que, si bien no quedaban exactamente arrestados, las autoridades los retenían por lo menos momentáneamente; y enseguida fueron todos encerrados en una habitación con el capitán.

Desde luego que les resultó sumamente desagradable verse encarcelados junto a él, en semejantes circunstancias; pero Gasparinetti hacía como si todo aquel asunto no le concerniera y no cesaba de afirmar que, si bien no se trataba precisamente de una equivocación propiamente dicha, era sin embargo algo muy parecido a eso y que lisa y llanamente correspondía al capítulo de «accidentes de viaje». Y entonces se puso a contar distintos incidentes que pretendía haber tenido en sus viajes, manifestaciones que carecían de todo interés para sus compañeros y que, por la monotonía del torrente de palabras con que Gasparinetti las contaba, habrían terminado por adormecer a los presentes si éstos no hubieran estado persuadidos de que el capitán era, si no un personaje decididamente sospechoso, en todo caso sí absolutamente inquietante. Sobre todo Marschall no dejaba de contemplar las manos del capitán, que había torcido las piezas de *pengoes* con la misma facilidad con que cualquiera de nosotros parte un trozo de pan. Pero aquellas manos no tenían nada de extraordinario. No eran ni especialmente grandes ni parecían excepcionalmente fuertes; eran unas manos vulgares, como podía tenerlas cualquier oficial.

Mientras Gasparinetti contaba sus historias, Gabrielle, agotada y con los ojos cerrados, permanecía con la cabeza apoyada en el hombro de Marschall; pero no dormía, sólo que sus ojos ya no podían soportar la luz. Había cesado de llover. El sol se disponía a mostrarse a través de las nubes y, de pronto, la luz se manifestó con terrible crudeza, o tal vez fueran las ventanas excesivamente altas y la capa de cal que recubría las paredes de aquel cuarto, lo que la hacía tan desagradable.

También la señora Pronay habría querido apoyar su cabeza en el hombro de alguien, pero entre los presentes no quedaba nadie en quien pudiera hacerlo, pues ya no podía contarse con el capitán para ese efecto.

Gasparinetti era el único que no parecía cansado; por el contrario, daba más bien la impresión de

encontrarse fresco y dispuesto, mientras hablaba sin tregua. De pronto, la señora Pronay lo interrumpió al preguntar a los otros qué había de pensar su marido si ella no podía volver a Czege.

—Nada —dijo Gasparinetti—, o, en todo caso, lo que piensa habitualmente.

Y luego prosiguió contando su historia.

—El incidente de viaje (en la medida en que pueda llamárselo así) más extraordinario de mi vida ocurrió en México. Yo había tomado un tren nocturno que, saliendo de Ciudad de México, iba a Veracruz. (Me proponía seguir viaje hasta La Habana.) Llegué a la estación unos veinte minutos antes de la partida del tren. Después de hacer revisar mi equipaje me paseé por el andén arriba y abajo mientras fumaba un cigarrillo, pues en los coches cama de los trenes americanos sólo está permitido fumar en el lavabo. Cuando llegué al extremo posterior del tren vi que subían a él muchos soldados y que lo hacían en el último departamento del último vagón, que no se comunicaba con los otros coches. Evidentemente, aquella parte del tren estaba no sólo reservada exclusivamente para los militares, sino que hasta había sido construida para que la ocuparan soldados. Los que vi subir entonces eran de caballería. Llevaban uniformes de color caqui, botas pardas y espuelas doradas sin estrellas. Esa falta de gusto me produjo muy mala impresión. Una vez que el tren se puso en marcha con esas típicas sacudidas con que lo hacen todos los trenes mejicanos, me quedé aún un tiempo en el lavabo leyendo algunos periódicos, y por último fui a acostarme en mi cama. En general se duerme muy bien en los coches cama de los trenes americanos; pero aquella vez nuestro reposo nocturno se vio interrumpido de modo desagradable. Debíamos hallarnos aproximadamente en la comarca de Orizaba cuando el convoy se detuvo con una sacudida tan brusca, aun teniendo en cuenta que se trataba de un tren mejicano, que todos nos despertamos inmediatamente. Al mismo tiempo, oímos el estampido de armas de fuego. Los viajeros saltaron de sus camas al corredor central, pero yo, descorriendo las cortinas de la ventanilla que se hallaba junto a mi cama, me puse a mirar hacia fuera. En los vagones mejicanos las ventanillas sólo están provistas de vidrio en la mitad superior, pues en la parte de abajo hay una especie de reja. Con esta disposición se cree evitar que los viajeros se mueran de calor o se ahoguen por el polvo. Y esa ingeniosa combinación me permitió descubrir la causa de nuestra súbita parada. A la luz de la luna llena, que brillaba alta en el cielo, vi el Citlaltepetl, que con sus nieves eternas resplandecía como un volcán de plata suspendido en lo alto de vaporosas nubes. Pero no fue ese espectáculo el que atrajo mi mirada. En la arenosa llanura parecía que las pitas con que se elabora el pulque, habiendo adquirido vida, corrieran como sombras hacia el tren. Y esas sombras tenían la particularidad de disparar continuamente armas de fuego contra nosotros. Entonces, del último vagón del tren se precipitaron a tierra los soldados de caballería con sus espuelas doradas, de las que por cierto no habían de servirse, y huyendo, comenzaron a responder al fuego. Los fogonazos brillaban como relámpagos en la noche. En México siempre ocurre que cada dos o tres meses un tren se ve asaltado. Por eso, por lo menos durante la noche, no viaja ningún tren sin protección militar. Pero esa escolta no vale gran cosa. En nuestro caso, algunos de los miembros de la banda que atacó el tren debían de haberlo tomado ya en la ciudad de México y, al llegar a un determinado lugar del trayecto, debían de haber dado muerte al maquinista y al fogonero para detener el tren mientras sus compañeros se lanzaban al ataque de los vagones. El mejicano es un pueblo mestizo, amigo de las armas de fuego. El ataque de que fuimos objeto era llevado a cabo por una decena de hombres que disparaban sus armas a tontas y a locas y, en el fondo, nada serio habría ocurrido si uno de nuestros compañeros de viaje no hubiera tenido la desdichada idea de sacar una de esas pistolas indias con incrustaciones de nácar, de ésas cuyos mangos se ven asomar a veces por la abertura de las chaquetas de los habitantes del país, y de ponerse a disparar contra los asaltantes. En México está generalmente prohibido portar armas de fuego, a causa de las muchas revoluciones que con ellas se han llevado a cabo. Además, todos los extranjeros que entran en el país quedan sometidos a un registro en el que se les confiscan las armas de fuego. Sólo se permite el uso de los *machetes*.[2] Desde luego que tales medidas tienen como única consecuencia el que la parte de la población que escapa a toda vigilancia oficial siempre esté armada, en tanto que la parte vigilada, no, y que, cuando sobreviene un conflicto, los elementos vigilados paguen, como de costumbre, los platos rotos. Si todos los viajeros hubiéramos estado armados, lo más probable habría sido que rechazáramos el ataque sin dificultad. Pero, como sólo uno de nosotros disparaba, nos encontrábamos totalmente indefensos frente al denso fuego con que nos cubrieron los atacantes. Muchos viajeros se desplomaron, heridos, en el corredor central del vagón, y yo mismo caí al suelo alcanzado por una bala en la sien, que me hizo el efecto de un bastonazo. Todavía conseguí ver cómo los bandidos se abalanzaban sobre nuestras maletas, pero luego perdí el conocimiento.

»Cuando volví en mí todo había terminado. Me encontré tendido en medio de un charco de sangre que, al principio, creí que era mía; pero seguramente había allí también sangre de otras víctimas que, arrastrándose por el suelo, se examinaban sus heridas, palpándose con los dedos. En mi coche habían

quedado muertos dos compañeros de viaje. Me palpé entonces yo también mi herida…, ésta, aquí, en el nacimiento del pelo; todavía se advierte la cicatriz. La bala sólo me había rozado y herido superficialmente el hueso. Una vez que lo comprobé, volví a perder por segunda vez el conocimiento, en cierto modo tranquilizado. Estaban precisamente a punto de trasladarme a otro tren cuando salí de mi desvanecimiento. Ese segundo tren venía de Veracruz y faltó poco para que nos arrollara, pues nadie podía suponer que el nuestro se encontraba todavía en aquel lugar. Ya era de día. Me habían puesto una venda alrededor de la cabeza. Desde luego que nuestro dinero y nuestra ropa habían desaparecido y todo nuestro equipaje había sido objeto de saqueo. Días después se encontraron en un barranco cerca de Tlazcala muchas maletas vacías allí abandonadas. Tuve, pues, que continuar mi viaje descalzo y en pijama. Pero, así como la noche había sido fría, durante el día el calor fue excesivo. En modo alguno corría peligro de morir de frío; en Córdoba me cambiaron el vendaje y allí permanecí hasta el día siguiente. Luego proseguí mi viaje hacia Veracruz. En Veracruz recobré una de mis maletas. Estaba casi vacía y lo que los bandidos no habían robado, seguramente había desaparecido en el camino a Veracruz. El resto de mi equipaje estaba perdido. Pero por lo menos encontré en la maleta recuperada algunos de mis documentos, y con ellos pude presentarme en nuestro consulado y obtener un nuevo pasaporte y dinero. Lo único que lamento de las cosas perdidas en aquella ocasión son unas cuantas memorias y notas personales. Pero así pasan las cosas en México. Allí nadie puede concertar un trato que no sea quebrantado, ni recibir cartas que no hayan sido violadas, ni tampoco, desde luego, dejar los zapatos frente a la puerta de la habitación de un hotel sin que no sean (ni digo, desde luego, limpiados) robados. Sin embargo, tal estado de cosas no es tan antipático como tal vez resultaría en otras partes. En efecto, hay en todo el país una especie de aroma romántico que compensa tales inconvenientes. Es como un aroma de especies y frutos exóticos que se huele en todas partes: en el aire, en los cuartos de las casas con sus aromáticos techos de madera, en las comidas y en las bebidas. Y hasta los trenes, que en todo el resto del mundo huelen a trenes, en México huelen a algo mejor. Muchas veces parece que se trata de un olor un tanto dulzón que, desde los días de Moctezuma, ese curioso rey que vivía casi exclusivamente de chocolate, flota sobre todo el país. En México hubo pueblos que llegaron y desaparecieron; el esplendor de Tenochtitlan, los jardines flotantes, los enormes tesoros de oro, las famosas esmeraldas, los fabulosos *chalchihuitles,* los extraños monarcas…, todo eso ya desapareció, pero en cambio quedó ese aroma y verdaderamente creo que no es un olor de sangre o de frutas, sino el perfume del peligro.

2

A mediodía se permitió que los detenidos se hicieran llevar comida del restaurante vecino. Con la agitación, todos se habían olvidado del desayuno, de modo que sentían un gran apetito a la hora de almorzar. El comer les calmó los nervios; además también les permitieron fumar.

Unos minutos después de las dos y media se presentó un funcionario y, sin mayores ceremonias, declaró a los detenidos que estaban en libertad y que podían marcharse adónde quisieran. Asimismo les devolvieron los pasaportes. Pero no les dieron a conocer los motivos del arresto ni por qué los habían puesto en libertad.

Apenas la señora Pronay se vio nuevamente libre, comenzó a expresarse tan inmoderadamente sobre las autoridades que hacían posible semejante arresto, que hubo de comunicársele por fin que volverían a encarcelarla si no manifestaba mayor mesura. Entonces declaró que se sentía dichosa de poder abandonar inmediatamente este país, pues ya no podría llevar a Viena a los que habían sido sus huéspedes; debía volver inmediatamente a Czege donde su marido ya estaría preocupado por su ausencia.

Los demás, pues, alquilaron un automóvil y la señora Pronay, después de un saludo más breve que cordial, volvió a atravesar la frontera, mientras los otros proseguían su viaje hacia Viena. En el ínterin el tiempo se había tornado excepcionalmente agradable. Gabrielle, con la cabeza apoyada en el hombro de Marschall, se entregó al sueño reparador, y también el joven oficial cabeceaba. Gasparinetti, empero, cantó, en voz baja para sí, primero algunas canciones alemanas y luego *La paloma,* cosa que por cierto hizo en español, como para demostrar que verdaderamente había estado en México.

«Cuando salí de La Habana, válgame Dios…»[3]

Al cabo de un rato, Gabrielle se despertó y se puso a hablar en voz baja con Marschall. Cuando el coche llegó a Viena no se detuvo frente a la plaza de la antigua universidad, sino frente a la casa de Marschall. Gasparinetti subió con ellos, aunque no había sido invitado. Mientras descargaban las maletas del coche, Gasparinetti se puso a recorrer las habitaciones de Marschall, meneó repetidas veces la cabeza en señal de

aprobación —sin que nadie supiera qué era lo que aprobaba—, y, por último, dijo:

—No quería despedirme de ustedes en la calle, sino que deseaba hacerlo aquí. Pero quiero, además, que sea una despedida cordial. Porque lo cierto es que voy a emprender un largo viaje. Y tal vez ese viaje sea tan largo que, a decir verdad, ya nunca retorne a este país. Mis recuerdos de México, *La paloma,* que me permití cantar turbando así el sueño de la señorita, y algunas otras cosas, me han hecho tomar una repentina decisión. Siempre debería uno adoptar decisiones súbitas; cierto es que muchas veces son dolorosas, pero si no las adopta no se resuelve uno a nada y echa a perder la vida, y piensen ustedes que no puede haber pecado mayor que desperdiciar la propia vida. Yo, por ejemplo, quiero volver a México y a otros países parecidos; estas viejas tierras a las que, sin embargo, amo, ya no me parecen, por lo menos por un tiempo, apropiadas para mí. Acabo de convencerme de ello. Mientras tanto, ya se han ordenado aquí mis asuntos, de manera que nada me retiene. Es verdad que a veces resulta doloroso el que nada lo retenga a uno en un lugar, pero por lo menos siempre existe la posibilidad de que en otra parte, y en cualquier momento, uno encuentre algo que pueda retenerlo… Tener posibilidades es lo que, en última instancia, importa. Es probable que una y otra vez me hayan encontrado ustedes un tanto extraño, y quizá también ahora vuelva a parecerles extravagante. Desgraciadamente, puede que hasta hayan tenido la impresión de que mi presencia no era enteramente agradable y, es más, de que yo era portador de la desgracia. Pero cuando, como en mi caso, se ve uno obligado a desempeñar un poco el papel del destino, se tiene también un poco la fuerza del destino. De manera que no deben ustedes maravillarse por ello. Apenas soy algo mayor que tú, mi querido Marschall, y tal vez hasta sea algo más joven… sólo que me siento infinitamente más viejo. Pero, cuando se es tan joven como lo sois tú y la condesa, no hay que sorprenderse de nada. Hay que dejar eso a los viejos; en efecto, sorprenderse significa no comprender ya la vida. Y eso es imperdonable. La vida siempre tiene razón. No somos nosotros los que tenemos razón, sino la vida. No se maravillen, pues, de que les desee ahora la vida feliz que les espera y que todavía tienen por delante. Porque, efectivamente, han de vivirla. Y procuren, también, guardar de mí un recuerdo no mucho peor del que yo guardo de ustedes. Y ahora, adiós.

Y con este discurso, tan extraño como el mismo Gasparinetti que lo había pronunciado, el capitán se despidió. Gabrielle y Marschall no comprendían por qué se despedía tan repentinamente y —según el capitán lo había manifestado— por tan largo tiempo. Sin embargo, no se sintieron tampoco obligados a preguntárselo. Más bien le vieron alejarse con cierta sensación de alivio.

Pero apenas Gasparinetti hubo cerrado detrás de sí la puerta de la habitación, se oyó sonar la campanilla de la puerta de calle. La criada de Marschall no estaba en la casa, pues todavía no se le había informado del regreso de su amo. Por eso Marschall ya se disponía a acercarse él mismo hasta el vestíbulo para abrir la puerta de la calle, cuando oyó que alguien la abría —evidentemente Gasparinetti— y que otra persona entraba en el vestíbulo.

—¿Está el señor capitán von Marschall en casa? —oyó que preguntaba alguien. Gasparinetti debió de haber asentido, porque volvió a oírse cómo se cerraba la puerta de entrada y el rumor de los pasos de alguien que se acercaba a la habitación, hasta que por último, apareció el cabo Slatin, que saludó con una reverencia.

—¡Slatin! —exclamó Marschall—. ¿Quería usted hablarme? Acabo de llegar a Viena en este preciso momento. ¿Le abrió la puerta el capitán Gasparinetti?

—No —declaró Slatin—, lo hizo ese señor que acaba de salir. ¿De modo que el señor acaba de llegar a la ciudad? Yo también estuve mucho tiempo ausente de ella. Fui a pasar una temporada a casa de mi cuñado, que tiene unos viñedos en Waldviertel. A mi regreso me enteré de que el señor coronel… Inmediatamente fui a casa de la señora condesa para presentarle mis condolencias —y al decir esto se inclinó en dirección a Gabrielle—, pero la señora condesa no se hallaba en su casa. Fui entonces a ver al señor mayor Lukavski, y tampoco encontré a nadie; me dijeron que el señor mayor se hallaba herido, en Hungría. Por eso me permití venir a ver al señor capitán… ¿Cómo es posible que el señor teniente primero Silverstolpe…? ¿Qué ocurrió para qué…?

—Dígame, Slatin —le interrumpió Marschall—. ¿Cómo se explica que no haya sido el capitán Gasparinetti el que le abrió la puerta?

—Porque fue ese señor que…

—Pero, exactamente, era el capitán Gasparinetti.

—No, señor capitán, no era él.

—¿Cómo que no era él?

—No, con toda seguridad, no lo era. Yo conocí muy bien al señor capitán Gasparinetti. Había servido en el octavo de ulanos y ahora está muerto.

—¿Que ha muerto?

—Sí, señor capitán, lo mataron en San Petersburgo.

—Debía de tratarse de otro —declaró Marschall—, evidentemente un pariente de éste. ¿Y de qué manera lo mataron en San Petersburgo?

—Fue así —dijo Slatin—: en aquella época yo era prisionero de los rusos…

—Sí —dijo Marschall—, lo sé; desde el año 1916.

—Exactamente. Primero estuve en un hospital y luego, cuando me curé, me llevaron a un campo situado en las inmediaciones de Tomsk. Pero permanecí allí muy poco tiempo, porque me evadí. No me fue difícil la huida, que proseguí con bastante fortuna, pues podía entenderme con los rusos. Me hice pasar por checo. Cuando llegué a Krasnoyar, los campesinos me dijeron que había allí también un prisionero de guerra que, asimismo, se había evadido. Aquel lugar está situado cerca de Saratov y aquel prisionero de guerra era el señor capitán Gasparinetti. Aunque no lo conocía, me presenté inmediatamente ante él. El señor capitán vivía en la casa de un colono llamado Hagemann, y me dijo que, al cabo de unos días, se alistaría en el ejército ruso en sustitución del hijo de aquel Hagemann. Me aconsejó que yo hiciera lo mismo por cualquier otro campesino, porque luego, una vez llegados al frente, podíamos desertar. Tomé, pues, el lugar de un tal Jakunin que quedó encantado de la sustitución. En efecto, ya en aquella época los rusos no querían alistarse. En Saratov volví a ver al señor capitán. Ambos seríamos destinados a la guardia, porque éramos de una estatura demasiado elevada para la caballería. En nuestro regimiento siempre tuve los caballos más corpulentos, pero ninguno me iba bien hasta que el señor teniente primero Silverstolpe me adjudicó uno excepcionalmente grande (de nombre *Fase*), que me vino a las mil maravillas. Era un caballo *F,* pero mucho más joven que los de su clase.

—No —dijo Marschall—, tiene que haber sido un caballo *P,* pues *Fase* se escribe con *ph.*

—¿Ah, sí? —exclamó Slatin—. A decir verdad, tampoco nosotros comprendíamos como podía tener un nombre que comenzara con *F.* Una vez que el señor coronel fue a examinar nuestro escuadrón me preguntó si sabía qué era ese Phase. Pero nadie estaba enterado de ello. En todo caso, el señor coronel dijo al capitán von Herberth que el caballo llevaba un nombre verdaderamente tonto. Pero era un hermosísimo y vigoroso alazán, sólo que tal vez demasiado largo, lo que lo hacía apto únicamente para jinetes de gran estatura. Ahora bien, en Saratov, el señor capitán Gasparinetti me aconsejó que me comportara del modo menos militar posible, ya que de otra manera no creerían que yo era un recluta. También él se guardaría mucho de mantener una actitud propia de un oficial. Permanecimos, pues, en Saratov unas cuantas semanas sin recibir ninguna instrucción y luego nos metieron en un tren, con destino a San Petersburgo. Una vez en la capital, nos llevaron, junto con millares de reclutas, a una pista de equitación cubierta, mucho mayor que cualquiera de las nuestras, en la que varias bandas tocaban música y en cuyo centro, en medio de muchos oficiales y de damas, hallábase erguido *Nikalai* Nicolaievich…

Slatin dijo *Nikalai.*

—¿El gran duque? —preguntó Marschall.

—Exactamente. Era él quien repartía los reclutas entre los distintos regimientos; porque en la guardia imperial había muchos regimientos. Y los suboficiales recibían a los reclutas. Todos los oficiales tenían muy buen aspecto, tanto que bien podían haber servido en nuestros regimientos.

—De eso estoy seguro —dijo Marschall.

—El señor capitán Gasparinetti se hallaba a unos cuantos hombres de distancia, delante de mí, razón por la que llegó antes que yo frente al gran duque. Por eso pude ver todo lo que ocurrió. Cuando el señor capitán se presentó ante *Nikalai* adoptó una actitud bien poco militar, por cierto, pero el gran duque, así y todo, debió de advertir, de pronto, que se trataba de un señor, pues le preguntó a su ayudante: «¿Y qué significa esto?»; y luego preguntó algo en ruso también al señor capitán, a lo que esté respondió, según creo, en francés. Después se pusieron a hablar los dos en alemán, pero yo no entendía lo que decían, pues temía por la vida del señor capitán. Y de pronto, éste, volviéndose, echó a correr. Ya estaba casi fuera del picadero cuando el oficial ayudante, sacando un revólver, hizo fuego contra él varias veces. El señor capitán se desplomó a tierra, con el rostro contra el suelo. Entonces los suboficiales, blandiendo sus sables, se precipitaron sobre él. Creo que literalmente lo hicieron pedazos, así como nosotros, antes del ataque de Jaroslawize, hicimos pedazos al oficial de cosacos cuyo caballo desbocado le llevó, pasando la colina, al centro mismo de nuestras tropas. Pero ninguno de nosotros se atrevía a abandonar su puesto; al principio aquello parecía sumamente cómico, y todos reían a grandes voces al contemplar cómo aquel oficial cabalgaba en medio de nuestras filas, hasta que el comandante del puesto se cansó de aquello. Le lanzó entonces un formidable sablazo y luego todo el pelotón se precipitó sobre el desdichado…

—Sí —asintió Marschall—, lo recuerdo muy bien.

—Quise acudir en ayuda del señor capitán, pero era demasiado tarde. Ya lo sacaban de la pista y era imposible que pudiera continuar viviendo, pues estaba completamente despedazado. El gran duque gritó que aquello era una insolencia increíble, y también las mujeres gritaban. Se produjo un gran tumulto y agitación. Pero, al cabo de un rato, continuó la distribución de los reclutas. Yo tenía tanto miedo de que me devolvieran nuevamente a Tomsk, y además me hallaba tan sobrecogido por lo que le había ocurrido al señor capitán Gasparinetti, que creo haberme comportado del modo menos militar que pueda imaginarse. En todo caso, el gran duque no advirtió nada extraño en mí, tal vez porque continuaba pensando en el incidente que acababa de ocurrir, y me asignó el regimiento Semyonovski. De allí deserté en septiembre de 1917, en el tren que va de Zloczov a Tarnopol, cuando los nuestros atacaron por última vez a los rusos, pero ya éstos no podían resistir nuestro fuego. Sus construcciones de defensa eran verdaderamente malas. Y casi ni siquiera hubiera sido necesario desertar, pues pronto los rusos expulsaron a Kerenski. De manera que el señor capitán Gasparinetti, a quien me refiero, murió con toda seguridad, pues vi con mis propios ojos cómo lo mataron.

Marschall estaba a punto de replicar algo, cuando volvió a oírse el sonido de la campanilla.

—Slatin —dijo Marschall—, tenga usted la amabilidad de abrir la puerta.

—Inmediatamente, señor capitán —dijo Slatin mientras salía de la habitación. Poco después, volvió acompañado por Gordon.

3

Mientras tanto, el cielo había vuelto a nublarse y las abovedadas habitaciones de la antigua casa que habitaba Marschall se llenaron de sombras. En la penumbra que invadía los cuartos resplandecían los marcos dorados de los cuadros, las metálicas manijas de las puertas y las mejillas y la nariz de Gordon, que se mostraban aún más rojas de lo normal. Y, como de costumbre, Gordon se presentó con una sonrisa. Podía haber sido funcionario policial incluso en China.

—Me llamo Gordon —dijo—; soy comisario y, como tal vez ustedes sepan, me he encargado de investigar el caso de su desdichado camarada Engelshausen.

—Condesa —dijo Marschall dirigiéndose a Gabrielle—, ¿me permite presentarle al señor comisario Gordon?

Gordon se adelantó y besó la mano de la condesa. Luego dijo:

—Tuve ocasión de conocer al coronel Rochonville poco antes de que fuera víctima de tan lamentable accidente. Acabo de enterarme, con disgusto, de que desde las seis de esta mañana hasta la una y media de la tarde estuvieron ustedes detenidos en la frontera. En realidad ocurrieron muchísimos incidentes lamentables que, con todo, por lo menos en parte no habrían acaecido si la gente no se hubiera sentido impulsada a corregir mis modestos esfuerzos en el terreno criminal.

A través de su serenidad oficial, se percibía, sin embargo, un tono amargo. Además no sonreía con expresión tan persuasiva como de costumbre.

—Lo cierto es —agregó— que me he presentado con el objeto de pedirles disculpas por el incidente sucedido en la frontera, que se debió al exceso de celo de uno de nuestros funcionarios. Primero me dirigí, naturalmente, a la casa de la condesa, donde no encontré a nadie, por lo que celebro doblemente encontrarla ahora aquí.

Parecía satisfecho de haber podido pronunciar aquellas palabras de color tan mundano. Luego prosiguió diciendo:

—En todo caso, di orden de ponerlos en libertad inmediatamente después de haberse establecido que el hombre a quien se tenía por el presunto capitán Gasparinetti fue muerto a balazos. Eso ocurrió exactamente a la una. Unos minutos después estaba yo en posesión de la noticia y no puede haber sido sino alrededor de la una y media cuando se les devolvió a ustedes la libertad.

Gabrielle se había puesto pálida como las paredes, pero Marschall no lo advirtió.

—Perdóneme usted —le dijo a Gordon—, pero el caso es que no comprendo absolutamente nada de lo que me dice. ¿Qué capitán Gasparinetti es ése que continuamente se está haciendo matar a balazos? Precisamente el cabo Slatin acaba de revelarme que Gasparinetti murió en San Petersburgo en 1916, y ahora viene usted declarándonos que lo mataron a la una de hoy. Esto último me parece imposible, pues no hace aún un cuarto de hora que el capitán Gasparinetti estaba aquí, y ahora son —agregó consultando su reloj— las cuatro y media.

—Me ha entendido usted mal, señor Marschall —dijo Gordon—, o, mejor dicho —se sintió obligado a corregirse—, yo mismo me expreso probablemente con alguna vaguedad. Quise decir que la persona con la cual los funcionarios de la frontera confundieron al presunto capitán Gasparinetti cometió la insensatez de pretender cruzar la frontera clandestinamente, en un lugar que, por cierto, estaba poco vigilado.

Pero como los guardias se encontraban prevenidos y como a pesar de las repetidas exhortaciones la referida persona no quiso detenerse, tuvieron que disparar contra ella… aunque yo había dado la orden expresa de que, en cualquier caso, sólo apuntaran a las piernas, orden cuyo cumplimiento era facilísimo pues, como ya dije, la cosa ocurrió a la una del mediodía, cuando la luz era excelente.

Evidentemente se complacía en aquella alusión al arte de la caza.

—Pero una de las balas lo alcanzó en la espalda, de manera que poco después murió. Las circunstancias siempre se las arreglan para echar a perder todos los casos, hasta los más claros. Ahora nos vemos privados, nada menos, que de todas las declaraciones del culpable, aunque, desde luego, aun sin tales declaraciones nos es posible reconstruir muchas cosas… lo cual hice personalmente ya desde tiempo atrás.

—Señor Gordon —dijo Marschall al cabo de un rato—, ¿quién es entonces la persona que mataron hoy?

—Su nombre —replicó Gordon— no le dirá a usted mucho. Si se hubiera llamado, por ejemplo, Deibel, o, si quiere usted, Urussov, y hubiera nacido en Schajtnask, en Siberia, tal vez pudiera usted hacerse una idea de quién era. Pero lo cierto es que tenía un nombre mucho más sencillo; se llamaba Alexeiev, desempeñaba un cargo en la corte y era teniente primero de los húsares de Grodno. Ciertamente que ustedes lo conocían mejor con el nombre de von Pufendorf.

—¿Von Pufendorf? —exclamó Marschall, mientras Gabrielle buscaba, tanteando, una silla.

—Sí —dijo Gordon—, pero, como ya dije, en realidad no se llamaba así. El verdadero von Pufendorf era otro. El verdadero Konstantin Ilich von Pufendorf se hacía llamar Gasparinetti.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Marschall—. O, mejor dicho, ¿cómo cree usted saberlo?

Por primera vez la sonrisa de Gordon mostró cierta expresión de suficiencia. Hasta aquel momento se había limitado a sonreír como un hombre de negocios que no concede ninguna importancia a que todo el mundo sepa cómo van sus asuntos, siempre, claro está, que éstos vayan bien.

—Mi oficio me obliga a saberlo todo, señor von Marschall —dijo—, pero esto vine a descubrirlo de manera relativamente sencilla. Yo había observado que todas las personas que se interesaban por la condesa —y así diciendo señaló con un ademán a Gabrielle— o que mantenían alguna relación interesante con ella, perdían la vida. Por eso saqué la conclusión de que el culpable de la muerte de los restantes, o dicho con otras palabras, el asesino, tenía que ser la única persona que, interesándose por la condesa, no había, sin embargo, perdido la vida.

Marschall lanzó una mirada a Gabrielle, pero ésta mantenía las manos sobre su rostro, por lo que el capitán se volvió nuevamente. Slatin, que no comprendía bien lo que se estaba diciendo, miraba perplejo a los presentes.

—El primero que perdió así la vida —prosiguió diciendo Gordon— fue Engelshausen. ¿Me permite preguntarle, condesa, si en aquel cuarto de la casa de los señores von Flesse, al que ustedes se retiraron, el señor Engelshausen le hizo una proposición matrimonial?

Apartándose las manos del rostro, Gabrielle fijó sus ojos en el comisario, como si no le percibiera con claridad.

—Sí —balbuceó por último.

—Bien —dijo Gordon—. Y el segundo que murió desdichadamente (como hubo de descubrirse) después de haber mantenido con usted una larga conversación, fue Fonseca.

—¿Verdaderamente se descubrió que murió? —preguntó Marschall, excitado.

—Sí, se lo encontró hace muy poco, en cierta casa de los suburbios, pero le ruego que no me pregunte en qué estado lo encontramos. El tercero fue el mayor Lukavski, que quedó herido cuando se batió con el presunto von Pufendorf. El cuarto fue el coronel Rochonville.

—¡Pero si el coronel murió en un accidente de tráfico!

—Naturalmente que podría usted afirmar que también el quinto, el teniente primero Silverstolpe, murió de un envenenamiento de la sangre, y no violentamente. Sin embargo, estos dos casos, tanto el accidente del coronel como la muerte de Silverstolpe, encajan perfectamente con el fin trágico de Engelshausen, con la herida de Lukavski y con la desaparición de Fonseca. Me resultaría por cierto muy difícil explicarles por qué motivos llegué a tener la seguridad de que todos estos hechos guardaban entre sí una relación. Ignoro si saben ustedes que todos mis parientes, tanto paternos como maternos, son industriales. Ahora bien, suele considerarse a la gente de negocios como gente simple, lo cual, en términos generales, puede ser acertado. Pero, por extraño que parezca, he de confiarles que la existencia de un hombre de negocios de elevada

categoría se acerca más a la de un augur que a la de un funcionario policial. Un hombre de negocios bien dotado, pero que gobierna sus asuntos guiándolos exclusivamente por las cosas que saltan a la vista (con lo que, por otra parte, mostraría no ser un hombre bien dotado), daría rápidamente en la bancarrota o, por lo menos, no obtendría ningún éxito extraordinario, como suele ocurrir con el común de los comerciantes. Pues quieran ustedes creerlo o no, sus hechos y operaciones se relacionan incomparablemente más con los inquietos sueños de sus noches que con las columnas de cifras que escribe su contador. La mejor prueba de esto la suministran las bolsas. Las bolsas conocen los acontecimientos aun mucho antes de que los reyes los presientan, y además creo que toda nuestra vida perecería si no existiera un encadenamiento ininterrumpido de felices azares y de inspiraciones fortuitas. En suma, que los singulares hechos que se produjeron en su regimiento se hallan sin duda ligados entre sí, pero, por qué ocurrió todo esto ahora, cuando ya no existe el regimiento, por qué no ocurrió cuando el regimiento aún existía es cosa que no sabemos. Mas, a la postre, ¿qué significa para las potencias superiores la existencia o la no existencia de una cosa? Tal vez existe aún lo que hace tiempo que ya no existe, o tal vez ya no existe desde hace mucho tiempo lo que todavía parece existir. De manera que no puedo explicarles a ustedes la razón por la cual esta catástrofe alcanzó a sus camaradas en un momento en que ya no eran camaradas propiamente dichos. Tal vez parecería más razonable que estos hechos hubieran ocurrido veinte años atrás, o aún más. Pero tal vez no podían ocurrir sino en una época en la que, por así decirlo, parecían estar suspendidos en el aire. Y tal vez todo esto (y llego a esta conclusión porque se trata de un regimiento muy célebre en otra época) sea la expresión de un destino que, de no haberse cumplido en ese regimiento, podía haber alcanzado a todo un ejército. Aquí sólo alcanzó a cinco oficiales. Pero, así y todo, los hechos pueden tener la misma significación. Porque, en efecto, ¿qué son, en el fondo, las dimensiones? El sentido de la migración de todo un pueblo puede encontrar lugar tal vez en la punta de un alfiler, así como el número de ángeles sobre el cual las especulaciones de la Edad Media nunca pudieron ponerse de acuerdo. Y lo que en otras circunstancias se habría decidido en un campo de batalla, asumió aquí la forma de una historia amorosa. Les bastará saber que yo tenía la certeza de que todos esos hechos estaban relacionados entre sí. Cinco hombres lo precedieron, señor von Marschall, y usted habría sido el sexto.

Marschall se sonrojó levemente y luego, al cabo de un rato, dijo:

—Señor Gordon, usted mismo, por así decirlo, admite que el accidente del coronel y la infección de Silverstolpe no tienen ninguna relación, en última instancia, con la muerte de los demás. Pero, dígame, ¿cómo cree usted que ese Alexeiev, o como quiera que se llame ese hombre, pudo haber dado muerte a Engelshausen? Ni siquiera estaba en casa de los Flesse.

—Se equivoca usted. Allí estaba.

—Pero tienen que haber advertido su presencia.

—Pues justamente no la advirtieron. Había tantos invitados aquella noche en la casa de los Flesse que, si alguien hubiera reparado en la presencia de Alexeiev, tenía que haber creído que éste era uno de los invitados, quienes no se conocían todos entre sí. Sencillamente, Alexeiev llegó a la casa de los Flesse como cualquier otro invitado. Las criadas abrían la puerta a todos los que llegaban. ¡Cómo podían saber exactamente quién estaba invitado y quién no lo estaba! De modo, pues, que entró en la casa. Claro está que se mantuvo oculto una vez dentro, y su escondite fue el dormitorio de la señora von Flesse. La pobrecita señora quedaría anonadada si supiera que…

—Pero ¿con qué objeto habría hecho todo eso…? ¿Con qué motivo…?

—Señor Marschall, en definitiva nunca puede preguntarse a un hombre por qué motivos obra. Sencillamente obra… Y lo que llamamos motivos son, en realidad, siempre sólo pretextos. Últimamente tuve ocasión de echar una ojeada a cierto expediente que me enviaron del extranjero y del cual se deduce que bajo la superficie de ese hombre, superficie suficientemente amable para inclinar a la condesa a su favor… y bien, la mayoría de los seres humanos, señor von Marschall, es poseída, y cuando se hallan poseídos por las pasiones del corazón, entonces…

—Pero ¿cómo pudo dar muerte a Engelshausen de modo tan increíble…? Por casualidad tuve ayer ocasión de ver a alguien con suficiente fuerza en las manos para doblar monedas. Pero no era ese von Pufendorf, sino Gasparinetti. Debido a su nerviosismo, dobló unas cuantas piezas de *pengoes* que había sobre la mesa, las dobló por completo y lo hizo sin esfuerzo aparente. De manera que si usted dice que él…

—Sí —dijo Gordon—, Gasparinetti es precisamente von Pufendorf, como ya les dije a ustedes. Alexeiev no tenía semejante fuerza en las manos.

—Entonces, ¿cómo pudo…?

—Desde luego que no solamente con las manos. Ignoro si estuvo usted alguna vez en casa de la señora von Flesse. Pero de haber estado allí sin duda habrá notado que la señora hizo instalar chimeneas para

reemplazar las viejas estufas, idea verdaderamente desdichada, pues las chimeneas humean mucho y calientan poco. También nosotros tenemos en Carintia una vieja chimenea que, cuando se enciende, se convierte en el espanto de la casa. Además, las chimeneas exigen un equipo especial: una pala para cenizas, un atizador y una pinza, instrumentos todos de mango lo más largo posible. Cuando usted, condesa, dejó a Engelshausen para comunicar a su padre que el teniente los llevaría a su casa en coche, Alexeiev entró en la habitación, saliendo del dormitorio de la señora von Flesse. Engelshausen ni siquiera reparó en el intruso. Permanecía sentado en el diván, esperando a que usted regresara. Probablemente deseaba volver a exponerle su proposición de matrimonio… que usted, sin duda, no había tomado demasiado seriamente, ¿no es así?

—Sí —asintió Gabrielle turbada.

—Y evidentemente usted aprovechó el ofrecimiento que le hizo Engelshausen de llevarlos en su coche como pretexto para abandonar la habitación, donde no tenía usted la menor intención de volver…

Gabrielle se quedó mirándolo fijamente, pero no respondió palabra.

—Lo cierto es que si usted no tomó muy seriamente la proposición matrimonial de Engelshausen, Alexeiev, en cambio, la tomó demasiado seriamente. Llevando en la mano una de las pinzas de la chimenea se aproximó a espaldas de Engelshausen, cogió su cabeza con las pinzas y… perdone usted, condesa, se la retorció sosteniendo las pinzas por ambos extremos. Y como por ambos lados disponía de una palanca de casi una vara de largo, los huesos del cuello cedieron inmediatamente. Luego arrojó las tenazas en la chimenea del cuarto rojo, donde se encontraron dos, en tanto que en el dormitorio de la señora von Flesse no había ninguna, llegó hasta el vestíbulo, tomó el sobretodo y el sombrero y fue el primer invitado, en todo lo demás, sin embargo, semejante a cualquier otro de los visitantes, que abandonó la casa.

Los tres que lo escuchaban no apartaban de Gordon sus miradas.

—El muerto presentaba, por lo demás, las huellas de las tenazas en el rostro. En conjunto, pues, era una solución horrible pero no carente de elegancia al problema de asesinar a un hombre en medio de una reunión de treinta o cuarenta invitados sin llamar la atención de ninguno de ellos. Todo esto por lo menos nos permite deducir lo que pasaba por el alma del asesino.

—Tal vez todo haya ocurrido así, sin embargo… —dijo Marschall.

—Con toda seguridad que ocurrió así, pues no podía haber ocurrido de otra manera.

—Pero ¿cómo se explica que ese hombre no se llamara von Pufendorf sino Alexeiev y que von Pufendorf se hiciera llamar Gasparinetti?, ¿cómo podía llamarse así si Gasparinetti hace ya mucho tiempo que…?

Gordon miraba frente a sí.

—A decir verdad —dijo—, no es posible, en ningún caso, establecer sin más la verdadera identidad de una persona…, y menos aún en un caso interesante. Nosotros, los de la policía, lo sabemos muy bien. La identidad de un hombre se revela como algo bastante inseguro, por lo menos en aquellos hombres que han sabido hacer algo en su vida. A medida que el tiempo pasa, los hombres no continúan siendo lo que fueron en el momento de nacer, sino que en el curso de su vida van cambiando permanentemente, se convierten continuamente en otros hombres y representan el papel de otros en tanto que esos otros, tal vez, estén representando el de los primeros. Por ejemplo, ¿quién podrá creer que Napoleón había sido verdaderamente el teniente de artillería Bonaparte, o que el príncipe Eugenio era francés, o que Wallestein era un checo, el señor de Waldestein, Schiller un médico cirujano, Kerenski un conde y la Dubarry una señorita Poisson? Los hombres se transforman permanentemente y tal vez la única justificación de su existencia estriba en el hecho de que por lo menos se transforman. Así, Alexeiev fue durante un tiempo von Pufendorf o fue lo que el propio von Pufendorf podía tal vez haber sido, en tanto que von Pufendorf continuaba viviendo la vida de un oficial muerto… que, a su vez, quizá no hubiera verdaderamente terminado… Porque también vidas que no han llegado a su fin continúan siendo vividas por otros. Dante, por ejemplo, afirma que en el infierno se encontró con el alma de un Doria que en aquella época aún vivía. Quería decir entonces que en el mundo un demonio continuaba animando el cuerpo de aquella alma. Y tal vez hay siempre entre nosotros muchos seres que en realidad son demonios…

Gordon se quedó callado, mirando pensativamente al frente.

—En los saltos hípicos de Milán —dijo Marschall creyéndose obligado a llenar este momento de silencio — conocí hace algunos años a una princesa Orietta Doria, mujer encantadora, aunque no del todo bonita… Ahora debe de tener ya unos cuarenta años.

Sin embargo Gordon, a pesar de que se trataba de una princesa, no pareció interesarse especialmente por la observación de Marschall. Se limitó a echar a éste una breve mirada y luego dijo, en tono seco:

—Considerando las cosas desde un punto de vista realista, les diré que von Pufendorf, el verdadero Konstantin Ilich von Pufendorf, huyó de Rusia en el año 1919, con ayuda de ciertos documentos

pertenecientes a un prisionero de guerra muerto, el capitán Gasparinetti.

—Sí —dijo Marschall—, el cabo Slatin, aquí presente, acaba de contarnos que aquel Gasparinetti murió en San Petersburgo cuando…

—Así es. Von Pufendorf pasó un tiempo en Viena, donde desempeñó el oficio de tornero, luego vivió en Berlín y en París, y por último se encaminó a América. Allí, después de haber ejercido los más diversos oficios, obtuvo éxito como comerciante y llegó a crearse una cómoda posición. En el curso de un viaje de negocios por México, en el que (aunque esto, a decir verdad, ocurrió sólo el año pasado) fue víctima de un accidente ferroviario…

—Exactamente —dijo Marschall—; el mismo Gasparinetti nos lo contó.

—En realidad fue un asalto que se llevó a cabo contra el tren.

—Así nos lo dijo, y además nos manifestó que en aquella ocasión había sido alcanzado por una bala…

—… por lo que permaneció un buen rato sin conocimiento. Mientras tanto, los bandidos cogieron su equipaje y le robaron efectos personales, documentos y además sus notas y memorias. Pero estas últimas no las robaron los bandidos que llevaron a cabo el asalto, sino uno de sus compañeros de viaje. Ese compañero de viaje era Alexeiev. Este acababa de huir precisamente de Estados Unidos, donde había cometido un asesinato. Había dado muerte a una mujer, a causa de los mismos celos enfermizos de los que posteriormente aquí fueron víctimas por lo menos Engelshausen y Fonseca… ya que no quieren ustedes concederme que también la muerte de los otros entra en la serie de los mismos hechos. Pero puede que la locura de ese hombre no haya sido otra cosa que su capacidad de amar. En realidad son muy pocos los hombres capaces de amar verdaderamente; pero cuando uno ama realmente a una mujer, probablemente sea capaz de matar sin mayores reflexiones a las personas que considera sus amantes o a aquellas que pudieran llegar a serlo, y hasta a la propia mujer amada. Teniendo en cuenta el origen y la educación de Alexeiev no puede explicarse de otra manera lo que hizo. Cierto es que había conseguido atravesar la frontera mejicana, pero para ir más lejos tenía necesidad de otros documentos que no fueran los suyos. El ataque al tren le ofreció la oportunidad de apropiárselos. Aprovechando la confusión general en el vagón en que se encontraba, es posible que abriera muchas maletas y registrara muchos trajes de sus compañeros de viaje. Evidentemente, apropiarse de los documentos de von Pufendorf le pareció la mejor solución. En primer lugar, eran documentos rusos, y él mismo era ruso, y además pensó sin duda que von Pufendorf había muerto. Consiguió luego un pasaporte con el nombre de Pufendorf, pues a causa del asalto llevado a cabo contra aquel tren, las autoridades no sometían a un examen muy escrupuloso los documentos que presentaban las víctimas del atraco; y así comenzó su vida como Konstantin Ilich von Pufendorf. Después de un tiempo viajó a Europa. Aquí, en Viena, encontró un empleo como agente de una empresa que vendía automóviles, y también aquí conoció a la condesa. Si no estoy mal informado, condesa, usted lo conoció cuando él le vendió a una señora, a quien usted acompañaba, un automóvil. Era la señora von Hankiewicz, ¿no es así?

Gabrielle permaneció callada y bien podía considerarse su silencio como una afirmación.

—En general —prosiguió diciendo Gordon— vivía muy retirado, y lo cierto es que tenía razones para hacerlo. Ni siquiera la colonia rusa sabía en realidad quién era… ¿Acaso sus propios padrinos de duelo, Golenischtschev y Harff, no lo tenían por Konstantin Ilich? Pero mientras tanto, tuvo tiempo de informarse suficientemente sobre la vida de von Pufendorf examinando los documentos, memorias y fotografías que encontró en la maleta de aquél, de suerte que, sometido a un interrogatorio, habría podido pasar por el propio von Pufendorf. Porque éste, según parece, había escrito notas muy precisas y, es más, ciertos ejercicios literarios y una especie de recuerdos de su juventud, o memorias, lo cual es muy comprensible en un hombre que, habiendo perdido su patria, no quiere sin embargo olvidarla. Pero Alexeiev sostenía que había servido en su propio regimiento y no en el noveno de ulanos, que era el de von Pufendorf. Evidentemente le gustaba más su regimiento de húsares de Grodno. Ignoro si entre esos dos regimientos había una diferencia tan notable como para justificar la actitud de Alexeiev. Nunca fui soldado y por eso no puedo juzgar sobre estas cosas. Tal vez el señor von Marschall pueda hacerlo. Ahora bien, el verdadero von Pufendorf, una vez que hubo vuelto en sí en el tren, debió de encontrar aún en su maleta los documentos de Gasparinetti. Y como ya no disponía de sus propios documentos, se presentó en nuestro consulado en Veracruz para hacerse extender un pasaporte con el nombre de Gasparinetti. Ya una vez había desempeñado el papel del capitán Gasparinetti; ahora volvía a representarlo. Pero poco a poco debió de haberse dado cuenta de que alguien vivía empleando su nombre verdadero. No puedo decir cómo lo descubrió, pues no lo sé. Bástenos con saber que también se vino aquí, a Viena. Sin embargo, debía de resultarle muy difícil aclarar su caso. En efecto, también él vivía con un nombre falso y no poseía ningún documento con el que pudiera demostrar que él mismo, y no Alexeiev, era von Pufendorf. Si hubiera

conocido el pasado de Alexeiev, habría podido hacerlo arrestar sin más trámites; pero el caso es que no conocía ese pasado. Probablemente al principio no supiera ni siquiera quién era el que vivía con su nombre; pero en los últimos tiempos parece haberse enterado por lo menos del origen de Alexeiev. En suma, que todas estas circunstancias le hicieron representar su papel de modo extravagante. Pero reconozcamos que no lo representó sin presencia de espíritu, y que tampoco le faltó ésta a Alexeiev. La desgracia de Alexeiev consistió solamente en que el verdadero von Pufendorf estuviera presente entre los invitados de los Flesse en el momento en que se cometía el asesinato de Engelshausen. Evidentemente, von Pufendorf no podía haber cometido el asesinato. De no ser por esta circunstancia, ciertamente lo habrían acusado de haberlo cometido. Ya saben ustedes lo demás. Sólo cuando descubrí quién era realmente el presunto von Pufendorf pude hacerme enviar desde Los Ángeles, donde Alexeiev cometió su primer asesinato, el expediente del caso. Mas hace apenas unos cuantos días que lo recibí. De otra manera ya lo habría hecho arrestar antes; pero aún no tenía pruebas contra él. Estaba seguro de que mis conclusiones eran acertadas, pero me faltaban las pruebas oficiales. No me quedaba más recurso que esperar a que él mismo me proporcionara alguna nueva prueba, sólo que se guardó bien de hacerlo. Era astuto, como todos los locos, y yo, frente a la insensata impaciencia de la opinión pública, no podía hacer otra cosa que esperar. Es que es éste el destino de todos los hombres que ven las cosas correctamente. Sí, tienen que esperar en medio de las más desagradables circunstancias hasta que los otros se dan cuenta de que han visto todo bajo una luz falsa. De manera que lo único que yo podía hacer era lamentar las sucesivas desgracias que se produjeron mientras tanto. Desde luego que mucha culpa de lo ocurrido la tuvieron sus camaradas, al intervenir en el asunto, y ahora, para terminar, ese gendarme que tiró dos o tres pies más alto de lo debido viene a privarme de la confesión de Alexeiev. La única persona que puede quedar satisfecha con esta solución es la condesa, pues seguramente ya no habrá de discutirse en público el interés que pudo haber tenido por von Pufendorf.

Permaneció un momento callado y nadie se atrevió a replicarle.

—Pero lo cierto es —agregó por fin Gordon— que de todos modos hace ya algún tiempo que concebí el proyecto de cambiar de profesión. En el fondo, mi naturaleza no está en consonancia con lo que debe ser un agente de policía, de manera que, a decir verdad, siempre consideré mi actividad de funcionario policial sólo como una especie de juego y una ocupación transitoria en mi vida. Fui agente de policía sólo interinamente. Y en especial estos últimos acontecimientos me han descorazonado tanto que ni siquiera se me ocurre pedir explicaciones oficiales a von Pufendorf, o Gasparinetti, o como se llame ese hombre, por sus falsas declaraciones acerca de su identidad. Me dedicaré nuevamente a la industria, como todos mis parientes. No veo por qué siempre tenga que contentarme con explicar cosas en lugar de hacerlas. Que otros intenten explicar lo que en mi nueva actividad yo emprenda. Verdaderamente no comprendo cómo a mis padres pudo ocurrírseles la idea de que yo fuera un funcionario policial. Tal vez pensaron que sería útil tener un pariente bien colocado, en el caso de que ocurriera algo desagradable en el seno de la familia… Pero yo detesto todo nepotismo, o como quiera llamárselo. Que cada cual se las componga a su modo para salir de sus dificultades. En suma, que mi profesión ya no me gusta. Voy a cambiarla. Nunca debí haber abrazado la carrera de funcionario. Me siento atraído por los misterios de la gran vida de los negocios.

Después de un momento de silencio, Marschall dijo:

—Quizá hable usted así bajo los efectos de una momentánea depresión, querido señor Gordon. En todo caso, lo que nos ha contado suscita en nosotros una gran admiración por su agudeza.

Gordon se encogió de hombros. Realmente no asignaba importancia alguna al reconocimiento de los demás y no encontraba satisfacción sino en sí mismo. Ya no sonreía. Había adoptado una expresión muy grave, sea porque se le había escapado entre las manos la elegante solución en que había estado trabajando, sea porque pensaba que había equivocado su camino en la vida.

—Les ruego, pues, nuevamente que me disculpen por ese molesto incidente de la frontera —dijo. Y esas fueron sus últimas palabras sobre el asunto. Luego, después de haberse quedado todavía un rato mirando al frente, besó la mano de Gabrielle, se despidió de Marschall y se marchó.

También Slatin comenzó a despedirse. Marschall le saludó con gran amabilidad.

—¿Y qué opina usted ahora de todas estas cosas, querido Slatin? —le preguntó—. ¡Vea usted lo que aún puede pasar en nuestro viejo y buen regimiento! Casi han sucedido más cosas que en el tiempo en que todavía existía. Pero ¿es que verdaderamente puede diferenciarse lo que existe de lo que existirá? Salude en mi nombre a su mujer. Y vuelva usted pronto por aquí. Ya no quedamos más que el señor mayor Lukavski y nosotros dos. Ahora tenemos que estrechar filas, Slatin, estrecharnos más todavía que antes…

Cuando Slatin se marchó, Marschall se volvió hacia Gabrielle, a la que contempló largamente. Bajo la mirada del joven, la muchacha intentó sonreír.

—Condesa —dijo Marschall—, lo que más lamento de este final es que ahora podrá usted decirme que

ya no existe ningún motivo para que usted busque refugio junto a mí. Y lo más doloroso es que también podrá decirme que yo mismo ya no tengo motivo alguno para hacerle la proposición que le hice días atrás. Por lo demás, partimos de Czege de modo tan precipitado que no tuvo usted ocasión de darme su respuesta. Pero tal vez, cuando vuelva usted a encontrarse sola, sus nervios, a pesar de todo, cedan, aunque es verdad que ya no existe ninguna razón para ello. Pero los nervios ceden siempre cuando uno no tiene ya necesidad de ellos. Y entonces tal vez vuelva hacia mí, condesa, y entonces tal vez me dé aquí esa respuesta, sin que tengamos que volver a Czege para ello…

Gabrielle mostró una sonrisa. Era sólo como una estela, de plateados y rizados bordes, de una sonrisa.

—Sí —dijo—, tal vez.

Notas

[1] *Ungnad* significa «sin piedad» y «sin clemencia». *(N. del T.)* < <

[2] *Sic* en el original. *(N. del T.)* < <

[3] En español en el original. *(N. del T.)* < <